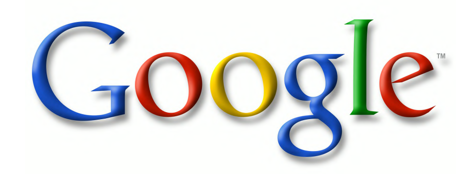
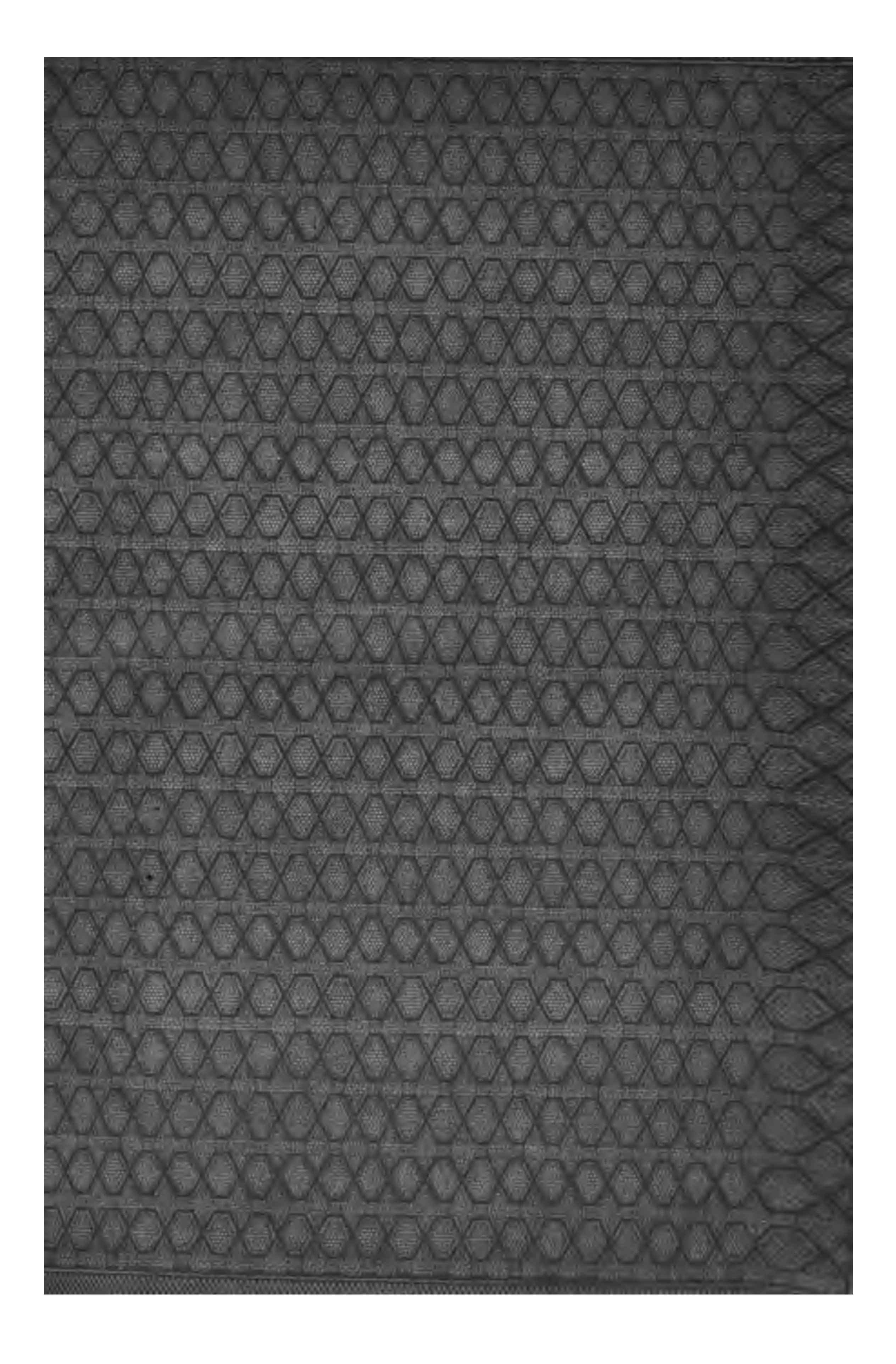


Para ellas

Coleccion de Novelitas
y Cuentos originales
de
Dª Adela Sanchez Cantos de Escobar







PARA ELLAS



BIBLIOTECA UNIVERSAL

PARA ELLAS

COLECCIÓN DE NOVELITAS Y CUENTOS

ORIGINALES DE

ADELA SÁNCHEZ CANTOS DE ESCOBAR

ILUSTRADAS POR JOSÉ CABRINETY

BARCELONA

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

CALLE DE ARAGÓN, NÚMS. 309-311

1896

DEDICATORIA

A la memoria de mi adorada madre
Doña Dolores Cantos de Sánchez

Todo lo fuiste para mí: madre incomparable, amiga cariñosa, compañera constante. Tan unida estaba mi existencia á la tuya, que ni la muerte ha podido romper el lazo entrañable que nos unía, y si no te he seguido es porque para mí no has muerto, porque vives mi propia vida, te veo con los ojos del alma, te siento en mi rededor, y en los sucesos importantes de mi vida tu nombre está siempre en mi pensamiento y en mi corazón, madre querida.

Al dar, pues, al público los modestos trabajos que á tu lado nacieron, sólo tu adorado nombre puede ir en su primera página.

Sea él para mi humilde libro signo de buena suerte, como será siempre talismán bendito para tu amante hija

Adela

DOS PALABRAS

¿Y por qué sólo *para ellas?*, podrá preguntarme el sexo *contrario*, si alguno de sus individuos se digna reparar en el título de este libro. ¿Tendrá la autora algún resentimiento con el sexo fuerte?

No tal: la autora se anticipa á desagraviar á la galante mitad del género humano, asegurando que ni antes de rendirse á la coyunda matrimonial tuvo resentimientos que lamentar, ni después puede contar más que satisfacciones; cúmpleme, por tanto, consignar, y lo hago con el mayor gusto, que las causas de tal preterición, de ninguna importancia por lo insignificante de mis trabajos, son puramente literarias.

Aficionados los señores hombres á las obras hoy en moda, llenas de tesis profundas, de arduos problemas, difíciles psicologías y repugnantes realismos, no repugnantes por lo que tienen de real, que este es el fin del arte, sino por ser, casi siempre, espejo de las más abyectas costumbres; les resulta soso todo lo que no tenga el excitante á que están acostumbrados, y tonto lo sencillo, llano y moral.

Consecuencia de esto es que el gusto por la literatura que recrea sin fatigar, que enseña sin mostrar llagas asquerosas ni realismos que las madres tengan que ocultar á sus hijas, se ha concentrado en el sexo débil.

Por eso ofrezco sólo á ellas mis modestísimos trabajos. Escritos con el corazón, sólo á corazones femeninos pueden hablar.

Confieso humildemente que, careciendo de las dotes de

ilustración y talento necesarias para elevarme á las altas esferas de las ciencias abstractas invadidas por la literatura, me limito á caminar prosaicamente por el sendero llano de la literatura recreativa, sin achaques científicos, ajenos á ella, ni dejos de negros realismos, y os digo: No leáis esto, hombres, que pertenece al género que con desdén llamáis *inocente.*

En cambio, ellas pueden encontrar en esta colección de novelitas y cuentos, que con el alma les ofrezco, agradable distracción, útil recreo, y la seguridad de que con su lectura darán á sus hijas alguna enseñanza de provecho sin perturbar sus dulces sueños de adolescentes.

Que la acojáis vosotras con cariño es el único anhelo de

LA AUTORA



HISTORIA DE UNA COQUETA

CARTAS Á UNA AMIGA

I



Querida amiga: Hoy es un gran día para mí. He cumplido diez y seis años, y he arrastrado por primera vez la cola de un elegante vestido. Soy feliz, Julia; la vida se me ofrece bella como un inmenso verjel; el presente rodeado de dicha; el porvenir me brinda venturas sin cuento, goces, bailes, saraos y cien y cien conquistas. El placer inunda mi alma, amiga mía; la felicidad lo cubre todo á mi vista del rosado color de la alegría, y he querido escribirte hoy mismo para expresarte mis im-

presiones, para que goces conmigo y conozcas los planes que trazo para el porvenir, la divertida vida que me propongo llevar.

Soy rica como sabes, Julia, y con esta buena cualidad, que el mundo tanto aprecia, pienso conseguir cuanto deseo.

En el colegio donde ambas nos hemos educado me han hecho comprender con sus preferencias, á pesar de mi poca aplicación y muchas travesuras, que el dinero vence siempre. Sólo se han fijado en hacerme aprender finos modales, adornos brillantes, y he empleado mis ratos de ocio en preparar mis armas femeniles para cuando me presentara en el gran mundo; en trazar mi línea de conducta para conquistar los corazones cuando del colegio saliera y crearme una corte de la que yo seré reina.

Ese día tan deseado ha llegado por fin, Julia mía. He salido de mi reclusión, y mi padre, que es tan amigo del bullicio y del placer como yo, me arrojará bien pronto en el seno del gran mundo, que con su lujo me fascina y con su distinción me atrae. Esta noche, mi querida amiga, será la más dichosa de mi vida; esta noche me presentan en el centro del buen gusto á ese mundo elegante de que te acabo de hablar; soy bella, y los jóvenes se disputarán mis favores. ¡Cuánto voy á gozar!

Pero reparo que el placer me enloquece y divago continuamente, sin entrar en materia, como diría un novelista; es decir, sin darte á conocer mi famoso

plan, aunque en verdad en dos palabras te lo puedo explicar. Usar de todos mis encantos para enloquecer á cuantos me admiren; divertirme un día con cada adorador; admitir las galanterías de todos y pagarles con sonrisas y miradas; cubrirme de regio lujo para deslumbrar cuando en un salón me presente; divertirme, en fin, y gozar: he aquí mi programa.

Sí, anhelo verme rodeada de una corte de jóvenes distinguidos; recibir sus obsequios; sentirme halagada por sus palabras de amor, de lisonjero entusiasmo; tenerlos á todos á mis pies y levantarme sobre ellos altiva, indiferente: esta es mi bella ilusión, mi sueño, mi delirio.

Te seguiré escribiendo, amiga mía, y te enteraré de mis triunfos, de mis amoríos, de mis placeres, de cuanto me ocurra en la nueva vida á que me voy á arrojar, en la brillante sociedad que me abre sus puertas.

No sé si te parecerán bien mis ideas y mis planes, ¡eres muy formal!; pero yo no dejaré de serlo por esto. ¡Es tan natural el deseo de agradar en la mujer! Obran así tantas, que nada importa una más ó menos en el inmenso grupo de..., iba á decir de las coquetas; mas yo no lo seré aunque realice mis ilusiones. Soy bella y rica, y nada tiene de extraño que quiera gozar, dejando á un lado vanos escrúpulos.

Te quiere siempre tu amiga

CAROLINA

II

Julia mía: Tu carta me ha hecho el efecto de un sermón de Cuaresma. ¡Qué de reflexiones! ¡Qué de tristes augurios! Me aseguras que seré muy desgraciada. Al leer esto no he podido menos de reirme. ¡Soy tan dichosa!.. Si pudieras tú adivinar todo lo que gozo, guardarías tus terroríficas frases para más oportuna ocasión. Te advierto que si continúan tus sermones, cesaré de escribirte.

Pero ahora escucha, y comprenderás los placeres de esta vida de emociones.

Dos meses hace nada más, mi querida amiga, que me arrojé al bullicio del mundo, como dicen los poetas; y en este tiempo, que ha pasado volando, he visto realizados todos mis sueños, todas mis aspiraciones. Las mujeres envidian mi belleza, mi elegancia; los hombres adoran mis encantos; los jóvenes más distinguidos me ofrecen su amor. Yo á todos sonrío, para cada uno tengo una frase de afecto que aviva su pasión; recibo, ebria de ventura, las galanterías de mi corte, y pago á unos con un apretón de manos, á otros con una mirada significativa.

Por las mañanas mi habitación se llena de elegantes ramos de flores, regalos de mis adoradores; por las noches escucho la música de sus dulces frases, no menos floridas que sus ramos de la mañana. Mi nombre se pronuncia en todos los círculos; esto me ha-

laga, porque veo que mi presencia ha causado una revolución en el gran mundo. Ellas me acusan, me llaman coqueta; ellos me defienden con calor, y yo me río de todos y me divierto viendo la agitación de unas y de otros cuando en un salón me presento.

Un día se me ocurrió pagar la constancia y la vehemente pasión del vizconde de C... Acepté su amor, le hice creer que le correspondía, y el pobre joven se creyó feliz; pero á los ocho días ya me molestaba su compañía y le dije sencillamente que me cansaba su amor. Se desesperó y ha huído de mí llamándome tirana; creo que se ha ido á América; no sé, me es igual.

Admití luego como mi pretendiente oficial á un joven millonario; me cansó como el otro, y concluí lo mismo.

Después..., mas si te los fuera á enumerar todos, la lista sería interminable. Sólo te diré que últimamente tomé por caballero al marqués de M..., hombre enérgico, valiente y de arrogante figura. Éste no huyó de mi lado como el otro; por el contrario, cuando lo desdeñé me prometió que mataría á cuantos tuvieran relaciones conmigo; tal amenaza en vez de aterrarme me ha llenado de placer; un duelo acabaría de dar fama á mi nombre. ¿Qué mujer elegante no tiene adoradores que por ella se batan? ¿Qué hermosura no ha causado un duelo?

Ahora admito las galanterías de todos; como antes te he dicho, á ninguno prefiero; me divierto más así.

Te ruego que suprimas tus reflexiones; soy muy feliz y no pienso variar de método. Ya sabes que desde que éramos niñas, mi constante ambición ha sido el lujo, las conquistas, los placeres del salón. Hoy que veo cumplido mi afán, no quiero renunciar á lo que ha sido el sueño de mi vida entera.

Dices que la que juega con el fuego al fin se quema. ¿Quién piensa en eso? Yo no me quemaré, porque he cubierto mi corazón con una coraza de acero. De todos modos, resérveme lo que quiera el porvenir, al menos tendré la gloria de haber dominado á ese sexo que llaman fuerte.

Adiós, mi bella misionera; te quiere tu amiga

CAROLINA

III

Mi querida Julia: Te anuncio desde luego que esta es la última carta que recibes mía. Aseguras que te es imposible contestarme sin refutar mis erróneas ideas, y yo te declaro que no puedo, que no quiero tener otras, y que no me agradan tus graves reflexiones. Ceso por lo tanto de escribirte; pero ya que esta es la última carta que te dirijo, me confiaré á ti, como siempre, y te contaré lo que me ha pasado.

El marqués de M..., mi furibundo adorador, me seguía haciendo la corte como tantos otros; me dió el capricho de continuar despreciándolo y mirar con benevolencia al baroncito de G..., encantador dandy. Mi

desdeñosa sonrisa expresaba continuamente al marqués el disgusto que su presencia me causaba, y mis miradas afectuosas producían al barón vértigos de dicha. ¡Cuánto me divertí con este juego! Se odiaron al fin, y un día se encontraron frente á frente y chocaron como dos planetas que se tropiezan al girar en rededor del astro rey, del sol; en esta ocasión el sol era yo. Me acusarás de inmodesta, bien lo sé; pero ahora la modestia es mirada como un vicio ridículo. No ser modesta es ser sabia. La mujer modesta es un ente insignificante; así lo he comprendido por las conversaciones que oigo en el gran mundo. Mas dejemos esto y volvamos al asunto.

Ambos jóvenes me ofrecieron al mismo tiempo un hermoso ramo estando una noche en el teatro; yo acepté sonriendo el del barón y miré al marqués con desprecio; oí un rugido de furor que arrojó su garganta y me estremecí, no sé si de miedo ó de alegría; me halagaba que por mi amor se batieran. Concluída la representación me presentaron los dos el brazo al salir del palco; me apoyé en el del barón con marcada deferencia, y dejé al marqués detrás con mi padre. Lo vi palidecer y temblar de cólera; pero seguí impasible. Subí al coche sin dirigirle un saludo.

Cuando el carruaje partió, quedaron juntos mirándose con ira. Pendencia tenemos, dije para mí.

En efecto, al día siguiente todos los periódicos hablaban de un duelo entre dos jóvenes elegantes y títulos ilustres; trataban de la bella que había ocasionado

el fatal lance, y aunque no decían los nombres, las señas eran tan marcadas, que á los tres se nos conocía desde luego. Mi lindo barón había muerto. Dediqué una lágrima á su memoria, é hice un esfuerzo para no llorar más, porque temía ponerme fea.

¿Lo creerás? Creció, como presumía, mi fama y el número de mis adoradores. Todos tenían á gala el rendir homenaje á aquella cuyos encantos habían ocasionado una catástrofe. ¿Qué te parece de los hombres que tanto blasonan de su sensatez y su cordura? ¿No merecen acaso que los desprecie y los humille como lo hago?

Pero veo que contra mi costumbre me formalizo, y contra mi carácter empiezo á filosofar; sea de esto lo que quiera, lo cierto es que estoy en moda, que era cuanto yo deseaba.

Los hombres me levantan un altar, las mujeres me toleran, y como en mi primera carta, terminaré asegurándote que soy muy feliz.

Adiós. Siento no poder seguir escribiéndote; tus tonterías me lo impiden. De todos modos, te quiere siempre tu invariable

CAROLINA

IV

Julia: Perdóname; compadece á tu pobre amiga, que después de cuatro años de silencio acude de nuevo á ti pidiendo perdón. Olvida lo pasado, amiga mía,

y concédeme el afecto que con tanta razón me retiraste. Si hace cuatro años juré no volverte á escribir porque tus consejos me aburrían, hoy los solicito, hoy los busco, hoy te los pido con la necesidad del hambriento que implora un pedazo de pan. ¡Tal es el poder del tiempo; tal el influjo de los acontecimientos, que cambian por completo nuestras ideas, nuestros gustos, nuestro modo de ser!

Comprendo que desearás saber lo que me ha ocurrido para sufrir un cambio tan radical. ¡Ah, Julia! ¡Que mi soberanía era ficticia y he dejado de ser reina! ¡Que el trono que yo suponía de pórfido y oro era de cristal, y se ha roto en cuanto un hombre, vengador de los demás, lo ha empañado con su aliento! Es, en fin, que tú tenías razón mil veces cuando me asegurabas que el fuego quema al que con él juega. Escogí para distraerme un juguete muy peligroso, y lo he conocido tarde. Como el niño que enreda con un cuchillo de acerada punta, ignorando que puede lastimarse, y al fin se corta, yo he querido jugar con los hombres, sin pensar que ellos ganan siempre, y he sido herida en el corazón de un modo mortal é incurable. Al ver la ceguedad con que corren tras la mujer que los desprecia, y el desdén con que suelen pagar á la que amante les corresponde, quise burlarme de todos y hacerles purgar su delito, olvidando que á nosotras no nos es permitido ni aun el placer de hacer justicia, pues que nos toca perder siempre y por todos estilos.

Hubo uno más audaz, de más profundo talento, y la bella seductora, la que quería humillar al sexo fuerte, fué humillada por él. En cuanto la flecha del amor tocó mi corazón, la victoria fué de ellos. Esto es lógico.

La mujer, á quien Dios ha creado para sentir, para amar, no sirve para luchar contra las puras emociones de un casto amor. Desconociendo esta verdad, busqué la dicha en los placeres de mil triunfos, y el tiempo se ha encargado de demostrarme que ellos, si bien halagan á la vanidad, no satisfacen al corazón, y llega un día en que éste pide algo que lo llene. ¡Infelices de nosotras si este día, obcecadas por el incienso de la adulación, por los perfumes que se respiran en la frívola atmósfera de los salones, le damos la imagen de un hombre indigno de nuestro amor!

Julia, hace cuatro años te aseguraba que era feliz con mis coqueterías, con mis frívolos placeres; hoy te juro que unas y otros me han conducido á la más cruel desventura.

Mi padre no existe; ha muerto de vergüenza al ver manchado su nombre... ¡Ah, si yo hubiera tenido una madre! Ella me hubiese enseñado el camino de la mujer cristiana, me hubiera hecho conocer los encantos de la vida íntima, los goces que se disfrutan entre un esposo idolatrado y la cuna de un ángel que sonríe.

Escucha, Julia, y verás adónde me ha conducido mi incesante afán, mi loco desvarío.

Pero veo que hoy me es imposible hacerte el relato de mis desventuras; al intentarlo mi mano tiembla. Mi corazón, destrozado por la violenta lucha que sostengo, se estremece al recordar lo pasado, y sus latidos me obligan á soltar la pluma.

Contéstame pronto, Julia; dime si me perdonas mi injusticia contigo, y si me concederás los consejos que antes rechacé y ahora con ansia solicito. Cuando tenga tu consentimiento te abriré mi corazón, y si tus juiciosas reflexiones logran sacarme de este infierno de dudas, te deberé más que la vida.

Julia mía, recibe la ternura de tu pobre

CAROLINA

V

Amiga mía: Gracias, gracias mil veces por tus cariñosas palabras, por tu generoso perdón. En medio de mis desventuras tu carta me ha llenado de placer; veo que eres feliz al lado de un honrado esposo y con el cuidado de un tierno ángel que el cielo te ha concedido.

¡Ah! ¿Por qué no he seguido tu camino? En él habrás encontrado espinas sin cuento; habrás sufrido, porque el camino de la virtud es muy áspero; mas ¿qué importa esto, si al fin has hallado la dicha y gozas inefable ventura? Yo he visto mis pasos cubiertos siempre de flores; he marchado por un sendero que me ofrecía delicias sin fin; pero á la mitad de

mi carrera he tropezado con agudos guijarros, que, ocultos entre las flores, eran más difíciles de evitar, y... he caído. Se abrió á mis pies un precipicio insondable; cegada por los placeres del gran mundo no lo vi, y me arrojé en su fondo.

Perdona, Julia, si divago siempre; en la situación en que me encuentro es natural; como todo el que sufre, sólo de mi sufrimiento sé hablar. Además, yo que era ligera me he vuelto reflexiva; la desgracia es una gran maestra, y tu carta me ha hecho meditar mucho. He comparado tu situación con la mía, y he comprendido toda la insensatez de mi voluble conducta.

Siempre buena y noble, me ofreces los consuelos de tu amistad; yo los acepto reconocida, y te ruego me guíes, tú que has sabido salvar los escollos de la vida, por este piélago inmenso que llamamos mundo, en el que he quedado sola y triste.

Mi mano tiembla al querer abrir el libro de mi corta, pero borrascosa vida; al intentar volver los ojos al ayer, tan lleno de recuerdos, de placer y de dolor; mas si al fin ha de ser, cuanto antes mejor. Dios me dará fuerzas.

Embriagada por los triunfos que en mis anteriores cartas te describí, cegada por mi omnímodo poder, me arrojé con alma y vida á las intrigas de la corte, á las rivalidades de salón, lo que me proporcionaba mil triunfos, porque siempre ganaba yo. No hubo joven que no cayera de rodillas á mis pies ofreciéndo-

me su amor; no hubo ninguno que no oyera mis afectuosas frases primero, mis irónicas carcajadas después. Así, confiando á unos y desesperando á otros, haciéndoles ver un porvenir de ventura que luego destruía con una frase de glacial desdén, pasé mucho tiempo, pasé años, que fueron días para mí, entregada como estaba á mi extraña tarea de hacer la desgracia ajena.

Una noche de baile presentaron en nuestro elegante círculo á un joven distinguido, arrogante y rico. Venía de viajar por el extranjero, y la misma noche de su presentación aumentó el número de mis admiradores; yo me sentí orgullosa porque era una gran conquista.

Como con todos, coqueteé con él, y cual á los demás, lo desengañé en cuanto vi sus miradas suplicantes, en el instante en que lo tuve á mis pies loco de amor, ofreciéndome su vida y su nombre. Tenía curiosidad de ver qué hacía aquel hombre enérgico al ser despreciado; pero contra lo que yo esperaba, quedó sombrío y pensativo al principio, luego frío, indiferente.

Es verdad que al oir las frases de mi desdén sus ojos lanzaron un rayo tan feroz, que por primera vez de mi vida tuve miedo; mas esto pasó en seguida y se mostró tranquilo y sonriente, como si su amor hubiera sido una broma.

Lejos de huir de mí, como otros, ó de buscar la muerte, como alguno de sus antecesores, siguió tra-

tándome igual que si nada hubiera ocurrido. Asistió á todas las diversiones contento, feliz. Esto hirió mi amor propio; era la primera vez que encontraba tal frialdad en un hombre, que pagaba con el desprecio mi desdén, y juré no descansar hasta sacar á aquel hombre de su indiferencia, hasta verlo de nuevo á mis plantas. Empleé todas mis seducciones en conquistar el corazón que había despreciado. ¡Vano empeño!

Todos mis encantos se estrellaron contra su estudiada cortesía. Mis sonrisas, que á tantos habían enloquecido, se perdían, porque sus ojos vagaban siempre y sólo fijaban en mí alguna mirada indiferente y helada.

Ante tanto desvío, mi empeño creció hasta el punto de cifrar en aquella conquista mi tranquilidad, mi alegría.

Durante algunos meses sostuve una lucha terrible con aquel hombre que yo creía de mármol; no conseguí nada. Ser tan extraño me atrajo por lo nueva que era para mí su resistencia; lo desconocido me sedujo, y la impetuosidad de mi carácter me hizo amarle porque en él veía un imposible.

La cruel tirana se convirtió en esclava; mi corazón de roca se ablandó al fin, y por lo mismo que había tardado tanto en recibir la flecha de Cupido, se clavó en mi pecho con más fuerza. Amé con delirio, y la terrible coqueta tuvo que confesar que la mujer ha nacido para amar y ser amada.

La palidez del sufrimiento se extendió por mi rostro, haciendo huir de él los colores de la vida; mi salud se resintió; un círculo morado rodeó mis ojos, y todos comprendieron que el amor era la causa de que mi humor se hubiera tornado triste y sombrío. Buscaron al hombre que tal triunfo había conseguido, y al momento lo encontraron. Todos conocieron mi pasión, todos menos él, que fingía no ver el cambio de mi conducta ni el afecto inmenso que mis ojos expresaban.

Esta nueva humillación, lejos de curarme de mi amor, me hizo amarle más. ¡Tal es el corazón humano, que siempre desprecia lo que posee y ambiciona lo imposible!

Yo, que tanto me había burlado de los que corrían tras de mí porque los despreciaba, me vi bien castigada, comprendiendo al fin que, así los hombres como nosotras, estamos sujetos á error y es preciso perdonarnos mutuamente.

Mi pasión llegó á convertirse en frenético delirio. Y un día... no sé lo que pasó; dominada por los mil afectos que aquel hombre despertaba en mí, tal vez pronuncié palabras que comprometerían mi dignidad; porque de repente vi trocarse el hielo en llama abrasadora, y tuve el placer inmenso de contemplarlo de nuevo á mis pies, rendido y apasionado. Pretextó que su indiferencia había sido simulada; me juró un amor eterno. ¿Podré nunca describirte la dicha que embargó mi alma?

En medio de su entusiasmo, y no queriendo, como él decía, perder un momento de felicidad, pidió mi mano. Se arregló la boda y empezaron los preparativos, porque mi padre no se opuso, contento de que al fin hubiese hallado un hombre en quien, fijando la atención, pusiese término á mis devaneos juveniles.

Pronto cundió la noticia de mi boda, que fué un gran acontecimiento en el mundo elegante; no se hablaba en los salones más que de mi lujoso *trousseau*, de mis ricos trajes.

Unos días antes del señalado para la ceremonia, el que iba á ser mi esposo suscitó delante de mí una cuestión con uno de mis antiguos adoradores. Ambos salieron enfurecidos de la estancia, y todo me hizo creer que se trataba de un duelo. Recordé el duelo anterior y temblé por la vida del hombre á quien amaba.

Llorosa, desolada, rogué á mi padre, á mis parientes, á mis amigos que corriesen en su busca é impidiesen el funesto lance. ¡Qué horrible noche aquella! Me hallaba sola en mi aposento, entregada á una ansiedad espantosa, cuando oí resonar su voz en la antesala. Decía á mis criados que deseaba hablarme sin pérdida de momento.

Aunque no recibía visitas de hombres en ausencia de mi padre, la gravedad de las circunstancias me impulsó á franquearle la entrada en mi propia estancia.

Entró pálido y azorado, me confesó que iba á batirse al día siguiente, que había querido despedirse de mí porque tenía el presentimiento de que iba á morir, de que ya no volveríamos á vernos más que en el cielo... Se postró á mis pies, cubrió mis manos de lágrimas y besos... Era hermoso, elocuente, apasionado...

Aquel hombre tenía el poder de enloquecerme; sus palabras alejaban de mi mente toda idea que no fuera la de su amor; poseía el talento de hacerme olvidar cuanto existe, y llenar él solo mi corazón, mi alma. ¿Qué más te diré, Julia mía?... Permíteme que no continúe; las fuerzas me faltan de nuevo, mi pecho estalla al querer traer á la memoria los sucesos de aquella noche terrible.

De pronto lo vi agitado por extraño temor. «Han llamado – exclamó, – huyo para salvarte...» Y como si temiera á un enemigo invisible, recorrió con mirada extraviada la estancia, y se lanzó al balcón. Yo corrí á tranquilizarle; pero ya era tarde; había saltado el antepecho y descendía con rapidez. En la acera de enfrente había un grupo de jóvenes, los cuales acogieron su aparición con hurras de entusiasmo, y le saludaron con mil chistes picantes. Al ver aquello lancé un grito de horrible angustia y caí desmayada. ¡Lo había comprendido todo!

Pasé muchos días en una fiebre continua; cuando estuve en estado de comprender, me entregaron una carta; era de él. La abrí con terrible ansiedad, y tú

podrás comprender el efecto que me haría cuando leas los párrafos más importantes de ella, los que te copio á continuación:

«He amado á usted—decía—como jamás hombre alguno ha amado á una mujer. Con infernal astucia me hizo usted creer que era correspondido, me dejó entrever el cielo de la más completa ventura para arrojarme luego con su glacial desdén al infierno de la desesperación, y juré vengarme.

»Usted creyó, sin duda, que podría jugar con todos como lo ha hecho con los... infelices que la rodeaban, y estaba usted en un error: de ello se habrá usted convencido al tropezar con un hombre que ha cambiado su amor en aborrecimiento y ha sabido doblegar la audacia de una coqueta, hacerla sentir y amar con el solo objeto de pagarla los tormentos sufridos, de castigarla con la pena del Talión. El mundo señala á usted con el dedo; si á él pregunta usted por su honra y por la estimación con que antes la distinguía, dirá sin vacilar: «La honra de la coqueta está pendiente de un hilo que ella hace oscilar continuamente con su volubilidad; si lo han cortado, ¿de qué te quejas? Haberla guardado mejor.» He cumplido, pues, mi juramento, vengando á la faz del mundo la afrenta que en público recibí de usted, y me alejo satisfecho de Madrid.

»Pero antes quiero dar á usted un consejo. Medite usted en la severa lección recibida y no vuelva usted á jugar con los hombres, si no quiere exponerse á tro-

pezar en su camino con otro semejante á mí que la haga comprender aún más rudamente cuán peligroso juguete somos.

»Piense usted que la mujer siempre pierde, de cuya verdad tiene usted en sí misma una prueba, pues que yo seré muy feliz, mientras usted... supongo que no, y apártese de la senda que hasta ahora ha seguido, que los hombres buscamos en la coqueta un momento de placer, nunca á la esposa que ha de hacer nuestra ventura.»

Esta carta fué un agudo puñal para mi corazón; sus observaciones eran sabias, muy justas sus acusaciones, y al conocer toda la insensatez de mi conducta, el inmenso abismo que ella había abierto á mis pies, mi alma se estremeció de dolor. Hubiera dado lo que me restaba de vida por volver atrás, por borrar todo lo pasado con una conducta intachable y juiciosa; pero ya era tarde; lo que deseaba era imposible, porque el mundo me señalaba con el dedo; y me retorcía impotente con horrible desesperación.

En esta terrible crisis me sorprendió mi padre; la emoción me ahogaba, y se lo confesé todo. El golpe fué mortal para el pobre anciano. De una ojeada vió sobre nosotros todo el peso del ridículo, la sonrisa insultante del mundo, el desprecio de nuestro círculo, su honra hecha jirones, su ilustre nombre manchado por la asquerosa baba de los difamadores de oficio. Y llevando sus manos á la cabeza cual si quisiera apartar de sí tan horrible cuadro, cayó al suelo como

herido por un rayo, lanzando un grito de angustia, con el que iban mezcladas las palabras *te perdono.*

Veinticuatro horas después mi padre había muerto: ¡yo lo maté! Esta idea destroza mi alma. ¡Oh! ¡Con qué ligereza se juzgan sin consecuencia las veleidades de una mujer coqueta!

En aquellos terribles días de prueba me encontré sola. En la soberanía de la belleza sucede como en la política; el mundo da con el pie á la reina caída. Todos me abandonaron, y no tuve en mi aflicción, ni el consuelo de una amiga, ni el apoyo de un amigo. Sola con mi conciencia, mis remordimientos y el recuerdo punzante de mi único amor, pasé todo el tiempo del luto.

Terminado éste y calmada por el bálsamo del tiempo la fuerte impresión de los sucesos pasados, sentí retoñar de nuevo mi pasión dominante. Reparé que aún era hermosa, que aún podía brillar. Acaso—pensé—encuentre un marido digno de mí; y cegada otra vez por mi loca vanidad, tuve la osadía de presentarme más altiva que nunca ante el mundo. Allí me esperaba otro nuevo desengaño.

Ellas me acogieron muy mal; sus miradas de desprecio, su desdén al no tenderme las manos, todo me indicó que nuestra sociedad, aunque extraviada, conserva su dignidad y castiga con su desprecio á la mujer que, débil ó pervertida, no sabe sostener la majestad de su honra.

Ellos celebraron con entusiasmo mi osadía, porque

se proponían sacar partido de ella. Me vi rodeada de mis antiguos adoradores; pero ya no eran los tímidos pretendientes de antes. Sus miradas atrevidas me hicieron comprender que ya no buscaban en mí á la niña, aunque ligera, virginal; que creían tener derecho á todo. Sus insultantes galanteos no me permitieron dudar de sus intenciones. Esto me indignó, los rechacé con mi antigua altivez y les hice recordar que era siempre honrada; mas ellos acogieron mi declaración con una carcajada general. El nombre de mi antiguo amante salió de todos los labios como documento protesta, y cada uno de ellos tuvo una palabra irónica, una frase picante. Se burlaron de mi alarde de virtud, me humillaron á coro con sus alusiones al pasado, y tuve que salir de allí con el rostro enrojecido, volviendo humillada y escarnecida á mi casa.

Pasé la noche llorando; había perdido la última esperanza, había visto que me era imposible encontrar un hombre digno que me diera su mano. Cuando amaneció me miré al espejo; había perdido en aquella noche diez años de juventud.

Aquí tienes, amiga mía, todo lo que me ha pasado. Hoy acudo á ti porque me encuentro en una crisis terrible. Yo no puedo vivir así, sola, aislada, sin afecciones, sin cariño; necesito las emociones de la vida del corazón. A mi ardiente temperamento le son tan precisas las impresiones fuertes, como al pez el agua, como al ave el viento. Esa vida, Julia mía, ya no puedo encontrarla en el cariño del hogar doméstico: ¡yo

lo he hecho imposible! Sólo el amor criminal se presenta en mi camino, el abismo me atrae con irresistible imán, únicamente un resto de dignidad me sostiene.

Muéstrame otro camino, Julia; tú que eres tan buena descubrirás horizontes que mis cansados ojos no ven; házmelos conocer y te deberé la vida. Repara que este es el grito del alma que se ahoga. Veo que mis ideas se ofuscan y me siento descender lentamente al abismo. Julia, tiéndeme tu mano, sálvame, por piedad.

Adiós; escríbeme pronto, y... de nuevo te lo ruego, salva á tu

CAROLINA

VI

Julia, Julia mía: Dios te bendiga. Tú eres mi ángel bueno, el ángel de mi redención. El cielo te premie todo el bien que me has hecho.

¡Oh! Has pronunciado una palabra que ha derramado en mi alma un bálsamo divino, que ha llenado mi corazón de inmenso consuelo, que ha inundado mi ser de inefable ventura. Palabra mágica que ha abierto ante mis ojos los puros horizontes que buscaba; que me ha hecho ver un porvenir de inagotable felicidad. Sublime palabra, que arrojada al oído del que sufre y llora, es como la tabla para el pobre náufrago.

«La religión perdona siempre – me has dicho, – ella debe ser tu puerto de salvación; acógete bajo su augusto manto, y cuando goces los eternos placeres del amor divino, tendrás la satisfacción de arrojar de tu mente las criminales ideas que ahora te agitan.»

Al leer esto, una luz divina iluminó mi mente; me sentí agitada por una emoción tan dulce y tan profunda como no la he conocido nunca. Caí de rodillas impulsada por una fuerza superior.

«Sí – exclamé; – á Dios dedicaré todo el fuego de mi alma, todo mi amor.»

Y mi frente se inclinó, mi espíritu se elevó hasta el cielo.

Cuando me levanté estaba firmemente resuelta á trocar mis criminales ideas por las ideas ascéticas, mi amor mundano por el amor divino.

Sí, Julia mía; tú tienes razón; sólo la religión puede salvarme; sólo ella puede sacarme del infierno en que me agitaba; sólo ella tiene poder para elevar mi alma de este mundo de miserias á las serenas regiones adonde moran las conciencias rectas. La religión abre á mis ojos un nuevo mundo, me ofrece una vida nueva. ¿Quién más indulgente que ella? ¿Quién más interesado en la regeneración del ser que ha faltado? Dios me perdonará, sí; Él me tenderá su mano y llenará con su amor mi alma ansiosa de cariño. Los placeres de la caridad me harán olvidar los goces del mundo, y en su ejercicio encontraré las emociones que buscaba.

¡Oh! ¡La religión no me rechazará como el mundo! Ella no se burlará de mi arrepentimiento, ni me insultará con sus sonrisas desdeñosas, porque es fuente inagotable de consuelo, tesoro de perdón, y me recibirá con los brazos abiertos; en ellos me arrojo, Julia. ¡Gloria á Dios que me ha inspirado tan salvadora resolución! ¡Gloria á ti, mi ángel querido, que me has sacado del borde del abismo y has hecho resonar en mi alma la sublime palabra que me salva, eterno refugio del que sufre!

En cuanto adopté la resolución de dedicarme á Dios, busqué el medio mejor de hacerlo y lo encontré en seguida. ¡Seré Hermana de la Caridad!

¡Ah! Si Dios no te hubiera puesto en mi camino, en vez de vestir este santo traje hubiera llegado al último escalón, al oprobio y la vergüenza.

¡Cuánto he sufrido, querida amiga mía! ¡Cuánto he llorado por mis erróneas ideas, por mis equivocadas creencias!

Hasta que la mujer se convenza de que su principal misión es la de amar y hacer comprender al hombre los puros goces del hogar doméstico, no será feliz.

Amar, sí, amar siempre. Soltera, al padre, á la madre, al hermano; casada, al esposo, al hijo; niña, á sus muñecas, á sus infantiles juegos, á sus pequeñas amigas; anciana, á los tiernos frutos de sus hijos: amar todo cuanto nos rodea. ¿Hay algo más hermoso, más dulce, que más puros goces proporcione? En la vida

íntima, en el cariño de la familia, ahí está la dicha de la mujer.

No creas que apunto estas ideas tan sólo por escribir, no tal. Tú tienes una hija, un ángel hermoso, y quiero que cuando esté en edad de comprender le des á leer estas cartas que encierran mi triste historia con todos mis errores y arrepentimiento; tal vez le sirvan de algo. Empápala en las ideas de modestia que te han enseñado á ti; la modestia es en la mujer lo que en la flor el perfume. Por muy hermosa que sea, haz que no lo comprenda nunca; el mayor enemigo de la mujer es la conciencia de su belleza; rara es la que sabiendo que es hermosa no es fatua. Procura, sobre todo, que deteste el lujo, el deseo de brillar: esta pasión ha arrastrado á su perdición á infinidad de jóvenes. Piensa que la primera educación hace gran peso en nuestra vida, y procura desde pequeña despertar su corazón al sentimiento. ¿Qué es la mujer que no siente? Lo que yo he sido por largo tiempo, una bella estatua creada para hacer la desgracia de todos los que la aman. Acostúmbrala á que vea en el hombre el apoyo de su sexo, el compañero de la mujer, no un objeto de diversión; que yá ves el resultado que esto me ha dado. Con estas ideas inculcadas en su tierna inteligencia y con el ejemplo de tus virtudes, tu hija será feliz. ¡Oh! Si yo hubiera tenido una madre, mi corazón no hubiera permanecido por tanto tiempo insensible, no hubiera sufrido tanto.

Adiós: ahora sí que es la última vez que te escribo; muy pronto te estrecharé entre mis brazos. Entretanto cuenta con la eterna gratitud, con el inmenso cariño de tu hermana en la caridad, de tu amiga

CAROLINA





... el paseante tropezó con el inmóvil admirador de la naturaleza

LAS DOS RUTAS

I

En la calle de San Lorenzo de esta corte lucía hace algunos años su gallarda arquitectura un soberbio palacio que formaba extraño contraste con la pequeña casita de pobre fachada y dos balcones, situada á su lado, tabique por medio, como visible ejemplo de que los extremos se tocan en la vida.

El suntuoso palacio estaba habitado por su propietario el Sr. de Altamira, opulento banquero, su esposa y un niño, hijo de ambos.

Ocupaba el piso principal de la humilde casita de dos balcones una familia modelo, compuesta del señor de Verger, modesto empleado de diez mil reales, su esposa y su hijo.

En la morada del empleado todo era orden, tranquilidad, bienestar. El Sr. de Verger, hombre de sólida instrucción y notable inteligencia, enseñaba á su hijo con admirable dulzura y método los arduos problemas de la ciencia, igual que los más pequeños detalles de la vida práctica; así las altas cuestiones sociales y religiosas, como los principios más vulgares y sabidos.

La madre, por su parte, formaba el alma del niño y dirigía sus sentimientos con tanto acierto como el padre su inteligencia. Con ese delicado instinto y cariñosa penetración de las madres, se apoderaba de la voluntad de su hijo y le infundía ideas religiosas, pensamientos levantados. Tan bella obra era completamente coronada por el éxito. El niño Carlos, tierra fértil, prometía convertir en opimos frutos la semilla que en él sembraban, y con sus buenas cualidades, despejada inteligencia y precoz buen juicio, recompensaba á sus padres el trabajo de su educación.

La familia que el suntuoso palacio habitaba, ofrecía muy distinto aspecto. Entregado el padre á sus negocios, la madre á sus placeres y el niño á sí mismo, reinaban en la casa el desorden más completo y la mayor indiferencia de unos hacia otros. Estaba encargado de la educación del pequeño Jorge un preceptor

de libres ideas, que así se dedicaba á su discípulo como al Gran Turco, y lo que le enseñaba era de manera que sólo lograba confundir la inteligencia del niño y matar su buen sentido.

De tal enseñanza resultó que el niño se hizo un precoz despreocupado, sólo apto para aprender que tenía muchos millones y que con ellos gozaría toda clase de placeres.

A los doce años era un pozo de defectos, frívolo y vano. Manejaba por todo libro el de las cuarenta hojas, adoraba al bello sexo, y sabía echar por las narices el humo de su cigarro.

A pesar de ser diametralmente opuestos los dos niños vecinos, la amistad más estrecha los había unido desde chiquitos.

Cuando los dos eran muy pequeños, el heredero del rico banquero charlaba por el balcón con el hijo del modesto empleado; el caprichoso niño pedía jugar con su vecinito, y unas veces era Carlos llevado al palacio, y otras Jorge á la humilde casita.

Así se encariñaron uno con otro, y ya mayores, Jorge, ligero y alegre, encontraba singular encanto en el afable trato de su grave y estudioso amigo, y Carlos, de condición reposada y sereno juicio, gozaba no poco con los bulliciosos transportes y expansivo buen humor del futuro millonario.

El tiempo transcurrió sin alterar en nada tan buena amistad, y poniendo cada vez más de manifiesto la afición de Carlos al estudio y á las artes, la aptitud de

Jorge para brillar en el gran mundo. Al cumplir ambos los diez y seis años, la temida separación fué imprescindible.

Jorge iba á emprender un viaje de estudio, según sus padres; en realidad, de placer.

Carlos se dirigía á Guadalajara, á ingresar en la Academia de ingenieros militares.

Los dos amigos, sentados en cómodas butacas en la habitación de Jorge, celebraban su última entrevista y se despedían cariñosamente.

Jorge, alto, buen mozo, de expresiva fisonomía, grandes ojos negros y el labio superior sombreado por naciente bigote, era el emblema de la audacia, la fuerza y la pasión.

Carlos, pequeño, pálido y endeble, pero con hermosos ojos de profunda mirada, lo era de la constancia y la reflexión.

—Al mismo tiempo partimos, amigo mío—decía Carlos;—pero con bien distinto derrotero. ¡Quién sabe cuándo nos volveremos á ver! ¡Quién sería capaz de adivinar nuestros destinos futuros!

—¿Quién? - repuso Jorge,—yo. A ti te espera la ciencia, á mí los placeres del mundo. Tú serás pronto un sabio, y yo... un alegre millonario.

—Sin embargo, ahora vas á emprender un largo viaje de estudio con tu preceptor.

—¡Chico, chico, no creas tales absurdos! El estudio sirve de pretexto. Mi preceptor es un divertido camarada, y vamos á recorrer Europa gastando cuanto quie-

ra y gozando hasta la hartura. En cambio tú te encerrarás en ese pueblo á estudiar con afán y hacer vida de santo.

—Así debo hacerlo: nuestra posición, Jorge, es muy distinta, y distinta debe ser nuestra conducta. Goza en buen hora, tú que tienes millones; yo, que nada tengo, debo crearme un porvenir y ganar con mi trabajo un puesto distinguido en el concierto social. No desprecio, hipócrita, tus placeres; los aplazo para cuando pueda gozarlos, terminada mi carrera y recompensados mis padres de las infinitas privaciones que por mí se van á imponer.

—Hablas como un libro. Eres un modelo, Carlos, y te admiro, por más que no pueda imitarte.

—Y ¡quién lo pretende, amigo mío! Sigamos cada cual nuestro destino; que por tan opuestos senderos, podemos ambos encontrar la dicha.

—Por lo menos, yo encontraré el placer, y tú... la beatificación allá en los siglos venideros.

—¡Jorge!

—No te enfades y dime una cosa: ¿vas á dejar por completo las artes? Sería lástima.

—No por cierto. Compartiré el estudio con la pintura. Ha llegado la hora de separarnos, Jorge; que los dos debemos estos últimos instantes á nuestros padres.

Los dos amigos se abrazaron con efusión.

«Escribe pronto,» «No me olvides,» repetían estrechándose con ternura una y otra vez, hasta que

Carlos se lanzó á la puerta sollozando y dejó á Jorge dominado por dolorosa emoción, pugnando por contener una lágrima rebelde.

II

Bajo un cielo sereno y esplendente, como suele serlo el hermoso de Madrid en los buenos días de invierno, la población en masa se esparcía por los anchurosos paseos y el campo, ansiosa de gozar de aquel radiante sol y de contemplar el límpido azul del horizonte.

El Retiro estaba lleno de gente aristocrática reclinada en los almohadones de sus lujosos coches, ó galopando en briosos corceles, y de gente más modesta que paseaba á pie pensando que este ejercicio compensa lo que le falta de cómodo con lo que tiene de higiénico.

Por una de las calles más solitarias del referido paseo se internaba un caballero como de treinta años, de poblada barba negra, arrogante figura y vestido con irreprochable elegancia. Parecía deseoso de buscar la soledad, según la prisa con que huyendo del bullicio penetraba en la espesa arboleda. Andaba cabizbajo, y su semblante tenía la fatigada expresión del rico hastiado.

Al final de la calle de árboles que nuestro desconocido seguía, un hombre, soñador ó artista, contemplaba inmóvil el paisaje con el sombrero quitado, el afeitado y pálido rostro animado por el calor de la idea

que en su cerebro se agitaba, y los ojos brillantes y movibles, procurando abarcar el hermoso cuadro que ante sí tenían.

Entregado el uno á su entusiasta contemplación y el otro á sus meditaciones, no se vieron mutuamente hasta que el paseante tropezó con el inmóvil admirador de la naturaleza.

Se oyeron dos enérgicas interjecciones; tras ellas una exclamación de alegre sorpresa, y después el elegante caballero abrazó con vehemencia al pálido soñador, diciendo:

—¡Carlos, amigo mío! Aprieta, ¡voto á tal!, que te quiero como siempre.

—¡Jorge, el querido amigo de mi niñez!

Se estrecharon con la mayor ternura Carlos Verger y Jorge de Altamira, diciendo el primero:

—¡Quién te había de conocer con estas barbas!

—Tú conservas la misma aniñada fisonomía, aunque algo más ajada de lo natural... Sin duda has sufrido mucho.

—Mucho, Jorge, mucho. Sólo un rayo de sol ha iluminado las sombras de mi vida; él me fecunda y me sostiene.

—¿Te has casado?

—Sí, con un ángel. ¿Y tú?

—Yo... con una mujer.

—¿Eres feliz?

—¡No! Todo me aburre. ¿Tú serás un flamante oficial de ingenieros?

— Sólo soy un pobre artista.

— ¿Cómo ha sido eso?

— Es muy largo de contar. La fatalidad me ha perseguido con cruel ensañamiento.

— ¡Pobre amigo mío! Deseo vivamente conocer tu pasado.

— Y yo el tuyo.

— Sígueme, pues que mi coche nos espera aquí cerca.

Pronto llegaron los dos amigos al lujoso hotel que en el barrio de Salamanca poseía Jorge.

Sentados ambos en cómodas butacas, como en otro tiempo, Jorge estrechó las manos de su amigo, exclamando:

— ¡Cuánto te he buscado!

— No era fácil encontrarme. Al regresar de mi largo viaje, que duró dos años — dijo Jorge, — supe la muerte de tu padre, y me apresuré á ir adonde me dijeron vivías, ansioso de reanudar nuestra amistad interrumpida por ti, pues que dejaste de escribirme; pero me encontré con que te habías mudado é ignoraba tu nueva morada. Pregunté por ti á cuantos oficiales de ingenieros conocía. Nadie me daba razón, y hube de renunciar á encontrarte.

— ¿Quién había de conocer á un desgraciado oculto en las últimas capas sociales?

— ¿Qué te ha ocurrido para ser tan desgraciado? Cuéntamelo todo, amigo mío.

— Escucha la historia de mis pesares.

III

«Llevaba un año en la Academia de ingenieros vistiendo el honroso uniforme de tan brillante cuerpo, cuando murió mi padre, aquel hombre tan sabio como bueno á quien debo las firmes creencias que me han sostenido en las difíciles pruebas sufridas, la fortaleza de alma necesaria para sobreponerme á todo y seguir sin desfallecer el penoso calvario de mi vida.

»Yo adoraba á mi padre, era la primera herida que recibía mi corazón, y sería vana empresa querer pintarte mi dolor inmenso.

»La realidad de la vida se impuso á mi honda aflicción, aumentando mis angustias. Muerto mi padre, carecíamos de todo recurso; yo tenía la obligación de trabajar para mi madre, y la cumplí sin vacilar. Obtenida la licencia absoluta, me vi obligado á vender el uniforme que tanto me enorgullecía..., para pagar el entierro de mi padre; y yo, el soñador, que acariciaba la idea de ser un sabio y un héroe, que aspiraba á inmortalizar mi nombre, troqué la espada por el escoplo, la militar levita por la blusa del artesano.

»Todo el horrible sufrimiento que me torturaba por tan doloroso cambio fué encerrado en lo más profundo de mi ser, y mi madre me vió sereno é impasible aceptar la vida del obrero.

»En el taller de un carpintero destrozaba mis delicadas manos y ganaba durante el día el pan para mi

madre. Por las noches acudía á la Academia de Bellas Artes, ansioso de mejorar mi porvenir con mis conocimientos artísticos y de estudiar el divino arte de Rafael.

»Hubo ocasiones en que mi pequeño jornal no bastó á cubrir nuestros gastos más precisos y en que mi madre carecía de todo. Entonces duplicaba las horas de trabajo, trabajaba sin conceder una hora al descanso, derramando por dentro las lágrimas que pugnaban por salir al exterior, y sufriendo con estoica resignación los insultos de mis groseros compañeros que se burlaban de mi delicada contextura.

»Ni el militar al presentar su pecho á las balas, ni el médico al exponer su vida al contagio, ni cuantos ejecutan los actos más heroicos, necesitan una parte del valor que yo tuve para dominar mis altivos arranques ante la consideración de que había de ganar el sustento de mi madre, para no darme el placer de ahogar á aquellos miserables entre mis nervios de acero.

»Pero en mi casa encontraba la compensación.

»Las nubes que obscurecían mi frente se desvanecían al estrecharme mi madre entre sus brazos, diciéndome con acento entrecortado por tiernos besos:

—»¡Qué bueno eres! ¡Dios te bendiga, hijo mío! ¿Qué sería de mí sin tu abnegación?

—»Encuentro tanto placer en ser á usted útil—respondía yo,—que no hay abnegación, sino egoísmo, puesto que el goce de la divina recompensa que usted

me proporciona con su agradecimiento supera en mucho á las ligeras penalidades del trabajo.

»Mi pobre madre lloraba consoladoras lágrimas al oir mi cariñoso razonamiento; yo las enjugaba con mis labios, y acabábamos por llorar ambos y sonreir luego, felices con tener, ella el apoyo de mi ternura, yo el consuelo de su cariño.

»Esta situación se prolongó más de tres años, hasta que mis progresos en el arte fueron visibles y un caritativo pintor de los de más fama me llevó á su taller. Fué para mí el tránsito del infierno á la gloria. Aquella era mi atmósfera. Allí podía desplegar las alas de mi fantasía, aspirar á algo y trabajar con fruto.

»Compadecido el maestro de mi mala suerte, me señaló sueldo desde un principio.

»Durante algún tiempo aprendí con tanto afán, que llegué á ser el primer discípulo de mi generoso protector, y según él aseguraba, un pintor de los mejores.

»De este modo transcurría mi juventud sin haberme permitido nunca el más ligero placer, sin conocer ni uno solo de los vicios que enloquecen á los hombres. El trabajo era todo mi afán, alcanzar la gloria el sueño de mi vida, y no me quedaba tiempo para nada más, ni quería entregarme á costumbres que detestaba.

»Una mañana, mis compañeros de estudio reían y alborotaban con las jóvenes que les servían de mode-

los, molestándome no poco, y yo pintaba con afán sin hacer caso de ellos.

»De pronto una voz, llena de dignidad y energía, dominó el tumulto, diciendo con resolución:

—»No lo haré, aunque me maten.

»Aquella voz tenía yo no sé qué de dulce y tierno, de imponente y seductor, que me hizo estremecer y arrancó el pincel de mis manos.

»Miré hacia el sitio de donde había salido la voz. En el centro de la habitación, una encantadora joven de hechicero rostro, finas maneras y altivo continente, rechazaba con enérgico ademán á la turba de calaveras que la asediaba, y parecía buscar amparo con sus hermosos ojos, á la vez húmedos é irritados, cual si la dignidad y el terror lucharan en su alma.

»En la frente de aquella joven resplandecían la pureza y la virtud; de todo su ser se desprendía un poderoso é irresistible atractivo.

—»Yo necesito que me sirvas de modelo para una Venus—decía uno.—¡Ea, basta de escrúpulos!

—»Repito que no lo haré—exclamaba ella.

—»¿Cómo lo evitarás?

—»Marchándome.

—»Ni lo pienses, linda gacela. Tú no sales de aquí.

»Y todos la rodearon para evitar su fuga.

—»¡Atrás!— gritó la joven.—¡Dios mío!— añadió angustiada.—¿Dónde me he metido? ¿No habrá un buen corazón que me libre de estos... insensatos?

»Sus aterrados ojos se fijaron en mí. Yo sentí algo

que encendía mi sangre y me impulsaba hacia ella. Corrí á su lado. Derribé de un puñetazo al atrevido que ponía ya su mano en aquel esbelto talle, aparté bruscamente á los demás, puse en mi brazo la blanca mano de la perseguida joven y la saqué de allí sin pronunciar una palabra, dejando atónitos á mis compañeros.

»Una vez en la calle, me dijo con lágrimas en los ojos:

—»¡Gracias, mil gracias, caballero! Debo á usted uno de esos favores que no se olvidan nunca.

—»No he hecho más que cumplir con un sagrado deber, señorita—repuse.—Mas ¿cómo se encontraba usted ahí? ¿Sabe usted qué clase de mujeres son las que frecuentan los talleres?

—»Lo ignoraba. Ahora lo he comprendido.

—»Ya lo imaginaba.

—»Hace días que estoy sin trabajo; mi padre, anciano y enfermo, tenía hambre..., salí á pedir una limosna y un caballero de venerable aspecto me dijo: «Hija mía, si quiere usted ganar un jornal, pásese mañana por mi casa,» y me dió las señas. «Dígame usted antes qué trabajo se me pide,» contesté. «Poca cosa; sólo que se preste usted á que reproduzcan con el pincel su bello rostro.» Aquel señor inspiraba confianza; la petición me pareció sencilla, tenía necesidad, y accedí. Pero en el taller me encontré con una turba de... jóvenes que me asediaron con sus groseros piropos y que pretendían que me aligerara

de ropa para servirles de modelo. ¡Qué rato más horrible! Gracias á usted he salido bien del lance. Toda la gratitud de mi alma será poca para premiar su generosa protección.

»Yo me deshice en cumplidos y la acompañé hasta su casa, quedando en volver al día siguiente para satisfacer los vivos deseos que la joven manifestaba de presentarme á su padre como su salvador.

»Cumpliendo lo ofrecido, volví al día siguiente.

»El padre de mi protegida era un venerable anciano imposibilitado, á quien reveses de fortuna habían lanzado de casi la opulencia á la miseria. A la sazón no tenía más amparo que su hija, la cual utilizaba para ganar el sustento los adornos adquiridos en su brillante educación.

»La simpatía que por ella sentí desde el primer instante, aumentó al conocer sus bellas prendas.

»Deseoso de serle útil, la proporcioné trabajo en una tienda y mis visitas menudearon hasta hacerse diarias.

»Yo no me daba, sin embargo, cuenta de la clase de sentimientos que hacia la encantadora joven me arrastraban.

»Completamente extraño á las lides amorosas, en absoluta ignorancia de los afectos y pasiones que agitan el corazón, creía estimarla y la adoraba. Iba todos los días, la admiraba, era feliz á su lado, me embriagaba en la mirada de sus hermosos ojos..., pero todo lo creía efecto de una tierna y pura amistad. Un pe-

queño incidente, una sola palabra, bastó á descorrer el velo de mi ignorancia.

»Una tarde estábamos Eloísa y yo asomados al balcón de su casa. Pasó por la calle un elegante mirándola con insistencia.

—»Ese — me dijo ella señalándole — es un millonario que me pretende con empeño.

»La calle giró en mi rededor haciendo vertiginoso remolino; la sangre se me convirtió en ardiente lava; mis oídos zumbaron, y debió descomponerse de una manera terrible mi semblante, á juzgar por el susto de Eloísa.

—»¿Qué es eso, amigo mío? — exclamó alarmada, — ¿qué tiene usted?

—»Nada, Eloísa, un vahido; ya pasó.

»Pero mi corazón latía con tal fuerza que tuve que despedirme temiendo que me vendiera.

«¿Qué es lo que siento? — me preguntaba alejándome de ella. — ¿Por qué se ha conmovido todo mi ser?» Y penetrando en lo más oculto de mi fuero interno, en el rinconcito del alma donde se ocultan esos pequeños secretos del corazón que ni á nosotros mismos quieren mostrarse, lo comprendí todo. Me había picado la víbora de los celos, y como no hay celos sin amor, deduje que amaba con toda mi alma á Eloísa.

»Aquí empezaron las dudas, las luchas, las vacilaciones. ¿Tenía yo derecho á esperar que aquella criatura superior y por todos estilos perfecta se enamorara de mí, pobre, feo, obscurecido?

»Y aun suponiendo que se realizara tan raro fenómeno, ¿debía yo permitir que renunciara por mí, que nada tenía, al brillante porvenir que le ofrecía un hombre rico?

»El delicado instinto de Eloísa la hizo comprender lo que por mí pasaba; su clara inteligencia la inspiró el medio de ir destruyendo mis escrúpulos sin descubrirse y de poner ante mis ojos el tesoro de su ternura. Conocí al fin que me amaba, la confesé mis sentimientos y el cielo se abrió para nosotros.

»Al ser amado por aquel ángel me pareció que ante mis ojos se presentaban nuevos horizontes, me creí capaz de alcanzarlo todo, y por primera vez en mi vida sentí la embriaguez de la dicha.

»Eloísa era aún más pobre que yo, sufría infinitas privaciones; yo hubiera dado la mitad de mi vida por hacerla mi esposa y mejorar su situación con mi trabajo; pero mi madre merecía más que nadie mi solicitud... Pospuse la pasión al deber como le venía posponiendo los desahogos de la juventud, y vi sufrir uno y otro día á la mujer idolatrada sin poder aliviar su triste suerte.

»Tan doloroso martirio tuvo al fin su término por haber obtenido, tras reñida oposición, una pensión en Roma.

»Mi alegría fué inmensa. Ya me veía en camino para alcanzar gloria y fortuna.

»Pero estaba escrito que mis escasas satisfacciones habían de ser amargadas por crueles dolores.

»Unos días antes de mi partida, mi madre enfermó, y en pocas horas, sin agonía, rindió el espíritu en mis brazos con la serena resignación de una santa, sonriendo, bendiciéndome y pidiendo á Dios por mí.

»Cumplidos los últimos deberes, me encontré en la soledad horrible de la orfandad, sin más consuelo que el amor de mi Eloísa.

»Ella reanimó mi abatido espíritu, y tuve que apelar á toda la energía de mi alma para dominar la pena que me devoraba y marchar con el corazón lleno de la amargura del presente y las esperanzas del porvenir.

»Algunos meses en la capital cuna de las bellas artes me bastaron para crearme un modesto pasar, conseguido lo cual me apresuré á volver á Madrid por mi Eloísa.

»Su padre había muerto; nos casamos lo más pronto que fué posible, y ambos volvimos á Roma, de donde hemos regresado hace un año.

»Desde que me casé he alcanzado fama y provecho, pero no ha sido sin lucha ni sin sufrir las contrariedades del destino y los torpes manejos de los hombres.

»Ahora soy tan feliz, que me asusta mi propia ventura por temor de que se evapore, y me atormenta la idea de perder á ese ángel de luz.

»He ahí los detalles y peripecias de mi triste historia.»

IV

Jorge quedó un instante meditabundo.

— Mucho has debido sufrir — dijo por fin.

— Mucho, sí. Pero en mis luchas por la vida, como en mis grandes desgracias y las borrascas de mi alma, he tenido siempre una íntima satisfacción que templaba mis pesares: era la seguridad del deber cumplido, era el orgullo de poder decir, repasando todas mis acciones: «He llenado mi misión sin mancharme ni desfallecer. Soy digno de llamarme hombre.»

— Tienes razón — repuso Jorge, — esa satisfacción no se compra con todo el oro del mundo. En medio de tu pobreza has sido útil á tu patria con tu genio artístico, á tu madre dándole la subsistencia con el sudor de tu frente, á tu esposa haciendo su dicha... Debes estar orgulloso.

— Bien; pero dime ahora...

— ¿Lo que he sido yo? El polo opuesto. Tú careciendo de todo recurso has hecho mucho bien. Yo teniendo el oro á manos llenas no he servido para nada bueno, ni aun he sabido hacer mi propia ventura. En cambio, he llevado la desgracia y la deshonra al hogar de muchas familias.

— Me parece que exageras, amigo mío.

— No tal; digo la verdad. ¿Quieres conocer mi historia? No la tengo. Es la insulsa novela que ves reproducida todos los días por los que son tan ricos de

dinero como pobres de corazón. Gozar hasta no poder más, hacer de cuanto me rodeara escabel de mis placeres, era mi lema. Mi programa, representar el primer papel en la comedia del mundo.

«Cuando perdí á mi padre, quedé dueño de sus millones y libre, porque mi madre se retiró á su provincia nativa.

»Imposible explicarte al detalle la loca existencia á que me entregué. Todos los vicios me dominaron á la vez. Todos los amores se disputaron mi corazón.

»Tan variable condición me valió algunos disgustos y no pocos lances, que aumentaron mi prestigio por haber tenido la suerte de salir vencedor en todos ellos.

»Convertido en el *temible* de los salones, en el hombre de moda, ¡quién me resistía! Mi capricho triunfaba siempre, lo cual me hizo formar tristísima idea de mis prójimos, y aún peor de mis prójimas.»

– Lo comprendo – interrumpió Carlos. – Has buscado á la mujer entre el fango, y crees que todas son como las que en él se agitan.

– ¿Tú no lo crees?

– No, por cierto. Tengo en mi casa la prueba. Además, he conocido otras muchas jóvenes intachables.

– ¡Bah!

– Créeme, Jorge. La fortuna y la ociosidad, casi siempre unidas, cubren vuestros ojos de un espeso velo á través del cual veis al mundo tan negro y á los hombres tan pequeños.

Jorge se encogió de hombros sin responder.

— «En fin — continuó, - sea lo que fuere, el caso es que he vivido un siglo en tan pocos años, y en uno de esos intervalos de cansancio y fastidio en que todo aburre, se me ocurrió casarme por hacer algo nuevo, por distraerme.

»No tardé en conseguirlo, y llevé al altar á una linda joven de buena familia, que me encantaba por su viveza y coquetería. Durante algunos meses me dediqué con ardor al papel de buen marido, hasta que despertaron con nueva fuerza, por la tregua observada, mis instintos de calavera, y me lancé de nuevo á la vida alegre.

»Mi esposa se indignó primero, lloró después, y por último tuvo que resignarse. Al presente me deja en completa libertad, y ella la disfruta á su vez.

»Conozco que, á pesar de su ligereza y coquetismo, podía haber hecho de ella una mujer de provecho, una esposa modelo. Pero... ¿qué quieres? Yo no sirvo para maestro. No he intentado mejorarla ni puedo hacerla dichosa.

»Como comprenderás, esta existencia de... trueno cuesta mucho dinero, y mi fortuna está tan mermada como agotada mi salud y abatido mi espíritu. Hoy, aumentar el capital que me resta es mi mayor preocupación; pero como no entiendo de eso, lo he realizado casi todo y colocado en una casa de París que da más interés que el papel del Estado en España.»

—Ten cuidado en donde pones tu capital—dijo Carlos.

—Es una casa muy acreditada.

—¿Me presentarás á tu esposa?

—Imposible, amigo mío. Está una temporada con sus padres en Andalucía. ¿Y á tu Eloísa podré conocerla?

—En cuanto quieras. Le proporcionarás un placer.

—Mañana mismo iré á ver al matrimonio feliz.

—Hasta mañana, pues.

—Adiós.

. . . .

V

Cuatro días después, una feliz pareja recorría la cuesta de la Vega con dirección al campo del Moro, deteniéndose de cuando en cuando para aspirar el aire del campo y echar una ojeada sobre el bonito panorama que á sus pies se extendía. Ella era bellísima, aunque muy pálida y de aspecto tan delicado, que revelaba una salud poco sólida. A él ya le conocemos, era Carlos Verger, que, poco tranquilo respecto á la salud de su esposa, la hacía pasear por el campo, deseoso de mejorarla.

Iban estrechamente unidos del brazo y sus amantes ojos se buscaban como si aún se encontraran en la luna de miel.

—¡Qué hermoso es todo esto!—decía ella.—Aquí

se ensancha el ánimo y se respira con más desahogo.

— Por eso te he traído, vida mía. Este es el punto de vista más pintoresco de Madrid. Aquí no hay bullicio, pero el alma se recrea en la contemplación de tan hermoso paisaje, y su relativa soledad nos hace olvidarnos de las mentiras de la corte para gozar en las verdades de la naturaleza.

— Mira — dijo Eloísa sonriendo; — así agarraditos del brazo, parecemos dos novios en día de asueto.

— ¡Bah! — repuso él no menos sonriente. — ¿Qué vale el amor de esos novios que parecen tan enamorados, comparado con el nuestro? Yo te quiero mucho más que cuando nos casamos.

— Yo creo que te amaba aun antes de conocerte.

— Nuestro amor ha pasado por todas las pruebas sin perder un átomo de su intensidad: él ha sido el faro de bonanza de mi vida y te soy deudor de la dicha más completa.

— ¿Deudor tú? Calla, Carlos mío. Si eres el mejor de los hombres y el más amante de los esposos; si recibo de ti paz, felicidad, alegría; si me has dedicado tu vida entera, ¿quién es el deudor?

— Ninguno, mi bien; quedamos en paz amándonos con toda el alma.

— ¡Oh! Que venga ahora tu amigo Jorge á decirnos que el amor no existe y..., ¡que sé yo!, todos esos desatinos fruto de corazones viciados.

— ¿Y qué te ha parecido mi amigo Jorge?

— Un desgraciado de alma enferma y vacilante ra-

zón, cuyos buenos instintos han sido ahogados, primero por una perversa educación, y luego por el medio en que ha vivido, por su carencia absoluta de sentido moral.

– Lo has calificado exactamente.

Eloísa empezaba á sentirse fatigada y á quejarse de un agudo dolor en el costado.

Carlos se apresuró á proponer el regreso á su casa, bien ajeno de que tan sencillo accidente pudiera ser preludio de tremenda desgracia.

Tal es la vida. Cuando más tranquilos y seguros nos creemos, viene rápida como el rayo la terrible realidad á recordarnos que nada somos y que la dicha, si llegamos á alcanzarla, pende de frágil hilo.

La endeble naturaleza de Eloísa, quebrantada por antiguos sufrimientos, luchó poco con la enfermedad. A los dos días la pulmonía estaba declarada, y á los ocho, después de llamar inútilmente á todas las notabilidades de la ciencia, la enferma recibió los sacramentos por su propia iniciativa, y llamando después á su esposo que en la habitación inmediata procuraba reparar la alteración de su rostro, le decía:

– Mi querido Carlos, deja correr esas lágrimas que ahogadas te harán más daño, y siéntate aquí, á mi lado; quiero hacerte una recomendación.

– Di lo que quieras, Eloísa mía – murmuró Carlos con voz desfallecida.

– Quiero prepararte para el rudo golpe que vas á sufrir, porque... moriré muy pronto...

—¿Tú? —interrumpió aterrado.— ¡Deliras, Eloísa, deliras!

—¡Harto sabes que digo la verdad! Moriré muy pronto, y no te recomiendo que me olvides, porque el amor es siempre egoísta; pero sí que te resignes y que procures buscar el consuelo necesario á tu dolor.

—Tú no morirás, Eloísa; Dios no querrá mandarme tan ruda prueba tras las ya sufridas.

— Mi pobre Carlos, las lágrimas te venden: tú crees como yo que nuestro idilio ha terminado. ¡Éramos tan felices!.. Pero cuando nos reunamos allá arriba, nuestra dicha renacerá completa y sin fin. Entretanto, ¿me juras no atormentarte con inútiles extremos?

—¡Pero, por Dios!..

—¿Me lo juras?

— Pues bien, si tan horrible desgracia sucediera, sufriría con resignación mi martirio.

—Así te quiero, dueño de ti mismo como has sido siempre; acatando en todas ocasiones la voluntad suprema. Te suplico que después de... mi partida, pienses en mí sin amargura, con el consuelo de quien recuerda á una persona querida ausente accidentalmente y á quien va á ver en plazo no lejano.

Carlos no fué ya dueño de contener su dolor al oir las tiernas palabras de aquel ángel. El llanto corrió por su descompuesto rostro, y arrojándose al cuello de su esposa, la cubrió de besos y de lágrimas.

Un sacerdote presenciaba inmóvil y conmovido tan desgarradora escena.

– Padre mío – dijo la moribunda desprendiéndose de los amantes lazos que la oprimían y señalando el lado derecho de la cama, – usted aquí. Tú á este otro lado – dijo á su esposo.

Su voz se debilitaba por momentos.

Oyó algunos minutos las exhortaciones del sacerdote, sonriendo cada vez más dulcemente. Luego murmuró:

– Padre mío, ore usted por mí. Carlos, no me olvides. Hasta... el cielo.

Cerró los ojos como un niño que duerme y su alma purísima se elevó al cielo.

– ¡Hija mía! Ya no es de este mundo – dijo el sacerdote.

– ¡Lo temía hace mucho tiempo! – exclamó el desgraciado esposo. – Era un ángel y debía volver á su patria. Pero yo... ¡Oh Dios mío, Dios mío!

Cayó de rodillas junto al lecho, y sepultando en él su dolorida cabeza dejó correr el llanto que le ahogaba.

VI

El último consuelo de los desgraciados es buscar en aquello mismo que exacerba su dolor algo que lo mitigue, á semejanza del enfermo que alivia su mal con el propio veneno que al sano mataría.

Carlos buscaba ese inexplicable y triste consuelo junto á la tumba de su santa esposa aún no cumplidos los ocho días que en ella reposaba.

Nadie hubiera podido reconocer en aquel ser vacilante y demacrado, que cual fantasma viviente arrastraba su tardo paso por las sombrías calles del cementerio, al esbelto y alegre joven que una quincena antes hemos visto pasear dando el brazo á su feliz compañera.

El sufrimiento más horrible, el dolor en su último límite se revelaba en toda su persona.

Llegó al fin lentamente al último lecho de su adorada Eloísa; arrodillóse sobre la blanca lápida; besó el nombre querido en ella estampado, y entre desgarradores sollozos la habló cual si pudiera contestarle.

Entretanto, en la inmediata calle, formada de altos cipreses, todo era bullicio y movimiento, como si acabaran de enterrar á algún personaje.

El nombre de Jorge de Altamira, pronunciado por los del acompañamiento, sacó á Carlos de su profunda abstracción. Prestó oído.

—¿Quién había de pensar antes de anoche—decía uno—que ese pobre Jorge moriría tan pronto?

—¡Él también!—murmuró Carlos con amargura.—Todos se van y sólo yo quedo siempre.

—Y lo más inesperado—añadió otro—es que haya muerto suicidado.

—Pues no tiene nada de extraordinario—replicó un tercero.—Declarada en quiebra la casa de banca en que había puesto casi toda su fortuna, quedaba reducido á una humilde medianía, y ha preferido la muerte á la pobreza.

– Perdido todo, ¿qué le restaba? Lo que ha hecho: morir con valor.

– Es verdad – dijeron á coro, á manera de oración fúnebre, al marcharse. – Ha muerto como un valiente.

Carlos se alzó de un salto al oir aquello.

– ¡Valiente! – exclamó con extravío, – ¡un valiente! ¿Dónde está, pues, el valor? ¿En el que huyendo de los trabajos de la vida busca el reposo de la muerte, ó en el que vive muriendo y, aborreciendo la vida, la conserva? Si para ese mundo frívolo y vano es un ser superior el hombre que tras una vida de placeres se mata á la primera contrariedad que experimenta, ¿qué somos nosotros, los pobres hijos del infortunio, que soportamos con entereza todos los sinsabores de la existencia por cumplir el mandato que de la vida nos hace Dios?

– Sois para el mundo de los necios unos mentecatos. Para los hombres de corazón y recta conciencia, los verdaderos héroes de la vida – repuso un anciano de frente de sabio y aspecto venerable, que las exclamaciones de nuestro amigo había oído.

Y sin transición añadió:

– No consiste el valor en saber morir por no sufrir, sino en saber sufrir sin morir. Todos traemos á este mundo una misión que realizar; el que la lleva hasta el fin, sin retroceder ante los dolores que soporte, ese es el hombre fuerte, ese es el hombre perfecto. Unos cuantos seres extraviados aplauden á Jorge, que después de experimentar todos los goces, ha coronado

su inútil vida con un crimen. Pero usted que ha demostrado la fortaleza de su alma luchando y sufriendo, siguiendo sin vacilar la triste ruta de sus dolores y practicando la virtud, alcanzará la estimación y el respeto de todos los hombres justos.





Con rápido ademán se despojó de la careta

LA HORMA DE SU ZAPATO

I

Unidas desde que tuvieron uso de razón por estrecho lazo de ternura, siempre juntas en el colegio donde ambas se educaban, confiándose sus pequeñas alegrías y sus ficticios pesares, amándose como hermanas, Anita y Celia se completaban, aunque eran muy diferentes, y quizá por eso componían una sola alma y un solo corazón, obedeciendo á la misma ley física que hace brotar la chispa de dos electricidades contrarias.

Las dos se encontraban en esa edad en que el án-

gel pliega sus alas para atravesar el estrecho puente que separa la infancia de la pubertad.

Anita, alta, morena, de turgentes formas ya casi en completo desarrollo, acentuados rasgos fisonómicos, y ojos negros, intensos, de tal elocuencia en la mirada, que ni la pluma ni el pincel podrían dar idea de su expresión.

Celia, de la misma estatura, pero rubia, delicada, de finísimas facciones y ojos celestiales.

La primera, risueña, alegre y resuelta, representaba la atrevida malicia. La segunda, sencilla y tímida, era el símbolo más perfecto de la inocente candidez.

La morena Anita tenía quince años y era una mujer en todo. La rubia Celia contaba diez y seis y era niña en cuerpo y alma.

En una hermosa tarde de mayo, mientras las otras niñas se entregaban en el jardín del colegio á toda clase de juegos, carreras y violentos ejercicios, las dos inseparables paseaban como siempre juntas y solas por una ancha calle de árboles.

El gracioso diablillo sonreía y el serafín lloraba.

– Pero ¿por qué lloras, tontísima? – exclamaba la morena.

– ¡Ay! ¡Dentro de un momento nos separaremos para siempre! – respondía Celia con un suspiro.

– ¡Para siempre! ¿Y por qué ha de ser para siempre?

– Porque tú te quedas en Madrid con tu familia, que te espera deseosa de hacer tu brillante presenta-

ción al mundo, una vez terminada tu educación, y yo me voy al rincón de mi provincia, donde sólo me aguardan los cuidados de un padre anciano. El destino nos separa, Anita.

—Y el destino nos reunirá otra vez, Celia. El tiempo es una inmensa rueda que en su continuo girar unas veces separa lo que otras reune. ¿A qué pensar siempre en cosas tristes? En mi corta experiencia ya he observado que el mundo busca siempre la alegría y huye del dolor. Reir es mi propósito.

—Y quizá llorar mi destino.

—¡Vamos, vamos, doña *Augurios*, no te desanimes, que yo estoy segura de que tu lindo palmito es nuncio de suerte y garantía de felicidades!

Una dulce sonrisa iluminó el lloroso semblante de la rubia niña, como sol en día de lluvia.

—¡Mi palmito!—exclamó con gracioso mohín, entre risueño y triste.

—Mira, si yo fuera hombre, te amaría con locura y correría á pedir tu mano á tu padre.

Celia soltó por fin la carcajada, diciendo:

—¡Pero como no lo eres! No creas que en tal caso te desairaría; tu gracia, animada y resuelta, y esos hermosos ojos que tanto amo hubieran sido mi delirio.

—No faltarán otros que pretendan serlo. ¡Ya verás qué sorpresa tan agradable la mía cuando, pasados algunos años, me anuncien un día una visita! Salgo, y me encuentro á mi Celia con un apuesto joven, su marido.

—¡Bah! ¡Qué cosas tienes, Anita!

—No te apures, que yo te recibiré rodeada de angelitos, unos morenos y otros rubios.

Las dos se echaron á reir alegremente.

Su hilaridad fué interrumpida por la sonora voz de una camarista, que les dijo:

—En la sala de visitas esperan á la señorita Ana.

Como por encanto cesaron las risas y las dos palidecieron. Había llegado el terrible momento de la separación. Un instante después Anita y Celia se abrazaban una y otra vez con febril vehemencia, y entre besos y sollozos cambiaban los últimos juramentos de eterna amistad.

—¿Me olvidarás, Anita, en ese mundo de fiestas y placeres?

—Nunca, nunca; te lo juro. Dondequiera que nos volvamos á encontrar, seré siempre tu hermana del alma.

—¡Adiós, Anita de mi vida!

—¡Adiós, mi querida Celia!

Y el coche partió llevándose á Anita, que ocultaba su emoción tras el pañuelo, mientras la superiora recibía en sus brazos á Celia sin conocimiento.

II

En la elegante morada de Anita, un lujoso hotel de la Castellana, se preparaba siete años más tarde un fausto acontecimiento. Todo era animación y ale-

gría en la casa; el alma de ella, la alegre morena que conocimos en el colegio, se casaba muy pronto y á gusto de todos.

La niña que tanto prometía entonces, era á la sazón una espléndida realidad, una joven de veintidós años en todo el desarrollo de sus encantos físicos, sus gracias seductoras y excelentes condiciones morales, mujer de talento y artista notable. Correspondió al amor de un joven y ya acreditado abogado que era el tipo de su soñado ideal: rubio, de expresivos ojos azules y poblada barba, cuidadosamente recortada; él la adoraba, y la inteligencia fué rápida, la dicha completa.

Los dos enamorados habían empleado la tarde en colocar sobre mesas y tableros las prendas del lujoso *trousseau* y los numerosos regalos, para que fueran á admirarlos las amigas, y ya fatigados, descansaban en cómodas butacas.

– No te quejarás de los regalos – decía él; – todas tus amigas te han dedicado un recuerdo de gusto y de valor.

– Todas no, Enrique; me falta el de la amiga que más he querido, el de mi hermana de colegio.

– ¿Y cómo es eso?

– Hace más de tres años que no sé de ella. En estos felices instantes la recuerdo con tristeza y pienso en sus dolorosos presentimientos.

– Probablemente se habrá casado y no se acuerda de ti – le dijo, deseoso de apartar de aquella serena frente la inoportuna nube.

—¿Ella olvidarme? ¡Imposible!

—De todos modos, y ya que nada puedes remediarlo, deja eso, Anita mía, y pensemos en nosotros, en nuestro amor, en nuestra dicha.

Anita, contra su costumbre, estaba seria, quizá por efecto del recuerdo evocado.

—Dime—exclamó de pronto,—¿á cuántas mujeres has amado?

—A ti en ideal, á ti en realidad, á ti antes y después y siempre—respondió sonriendo.

Anita movió la cabeza con ademán de duda.

—No es posible, no lo creo. Mira, tú ya conoces mi carácter firme y resuelto, y sabes que todo lo perdono menos el engaño y la mentira.

—¿Qué quieres decir con eso?—preguntó palideciendo.

—Que quiero conocer el pasado del hombre á quien entrego mi vida; que quiero saber tus relaciones anteriores.

—No las he tenido. Tú eres mi pasado, mi presente y mi porvenir.

Anita clavó sus negros ojos escrutadores en los azules de él, y tras una pausa añadió:

—Quizá mi empeño sea una curiosidad importuna, no lo niego; pero es más la medida de tu confianza. Yo la tengo en ti completa, absoluta, ciega; ¿por qué no tenerla tú lo mismo?

—La tengo, vida mía, no lo dudes—afirmó él con persuasivo acento.

— Pues entonces, Enrique mío, dime la verdad. No temas que me moleste; yo creo que así como el hombre debe desear ser el primer amor de su mujer, la mujer debe contentarse con ser el último amor de su marido. Como ya te he dicho, lo único que me ofende es el engaño, lo que no perdono es la mentira.

Enrique hizo un movimiento de impaciencia.

— Te repito — dijo — que no he amado, amo ni amaré á nadie más que á ti.

— ¿Lo juras por tu honor?

— Por mi honor lo juro.

Anita lo miró otra vez; su mirada era tan franca, tan sincera, tan amante, que todas sus dudas se desvanecieron.

— Te creo, te creo — exclamó con ternura; — es tal mi fe en ti, que nadie en el mundo podría hacerme dudar de tu palabra; pero si me engañaras...

— ¿Qué harías? — preguntó curioso.

— No sé si odiarte ó despreciarte. Más bien lo último.

Un ligero estremecimiento recorrió la epidermis de Enrique, pero contestó con tierno acento:

— Tranquilízate, mi adorada visionaria, que nada de eso sucederá. Te amo como jamás hombre alguno amó á la elegida de su corazón, y sólo pienso en hacerte tan dichosa, que nunca esos importunos temores turben ya más tu acostumbrada alegría.

De la intensa mirada de ambos brotó esa chispa que jamás los sabios sabrán definir, ni los artistas co-

piar; esa chispa misteriosa que lleva en sí todo el fuego de dos corazones y hace de dos almas una sola, y un estrecho apretón de manos puso fin al tierno diálogo de los futuros esposos.

Al obscurecer, Enrique se había ido á comer y Anita recibía los trajes de la modista.

En la semiobscuridad de la habitación miraba los trajes sin ver. De pronto la estancia se ilumina, la gran señora y la modista se hallaron frente á frente, y ambas dieron un grito y retrocedieron pálidas de asombro y de emoción. La primera abría los ojos, no creyendo lo que veía; la segunda aguardaba con los suyos llenos de lágrimas y en triste actitud.

El traje se desprendió de las manos de Anita y rodó sobre la alfombra, mientras la noble joven estrechaba entre sus brazos á la modesta obrera, repitiendo:

—¡Celia, Celia! ¡Por fin te encuentro, por fin te vuelvo á ver!

Durante algunos instantes no se oyó más que ruido de besos, las alegres exclamaciones de Anita y los sollozos de Celia.

III

Pasados los primeros transportes de ternura, y después de contemplarse con cariño una á otra, se sentaron las dos amigas con las manos enlazadas.

—Sí—pudo al fin articular Celia, temblorosa aún

de emoción, – me vuelves á ver, ¡pero en qué estado tan diferente del que soñabas!

Anita la examinaba asombrada.

– En verdad que no acierto á comprender tal cambio. Tu padre era un acomodado propietario de Asturias. ¿Cómo has llegado á este extremo?

– Mi padre murió después de grandes pérdidas y grandes pesares. Soy muy desgraciada; pero todo lo he merecido.

Anita abrió desmesuradamente los ojos.

– ¿Tú, tú? – exclamó.

– Yo, sí.

– ¿Estás loca?

– ¡Ojalá! La locura es á veces el descanso. Te suplico que no te ocupes en mí y me hables de tu dicha. Según veo, te casas muy pronto.

– Así es. Pero la felicidad no tiene historia. Tú eres desgraciada y tengo el derecho de conocer tus penas, el deseo de compartirlas y el deber de remediarlas á ser posible.

– ¡Oh, Anita, remediarlas! Tu generoso deseo es tan imposible como escalar el cielo.

– ¡Quién sabe! Abre, mi querida Celia, tu corazón á tu hermana del alma. ¿Has amado?

Encendido rubor subió al rostro de la dulce Celia.

– Con locura y con desgracia – dijo.

– ¿Era indigno de ti?

– ¡Un miserable!

Las lágrimas nublaron los hermosos ojos de Anita.

Celia bajaba los suyos y se encerraba en su dolor, como quien prepara una dolorosa confesión.

—¿Te engañaba?—preguntó Anita, vacilando ante el temor de avivar dolorosos recuerdos.

—Eso hubiera sido un desengaño nada más, y te hablo de dolores incurables y de recuerdos que matan. Escucha—exclamó de pronto resuelta.—Mi padre se oponía tenazmente á nuestras relaciones por temor á que algún día lo dejara. Él, indignado, herido en su amor propio, me comunicó su rencor; me persuadió de sus honradas intenciones, de su profundo amor, y enloquecida, fascinada, sólo á él vi en el mundo, sólo en su amor pensé. Apoyada en su brazo dejé un día mi casa para buscar la bendición de un sacerdote en la iglesia y en su hogar la dicha. Pero todo era mentira. El miserable me dió su amor y me negó su nombre.

—¡Pobre Celia!

—Yo era demasiado honrada para consentir en pasar de víctima á manceba—continuó con febril vehemencia.—He sido una insensata, pero nunca seré una mujer despreciable. Vilmente engañada, perdidas todas mis ilusiones y huérfana ya, me vine á Madrid, donde nadie me conocía, á ganar trabajando mi triste subsistencia y á llorar mi desgracia. No quise buscarte por no turbar tu dicha con mi dolor. Hoy he venido sin saber que era esta tu casa.

—Sólo hace un año que vivimos en este hotel que compró mi padre. Pero tú debiste buscarme; para es-

tos casos es la amistad, Celia mía. Hoy te quiero más que nunca, y si otra cosa no puedo, procuraré alejar de ti el terrible recuerdo que te mata.

Celia se arrojó llorando en los brazos de su amiga.

– ¡Olvidar! – articuló tras una pausa, limpiando sus lágrimas. – ¡Ni aun ese consuelo tengo!

– ¿Amas todavía á ese hombre?

– No sé si le amo ó si le odio. Enrique es de esos hombres á los que se puede adorar ó aborrecer; pero nunca olvidarlos.

– ¿Enrique has dicho? – preguntó Anita con extrañeza.

– Sí, ese es su nombre.

– ¡Qué coincidencia! – añadió sonriendo. – Enrique se llama también mi prometido, el hombre más bueno y leal que existe.

– Enrique... ¿qué? – interrogó la pobre joven, asaltada por terrible presentimiento.

– Enrique de Ampudia.

Celia dió un salto en su asiento y quedó de pie, pálida, trastornada.

– ¿Es abogado? – articuló con débil voz.

– Sí.

– ¡Oh! ¡Anita, Anita, qué ruda prueba nos manda Dios!

– ¿Por qué? ¿Qué quieres decir? – exclamó ya alarmada.

– Que temo que tu Enrique y el miserable que me engañó sean una misma persona.

Anita palideció, pero replicó sin vacilar:

—¡Imposible, Celia, imposible! Te engaña una fatal coincidencia. Él, Enrique, que hace una hora me juraba por su honor... ¡Qué desatino! Vas á convencerte ahora mismo de tu error y á tranquilizarte; yo estoy tranquila, no dudo.

Pero á pesar de su certeza sus manos temblaban al abrir un lujoso *bureau* y sacar de él un retrato que presentó con febril precipitación á Celia, diciendo:

—Mira y convéncete. Este es mi prometido.

Celia miró y su palidez se hizo lívida, sus dientes chocaron impidiéndola hablar.

—Y bien, ¿qué dices? Habla—gritó impaciente.

Celia no pudo contestar, las palabras se ahogaban en su garganta.

—¿Es él, es él?—preguntó con angustia.

—Sí, mi pobre Anita.

La noble joven quedó extática, inmóvil, helada, como si por un instante la sangre hubiera dejado de circular por sus venas. Sus pupilas se cristalizaron y sus yertas manos chocaron en convulsivo temblor.

Celia tuvo miedo de que durara aquel estado cataléptico, y estrechándola entre sus brazos devolvió á fuerza de besos el color á aquel rostro de mármol, mientras decía:

—Anita, Anita mía, no me desprecies tú también, no me maldigas.

—A ti, no—dijo con voz ahogada, luchando por dominar su violenta emoción;—tú has sido la víctima. A

él, que mentía al jurarme como te mintió á ti antes, á él sí. Pero no creas que yo me contentaré con llorar y gemir como tú, no. Juro vengarte y dejarle memoria de mí.

—¿Qué vas á hacer?

—No lo sé, el golpe ha sido demasiado rudo para que pueda pensar. Dame un abrazo y vete; necesito reponerme y meditar; vuelve mañana.

Las dos jóvenes se abrazaron de nuevo estrechamente y Celia salió de allí aún más desgraciada que antes.

Anita oprimió con ambas manos su corazón, como si temiera que saltase.

—¡Calla, calla!—gritó;—no salgáis de ahí, bastardos sentimientos de celos y de odio, que mi voluntad os ahogará al nacer. ¡Mi amor ha muerto hoy y mi dignidad le pondrá la losa funeraria! ¡Yo no puedo amar al miserable seductor de Celia!

IV

Al día siguiente no quedaba de la violenta tempestad que rugía en el pecho de Anita más signo exterior que el brillo febril de la mirada y la intensa palidez del rostro. Más animada aún que de costumbre recibió á su futuro, cariñosa y expresiva como siempre. Pero su padre dijo á Enrique que había sabido de él historias pasadas, que de ser ciertas elevarían su fama de Tenorio á costa de su buen nombre de

caballero y hombre honrado, y que deseaba aplazar la boda á fin de que Anita pudiera reflexionar y decidir con acierto, para lograr lo cual, libre de toda influencia, le rogaba suspendiera por algún tiempo sus visitas.

Enrique protestó indignado.

—¿Y tú crees esas absurdas calumnias?—preguntó luego á Anita.

—¡Yo!—contestó con aplomo.—Teniendo tu palabra de honor, hubiera sido ofenderte. Estoy tan segura de tu pasado como de tu amor.

—¿Y me amarás siempre?

—Todo cuanto mereces. No te apure este contratiempo, yo no te retiro mi palabra; será un aplazamiento, nada.

Enrique salió tambaleándose, el corazón le latía y sus sienes estallaban, porque entonces era sincero, amaba á Anita con la doble fuerza de la pasión y el interés.

No volvió á visitar á su amada, pero desde entonces se comunicaron por el balcón y por escrito.

Enrique se desesperaba cada día más, temiendo se le escapara la mujer encantadora y el pingüe dote, y apremiaba para poner término á aquella situación. Anita calmaba su impaciencia prometiéndole aprovechar la primera ocasión favorable.

Ésta no tardó en presentarse. Anita le escribió:

«La circunstancia de aproximarse el Carnaval nos es muy favorable, y pienso aprovecharla, Enrique mío.

Mañana es el baile de «Escritores y Artistas» en el Real; no faltes á él. Allí resolveremos nuestra suerte futura. Mi doncella y yo llevaremos capuchones de seda negra con lazos blancos. Hasta mañana.»

Enrique se consideró feliz, besó muchas veces el amoroso billete y bendijo otras tantas la resolución de su amada.

La noche designada, apenas eran las doce cuando ya se paseaba vestido de rigurosa etiqueta por el soberbio salón del teatro Real, sin fijarse en el brillante aspecto que ofrecía, deslumbrador de luces, de lujo, de animación y alegría, sin ver nada.

Se abría paso con trabajo por entre la apiñada y elegante concurrencia, buscando ansioso sus dominós de negro con blanco sin encontrarlos.

Cuando empezaba á darse á todos los diablos divisó á lo lejos dos máscaras exactamente iguales, cubiertas de elegantes capuchones de seda negros y anchas cintas, caretas y guantes blancos.

Se lanzó hacia ellas con la posible celeridad, dando empellones, que le valieron duros apóstrofes, y una vez ante las que con tanto afán buscaba, se detuvo confuso. ¿Cuál de ellas era Anita?

Una de las máscaras dejó en seguida el brazo de su compañera y se asió al suyo, diciendo con su voz natural:

—Gracias á Dios que te encontramos, Enrique.

—¡Oh! ¡Gracias, gracias, Anita mía! —exclamó oprimiendo su brazo con pasión. —¡Qué feliz me haces!

— ¡Calla, imprudente! — interrumpió ella en voz baja, pero siempre sin fingirla. — ¿No ves que aquí todo se oye?

— Pues vámonos á otra parte, á un gabinete reservado, donde cenaremos tranquila y alegremente.

— A cenar, bueno, y sobre todo donde podamos hablar; pero no á gabinete reservado. Vamos al salón del *restaurant*.

— Vamos donde quieras — dijo con un gesto de desagrado.

La acompañante de Anita los siguió un instante, y luego se perdió entre la gente.

Sentados á la mesa más apartada del concurrido *restaurant*, mientras Enrique comía y bebía con excelente apetito, Anita, que no se había quitado la careta ni tocaba apenas los manjares, habló así:

— Convencida como tú, mi querido Enrique, de que la situación en que estamos no puede prolongarse más, he decidido ponerle el término natural, y todo está dispuesto para realizar nuestros deseos.

— ¿Cuándo y cómo, Anita mía? — preguntó ansioso.

— ¿Cuándo?... Esta misma noche.

Enrique hizo un movimiento de alegría.

— ¿Cómo? Vas á saberlo. Tengo tomado, amueblado y dispuesto un bonito cuarto en la calle del Arenal, que será nuestra residencia futura, y donde nos aguardan un sacerdote y tres testigos, todos antiguos amigos de mi familia y fanáticos en su cariño hacia mí.

—¡Alma de mi alma!—exclamó besando con pasión las manos de Anita.—¡Qué agradable sorpresa! Me vuelves loco de alegría. Vamos en seguida.

—Aguarda, que aún no es la hora.

—Brindemos entretanto por nuestra completa dicha, por nuestro eterno amor, con manzanilla, el dorado licor que enciende la sangre.

—No—dijo ella quitándole la botella,—la manzanilla perturba el cerebro. Brindemos con *champagne*, que es el licor de la alegría; anima y no embriaga.

—Tienes mil veces razón; ¡viva la alegría!

—¡Y viva nuestro amor!

Los dos chocaron las copas llenas del espumoso néctar una y otra vez y muchas más, con la diferencia de que Anita apenas la llevaba á sus labios, mientras Enrique la apuraba entera.

Con la doble embriaguez del *champagne* y el amor, el arrogante calavera, el seductor de Celia, se creía transportado al paraíso; con los ojos chispeantes veía tras un rosado nimbo sonreirle los lindos rostros de todas las mujeres que había amado, y entre ellas destacarse gentil y graciosa á Anita, ofreciéndole con su mano el vellocino de oro.

Por fin Anita se levantó. Los dos cogidos del brazo, ella tranquila al parecer y él radiante de alegría, gozoso y triunfante, atravesaron de nuevo el salón de baile y subieron al coche de la hermosa joven, donde los esperaba muellemente recostada la segunda máscara de capuchón negro y blanco.

V

Cinco minutos después se apeaban los tres en la calle del Arenal y subían á la elegante habitación, decorada por Anita con tanta sencillez como buen gusto y conforte. En el gabinete habían improvisado una bonita capilla adornada con flores, y en ella aguardaban un sacerdote y tres caballeros, con las luces encendidas y los almohadones en su sitio.

– Fuera esa importuna careta que me impide ver el sol de mi vida – había dicho Enrique al entrar en la sala.

– Más tarde. Ahora me importa llevarla.

– ¿Por qué?

– Luego te lo diré.

Las dos máscaras hablaron un instante con el sacerdote, arreglaron los últimos detalles y todos se arrodillaron. Junto á la novia, la del capuchón como madrina; junto al novio, uno de los caballeros oficiando de padrino, y los otros dos como testigos.

Enrique continuaba entregado á sus alegres ideas y dirigía chistes picantes á su padrino, que en voz baja lo animaba y excitaba con oportuno gracejo, y de todas las frases de ritual sólo oyó pronunciar al sacerdote las que le interesaban, contestando con un «sí quiero,» rápido y sonoro.

El sí de la novia fué trémulo y apagado, y después de la larga consabida epístola, á la que el novio pres-

tó tanta atención como á lo anterior, el párroco les dedicó una sentida plática, recomendándoles el mutuo amor y la fidelidad á sus respectivos deberes.

Durante la ceremonia, Enrique hizo varias veces ademán de quitar á la novia el antifaz; pero siempre fué contenido por el padrino, que le decía:

—¡Dejad á cada cual con su capricho!

Terminado el desposorio, las dos mujeres se abrazaron con tierna efusión.

Los hombres estrecharon la mano de Enrique, y todos se alejaron.

La joven enmascarada que iba la última, al atravesar la segunda puerta, volvió hacia la sala su mirada acerada y sarcástica, y dijo entre nerviosa y risueña:

—¡Has encontrado la horma de tu zapato, mi bello Tenorio! ¡Esta vez no serás tú quien ría el último!

Los novios habían quedado frente á frente, ella inmóvil como una estatua, él contemplándola amoroso.

Ebrio de felicidad, alargó la mano para quitar delicadamente la careta á la que ya era su esposa; pero ésta hizo un brusco movimiento y con rápido ademán se despojó de la careta y el capuchón, apareciendo la rubia Celia, elegantemente vestida de negro; la blancura mate de su rostro resaltaba sobre el negro vestido, que la embellecía infinito.

Enrique lanzó una exclamación de asombro y retrocedió hasta la pared. Por un instante no pudo hablar; contemplaba rojo de rabia aquella extraña aparición que surgía del pasado, como evocada por un

mago, y clavando sus uñas crispadas en el respaldo de una butaca, articuló con voz ronca:

—¿Qué significa esto, señora?

—Sencillamente, que acaba usted de aceptarme por esposa y darme su nombre.

—¿Quiere usted burlarse de mí?

—Nada más lejos de mi ánimo—repuso con calma.

—Yo no puedo haber hecho á usted mi esposa no habiéndola visto.

—El sacerdote ha pronunciado mi nombre y apellido con todas las formalidades debidas al hacer á usted la pregunta, y usted ha contestado clara y terminantemente.

Enrique empezaba á comprender con terror. Sus uñas se clavaban cada vez más en la mullida tela.

—¿Cómo ha podido Anita hacerse cómplice de esta infame intriga?—exclamó.

—Cómplice, no; ha sido la única autora, y yo sólo su auxiliar. Anita, mi hermana del alma, que no perdona la traición ni la mentira, lo desprecia á usted y ha querido reparar en lo posible una de sus malas acciones, vengando al mismo tiempo á las víctimas de sus caprichos. Esta vez le ha salido á usted mal la jugada. Ahora no se trata de una niña inocente, sino de una mujer enérgica que lo condena á usted al suplicio de unir su suerte á la de una de sus víctimas y á renunciar para siempre á sus sueños de ambición. Si un día ama usted de veras, podrá ofrecer su amor á la mujer amada como á la pobre niña que sedujo, pero no ha-

cerla su esposa. Anita lo ha querido, está usted castigado.

Celia se expresaba con dulce entonación, tranquila y severa. Enrique la escuchaba en silencio, y á su pesar se sentía impresionado por aquella voz armoniosa.

¿Era que las palabras de Celia llegaban al corazón del hombre, ó que la belleza de la mujer en todo su esplendor fascinaba al *amateur?* ¡Quién lo sabe!

Hizo un esfuerzo para sustraerse á aquella impresión, y dijo fríamente:

– Está bien, señora, me resigno porque no me conviene entablar un pleito escandaloso que perjudicaría mis intereses. Pero...

– Entre nosotros no puede haber nada de común – interrumpió Celia. – Se lo iba á decir á usted. Cumplido, aunque contra su voluntad, el acto de justicia de reparar el crimen cometido, tengo de usted lo único que quería, su nombre, que tantas veces me juró darme. Ni deseo ni aceptaría nada más.

La cólera de Enrique se había ido desvaneciendo, y quedó asombrado ante aquella firme altivez que no esperaba.

– ¿Tanto me odia usted? – murmuró en voz baja.

– Me es usted indiferente – contestó ella, haciendo un gesto desdeñoso.

Enrique se sintió profundamente herido en su vanidad de galán afortunado, y no menos orgulloso que Celia, avanzó lentamente, le hizo un profundo saludo y salió de la habitación.

Un instante después volvía sorprendido, pero no irritado, diciendo:

— La puerta que va á la escalera está cerrada con llave.

Celia palideció intensamente.

— ¡Oh, Anita! — exclamó. — ¡Qué fatal idea!

Enrique comprendió, por la sorpresa y el pesar de la joven, que no era cómplice de aquélla.

— Ya ve usted que no es culpa mía si la molesto con mi presencia.

Celia le señaló el balcón.

— ¡Oh! ¡Un piso segundo!

— ¡Es verdad!

Celia se dejó caer sobre un diván y ocultó el rostro entre sus manos por no ver á Enrique.

. . . .

¿Se reconciliaron en aquella noche de mutua prisión? Del fuego siempre quedan rescoldos prontos á incendiarse. ¡Y luego, el *champagne* seguía retozando de las venas al cerebro de Enrique, y era Celia tan bonita!





Mi hermosura me hará triunfar

BLANCA

Blanca era una preciosa niña de rostro perfecto, de encantadora figura, de hermosura, en fin, tan irreprochable y completa cual jamás la mente más creadora pudo soñar la física perfección.

Como acabado tipo de la suprema belleza, Blanca era admirable; pero la pobre niña tenía un defecto, casi siempre anexo á la arrebatadora hermosura, que sus encantos obscurecía: enamorada de sí misma, el mundo le parecía pequeño para darle admiradores; creía á todas las criaturas nacidas para adorar sus encantos, y rendía ciego culto á un ídolo que veneraba: su hermosura.

Dios, que en su infinita sabiduría niveló tan perfectamente la admirable obra de la creación, repartió entre sus criaturas con exquisita equidad las cualidades y los defectos á fin de que á todas tocara algo, y puso en unas la hermosura, en otras la gracia, en éstas la inteligencia, en aquéllas la bondad; pero junto á grandes cualidades puso grandes defectos para que no existiera la absoluta perfección, y dió á la deslumbradora hermosura como compañeras casi inseparables la vanidad y la indiferencia.

Aunque esta regla tiene, como todas, excepciones, á Blanca la cogía de lleno.

Aprendió á hablar diciendo á cuantos la preguntaban: «¿Quién es la niña más hermosa del mundo? — Yo sola.» Pasó los primeros años de su infancia arrullada por los elogios más exagerados de su familia, y en particular de su imprevisora madre, que le repetía cien veces cada día, apretándola contra su corazón: «¡Hermosísima, divina, hechicera! ¡Cuántos hombres se van á volver locos por ti! ¡Qué pronto te arrebatarán de mi lado! ¡Tú serás poderosa y admirada!»

Tan ciego cariño fué depositando en aquel tierno corazón la semilla que había de producir la más loca vanidad.

Llegó la época de instruirse, y ni maestros, ni institutrices, ni padres lograron que aprendiera nada ni tuviera á nada afición.

Ella estaba convencida de que brillaría aun siendo ignorante, de que su hermosura la haría triunfar siem-

pre, y cuantos esfuerzos hicieron para que uniera la instrucción á la belleza se estrellaron contra su firme voluntad. No quería obscurecer su hermosa frente con la sombra de la meditación; opinaba que su lindo talle perdería su esbeltez inclinado sobre el libro, y rechazando todo estudio, creció sin que el poder de la inteligencia, desarrollada por la reflexión, contuviera las exageraciones de su ciego amor propio; sin que la voluntad, ilustrada por sabias enseñanzas y ejemplos prácticos de la vida, dominara los efectos de su necia vanidad, y á pesar de su buen corazón y generosos instintos, la niña hechicera se fué haciendo insufrible, la admirada beldad se tornó antipática y repulsiva.

Blanca empleaba el tiempo que debía dedicar al estudio en revolver el colegio y no dejar parar á sus compañeras, y los ratos de recreo y solaz en armar camorra con todas y pelear, con una firmeza digna de mejor causa, por llevar siempre la voz cantante, por ser la presidenta de la infantil asamblea. Se mostraba enemiga irreconciliable de toda la que fuera bonita ó tuviera cualidades por las cuales pudiera disputarle el cetro que tan autocráticamente empuñaba, y las envolvía en esas pequeñas intrigas de colegio que creemos tan graves en los primeros años de la vida.

De esta manera, Blanca, que había sido muy querida, fué detestada por todas sus compañeras, cansadas de sufrir las impertinencias de su vanidad y los necios arranques de su amor propio. El vacío se hizo en su rededor y la linda niña se vió tan sola, tan ais-

lada, tan despreciada por todas sus amigas, que pidió llorando á su madre que la sacara de allí. Fué complacida, y al lado de su imprudente madre se acabaron de desarrollar los defectos que su belleza había de cubrir como cubre el agua estancada el cieno de su fondo.

Cuando la niña se convirtió en mujer, tuvo la triste habilidad de crearse en el trato social tantas antipatías y tantas enemistades como en el colegio. Las jóvenes que de buena fé se acercaban á ella atraídas por su simpática figura, pronto se alejaban repelidas por el constante incienso que á sí misma se arrojaba aquella pobre víctima de la vanidad. Los jóvenes que de su arrebatadora hermosura se apasionaban, perdían toda su ilusión al conversar con ella y conocer su corta inteligencia y romo juicio, lo que hacía que se separaran de Blanca diciendo: «¡Qué lástima! Es hermosa como la camelia, mas cual ella sin perfume.» A lo que otros añadían: «Su cabeza es hermosa, pero sin seso.»

Una vez perfectamente conocida por la sociedad que frecuentaba, la pobre niña fué el hazmerreir de esas personas de agudo ingenio y malévola intención que gozan con los defectos ajenos, las cuales se divertían viendo el contraste que ofrecía la hermosura física de Blanca con su nulidad moral.

Rodeada siempre de unos cuantos hombres ligeros, materialistas, de esos que en la mujer no buscan ni alma ni inteligencia, de esos que con la mirada ofenden, con el lenguaje indignan y con el pensamiento profanan, que la asediaban, y de mujeres frívolas que

exaltaban su vanidad para ponerla en ridículo, se halló completamente desdeñada por la parte sensata de la sociedad, compuesta de mujeres de recto juicio y alma generosa y de hombres ilustrados.

Blanca comprendía lo falso de su situación, y el despecho la cegaba hasta el punto de cometer mil inconveniencias que aumentaban su descrédito.

— Amiga mía — decía un día á la única amiga leal que le había quedado, — tú que eres la compañera de mi infancia, que me conoces tanto y tienes tan noble alma como gran inteligencia, explícame lo que me pasa y no comprendo. Dime cómo es que, siendo hermosa y buena, se alejan de mí cual si estuviera apestada; en qué consiste que muchos jóvenes, después de adorarme, me han dejado sin motivo, y ahora sólo me veo rodeada de hombres que me disgustan, en los cuales siempre encuentro algo de perversa intención.

— ¡Ah, Blanca! — repuso su amiga, — ¡si vieras qué difícil me es contestar á tus preguntas! No puedo hacerlo sin decirte algo duro que quizá te ofenda, y sentiría...

— Habla sin temor; entre nosotras no puede haber ofensa.

— Pues bien, Blanca querida; para vivir en sociedad no basta ser buena, es menester... saber conducirse; y sobre todo, si se tiene gran superioridad en hermosura ó en otras cualidades, lejos de mostrarse envanecida y orgullosa, hacérselo perdonar con la excesiva modestia y la bondad, que la superioridad es un don preciado que el mundo de las medianías sopor-

ta con trabajo y con el cual se muestra siempre duro.

– ¡Saber conducirse!.. – repitió pensativa. – ¿Y eso?..

– Se adquiere con el trato social, con el estudio del mundo y de los seres que nos rodean.

– Yo frecuento mucho la sociedad, y sin embargo...

– Te falta la base para tan difícil estudio. Él exige una ilustración no común, conocimientos generales que den fijeza á la imaginación, solidez á la razón, fuerza al juicio y al alma el instinto analítico necesario para observar y aprender. Tú, despreciando la instrucción necesaria para educar la inteligencia, has sido una mujer hermosa, pero jamás lograrás ser una mujer agradable; tienes la fascinación que arrastra, pero te falta la dulce atracción que cautiva y fija.

– ¡Oh! Cierto que estás bien dura, y al escucharte con la calma que ves, te doy la prueba más grande de cariño y de estimación que cabe en mí.

– Te lo dije al empezar, amiga mía; insististe en que hablara y ya iré hasta el fin. Mecida tu infancia en el eterno himno cantado á tu hermosura, educada en la fatal escuela de la lisonja, no habiéndote ocupado nunca en comprender á Dios ni en conocer al mundo, has llegado á mujer sin la base religiosa que da las virtudes, sin la cultura intelectual necesaria para no descomponer el cuadro social, adorándote á ti misma, rindiendo culto, cual los paganos, á un ídolo, tu belleza, y te has presentado en sociedad diciendo con tu aire y tu mirada: «Yo y sólo yo.» Queriendo sobresalir siempre, has ofendido á las mujeres y he-

cho reir á los hombres: he aquí la causa de que unas y otros se aparten de ti, dejándote sólo una corte de mujeres frívolas y de hombres... vanos. Como antes te he dicho, la mujer que por algo sobresale una línea del común nivel, necesita doble dosis de buen juicio, de bondad, de virtudes y de recto criterio, porque es la piedra de toque de nulidades y envidiosos, de los cuales sólo puede defenderse con el sólido escudo de sus cualidades morales. Ahí tienes explicado lo que te pasa y por qué te pasa.

Blanca quedó un instante preocupada.

— Quizá tienes razón — murmuró. — Tú sola has tenido el valor de decirme la verdad y te lo agradezco; pero... ya es tarde para poner el remedio.

— No, mi buena Blanca; la bondad con que me has escuchado prueba que tu alma es tierra fértil para recibir la buena semilla, y que tu inteligencia responde al llamamiento de la razón. Nunca es tarde para el bien.

— Para desechar mis malos hábitos, necesitaba una gran fuerza de voluntad.

— Tenla.

— La frívola atmósfera que me rodea me ha quitado la energía necesaria para ello.

— Querer es poder, Blanca. Si quieres, la adquirirás.

— No insistas, amiga mía; me harías sufrir inútilmente. Como has dicho, la idolatría de mi propia hermosura llena mi alma, y ya no puedo variar. Como soy seré, aunque lo sienta.

. . . .

Blanca no varió, en efecto; siguió como siempre frívola y más que nunca entregada al mundo.

Una noche que había gran baile en una de las casas que frecuentaba, se atavió con sus mejores galas para asistir á él, puso todo su esmero en estar más que nunca deslumbradora, porque aquella noche se decidía su suerte: iba resuelta á aceptar el amor de un joven de gran posición que, aun cuando con algunas intermitencias, la pretendía de larga fecha y era el único que había logrado interesar su corazón. Satisfecha de sí misma, llena de esperanzas para el porvenir, fué en busca del triunfo, tan arrogante como el general que cree ganada la batalla; pero ¡ay! que la esperaba un nuevo desencanto.

Su adorador, que acompañaba asiduo á una hermosa joven, se contentó con hacerla un frío saludo y continuó entregado á su tierno idilio.

Pronto supo que aquélla era su futura esposa y que se casaban muy pronto.

Blanca sintió que toda su sangre subía en ardiente oleada á su cerebro enloqueciéndola; oyó las hipócritas frases de insultante compasión de unas y recibió como latigazos las ironías de otras, consiguiendo al fin dominarse. Animada y risueña, más hermosa que nunca por el fuego de la fiebre que caldeaba sus mejillas y hacía brillar sus ojos, bailó y rió como ninguna, despertando la admiración general; pero el esfuerzo realizado fué tan grande que su cabeza estallaba de dolor y la sed insaciable de la fiebre la consumía.

Siempre riendo, con la risa de la tensión nerviosa que la sostenía, se tomó helado sobre helado sin conseguir apagar aquella sed abrasadora.

Cuando tras aquellas horas de espantoso tormento, que ella esperó pasar tan agradables, la pobre Blanca se encontró en su lecho, la fiebre tomó proporciones aterradoras, y después vino el ataque cerebral acompañado de la espantosa enfermedad enemiga de la belleza: la viruela.

Todo el cariño de la atribulada madre, el cuidado de la familia y el esfuerzo de la ciencia fueron necesarios para salvar su vida de ataque tan fulminante, y lo lograron; pero Blanca ya no fué la misma.

Así que estuvo en estado de pensar y desapareció de sus ojos la hinchazón que los cegaba, pidió un espejo y al verse tal cual era perdió el sentido. Estaba completamente desfigurada; de su soberbia hermosura no quedaba más que el ardiente fuego de la mirada.

Pasada la crisis y curada del todo, tuvo que resignarse. Sus buenas condiciones morales, libres de la vanidad que las torció, brillaron como claro fanal de un alma hermosa; su juicio, pasando por el estrecho crisol del sufrimiento, adquirió la solidez que le faltaba; las buenas lecturas y el estudio hicieron su conversación agradable y variada, su trato afable, y si dejó de ser hermosa, fué en cambio simpática y atractiva, tanto que, cuando transcurrido bastante tiempo se presentó de nuevo en sociedad, su actitud resignada y tranquila conquistó todos los corazones, su

cambio encantó á cuantos antes huían de ella, y aunque no tuvo á su alrededor la corte de necios que antes la asediaban, escuchó las frases más halagüeñas de simpatía de labios que podían enorgullecerla.

Un honrado joven que la había amado de veras y que se retiró no atreviéndose á cargar con aquella frívola mujer enamorada de sí misma, la encontró tal como él la quería con el cambio de hermosura por virtudes, y la hizo su esposa.

Blanca gozó en su matrimonio de cuanta dicha es dado alcanzar en este mundo, y solía decir sonriendo:

—¡He comprado la felicidad con mi belleza! ¡Dichoso el día que la perdí! Con mi ejemplo haré ver á mis hijas que no es la hermosura la primera cualidad de la mujer, sino un adorno secundario, y que la vanidad es una de las peores enfermedades del alma.





Pablo escondió la cabeza entre sus manos...

JUSTICIA DE DIOS

I

En una extensa llanura, rodeado de lozana y vigorosa vegetación, adornado por infinitas huertas que dan riquísimos frutos y por innumerables jardines poblados de encantadoras flores en cuyos cálices perfumados parece palpitar el espíritu divino del Creador del mundo, y bañado por un río poderoso que con su continuo movimiento besa cariñoso la tierra,

existe un pueblo delicioso, creado por la mano de Dios en tan bella situación para que, al contemplar sus habitantes aquel hermoso panorama, se sientan embargados por la admiración y comprendan en toda su grandeza el inmenso poder del augusto Redentor del hombre.

Este pueblo es el de C... Sus blancas casas extendidas á lo largo del río hacen el efecto de una bandada de palomas que ansiosas acudieran á humedecer sus picos en la cristalina corriente; su cielo es aún más despejado, más puro que el del resto de España; el aire lleva constantemente entre sus pliegues el embriagador perfume de una eterna primavera, y cual si su suelo tuviera por Dios concedido privilegio, sus árboles son más seculares, sus flores son más bellas, sus mujeres más hermosas y sus hombres más gallardos.

Al frente del pueblo se extiende, según ya hemos dicho, una perspectiva magnífica: á sus pies, lamiendo casi sus casas, las ondas de un gran río que mansamente descansa, como el gigante que recostado se repone de sus fatigas para alzarse luego fuerte y enérgico; más lejos, un inmenso campo que cultivado por la mano del hombre presenta mil cuadros diferentes, admirando al espectador al par que demuestran la rica fertilidad del terreno; más allá se ven en formas caprichosas las blancas agrupaciones de casas que constituyen varios pueblos, y á mayor distancia, en los límites del horizonte, se descubre la gentil silueta de las torres de una gran ciudad.

A la espalda del pueblo lucen sus gallardas construcciones infinitas fincas de recreo, con bosques, prados, grutas, fuentes, espléndidas cascadas y cuanto puede hacer bella la vida en estas campestres viviendas; y guardando tales maravillas, cual un pastor cariñoso que por su rebaño vela, se alza una alta montaña coronada de blanca nieve todo el año, como si Dios hubiera dispuesto que ostentara siempre en su cúspide aquella nítida corona, sublime atributo de su soberbia grandeza.

Tal es, lectora, el pueblo de C... Entre sus habitantes había no hace mucho dos seres desdichados que atrajeron toda nuestra atención: un hombre y una mujer. Él era un pobre loco, diversión de los chicos, pero querido en general por inofensivo; su locura consistía en creer á todas las mujeres la que él amó en otro tiempo y apostrofarlas con la energía del que ha perdido la razón. La que era objeto del ataque del loco huía y entonces lloraba él con desconsuelo su impotencia. El loco, aunque ya no joven, conservaba señales de una pasada hermosura, no tenía familia y vagaba constantemente por el pueblo sin objeto fijo.

El otro desdichado ser de que hemos hablado antes era una infeliz mendiga, de espantoso aspecto, de rostro repulsivo y hasta asqueroso, terror de los niños y de las mujeres, las cuales se apartaban de ella temiendo les pegara su fealdad. Y sin embargo, había sido la más hermosa del pueblo; también ella se retiraba en otro tiempo evitando el roce de las demás:

era encantadora, y la vanidad que tenía en su hermosura la hacía alejarse siempre como la reina de sus vasallos. Tal es el mundo; la que unos años antes miraba á las muchachas del pueblo, sus compañeras, con insultante desdén, se veía á su vez despreciada, y ella, que había sido tan envidiada, envidiaba la hermosura de las otras, la hermosura que en tan subido grado había poseído. La orgullosa beldad que no pensó nunca en tender su mano al necesitado, tuvo que mendigar, y sin la caridad de algunas buenas almas seguramente hubiera muerto de necesidad.

¿Cómo se verificó cambio tan radical? Pronto lo sabremos. La historia del loco y la de la mendiga estaban íntimamente ligadas, mejor dicho, formaban una sola. Si quieres, lectora, conocerla, escucha.

II

Pilar Flores era hija única de un rico hacendado del pueblo; cuando se encontraba en los primeros años de su vida y la mirada de la inocencia brillaba en sus hermosos ojos, tenía un compañero de sus infantiles juegos: éste era encantador como ella, y los padres de una y otro decían viéndolos siempre juntos: «¡Qué linda pareja harán!»

Los niños crecieron en tan amistosa unión, y al fin, después de algunos años, el cariño de la infancia se convirtió en amor. Pablo, que así se llamaba el joven, la amó con delirio; ella lo quiso cuanto la permitía su

ya naciente vanidad. Transcurrieron muchos meses en plácida calma, meses de inagotable felicidad para Pablo, que veía en Pilar su dicha presente y futura, su sola aspiración; mas ¡ay!, poco duró su ventura; un brusco cambio de su amada clavó en su corazón la espina del dolor y en su alma el puñal del desengaño.

El cambio á que nos referimos tuvo lugar cuando Pilar acabó de pasar ese estrecho puente que separa á la infancia de la juventud, cuando dejó de ser niña para convertirse por completo en mujer, y fué hijo de la comparación que hizo de sus encantos, á la sazón desarrollados en todo su esplendor, con los méritos de su futuro que le pareció muy pequeño para llegar á ser su marido. En honor de la verdad debemos decir que Pilar no se engañaba al creerse un prodigio de belleza, porque debía á la naturaleza una hermosura regia, magnífica. Sus negros ojos tenían en continua agitación á los mozos del pueblo y en constante irritación á las muchachas; su talle era esbelto como la altiva palmera que en el desierto alza sus verdes ramas; sus labios, del rojo color del coral; sus frescas mejillas ostentaban el bello matiz de la camelia; su frente era de nácar, espléndidos sus cabellos de azabache, diminutos como los de un niño sus piececitos, su nariz aguileña cual la de un perfil romano, y su sonrisa hubiera sido deliciosa sin una marcada expresión de orgullo, altivez y dureza. Tal era aquel tipo hechicero en detalle, de soberbia hermosura en conjunto, y

digno siempre de servir de modelo al más inspirado pincel.

Pero ¡ay! ¿De qué sirve la hermosura material si no va acompañada de la del alma? ¿De qué las líneas correctas del rostro si no están embellecidas por las cualidades morales? Pilar, que hubiera sido feliz si hubiese sabido resistir á la lisonja y tenido recto juicio para distinguir la verdadera de la falsa dicha, se dejó adormecer por el aroma de la adulación, y embriagada por las palabras de sus innumerables adoradores, se proclamó ella misma sin rival y sin segunda en encantos físicos; y al medir á su amante, al pensar en los proyectos de las dos familias, en el enlace por ella aprobado desde largo tiempo, sus cejas se fruncieron al par que exclamaba:

– Yo no debo casarme con un campesino cualquiera; sería absurdo, sería abdicar la soberanía de la hermosura. Necesito un marido que me saque de este estrecho círculo, que me lleve adonde pueda brillar y tenga una corte. Entretanto me divertiré con los del pueblo.

Desde el día que esto pensó, Pilar varió; su amante la encontró siempre fría, desdeñosa; jamás oía de sus labios una frase de cariño, y deseando salir de situación tan anómala, la notificó temblando de temor que iba á pedir su mano para que cesaran las veleidades que tanto le hacían sufrir. Ella le escuchó sorprendida, y cuando acabó de hablar soltó una insultante carcajada.

—¡Ah!—dijo sin cesar de reir.—¿Tú creías ser mi marido? ¡Qué locura! ¿No has visto mi indiferencia? Yo no debo encerrar mi belleza en la obscura sociedad de este pueblo; me siento orgullosa de mi hermosura y sólo elevaré hasta ella al hombre que la merezca.

Las palabras de la altiva joven fueron un rayo para Pablo.

—¡Dios mío!—exclamó.—¿Puede ser cierto lo que oigo? ¿No me juraste amarme siempre? ¿No nos hemos querido hasta ahora con sin igual ternura?

—Cuando éramos niños, te quería... Después...

—Después... ¿He descendido yo acaso? ¿He variado? ¿No te amo más que nunca?

—Así lo creo; pero antes no tenía conciencia de mi mérito y ahora sí.

Una sonrisa de desprecio vagó por los labios de Pablo.

—Repara, desgraciada—murmuró,—que esa hermosura que causa tu orgullo es deleznable y pasa veloz como la estrella que cruza el firmamento.

—Soy joven y no debo pensar en eso.

—¿Me desprecias, pues?

—Te despido sencillamente.

Pablo escondió la cabeza entre sus manos y quedó algunos instantes sumido en sombría y dolorosa meditación. Después alzó su descompuesto rostro, brillaron sus ojos con el fuego de la fiebre y preguntó, afectando una extraña mezcla de cólera y ansiedad:

— Si yo alcanzara una posición envidiable, si llegara á conquistar gloria y honores y lo pusiera todo á tus pies, ¿lo aceptarías? ¿Me amarías entonces?

Pilar miró á Pablo con curiosidad: se le presentaba bajo una nueva faz, y expresó su admiración diciendo:

— Hoy eres tal como te he deseado, hoy llegas á mi altura y te muestras digno de ser hombre. Gracias, Pablo.

— Pero contesta á mi pregunta. ¿Me amarías y serías mi esposa si te elevara á la esfera donde tu hermosura desea brillar?

— ¡Oh! Te amaría con toda la fuerza de la entusiasta admiración y el extremo de la gratitud más ardiente. Te daría mi mano, loca de ventura, por entrar en ese mundo ambicionado, del brazo del único hombre que ha hecho latir mi corazón.

— Serás entonces mi esposa, si no muero en la demanda. Por ti voy á hacer una mala acción; por ti voy á dejar á mi anciana madre y á abandonar mi casa, mis intereses, cuanto me es caro. ¿Juras esperar mi vuelta, serme fiel durante mi ausencia y no dar tu mano á otro mientras no tengas noticias ciertas de mi muerte?

— Lo juro.

— Creo en tu juramento y partiré tranquilo. Adiós, Pilar, hasta muy pronto ó hasta el cielo. No olvides que por tu amor comprometo mi porvenir y olvido mis deberes.

— Pediré á Dios todos los días tu pronto regreso.

Se separaron graves y tranquilos al parecer, aunque ella quedó ebria de alegría, acariciando la idea de que al fin vería satisfecho su ardiente deseo, y él se alejaba lleno de dolor pensando en lo que iba á hacer y meditando que la soberbia hermosura de su amada sería la causa de todos sus males, pues sin ella la joven se hubiera dado por satisfecha con ser la esposa del rico labrador y hubieran gozado los encantos de una vida tranquila y un amor mutuo y sin nubes.

III

Al día siguiente Pablo había desaparecido del pueblo: huyó de su casa como un prófugo, sin ver antes á su madre ni hablar á nadie una palabra de sus proyectos, dejando sólo una carta de despedida y llevando por único equipaje un pañuelo con alguna ropa. Aquel día no se habló en el pueblo más que de la desaparición de Pablo y del dolor de su madre: todo eran comentarios y conjeturas; al día siguiente se habló menos, y transcurridos algunos más, la atención pública se fijó en sucesos más recientes y el que nos ocupa cayó en la bruma del olvido.

No tardaron mucho en llegar al pueblo dos cartas del prófugo, una dirigida á Pilar y otra á su anciana madre; en ellas explicaba que había entrado á formar parte de las filas cristinas, ó sea del ejército de la reina niña doña Isabel II.

A la sazón se hallaba en toda su fuerza la guerra civil de los siete años, y el pobre joven había corrido á la lucha muy convencido de que mostrando un valor heroico subiría como la espuma y llegaría en breve á los primeros puestos de la milicia.

Fué un héroe, en efecto, pero esto sólo sirvió para hacerle ver que no tan fácilmente se conquistan un nombre y una posición, que no era tan sencillo como creyó en un principio llegar adonde ambicionaba contando sólo con el mérito propio.

Pasaron meses y meses. Pablo escribía de cuando en cuando dando cuenta de sus adelantos y sus esperanzas: á fuerza de repetidas hazañas había llegado á sargento primero y estaba próximo á ascender á oficial, lo que abría á sus ojos nuevos horizontes, pues desde este punto esperaba que su carrera fuera más rápida.

Pero entretanto en el pueblo tenían lugar sucesos muy desagradables para él.

Los muchos jóvenes que pretendían á Pilar y habían estado contenidos por sus relaciones con Pablo, se apresuraron á manifestarla su amor cuando éste se ausentó; la joven aceptaba gozosa la expresión de su cariño, con horrible crueldad les hacía confiar en un porvenir de ventura, y así que el apasionado adorador hablaba de matrimonio, acogía sus palabras con la más insultante ironía y lo despedía con sin igual sarcasmo. Tras de aquel venía otro, repitiéndose siempre la misma escena. Juntos la maldecían;

y sin embargo la seguían adorando, esclavizados por el poderoso influjo de su hermosura. En todas las casas había un desgraciado herido por la crueldad de Pilar, y las familias la aborrecían; pero ella se reía con criminal impavidez de los efectos destructores de su hechicero rostro.

Hasta aquí no había en realidad nada serio para Pablo, puesto que ella, aunque prometía, no cumplía nunca; mas como el tiempo avanzaba y veía que su prometido no subía todo lo de prisa que deseaba, la joven se cansó al fin de esperar y resolvió aprovechar la primera ocasión que se la presentara de satisfacer su ambición sin aguardar la lejana elevación de Pablo.

La desgracia hizo que fuera por entonces á pasar una temporada en el pueblo un dandy de Madrid, guapo, elegante, distinguido, con ese baño de seductor encanto que sólo se adquiere respirando la atmósfera de la española corte; rico, según aseguraba, de elevada posición, gallardo y simpático por todos estilos.

Vió á Pilar, y admirado de una hermosura á la que no había conocido igual á pesar de sus muchos viajes, se apresuró á ofrecerla sus galanterías; tras ellas llegó bien pronto la pasión, sintió un deseo irresistible de hacer suya á aquella hermosa mujer y de sacarla de la obscuridad en que yacía, y la declaró su amor.

¿Qué más hemos de decir? Pilar lo creyó el hombre

que había soñado para que la introdujera en el gran mundo, se vió ya en Madrid deslumbrando con el brillo de su belleza, y aunque quiso resistir recordando su solemne juramento y lo que por ella había sacrificado Pablo, aunque luchó algunos días, al fin la imagen del obscuro joven se fué borrando para dar paso á la seductora del galante cortesano, y venció su deseo de exhibir los soberanos encantos que debía al Supremo Artífice.

– Puesto que soy reina de hermosura – se dijo, – debo sostener dignamente el cetro y no abdicarlo por una necia debilidad del corazón. Los reyes ¿no lo posponen todo á la razón de Estado? Yo debo posponerlo al interés de mi belleza, ávida de admiradores. ¡Fuera absurdos escrúpulos! Dios no ha creado la hermosura para que esté obscurecida, y juro que no seguiré en esta humillante situación suceda lo que sucediere.

Después de tal soliloquio no luchó más, puso su porvenir en manos del hombre que la fascinaba, y éste la pidió á su padre en matrimonio.

El anciano concedió su autorización vencido por las súplicas de Pilar, que se esforzaba en probarle que esperar á Pablo era una locura, y la boda quedó acordada. Mas ¡ay!, allí no existía la llama purísima de un amor eterno. El joven se casaba seducido, electrizado por la hermosura de Pilar; ella casábase atraída por su irresistible deseo de brillar en el gran mundo.

IV

Pablo seguía exponiendo su existencia tranquilo y confiado, sin recelar la indigna traición de que iba á ser víctima; en medio de las mil privaciones y azares de la vida de campaña se sentía feliz acariciando sus dorados sueños de futura felicidad; pero la horrible realidad vino bien pronto á despertarle. Casualmente fueron á engrosar las filas de su compañía varios mozos del pueblo, á los cuales se apresuró á preguntar por los seres que le eran queridos, pues el mal estado de las comunicaciones hacía que supiera de ellos muy rara vez. Las noticias no pudieron ser peores: su madre, enferma desde su marcha, se encontraba de gravedad, y Pilar estaba en vísperas de casarse olvidando su amor y sus juramentos.

Pintar el dolor del pobre joven que veía de pronto inútiles todos sus sacrificios y muertas sus esperanzas sería imposible. La cólera, la desesperación, el despecho, todas las pasiones exaltadas trastornaron su cerebro y le quitaron el uso de la razón.

—Puesto que ella me ha perdido—se dijo,—me acabaré de perder y correré á impedir la infame traición matando á los dos miserables.

No se encontraba lejos del pueblo, y cogiendo su morral abandonó su puesto sin temor á los rigores de la justicia militar: corrió horas y horas impulsado por el vértigo y sin tomar alimento ni descanso, y llegó

al pueblo, muerto de fatiga, aún más exaltado por el cansancio físico.

Encontró su casa desierta; interrogó, trémulo de ansiedad y de temor, á las vecinas, y éstas le hicieron saber que su madre ya no habitaba allí, sino en el cielo; que su hermano no se hallaba en la casa en aquel momento y que Pilar se casaba al día siguiente. Pablo lanzó un rugido de rabia feroz, oprimió la cabeza entre sus crispadas manos y voló á la casa de su Pilar gritando:

—¡Por ella, por ella todo! ¡Oh! ¡Maldita sea!

Era de noche ya; así que se encontró frente á la casa de su verdugo, se ocultó entre las sombras con el instinto de la fiera que acecha su presa y observó. No tardó en percibir una figura de hombre que se movía ante la reja de Pilar y oir el rumor de una conversación muy seguida; el joven estaba completamente trastornado y no dudó un solo instante; desnudó su sable, y cayó como un rayo sobre el de la reja, guturando:

— Ahora hago justicia en él; luego será en ti, miserable perjura.

Y antes de que el atacado pudiera defenderse ni pronunciar una palabra, sepultó el arma en su pecho. Se oyó un grito de terror y otro de muerte: el primero lo arrojó Pilar, que cerró presurosa la ventana; el segundo el hombre que con ella hablaba. Al oirlo Pablo se estremeció, pasó su mano por la frente cual si quisiera alejar el vértigo que lo cegaba, y se arrojó

sobre el herido; había creído reconocer su voz. Miró su rostro y un rugido de desesperación brotó de su pecho.

—¡Mi hermano! —articuló, —¡y yo le he muerto!

En efecto, era su único hermano, un hermoso adolescente; el pobre muchacho, después de llorar á su madre, había ido á pedir á Pilar que tuviera compasión de su hermano y no lo hiciera pasar por el dolor de verla de otro.

Habiendo encontrado otras veces la puerta cerrada para él, acudió á la reja y se valió de un subterfugio para hacerla salir y que escuchara sus súplicas.

Tras de aquel grito de dolor, Pablo se alzó terrible, enérgico, extendió sus brazos hacia la morada de Pilar y exclamó:

—Hermoso arcángel del mal, infame verdugo de mi familia, juro que te arrancaré la fatal belleza con que me has enloquecido y por la que me haces traición.

Luego se arrodilló junto á su hermano, lo estrechó con delirio entre sus brazos, cogió sus manos, palpó su frente: estaba yerto; puso su oído junto al corazón: no latía. Entonces el infeliz joven lanzó un grito tan desesperado que á su eco todas las ventanas se abrieron, giró sobre sí mismo, oprimió su frente como si sintiera en ella un dolor agudo, y se desplomó sin sentido sobre el cadáver de su hermano.

Cuando el desdichado volvió en sí, sólo era un pobre loco.

Este triste suceso produjo terrible impresión en el pueblo; los dos hermanos eran muy queridos, y la aversión que Pilar inspiraba se aumentó. Ella pareció algo conmovida al principio y aplazó la boda; mas luego siguió preparándolo todo para el trascendental acontecimiento, sin ocuparse nunca del pobre loco.

En cuanto á Pablo, tuvo los primeros días accesos tan furiosos que las buenas gentes que le cuidaban se vieron obligadas á encerrarle; pero bien pronto se calmó y su locura quedó reducida á una especie de imbecilidad. Seguía diciendo que se vengaría de Pilar despojándola de su fatal belleza, no conocía á nadie y reía continuamente sin saber por qué.

V

Llegó en tanto el día marcado para el enlace de la vil mercader que con su hermosa figura comerciaba; dos horas antes de la prefijada para la ceremonia, entró Pablo por vez primera desde su marcha en casa de Pilar, se precipitó en la sala donde ésta se encontraba con su padre y su futuro, y parándose ante la joven exclamó como si se sintiera iluminado por un rayo de razón:

—¡Miserable, que has convertido las envidiables dotes con que te favoreció el Hacedor Supremo en arma terrible de destrucción y muerte! Tú me has perdido, me has destrozado el corazón, me has dejado sin hogar, sin familia, sin un amante seno donde re-

clinar mi cansada frente, y me voy á hacer intérprete de la justicia de Dios para que pierdas lo que tan insensato orgullo y cruel dureza te ha inspirado. Tiembla ante el castigo que te aguarda.

Todos lo miraban sonriendo con burlona calma; creían irrealizables sus amenazas. Mas rápido como el pensamiento se arrojó sobre la joven y derramó en su rostro el contenido de un frasco que llevaba oculto. Pilar lanzó un grito de dolor, llevó sus manos al rostro y cayó en tierra sin sentido. El loco prorrumpió en una larga carcajada; el padre acudió en socorro de su hija, y el amante se lanzó sobre el agresor y le sujetó con fuerza; pero éste lo arrojó al suelo merced á un violento empuje, y huyó.

Se declaró en Pilar una horrible fiebre que duró muchos días; así que cedió y pudo pensar, se miró al espejo: estaba espantosa. En su abrasado rostro no quedaban ni señales de la pasada belleza; sus pobladas cejas habían desaparecido, sus largas pestañas no sombreaban ya su cutis antes de raso y á la sazón convertido en una masa informe, y fué tal su terrible dolor, que la fiebre volvió de nuevo aún más violenta. Ella que no había jamás pensado en lo deleznables que son las grandezas humanas, ni meditado que la belleza, la riqueza, todo pende, como nuestra vida, de un hilo que Dios tiene en su divina diestra y que se rompe cuando su voluntad lo quiere, no alcanzaba á comprender cómo había desaparecido en un instante su soberbia hermosura, y cuanto más el tiempo avan-

zaba, más crecía su sombría desesperación. Sin embargo, aún no sabía todas las amarguras que la esperaban.

El elegante madrileño que por vanidad se casaba con la que recibía el homenaje de la general admiración, no se encontraba dispuesto á dar su mano á aquella horrible y repulsiva mujer. Si en ella hubiese amado las cualidades morales, nada le hubiera importado la fealdad del rostro; pero Pilar sólo se hacía adorar por su hermosura; extinguida ésta, acababa el culto. Así se lo manifestó al verla buena. Ella lloró, suplicó, en vano todo; su prometido huyó sin dirigirla una palabra de afecto. Entonces quiso atraer á los jóvenes del pueblo; á éstos les había pasado como al bello cortesano: con la hermosura del ídolo habían sentido evaporarse la ardiente pasión que los subyugó, y Pilar no tuvo en su amargura ni el consuelo de una amiga ni el cariño de un hermano.

Sus antiguos adoradores fueron á verla, y aunque nada la dijeron por compasión, en sus sonrisas desdeñosas leyó la alegría que su desgracia les causaba, el placer del rencor satisfecho, y en sus ojos expresivos: «Lo que te pasa es obra de la justicia de Dios.»

Entretanto su padre había sufrido pérdidas considerables, los años habían sido malos para el labrador, y lentamente fué bajando hasta el punto de tener que vender la casa que habitaban; se vieron obligados á reducirse á un pobre cuartucho, y allí murió poco después el buen anciano, no pudiendo resistir al dolor

que la desgracia de su hija y su ruina le causaran. Pilar, que se vió sola en tan terrible desventura, hubo de pedir recursos á sus antiguos amigos; mas todas las puertas las encontraba cerradas.

—No esperes nada de nosotros—la decían,—porque has sido siempre implacable. Ve ahora á destrozar con tu orgullo el corazón de nuestros hijos. Mira tu rostro y comprenderás la justicia de Dios. Él te ampare.

Iba á otra parte y le repetían lo mismo con distintas palabras. Entonces, al ver á sus antiguos pretendientes vivir felices al lado de sus buenas esposas, que aunque no tan lindas como ella lo fué, poseían la belleza del alma, lloró amargamente su pasado extravío, y deponiendo su orgullo, resignóse á vivir de la caridad de los vecinos que habitaban las posesiones inmediatas, á quienes tuvo que recurrir.

Cuando el loco y la mendiga se encontraban, el primero la miraba, sonreía con horrible placer y seguía su camino. Pilar bajaba los ojos y por sus mejillas se veían correr abundantes lágrimas de arrepentimiento.

. . . .

He aquí, lectora, la historia del loco y la mendiga del pueblo de C... Ella nos demuestra que la belleza física es nada si no la acompaña la del alma, y que la justicia de Dios no deja sin castigo ninguna falta.

Alejad de vuestro corazón, mis lindas lectoras, el deseo inmoderado de apurar la copa de la lisonja sa-

crificándolo todo por llevarla á los labios, y seréis felices; que la mujer que á la hermosura reune el recto criterio, la sensatez, la bondad y la modestia, es el ser más adorable y más admirado.





–¡Valor! – añadió haciendo un esfuerzo y levantándose á abrir la puerta

QUIEN SIEMBRA, COGE

I

Era una espléndida mañana del mes de mayo, de serena atmósfera, de embriagador ambiente, de radiante cielo y vivificante sol. En tan encantadora mañana y en el frondoso jardín de un suntuoso palacio de la calle de Fuencarral vamos á encontrar, entre las variadas y preciosas flores que el jardín embellecían, una mil veces más linda, aún más deliciosa, de más puros colores y delicado aroma; era una preciosa niña de trece años que sola y alegre corría de calle en calle co-

giendo aquí una flor, rozando allí otra con sus labios de grana y lanzando exclamaciones de asombro ante las más bellas sin atreverse á tocarlas, contentándose con mirarlas extasiada uniendo sus blancas manos en señal de admiración, lo que probaba que su alma delicada tenía ya en tan tierna edad la conciencia de lo bello y sabía admirar las sublimes obras del gran Autor de la creación.

Aquella niña era el tipo más hechicero que la imaginación puede figurarse: alta y bien formada, aunque en proporción á su edad; de blanca y rosada tez, de ancha y serena frente; de ojos de cielo, dulces y expresivos; de boca de grana, juguetona y sonriente, á menudo entreabierta por alegre risa; de redonda partida barba, esbelto talle, aire elegante y bondadosa expresión, parecía uno de los divinos ángeles que rodean el trono del Señor, de su celeste lugar desprendido y transportado á este mundo de miserias para hacer el bien y repartir sus gracias. Colocada como estaba en un cuadro de las flores más raras y seductoras, no las flores atraían como un imán la mirada, sino la rubia niña de celestial sonrisa.

Tras de un instante de profundo éxtasis y muda contemplación, corrió de nuevo por el jardín cantando alegremente y buscando más flores con que aumentar su ramo; pero de pronto la voz se ahogó en su garganta, su mirada se fijó en la verja que el jardín circuía y extraña sombra de pesar cubrió su gracioso rostro. ¿Qué miraba que su ánimo entristecía? Al otro lado de

la verja apareció un muchacho que podría tener quince años, pálido, demacrado y débil, que andaba con trabajo, como si las fuerzas le faltaran, y cuyo bello aunque descompuesto semblante mostraba las huellas de la miseria, tanto como toda su persona respiraba distinción y finura.

La niña sintió oprimirse su corazón á la vista de aquella melancólica figura, y su mirada lo siguió con insistencia, dudando lo que debería hacer; vaciló un momento, y obedeciendo al fin al generoso impulso de su corazón, se lanzó á la verja; pero el muchacho había ya pasado, y aunque lo llamó en voz alta, dobló la esquina inmediata sin oirla.

Nublóse la blanca frente de la dulce niña, se humedecieron sus ojos, se inclinó su cabeza y reflejó su rostro la más triste preocupación.

— ¡Pobre niño! — murmuró.— He llegado tarde y acaso no coma hoy. Todo en él revelaba la miseria más horrible. ¿Cómo hacer para encontrarle?

Su fisonomía había tomado una expresión de gravedad que parecía imposible en ella un instante antes. Meditó profundamente, y no encontrando sin duda el medio que buscaba, añadió:

— ¡Bah! Tal vez lo encuentre cuando menos lo piense y entónces lo socorreré.

Tranquila con esta idea, volvió la sonrisa á sus labios y la animación á su rostro, como rayo de sol que rompe los celajes un instante interceptores de su disco refulgente; y variando de tono con la volubilidad

propia de la infancia, volvió á cantar gozosa y se alejó ligera hasta perderse en el umbral de su elegante morada.

Breves momentos después volvía á salir con un libro de misa en la mano y acompañada por una joven inglesa encargada de su educación; atravesaron el jardín y la puerta de la verja, abierta por un criado, y una vez en la calle, tomaron la dirección de la iglesia de San Ildefonso.

En dicha iglesia oyeron ambas misa con la mayor devoción. Quizá la angelical niña rogara á Dios por el infeliz que en tan alto grado había excitado su compasión, sin sospechar que al salir la aguardaba una grata sorpresa, tal vez preparada por el Dios á quien imploraba, para que ejercitara sus buenos sentimientos.

A la salida levantó la niña con la mayor cortesía la cortina de la puerta para que pasara su institutriz, al par que buscaba con la mirada á los pobres que socorría diariamente, y una exclamación de sorpresa se escapó de sus labios, que se entreabrieron con sonrisa de satisfacción: acababa de ver al pálido muchacho en la puerta exterior, con la gorra en la mano en actitud de pedir, pero sin pronunciar una palabra: sin duda pensaba que su rostro expresaba más que cuanto pudiera él decir.

La niña dió su acostumbrada limosna á cada pobre y al llegar al muchacho se paró frente á él; las hermosas pupilas de ambos se encontraron: las unas imploraban,

las otras ofrecían; contempló un instante aquel enflaquecido rostro que tan bellos rasgos conservaba, y depositó en la blanca mano que el chico alargaba cuanto dinero quedaba en su bolsillo. El agraciado lanzó un grito de alegría al ver brillar la plata en su mano, y besando las monedas con transporte, exclamó con acento conmovido y armoniosa voz:

– Dios os bendiga, señorita.

Siguió la niña su camino hondamente impresionada y sin poder apartar de su pensamiento la imagen de aquel infeliz.

Al día siguiente se repitió la misma escena, y durante una semana el bello ángel socorrió á su protegido sin que entre ellos se cruzaran más palabras que las de ardiente gratitud del pobre chico. Todos los días se decía la niña al entrar:

– Hoy he de averiguar quién es, cómo se llama, si tiene familia y qué podemos hacer por él. ¡Oh!, sí, porque este desgraciado no es un mendigo de oficio; se le ve sufrir al extender su mano.

Pero cuando se encontraba enfrente de él, la mirada agradecida de aquellos negros ojos la turbaba, su simpática voz la conmovía, y se iba sin preguntar nada. Al fin un día fué el muchacho el que rompió el hielo.

– Señorita – le dijo, – es usted el ángel de mi familia é imploro de su bondad un favor.

– ¿Cuál?

– Que me diga su nombre para bendecirlo á todas horas.

La joven institutriz se apresuró á decir:

– Se llama la vizconde...

– No—interrumpió la niña con viveza. – Laura de Carvajal es mi nombre; llamadme así, amigo mío.

– ¡Oh! Gracias, gracias, señorita—exclamó el chico. – Mi corazón guardará ese nombre eternamente y mis labios lo bendecirán toda la vida.

– ¿Y tú cómo te llamas?—preguntó la niña. – ¿Tienes padres ó eres huérfano?

– Tengo padres que eran ricos propietarios de la Mancha; vivíamos en la abundancia; pero un cúmulo de inesperadas desgracias nos ha traído á esta situación; el pesar ha agotado la salud de mi padre, mi madre le asiste sin fuerzas para nada, y yo que he reunido la energía de todos, no encontrando trabajo, salgo á buscar pan para mis padres cumpliendo un deber tan doloroso como sagrado.

– ¡Qué desgracia tan horrible! – murmuró Laura con los ojos humedecidos. – ¡Pronto, pobre niño, tu nombre y las señas de tu casa!

– Miguel Núñez. Vivimos en la calle del Barco, número..., buhardilla número 1.

– No lo olvidaré. Adiós, Miguel, hasta muy pronto.

– ¡Oh, señorita, presiento que va usted á ser el ángel salvador de mi familia!

– Lo procuraré al menos.

La niña dejó á Miguel confundiéndose en protestas de agradecimiento, y cuando estuvieron en la calle la preguntó su aya:

—¿Por qué me has interrumpido al expresar tu título?

—¡Ah, señora!—repuso Laura,—me parece propio del necio orgullo hacer alarde de grandeza y pomposos títulos delante de la desgracia. Instintivamente le he dado mi nombre, y si ese pobre niño me bendice, quiero mejor que bendiga á Laura que á la vizcondesa de Malvar.

— Es un sentimiento delicado que no puedo menos de aplaudirte. Los títulos de grandeza deben brillar en el mundo de la opulencia; ante la desgracia es más humilde el cristiano nombre que se recibió en la pila. ¡Bien, hija mía, tu buen instinto adivina antes de enseñarte!

En la tarde de aquel día un lujoso coche se paraba en la calle del Barco y de él bajaban nuestra linda niña y una elegante señora de pelo gris, distinguido porte y regular edad. Era la madre de Laura, la condesa de Malvar. Como hija única, Laura era el ídolo de sus padres, y apenas enteró á su madre de la historia de su protegido, ésta se apresuró á complacerla al par que cumplía los deseos de su corazón yendo á socorrer á aquellos desgraciados.

En la triste buhardilla que servía de albergue á la pobre familia, se veía al padre de Miguel devorado en mísero lecho por la ardiente fiebre que minaba lentamente su existencia. Su esposa, sentada á su lado, lo contemplaba con dolor, y Miguel se paseaba con nerviosa viveza tratando de ocultar su pena y ahogando en su garganta los sollozos.

— Miguel, hijo mío — decía la madre, — si no fuera por ti, ya no existiríamos; yo no tengo fuerzas ni aun para implorar una limosna. Mi débil naturaleza se dobla ante los rudos golpes del infortunio y no puedo defenderos ni luchar con la desgracia. Por ti tenemos pan, gracias á ti vivimos.

— No — repuso el niño con presteza, — gracias á mí no; gracias á un ángel que sin duda ha hecho Dios descender del cielo para socorrernos, y que, si no me engaño, nos ha de salvar de la miseria.

— Tales son sus intenciones, á pesar de que ese ángel no tiene nada de divino — exclamó Laura presentándose de repente, seguida de su madre.

Miguel lanzó una exclamación de alegría y añadió en seguida, dirigiéndose á su madre:

— He aquí el ángel que yo esperaba; ángel es por todos estilos, y ya podemos tener esperanza, que viene á cumplir su misión sublime.

La infeliz señora, no siendo dueña de contener los impulsos de su corazón, estrechó á la noble niña entre sus brazos con ardientes transportes de ternura y cubrió de besos y de lágrimas su hechicero rostro.

El enfermo se animó, y tuvo lugar una ternísima escena entre aquellos tres desdichados seres y sus generosas protectoras. Pasados los primeros momentos de emoción, las enteraron de los tristes sucesos que los habían llevado á aquella situación, cuyo sencillo relato haremos en dos palabras.

Como su hijo había dicho, era Núñez un propieta-

rio de la Mancha de bastante regular fortuna; repetidos malos años en las cosechas le hicieron perder considerables cantidades. A esta contrariedad siguió la de un pleito que hubo de sostener contra un pariente ambicioso que reclamaba sus mejores posesiones. Según la opinión general, el tal pariente no tenía ningún derecho á lo que solicitaba por haberlo Núñez heredado legítimamente; pero sacó documentos antiguos, y como era muy rico, ganó el pleito después de algunos años en que ambos gastaron una fortuna.

El desgraciado padre tuvo que reducirse con su mujer y su hijo á vivir muy modestamente con lo poco que le restaba de su capital; pero estaba escrito que habían de llegar á carecer de todo, y lo que ha de ser es sin remedio.

Antes de perder su largo pleito, y cuando no creía posible que esto sucediera, había sacado Núñez de un grave compromiso á un amigo íntimo á quien quería como á un hermano, respondiendo por él con sus bienes. Murió después su amigo sin pagar, y el desventurado se vió obligado á vender lo que le restaba para pagar la crecida suma que se había obligado á satisfacer. ¿Qué más hemos de decir? Agobiado ya por su mala suerte, se trasladó á Madrid con su familia á fin de buscar una colocación, fiado en sus buenas relaciones. En la corte obtuvo muchas esperanzas y ninguna realidad, gastó cuanto le quedaba de su pasada prosperidad, perdió la salud y llegó al extremo de la más horrible miseria.

La condesa oyó vivamente impresionada la triste historia, y al marcharse dijo con acento conmovido:

— Juro á ustedes hacer cuanto pueda por proporcionarle un destino que baste á satisfacer sus necesidades.

— Sí — exclamó la niña, — papá es amigo de un ministro y yo no lo dejaré parar hasta que obtenga un buen empleo para usted. ¡Ea, Miguel, enjuga tus ojos y alégrate, que pronto saldrás de esta angustiosa situación!

— Mi querida niña, ¿cuando podré yo pagar los beneficios que recibo de esta mano encantadora?

Al hablar así había caído de rodillas ante su ángel bueno y besaba electrizado sus manos.

— Desde ahora mismo puedes empezar á pagarlos — repuso la niña riendo.

— ¿Y cómo?

— Queriéndome mucho.

— Más que lo hago no puede ser.

— Pues bien, así, que yo también te quiero de veras.

La condesa interrumpió el infantil entusiasmo de los dos niños porque era tarde, y salió dejando una onza sobre la mesa y seguida de las bendiciones de aquellos tres agradecidos corazones.

Al día siguiente un médico se presentó en la buhardilla, de orden de la condesa, y desde aquel momento asistió con el mayor esmero al enfermo, que fué recobrando poco á poco las fuerzas y la salud merced á sus cuidados y aun más á la esperanza que animaba su espíritu y le daba nueva vida.

Entretanto Laura y su madre no se descuidaban.

Cumpliendo pronto y bien su promesa; de la buhardilla de sus protegidos se fueron directamente á su casa y al despacho del conde, donde éste se encontraba trabajando.

Le contaron con vivos colores lo sucedido, le hicieron la descripción de sus protegidos, y con tal elocuencia le pidieron su apoyo y protección, que lograron interesarle y obtuvieron la promesa de que hablaría con gran interés al ministro, su amigo, para que colocara al desgraciado padre.

Desde aquel día no pasó uno solo sin que la noble familia hablara de sus protegidos.

– ¿Cómo va nuestro asunto? – preguntaba Laura todos los días á su padre cuando estaban en la mesa.

– Nada sé de nuevo. Hablé al ministro con gran empeño, me ofreció colocarlo á la primera ocasión y aún no ha resultado nada.

– ¡Por Dios, no le dejes de la mano, recuérdaselo á menudo, que esos señores tienen poca memoria por sus muchos negocios; que vea en ti verdadero interés y lo conseguiremos!

Esta conversación se repetía diariamente. Si el conde quería besar la blanca frente de su hija, la niña huía ligera, diciendo con alegre risa:

– No; cuando me entregues la credencial de Núñez te los daré todos juntos.

Si le pedía que le hiciera oir una de las piezas nue-

vas que tan magistralmente tocaba al piano, respondía Laura:

– La guardo para el día que podamos decir á nuestros protegidos que ya no necesitan el óbolo de la caridad.

De esta manera hacía la angelical niña que el recuerdo fuera constante. Al fin, tantos amenes llegaron al cielo y el conde recibió la anhelada credencial colocando á Núñez con diez mil reales en Mallorca; el punto no hacía al caso, lo importante era que tuviera destino, y la condesa y su hija, llenas de satisfacción, fueron á llevar el precioso documento al interesado. El aspecto de la pobre familia había variado por completo. El padre estaba ya fuerte y bueno, la madre sonreía llena de esperanza, y Miguel rebosaba de satisfacción porque desde la visita de la condesa no les había faltado nada. Hasta ropas habían recibido de su bondadosa bienhechora.

Renunciamos á describir la escena que tuvo allí lugar al recibir aquel padre desgraciado el mayor de los beneficios que podía desear. Las lágrimas de la más pura gratitud corrieron mezcladas con mil protestas de eterno agradecimiento y con las bendiciones más calurosas.

La madre y la hija salieron de allí llorando también: la felicidad de sus protegidos las conmovía.

Cuatro días después iban los padres y el hijo remozados y alegres á despedirse de sus salvadores. Partían aquel día de la corte para su nuevo destino.

— Señor conde — dijo á éste el agradecido padre, — usted goza de todos los esplendores de la fortuna y yo nada soy ni valgo; pero si un día necesita usted un hombre que haga á usted el sacrificio de su vida, de su dicha, hasta de su honra, me bastará la más leve indicación para arrojarme al fuego por usted, si es preciso. Disponga usted siempre como guste de mi persona, de mis bienes, hasta de los seres queridos de mi alma. Todo es de usted.

— Gracias, Sr. de Núñez, sólo deseo que cumpla usted tan bien como espero, y que le vaya á usted perfectamente en su nueva vida.

— Antes de partir imploro una gracia de mi ángel bueno — decía entretanto Miguel á la rubia niña.

— ¿Y es?

— Que no me olvide nunca.

— Jamás. Por muchos años que tardemos en volver á vernos, tu recuerdo vivirá siempre en mi corazón.

— ¡Oh! ¡Gracias, gracias! Esa idea hará agradable mi vida.

Y la madre estrechaba las manos de la condesa murmurando:

— Nuestra gratitud será eterna y á Dios rogaré constantemente por la vida de esta noble niña á quien todo se lo debemos. Sin ella hubiéramos muerto en la miseria.

Los abrazos se multiplicaron y las lágrimas de unos y otros corrieron confundidas al despedirse.

– Adiós nó, hasta la vista – decía aún Miguel bajando la escalera. – No me olvides.

– Nunca, nunca – repitió Laura.

Luego se dejó caer en una butaca y las lágrimas inundaron su rostro.

– ¿Por qué lloras así, hija mía? – le preguntó su madre.

– No lo sé. Me parece que con Miguel se ha ido algo de mí misma. Le quiero como á un hermano.

II

Diez años transcurrieron después de los acontecimientos que acabamos de narrar, y tras tan larga fecha volvemos á encontrar á nuestra angelical amiga aún más bella que antes, porque la crisálida había pasado á mariposa, la niña á mujer, ganando mucho en encantos; tan buena como siempre, como siempre modelo en todo; pero ¡ay!, no tan feliz cual era.

La ruda mano del infortunio, que á todos toca alguna vez, se había posado sobre ella con tenaz ahinco.

Un refrán tan vulgar como verdadero dice que «castillos muy altos vienen al suelo de un solo soplo.» Y de un soplo había venido al suelo, en efecto, la opulencia de los condes de Malvar. De su fortuna no quedaba nada; de la envidiable dicha que disfrutaban, sólo el desgarrador recuerdo que las desgraciadas mujeres guardaban en su angustiado pecho. ¿Cómo sucedió tan horrible catástrofe? Vamos á decirlo.

El conde de Malvar, tan bueno, tan irreprochable, tan cariñoso padre y buen esposo, tenía una debilidad á la que lo sacrificaba todo: la pasión política. Aquella inteligencia superior, dominada por el error de creer posible resucitar lo que murió hace muchos años, y aferrada á ideas antiguas hoy imposibles, soñaba con absurdas victorias y trascendentales cambios, para conseguir los cuales daba el dinero á manos llenas á los secuaces de D. Carlos, encargados de los trabajos de conspiración. Si los tales sujetos engordaban su propio bolsillo con el dinero recibido, no lo sabemos; lo cierto es que el conde vendió finca sobre finca con la esperanza del próximo triunfo, y quedó casi arruinado. Entonces buscó con afán el medio de reconquistar lo perdido, vió en la bolsa una jugada que calculó de seguros y favorables resultados, y jugó con empeño; pero este es un juego de azar como otro cualquiera, sus cálculos salieron fallidos y perdió cuanto le restaba.

Tan terrible golpe le anonadó hasta el punto de perder la razón y dos meses después la vida. No pudo resistir á la horrible idea de ver por él en la miseria á aquellos dos seres idolatrados que habían vivido siempre en la opulencia.

No ya en suntuoso palacio, sino en humilde sotabanco, alegre y limpio, pero pobre, volvemos á ver á Laura, acompañada de su madre, tristes y enlutadas ambas. Hacía seis meses que madre é hija vivían con el producto de los trabajos de esta última, la cual utilizaba dignamente los primores aprendidos por adorno.

Sentada junto á la ventana, por donde penetraba un alegre rayo de sol, cual si el astro rey quisiera disipar con su refulgente luz las tinieblas de aquellas angustiadas almas, se encontraba la linda joven bordando con afán y bajando su cabeza para ocultar las lágrimas que de cuando en cuando rodaban por sus mejillas. ¡La opulenta condesa de Malvar, tan envidiada poco antes por ser única heredera de una fortuna y un nombre ilustre, convertida en obrera y viviendo en humilde sotabanco! ¡Tales y tan deleznables son los bienes y las prosperidades de este mundo!

Su madre la contemplaba con inmenso dolor y lloraba también ocultándose de su hija, como Laura se ocultaba de su madre.

—¡Pobre hija mía!—exclamó al fin la anciana con un grito del alma.

—¡Oh, muy desgraciada, sí, madre mía!—repuso Laura con desgarradora tristeza.—¡Muy desgraciada! Aún más que por nuestra situación, por la horrible desventura que me espera.

—¡Por qué no aceptarías alguno de los brillantes partidos que se te han presentado! Ahora estarías casada y serías feliz. Nunca he podido comprender tu extraña indiferencia.

—¿Por qué, preguntas? En este día para mí solemne y fatal, último de mis ilusiones y mis esperanzas, vas á saber por qué he rechazado á cuantos jóvenes me han pretendido. Mi imaginación, acaso demasiado ardiente y soñadora, ha conservado como sagrado de-

pósito una imagen ya perdida en la remota noche del pasado y que sin embargo vive en mi mente, fresca, animada, acariciadora. Mi corazón apasionado y vehemente, quizá hasta la exageración, ha guardado desde la infancia un cariño inmaterial, purísimo, fundado en una ilusión, alimentado por una quimera, dedicado á un ser casi imaginario que mi fantasía ve al través de los años, entre los vagos recuerdos de mi niñez, cual luz misteriosa por Dios sostenida y que mi alma ilumina en sus dulces éxtasis. ¿Puede ser esto amor? ¡Oh, no! ¡Era yo tan niña y hace tantos años! ¿Qué es entonces? No lo sé. Una ilusión, un sueño, un delirio de mi mente soñadora. Lo cierto es que cuando un hombre solicitaba mi amor, si yo iba á concedérselo encontrando en él buenas cualidades, al pronunciar el demandado *sí* la imagen de Miguel convertido en hombre, con sus hermosos ojos y su mirada de antes acariciadora y expresiva, se interponía entre los dos, un nudo oprimía mi garganta, recordaba el «Nunca, nunca te olvidaré,» que pronuncié al separarnos, y sin pensar, sin querer yo misma, decía que no en vez de decir que sí.

– ¡Oh, y pensar que ahora!.. ¡Dios mío, Dios mío! – murmuró sollozando la pobre madre.

– Ahora, madre mía, he de renunciar por fuerza al grato recuerdo, á la dulce ilusión que ha embellecido mi vida; he de arrancar de mi alma la imagen por mí tan acariciada; he de hacer por un hombre perverso, repulsivo, lo que no he hecho por ninguno de los jó-

venes buenos, simpáticos y distinguidos que me han amado.

– Pero yo no puedo permitir tan espantoso sacrificio.

– Es preciso. Hemos tenido la desgracia de que ese hombre infernal, fingiéndose amigo solícito, prestara á mi pobre padre mil duros cuando se encontraba en el mayor apuro, y si no le otorgo mi mano, que solicita con afán, acudirá á los tribunales, como ha prometido, en demanda de pago, y el nombre de mi padre correrá de boca en boca y su memoria será deshonrada, su reputación manchada por la asquerosa baba de los difamadores. ¿Podemos consentir que esto suceda? No, imposible. Mil veces antes la desventura, la muerte, si es preciso. Pronto vendrá el miserable por mi respuesta y con una sola palabra ataré á mi cuello el horrible dogal que me ha de ahogar.

– ¡Pero esto es espantoso!

– Sí, mas ineludible. Tengamos fortaleza para aceptar lo irremediable, presentando á nuestro verdugo la entereza de la dignidad.

– ¡Tú, tan buena, tan noble, tan perfecto modelo de todas las virtudes!..

– Sólo á los buenos prueba Dios, madre mía, para conocer el temple de su alma, la extensión de su fe y la fuerza de su resignación. ¡Quién sabe si de un modo ó de otro nos tenderá muy pronto su mano poderosa para sacarnos del abismo en que vamos á caer!

– Si hubiera estado aquí Miguel, él nos hubiera salvado; ¡pero ni aun esa esperanza!

—¡Por piedad, no pronuncies ese nombre si quieres que tenga valor! ¡Miguel! Quizá no exista ya. ¿Te acuerdas? Terminada con brillantez su carrera de médico, papá le invitó á que viniera una temporada con nosotros, y su noble respuesta fué: «No me permitiré tan gran placer hasta que no me haga con mi trabajo digno de mis generosos protectores. Por este correo marcho á Cuba; cuando tenga un nombre, una fortuna, iré á ponerlo todo á los pies de ustedes, á estrecharlos contra mi corazón y á decirles que de ustedes es la gloria de cuanto yo pueda hacer. Soy muy joven y espero, Dios mediante, realizar pronto este dorado sueño.» Marchó, en efecto, con su familia, y bien sabes que no olvidó escribirnos con frecuencia; pero hace un año que no sabemos de él. ¿Nos ha olvidado? No lo creo. ¿Habrá sido atacado por la espantosa enfermedad del país? Tal vez sí. En tan triste convicción, ni aún me queda el consuelo de dedicar mi existencia á su memoria; otro hombre reclama mi amor, y si no mi corazón, habré de darle mi fe.

Un golpe resonó en aquel instante en la puerta, helando la sangre de las dos mujeres.

—¡Él!—exclamó Laura con un estremecimiento que no pudo contener.—¡Valor!—añadió en seguida haciendo un esfuerzo y levantándose á abrir la puerta.

El visitante la encontró ya serena y firme, aunque pálida como un cadáver. Su madre, anonadada y trémula, ocultaba entre las manos su angustiado rostro.

El nuevo personaje era un hombre que podría tener

de cuarenta á cuarenta y tantos años, de elevada estatura, aspecto de buena educación y vestido con irreprochable elegancia; pero que llevaba en su mirada torva y su frente contraída el sello de innobles pensamientos, de mezquinas pasiones y perversa intención.

— Señorita — dijo entrando resueltamente en la humilde habitación, — ¿ha pensado usted ya lo que debe hacer? Vengo á saber su última resolución.

— Pues óigala usted, caballero — repuso la anciana señora alzándose enérgica, valiente, como la leona que defiende sus hijuelos. — Mi resolución es que jamás la condesa de Malvar será la esposa de un miserable. Que mi hija no será víctima de usted, suceda lo que sucediere.

— Esa es la respuesta que su cariño hacia mí dicta á mi madre. La mía es que seré su esposa cuando usted quiera — añadió Laura con infinita amargura.

La condesa cayó sobre la silla sin fuerzas para sostenerse.

— ¡Oh, señorita!, ¿será cierto? — gritó aquel hombre dando muestras del mayor entusiasmo. — Tal resolución me llena de felicidad. Bien sabe usted que la amo hace muchos años. Déjeme usted que bese su encantadora mano y que de rodillas le dé gracias...

— ¡Oh! ¡Basta, basta! — interrumpió la joven con glacial frialdad. — Las circunstancias en que nos encontramos y la violencia que usted ejerce hacen que no sea esta ocasión oportuna para expansiones amoro-

sas. Aunque doy á usted mi mano, no será jamás de usted mi corazón.

– Espero que el tiempo y mi amor harán á usted cambiar.

– ¡Nunca, nunca; desde ahora se lo juro!

– ¡Bah! Soy rico, no soy feo, amo á usted con locura y creo que será usted feliz.

Laura sonrió amargamente.

– Nuestro matrimonio – dijo – tendrá por base una... villanía, y es muy mala base. Ruego á usted que me evite la molestia de esta penosa entrevista. Me siento fatigada y deseo estar sola.

– ¿Quedamos, pues?..

– En que será lo que usted quiera y cuando quiera. No puedo satisfacer de otro modo la deuda de mi padre. ¡Barato compra usted, caballero! ¡Por mil duros un título ilustre y una mujer como yo! ¡Es usted buen comerciante!

– ¡Señorita!..

– Salga usted y no vuelva hasta que esté todo dispuesto para el sacrificio.

– Así lo haré.

Salió el miserable y en la escalera se le hubiera podido oir murmurar:

– Seré conde y dueño de esa admirada beldad.

Cuando Laura y su madre quedaron solas, se miraron un instante en silencio, y arrojándose una en brazos de la otra derramaron un mar de lágrimas.

Al día siguiente la infeliz madre, quebrantada por

tantas y tan fuertes emociones, sentía rendido su cuerpo al dolor moral y se encontraba sin fuerzas para moverse, por lo cual tuvo que ir Laura sola á entregar su trabajo.

Al regresar de hacerlo tuvo que pasar por la plaza de San Ildefonso; maquinalmente fijó sus ojos en la puerta de aquella iglesia donde había conocido y socorrido al objeto de sus ideales amores; un mundo de recuerdos se agolpó á su imaginación; por un esfuerzo de la voluntad lo vió todo como estaba en los tiempos felices en que socorría al desvalido niño; le pareció percibirlo en el atrio con su rostro pálido, su mirada brillante y leal, y arrastrada por magnética atracción se dirigió lentamente á la iglesia y penetró en ella, dominada todavía por sus sueños y sus recuerdos.

En una de las naves se hallaba un joven de gallarda figura y negra barba, devotamente arrodillado y orando con fervor. Al entrar Laura, fijó en ella sus ojos y se le vió hacer un vivísimo movimiento de sorpresa y vacilar como si quisiera acercarse á ella; pero al fin no se movió y siguió observándola.

Rezó Laura largo rato pidiendo á Dios amparo y valor y ahogando en su garganta los sollozos. Luego se alzó algo más tranquila y salió enjugando sus lágrimas. Junto á la pila del agua bendita la esperaba otro joven de alegre rostro y audaz mirada, que la venía siguiendo hacía rato. Le ofreció cortésmente agua bendita, ella le dió gracias con una leve inclinación y salió, despidiéndose con una mirada de aquellos sitios



– ¿Por quién me ha tomado usted?

queridos. El joven alegre echó á andar tras de ella, y tras, de ambos el de la negra barba, que parecía no querer perder de vista á Laura.

Al atravesar unos en pos de otros una excusada calle, el tronera abordó resueltamente á la joven, diciendo, al par que interrumpía su marcha:

– Bella niña, un instante de atención, que quiero decirte cuán bella eres y cuánto te amo.

Intensa palidez cubrió el rostro de Laura.

– ¿Por quién me ha tomado usted? – exclamó con energía. – ¡Atrás, insolente, ó gritaré pidiendo socorro!

– Calma tu furor, que eres muy bella para ser tan arisca – dijo avanzando otro paso.

– ¡Miserable! – gritó ella. – Soy la condesa de Malvar y sabré hacerme respetar.

– ¡La condesa! – exclamó el calavera.

– ¡La condesa! ¡Oh, gracias, Dios mío! – se oyó murmurar con infinita alegría al segundo acompañante.

– ¿Tan desfigurada estoy, que ya no me conoce usted? – dijo Laura á su interlocutor.

– ¡Oh, señorita – repuso confuso, – quién había de pensar ver á usted sola y así!.. Insisto, sin embargo, en que...

El otro joven le interrumpió poniendo con rudeza una mano en su hombro y diciendo:

– Si continúa usted insistiendo, nos veremos, caballero. Siga usted su camino si no quiere que le dé un disgusto.

Al mismo tiempo cogió con la mayor delicadeza y

respeto sumo la mano de la joven, la apoyó en su brazo y se la llevó con solemne pausa. A tan brusca interrupción, aquel hombre un momento antes tan audaz retrocedió un paso; al verlos ir, los siguió un instante con la vista, se encogió filosóficamente de hombros, y volviendo atrás se perdió por otra calle.

Laura, sorprendida por la acción del desconocido, se había dejado llevar maquinalmente; pero pronto se repuso, y soltando el brazo de su acompañante fijó en él una mirada interrogadora; entonces sus ojos se encontraron, y en los negros de él debió ver algo que la conmovió profundamente, porque retrocedió vacilante, y llevando su mano al corazón exclamó con inmenso anhelo:

–¿Quién es usted? ¡Pronto, su nombre!

– En esa emoción veo con placer que casi me reconoce. Soy Miguel Núñez.

–¡Miguel, Miguel! – repitió con loca alegría. – ¡Bendito sea Dios!

Y se abrazaron con ternura como dos hermanos queridos. La pobre joven, dominada por tan fuerte emoción, casi perdió el sentido, sostenida por su cariñoso amigo.

–¡Miguel, Miguel! – murmuraba al volver en sí. – ¿Será posible?

– Sí, señorita; sí, mi Laura querida, yo soy.

–¡Oh! El cielo me ha oído. Pero la alegría me trastorna, deje usted que le mire, y dígame usted cómo ha sido esto, su repentino viaje, su silencio.

—Sigamos y lo sabrá usted todo; que yo también me siento trastornado por la alegría.

Ambos jóvenes anduvieron un rato en silencio, diciéndoselo todo con el mudo lenguaje de los ojos; cuando lograron dominar su emoción, continuó Miguel:

—Internado en la manigua, asistiendo ya á nuestro ejército, ya á los naturales del país, mis penosas tareas y el mal estado de los correos me impidieron comunicarme con ustedes en bastante tiempo. Terminados los experimentos que me propuse hacer y realizada una regular fortuna, me disponía á regresar á la Habana, y una vez reunidos nuestros fondos embarcarme con mis padres para España, cuando un periódico que leí por casualidad y con gran retraso llevó hasta mí la horrible noticia de la ruina y la muerte de mi noble protector. En el acto resolví correr en busca de usted y de su madre para consolarlas y ampararlas, si era preciso. Precipité mis asuntos, los dejé en cuanto me fué posible y marché á la Habana; encargué á mis padres la comisión de levantar la casa y yo me embarqué en el primer buque que salió para España. Una vez en Madrid, corrí lleno de ansiedad á la calle de Fuencarral; pero ¡ay!, allí me esperaba un desengaño. Otros dueños ocupaban el palacio, otros eran los criados y hasta los porteros; ustedes se habían rodeado del mayor misterio y nadie sabía dónde era su nuevo domicilio. Durante un mes he vagado por todo Madrid con la esperanza de encontrar á usted por casualidad, sin conseguirlo nunca. Hoy sentí

la necesidad de orar en la misma iglesia donde conocí á mi ángel bueno y me tendió su bendita mano. A ella fuí con el alma conmovida; mis ojos se llenaron de lágrimas al ver el sitio en que recibí sus limosnas, y entrando en el sagrado recinto imploré á Dios con todo el fervor de mi alma que me concediera la dicha de encontrar á mi angelical salvadora. Cual si Dios respondiera bondadoso á mi súplica, apenas acababa mi oración vi á usted entrar y sentí una gran conmoción; me pareció percibir en las hermosas facciones de la mujer algo de los dulces rasgos de la niña, que llevaba grabados en mi corazón, y quise acercarme al instante; pero por temor de equivocarme decidí mantenerme á la expectativa hasta saber quién era usted. El atrevimiento de ese insolente y el altivo arranque de usted me enteró de lo que deseaba, y tuve al fin la inefable dicha de estrechar entre mis brazos al ídolo de mi vida.

—¡Oh! ¡Dios nos ha reunido de una manera tan providencial como misteriosa! ¡Bien hacía yo en confiar ciegamente en su bondad y en su justicia!

—¡Cuánto he sufrido, Miguel, y cuánto he llorado creyendo á usted muerto!

—¡Mi querida Laura! Ya todo acabó; de hoy en adelante espero que sólo tendremos un pesar; que no vea nuestra ventura el que ya no existe.

Habían llegado á la casa, y nuestros jóvenes subieron del brazo. Pueden suponerse el asombro y la alegría de la anciana al encontrarse allí con Miguel. Con la libertad que dan los años llenó de abrazos y de besos

al joven, haciéndole mil preguntas. Cuando éste la vió más tranquila, se enteró con interés de todo lo ocurrido y de cómo subsistían, añadiendo en seguida con solemne gravedad:

— Señora, en el momento feliz de nuestro encuentro tengo que pedir á usted una gracia que espero no me niegue.

— Di cuanto quieras.

— Soy doctor en Medicina, tengo alguna reputación en mi carrera y una fortuna ganada con mi trabajo; usted conoce mis ideas y mis sentimientos; ¿me cree usted digno de ser su hijo?

— Sí, sí mil veces.

— Pues pongo á sus pies cuanto tengo y pido á usted la mano de su hija Laura.

La anciana miró á su hija, ésta vaciló.

— ¿Amaría usted á otro acaso? — preguntó Miguel con angustia.

— No por cierto. Es que á mi pesar he contraído un penoso compromiso.

— ¡Oh! Explíquese usted por Dios.

Laura le contó lo que ocurría con su miserable adorador, y Miguel repuso, respirando con desahogo:

— En pagándole yo, está concluído. Ni podrá ofender la memoria del conde, ni reclamar nada.

— Sin embargo, antes de comprometerte piensa bien lo que vas á hacer — expresó la anciana. — Mi conciencia me remordería toda la vida si anudaras el santo lazo sólo para cumplir un falso deber de gratitud.

— Tranquilícese usted; amo á Laura desde que la conocí y sólo deseo saber si ella...

— Ella te amaba sin darse cuenta de lo que sentía; por eso está soltera.

Laura se sonrió y Miguel le dió gracias con un apretón de manos.

— En el mundo, señora — dijo el noble joven tras de una pausa, — cada uno recoge lo que siembra. Mi ángel bueno (así la llamaré toda mi vida) sembró cariño, caridad, buenas acciones, y recoge, hoy un amor que llega á la idolatría y que espero la hará feliz, al par que el inmenso cariño de una familia que la venera, y mañana el respeto y la admiración de cuantos la conozcan.

— Cierto, hijo mío. Casaos, pues, y Dios os haga tan felices como ambos merecéis serlo.

Un mes después se casaban en la misma iglesia donde la bella niña había ganado con su sublime caridad tan hermoso corazón, y habitaban otra vez su opulenta morada, adquirida de nuevo.





— Esto es, vida mía, que la experiencia del mal engendra la desconfianza

LOLO

I

Animado baile siguió á la solemne ceremonia del desposorio.

La concurrencia era tan numerosa, que, á pesar de la amplitud de los salones, se codeaba, apretaba y oprimía.

Entre tan confusa algazara, sobresalían mil frases laudatorias, cariñosos cumplidos que los dueños de la casa recibían sonriendo; pero á las alabanzas se mezclaban de vez en cuando críticas acerbas pronunciadas en voz baja por los mismos que en público los

aplaudían y que estaban gozando con sentidos y potencias de su cordial hospitalidad.

Aquel coro de felicitaciones se dirigía á la feliz pareja que acababa de ser unida en santo lazo, Fernando Santelices y Aurelia Montero, ambos pertenecientes á la doble aristocracia de la sangre y el dinero.

En las críticas llevaban la mayor parte el novio y el padre de la recién casada.

— Desengáñate — decía una señora de edad y apergaminado rostro á otra de su propia fecha y parecida facha, — esto ha sido arreglo de Montero. Viudo y joven, se ha de encontrar mejor sin el estorbo de la niña y la casa cuanto antes.

— ¿Quién lo duda? El novio es buen partido y tiene arrogante figura; pero cuenta cuarenta años y la novia quince. Es un terrible calavera, hastiado de todo, que busca la calma del matrimonio por conocer algo nuevo. ¡Y para esto le dan una pobre niña cegada por la doble venda de la inexperiencia y del amor! ¡Si su madre viviera!

— Dicen que él está muy cambiado, que la adora. Y en realidad, la muchacha, como buena americana, tiene la precocidad del país, el desarrollo de una mujer de veinte años.

— De todos modos, es una niña de quince, niña en todo, con la ingenua inocencia y la alegre expansión propias de la edad. ¿Qué sabe ella lo que es el matrimonio? ¿Acaso tiene conciencia de lo que hace, ni de si ama ó no?

—¡Pobre niña! La sacrifican.

En un corro de jóvenes alegres que hacían gestos expresivos, se oía una voz de falsete que exclamaba:

—Os repito que no salgo de mi asombro. ¡Cómo! ¿Fernando Santelices, el rey de los calaveras, el terror de los maridos, el adorador perpetuo del sexo bello, se casa y con una niña? A no verlo con mis propios ojos, lo negaría al mundo entero.

—Yo casi lo dudo aún—dijo otro.—Me parece que sueño ó que asistimos á una comedia preparada por ese diabólico Tenorio.

—No, que es una palpable realidad no es posible negarlo—añadió un tercero.—Fernando está casado muy de veras.

—Pero ¿cómo diablos se ha rendido á la coyunda ese tronera, y cómo él, que ha hecho tantas víctimas, no teme serlo á su vez?

—Cosa tanto más fácil, cuanto que casi triplica la edad á su infantil esposa.

—No lo comprendo.

—Ni yo me lo explico.

—En suma, ¿qué es lo que no comprendéis, caros amigos, que yo me case ó que lo haga con una niña?

Esto dijo una voz varonil, tras la que apareció la arrogante figura, de poblada barba, ojos negros y perfecta distinción, de Santelices.

—¡Las dos cosas, traidor!—respondieron afablemente.

—¡Perjuro!

—¡Desertor, renegado!

—Si no me dejáis hablar...

—Habla, chico, y defiéndete si puedes.

—A vuestra primera acusación responderé con la mejor de las razones: he renunciado á mi libertad porque estoy enamorado y la vida desordenada me cansaba ya.

—¿Tú enamorado?

—¡Chico, chico!

—Yo, Fernando Santelices, que mereció el nombre de moderno Tenorio. Y me propongo ser un modelo de maridos.

—¡Pero, hombre!

—Pasemos al segundo tema. Casándome con una niña, tengo la seguridad de ser el primer amor de mi mujer, la facilidad de educarla á mi gusto, de adaptar sus costumbres, aún no formadas, á las mías; la certidumbre, en fin, de trabajar en blanda cera, que mi amor modelará. Mi experiencia del mundo me impedía creer en ninguna mujer; pero creo en un ángel.

—Permíteme que me asombre aún más de lo que estaba. ¿Tú, sobre vencido, creyente? ¿Tú crees ahora en los ángeles sin alas y con tacones?

—Sí.

—¡Fernando, Fernando, no te conozco, te han cambiado!

—Quizá.

—Pero ¿quién ha hecho ese milagro?—preguntó uno.

— ¡El amor, sólo el amor! — repuso Fernando con la mayor convicción.

— Pues, chico, siendo así, te deseo mil felicidades en la nueva vía que emprendes.

— Tal vez ésa sea la derecha.

Fernando les estrechó las manos, y disuelto el grupo, se dirigió en busca de su esposa, á la cual halló en el más apartado gabinete sola con su padre.

II

— Hija mía, ¿eres completamente feliz? — preguntaba Montero á la encantadora niña de ojos celestiales, rubios cabellos y angelical sonrisa.

Aurelia respondió con presteza:

— Soy tan feliz, que nadie en el mundo puede serlo más.

— ¡Tienes tan pocos años! ¿No será un sueño infantil tu amor á Fernando?

La bella niña tuvo una sonrisa de lástima para aquella duda insensata.

— Tranquilízate, padre mío — dijo; — una vez más te afirmo que amo á Fernando con todo mi corazón y que no podría vivir sin él.

— ¡Bendita seas, Aurelia mía! — exclamó Fernando presentándose.

— Señor marido, ¿quién ha dado á usted permiso para sorprender secretos ajenos?

— Tengo obligación de espiar á la esposa infiel que

celebra secretas conferencias con un galán – repuso en el mismo festivo tono.

– Perdona, Fernando – añadió el padre, – si interrogaba á Aurelia con afán. Bien sabes cuánto me he opuesto á este enlace por la poca edad de mi hija; al fin accedí, y no sé si he hecho bien.

– Perfectamente, papá suegro, perfectamente, no lo dude usted. Yo le juro que nunca tendrá usted por qué arrepentirse de haberlo hecho.

– ¡Dios lo quiera! Pero mira, suprime el juramento, que en tu boca hace efectos contraproducentes. ¡Has jurado tanto, mi querido yerno!

Fernando se puso grave.

– Permítame usted, señor de Montero – dijo, – que le haga presente, con toda la formalidad del mundo y dejando el tono de broma por el más serio, que el amor de Aurelia, mi primer amor en realidad, mató para siempre al loco calavera; que mi borrascosa historia, de la que no quiero acordarme, ha terminado hoy, y que en estos instantes empieza para mí una nueva vida consagrada á esta niña que tanto adoro.

El padre y la hija estrecharon sus manos conmovidos.

– Gracias, Fernando – exclamó el primero, – gracias por esa promesa. Te entrego un ángel inocente; hazla una buena esposa, hazla dichosa.

– Lo será, lo será cuanto es posible.

Montero se retiró para ocultar su viva emoción.

Aurelia empezó á dar saltos de alegría, exclamando:

—¡Vaya si seré dichosa, muy dichosa!

Santelices puso dulcemente la mano de ella en su brazo, y la condujo hacia los salones, diciéndole:

—Tu ingenua alegría me hace muy feliz, amor mío; pero deseo al mismo tiempo no olvides que hoy dejas de ser la niña revoltosa y traviesa, para convertirte en una mujer formal, en una señora.

—¿Y por eso he de estar grave y tiesa?—preguntó con gracioso terror.

—No, vida mía; alegre, expansiva, que tal es tu encantador carácter; mas nada de juegos de niña, ni de loca algarabía. Te confieso que soy avaro de tus sonrisas, de tus miradas, de tus alegrías, de todo lo tuyo, y que tendrás mucho en que ejercitar tu indulgencia, porque soy terriblemente celoso, niña mía.

—¡Bah, yo te curaré!

—¿Y cómo?—interrogó él algo alarmado.

—Siendo tuyo hasta mi más oculto pensamiento, consagrándome á ti tan por completo que haga imposible la ofensa de los celos.

—Si eres tan buena y te amo tanto, ¿cómo no tener celos de todo sin querer ofenderte? Tendré celos del pañuelo que llevas en tu mano, del abanico que refresca tu rostro, de la flor que besen tus labios, y todo eso quisiera destrozarlo para que no te acariciara más.

—Fernando, ¿estás loco?—exclamó asustada.

—No tendrá nada de extraño, pues hay quien afirma que amor y locura son sinónimos. Pero, mira Luis cómo me llama; vuelvo al instante, vidita.

Se alejó después de hacer un signo cariñoso, y Aurelia se quedó mirándole seria y muda.

Por fin expresó su pensamiento diciendo:

—¡Celos de todo y odio á cuanto yo ame! ¡Entonces querrá que abandone á Lolo!.. No, pues á Lolo no lo dejo.

III

La feliz pareja fué á ocultar su dicha lejos del bullicio de la corte, á representar el bello idilio del amor sobre el poético escenario que la naturaleza les ofrecía en una pintoresca quinta situada cerca de Getafe, nido de amor de que los dos enamorados hicieron un paraíso.

Durante un mes disfrutaron de dicha tan incomparable y tan perfecta, que Aurelia se preguntaba asombrada cómo había en el mundo quien no se casara, y Fernando decía que todos sus triunfos amorosos no le habían proporcionado la felicidad que disfrutaba en cada hora de su nueva existencia.

Por algún tiempo la embriaguez del amor no le permitió pensar en nada; pero un día recobró al fin la posesión de sí mismo: miró en torno suyo, y el propio exceso de su felicidad, aquella dicha tan completa, le asustó. Él no había creído nunca en la dicha sin nubes, ni en las perfecciones humanas, y sospechó si todo aquello sería un hermoso sueño del que habría de despertar.

¡El escéptico aparecía tras el enamorado!

¡El hombre de mundo estaba en lucha con el esposo amante!

Nuevo curioso impertinente, dudaba de lo real y temía lo imaginario.

La desconfianza, hija legítima de su fatal experiencia, le hizo observar con cuidado á aquel ángel que por tan adorado quería siempre perfecto, y á falta de *lunares* advirtió en ella ciertas reservas que le pusieron en guardia.

Al entrar alguna vez en la habitación de Aurelia, notó en ésta el azoramiento de quien teme ser sorprendida.

Otro día la vió esconder con presteza algo que le ocultaba. En vano le preguntó, afectando indiferencia, la causa de sus misterios.

Estas nimiedades eran suficientes para que Fernando, pronto á la duda, empezara á sospechar.

Su memoria le repetía á cada momento con tenaz exactitud las irónicas palabras de sus amigos.

—Velemos—se dijo—y sabré de una vez si este ángel querido es un ángel auténtico.

Víctima de esta desagradable preocupación, que le impedía descansar, pasaba horas enteras velando el tranquilo sueño de su joven esposa; pero una noche esta tranquilidad fué sustituída por agitado soñar, no cosa desagradable, sino retozona y alegre, á juzgar por sus sonrisas y ademanes. Fernando, que la contemplaba extasiado, recibió una puñalada en el cora-

zón al oir que los labios de la hermosa niña pronunciaban un nombre: Lolo.

Sintió la mordedura de los celos, y la duda tomó cuerpo.

¿Quién era Lolo?

Resolvió averiguarlo á toda costa.

Al efecto, en cuanto dejaron el lecho, halló medio de alejar á su esposa por un rato, y se puso á registrar con febril impaciencia el buró de ésta.

En uno de los cajones encontró una carta que él no conocía.

—Aquí está—se dijo trémulo de ansiedad,—aquí está la prueba.

Era una carta brevísima que sólo decía:

«Señorita: Hoy verá usted á Lolo, según desea. Todo se ha hecho cumpliendo sus órdenes. Queda á su disposición su servidora—INÉS.»

Fernando leyó veinte veces aquellas líneas, exclamando con desesperación:

—Ya no puede haber duda. Lolo es abreviado de Manolo ó de otro nombre, me es igual. Esa mujer es la vil cómplice que ejecuta órdenes secretas, y Lolo está aquí hace tiempo, pues que la carta tiene ocho días. ¡Oh, miserables!.. ¡Yo os juro que no seré un marido ridículo como mis víctimas, sino un terrible vengador! Pero ¿quién es ese hombre á quien una doméstica nombra con tan extraña familiaridad? Sea quien fuere, Aurelia sueña con él, él viene á verla. Buscaré la evidencia, y luego... me vengaré.

IV

Al mediodía, Fernando, calmado y tranquilo en apariencia, paseaba por las anchas alamedas del parque dando el brazo á su mujer.

—Tengo que darte una mala noticia, mi vida—le decía.

—Me asustas, Fernando, ¿qué es ello?—preguntó alarmada.

—Nada grave, pero sí molesto: que no me encuentro bien.

Aurelia palideció.

—Pero ¿qué tienes, qué sientes?—exclamó palpando su frente y sus manos.

—Mucho dolor de cabeza. Sin duda la jaqueca que padecía antes.

—Pues acuéstate en seguida.

—Sí, pero con una condición.

—¿Cuál?

—Que te has de ir á tu acostumbrado paseo, puesto que esto no es nada, y por la noche te distraerás como de costumbre, sin hacer caso de mí.

Aurelia le miró espantada y dijo con una angustia que hizo sonreir á Fernando á pesar de sus preocupaciones.

—Y ¿quieres que no te vea en tantas horas, ni sepa siquiera cómo estás?

—Sí, hija mía, es la única manera de curarme.

La joven esposa no se conformaba. Le suplicó con tan ingenuo cariño, con tan mimosa insistencia, que la permitiera acompañarle, asegurando «que se estaría quietecita, quietecita, sin respirar siquiera,» que Santelices dudó si sería víctima de su propia suspicacia; pero al instante acudieron á su mente recuerdos del pasado, memorias de mujeres que á sus maridos engañaban con infernal astucia, y dijo bruscamente:

– Si no me prometes dejarme solo, no me acuesto.

Al decir esto, se dejó caer en un banco, disgustado de todo y de sí mismo. Ella le imitó no menos contrariada. Entregado cada cual á sus pensamientos, guardaron triste silencio. ¡Por primera vez ni uno ni otro buscaban la chispa del amor en los ojos del ser querido! ¡Espesa nube se formaba sobre sus cabezas!

Fernando se puso á trazar un nombre con su junquillo en la arena del jardín.

– ¿Qué haces? – interrogó Aurelia distraída.

– Ya lo ves, escribo. Mira.

Aurelia leyó: «Lolo.» Hizo un brusco movimiento de extrañeza y fijó sus asombrados ojos en Fernando. Este, que la observaba atentamente, se estremeció al ver su emoción, y preguntó:

– ¿Qué?

– Ese nombre...

– ¿Te es conocido?

– No.

– ¿Entonces?..

– Me extraña que lo conozcas tú.

— Y á mí me asombra tu extrañeza. ¿Te ha impresionado?

— ¿A mí? ¿Por qué?

— Por tus preguntas.

— ¡Es un nombre tan raro!

— ¿No conoces, pues, á nadie que así se llame?

Aurelia le miró con la fijeza del alma que, pronta á revelar la verdad, se asoma al cristal de los ojos buscando ansiosa la seguridad de la indulgencia. Hizo un movimiento de resolución, y luego se detuvo.

— ¿Y bien? — preguntó vivamente Fernando, que había seguido con ansiedad las impresiones de su esposa.

— No, á nadie — contestó balbuceando.

— Está bien — exclamó, levantándose con ademán de mal humor. — Hasta mañana, Aurelia; me voy á descansar. Esto no es nada, está tranquila, unas horas de sueño y todo pasó. Adiós, monina; pasea, toca el piano y distráete.

La dió un beso en la frente y se alejó.

V

Aurelia no quedó tranquila ni salió á dar su acostumbrado paseo. Fernando, oculto tras las pesadas cortinas de su balcón, acechaba todos sus movimientos, y cuando la veía subir del jardín y oía sus menudos pasitos cerca de la puerta, se acostaba rápidamente y se hacía el dormido. La hermosa niña entreabría la puerta, lo contemplaba un instante y se alejaba.

—¿Me habré engañado?—se preguntaba el pobre celoso, loco de placer.

Las sombras de la noche reemplazaron al día, y libre Fernando del temor de ser sorprendido en tan extraño espionaje, abandonó su cuarto y bajó al jardín, ocultándose como un ladrón que acecha su presa. Vaciló un instante, no sabiendo hacia donde dirigirse, y la voz de su mujer le marcó el camino. La voz salía de las abiertas ventanas del piso bajo. Allí estaban las habitaciones de recreo y de estudio de Aurelia. Fernando se aproximó, trémulo de ansiedad, y no pudiendo ver, porque la habitación estaba en esa semiobscuridad de las noches serenas, sólo transparente para los ojos habituados á ella, escuchó.

—¡Cuánto, cuánto te quiero, Lolo mío!—decía Aurelia con su dulce voz.—¡Monín, rico, no te descubriré, no, que tendría celos de ti y nos separaría ese cruel!

Fernando se sintió morir.

—Ese cruel soy yo—articuló.—¡Miserables! ¡Razón tenía al sospechar que el vil estaba dentro de casa!

Escuchó de nuevo. No oyó la respuesta á tan cariñosas palabras; pero sí el chasquido de un beso, seguido de otro y otro, que sonaron en sus oídos como un toque de agonía. Toda su sangre le afluyó á la cabeza, trastornándolo por completo. Ciego, frenético, sacó el puñal de que iba armado y penetró como un rayo en la habitación por la ventana.

Se oyó un agudo grito de terror. Fernando hundió tres veces su puñal. Un cuerpo cayó en tierra. El

desgraciado se apartó, dispuesto á cerrar el paso y á destrozar al que intentara huir. Pero nadie se movía. Reinó un silencio de muerte.

VI

Fernando sintió horrible angustia. Empezó á despertar de aquel frenético delirio y murmuró con un gemido:

—¡Dios mío! ¡Qué he hecho yo!

Encendió una luz, y su mirada recorrió febril la habitación. Junto á la ventana yacía la pobre Aurelia tendida en el suelo y estrechando entre sus brazos á un hermoso niño lujosamente vestido. Santelices palidecía horriblemente; sus cabellos se erizaron.

—¡Aurelia, Aurelia mía! —exclamó llorando y arrodillándose á su lado.

Se apresuró á desprender de sus brazos el niño.

Era un magnífico bebé de biscuit, de los que mueven los miembros, dicen papá y mamá y abren y cierran los ojos.

—¡Miserable de mí! —gimió el pobre celoso. —¡Me empeñé en que fuera una mujer y era una niña!

Todo tembloroso, levantó aquella pálida cabeza, reconoció el adorable cuerpo, buscando las heridas causadas por su insensatez. Afortunadamente Aurelia estaba ilesa. El bebé había sido la víctima propiciatoria, y la hermosa niña sólo sufría un desvanecimiento causado por el terror. Cuando volvió en sí, Fer-

nando la sostenía en sus brazos y la cubría de besos.

— Fernando mío, ¿tú aquí? — murmuró. — ¿Qué ha pasado? ¿Qué es esto?

— Esto es, vida mía, que la experiencia del mal engendra la desconfianza y el error; que duda de la luz quien no la ha visto nunca. Que soy el culpable y tú el juez. Perdóname.

Ella sonrió como deben sonreir los ángeles al recibir el alma de un justo en el paraíso, y tendiéndole la mano, dijo:

— Si has de quedar curado para siempre, te perdono este horrible susto. Y te presento á tu rival, á Lolo.

— ¡Qué malos ratos me ha hecho pasar!

— En realidad, yo he sido la culpable. Querías que fuera una mujer formal, y por darte gusto...

— Me ocultabas tus juegos infantiles. En mi egoísmo olvidaba que tienes quince años.

— Yo curaré al pobrecito herido y te juro que lo conservaremos siempre para que me recuerde mi culpa y tu perdón.





... inclinándose sobre el almohadón en que Julio había clavado sus rodillas, lo cubrió de besos y de lágrimas

AMELIA

I

La noche era tempestuosa y obscura; el aire cálido y bochornoso ahogaba la respiración; la atmósfera, cargada de la electricidad del calor, enviaba á la tierra relámpagos abrasadores que aumentaban el ardor de aquella angustiosa noche de julio, y su brillante resplandor iluminaba en modesta habitación una escena desgarradora. Sobre humilde lecho yacía demacrado anciano en cuyo pálido rostro se veían las huellas destructoras de la muerte. A los lados sollozaban de ro-

dillas dos jóvenes: la una casi niña, preciosa flor en capullo; ya más mujer la otra, rosa fragante y lozana, Ambas besaban las manos del anciano y lloraban sin hablar; acababan de recibir la visita del Señor de los señores, y las pobres niñas no podían dominar la dolorosa emoción que las embargaba. El anciano contemplaba á las dos preciosas criaturas con mirada que revelaba la plena posesión en que estaba de su razón, al par que el más intenso dolor y la mayor ternura.

– Hijas mías – dijo al fin con temblorosa voz, – basta ya de lágrimas. Si al fin ha de ser lo que Dios tiene dispuesto, ¿á qué mortificaros de ese modo? Conformémonos con su santa voluntad. Alzad y escuchad, atentas.

Lo hicieron, procurando en vano contener las lágrimas que de su corazón brotaban y rápidas subían buscando salida por los ojos, y el anciano prosiguió:

– Deseo que después de mi... partida, sigáis viviendo cual hasta aquí, como dos tiernas hermanas, como si la propia sangre corriera por vuestras venas. Vais á quedar entregadas á vosotras mismas; sed escudo mutuo la una de la otra en las difíciles pruebas de la vida, protegeos y amparaos con recíproco interés. Tú, Amelia, que eres mayor y de juicio más sereno, júrame que velarás por mi Salvadora y la conducirás por el recto camino que tú vienes siguiendo.

– Mi noble protector – repuso la aludida, dominando con su firme voluntad la violencia de su dolor, – cuando hace cuatro años perdí á mi padre, quedaba sola en el mundo, y usted me recogió dándome con

tanta generosidad como cariño por hogar su propio hogar, por hermana su misma hija, por apoyo su noble corazón...

– Hice lo que debía, hija mía. Tu padre era para mí un hermano.

– Esto no disminuye la importancia de su bella acción ni mi agradecimiento. Además del deber de gratitud que hoy empiezo á cumplir, me une á Salvadora el lazo del cariño más entrañable, y juro ser para ella á la vez madre y hermana. Juro sacrificar mi dicha á la suya, si es preciso, y dedicarla mi vida entera.

– ¡Oh!, gracias, gracias. A ti, mi Salvadora querida, te recomiendo que sigas sus consejos é imites en todo su ejemplo: es digna de ello.

– La quiero con todo mi corazón – repuso la joven – y nada en el mundo podrá separarnos.

La inexperta niña no contaba con esos mil accidentes de la vida que logran vencer la voluntad más firme.

El anciano murmuró con voz cada vez más débil:

– Abrazaos, hijas mías, é inclinaos hacia mí.

Los brazos de las interesantes jóvenes se enlazaron con la mayor ternura, latieron juntos sus nobles corazones, se confundieron sus hermosos cabellos, y así unidas se inclinaron hacia el doliente anciano.

– Que Dios os bendiga como lo hago yo – articuló apenas, poniendo sus temblorosas manos sobre las juveniles cabezas; – que sólo la muerte rompa tan deliciosa unión. Así, así quiero veros siempre desde el

cielo. Me parecéis... dos ángeles que bajan... á recoger mi alma. Adiós, no lloréis..., nos... veremos... allá arriba...

Sonrió un instante cual si viera celestes visiones y se desplomó sobre la almohada.

—¡Padre mío! — exclamó la infeliz niña, palpando su frente y su corazón. —¡Muerto, muerto! — gritó con infinita desesperación. — ¡Ya estoy sola en el mundo!

—¿Sola, hermana mía? — interrogó Amelia, arrancándola del lecho.

—No, Amelia mía, perdóname. Tú lo serás todo para mí.

—Todo, mi Salva querida, que mi amor resumirá el de cuantos seres has perdido.

Un estrecho abrazo las unió de nuevo y confundió sus lágrimas.

II

El rápido transcurso del tiempo hace que todo cambie en la vida; lleva en su seno el espíritu de lo variable, sorpresas inesperadas, transformaciones á veces necesarias y bálsamos sin los cuales el alma humana sucumbiría á los crueles golpes del dolor.

En la misma habitación donde escena tan desgarradora hemos presenciado, un año más tarde tenía lugar otra bien diferente. Las sonrisas de la alegría reemplazaban á las amargas lágrimas; los colores de la animación y de la vida embellecían los hechiceros

rostros, antes tan pálidos; palabras de esperanza se oían en lugar de los ayes del dolor, y todo respiraba satisfacción y contento en la humilde morada.

Las pobres jóvenes no habían olvidado; pero se dejaban arrastrar por la fuerza irresistible que las impelía al encanto de la vida, y cicatrizada en parte la herida por la muerte abierta en sus corazones, éstos se abrían á la esperanza como tras nebuloso invierno abre la flor su perfumada corola á los rayos vivificantes del sol primaveral. Sentadas ambas muy cerca una de otra y con las manos enlazadas, acababan de leer una carta que Amelia conservaba abierta y que había sido nuncio de buenas nuevas á juzgar por el gozo que reflejaba el rostro de ésta.

– Ya lo ves – decía radiante de placer, – llegó con felicidad á Cádiz y hoy mismo le tendremos aquí. Sí, hoy mismo, no hay duda, puesto que la carta es atrasada y dice dentro de cinco días. Estamos en el quinto; muy pronto le veré. Estoy loca de alegría, hermana querida.

– Y yo también; tu dicha me colma de placer. Tu felicidad hará la mía.

– Es que esta felicidad ha venido de una manera inesperada; ¡yo no la aguardaba tan pronto! Verle con con mis propios ojos, no con los de la ilusión; estrechar sus manos después de seis años de ausencia; tenerle aquí, entre las dos, mirándome yo en sus amantes ojos, recibiendo tú su fraternal ternura, porque él te querrá como un hermano, es una dicha

tan grande, tan completa, que siento vacilar mi alma al peso de tan inmenso placer.

—¡Cuánto le amas!

—¡Que si le amo! Con tan ciega idolatría, con tan loca pasión, con tan incesante frenesí, que yo misma me asusto del fuego de mi corazón, de la fuerza de este amor que pasa los límites humanos y dedica á un hombre el culto que sólo á Dios se debe rendir. Tengo hasta remordimientos, y cuanto más lucho por bajar el ídolo á la esfera que debe ocupar, á mayor altura se eleva, más se apodera de todo mi ser, me domina, me esclaviza, y más y más le adoro.

—¡Pobre Amelia! ¡Caíste en las redes de Cupido!

—Hace mucho tiempo, bien lo sabes. Criados casi juntos en la infancia por la amistad de nuestros padres, nos queríamos en esa feliz edad con singular extremo. Crecimos y á la par creció nuestro mutuo cariño, al ver el cual los respectivos padres acordaron nuestro enlace para cuando él fuera todo un hombre y yo toda una mujer. Murió su padre antes de poder realizar sus deseos, pidiéndole me diera su nombre. Al dejar el mío este mundo, recordarás que también me encargó que fuera su esposa. Él, que me amaba como siempre y se encontraba atrasado en su carrera, se fué á Cuba, de donde hoy vuelve hecho un arrogante capitán á reclamar mi palabra y á cumplir la suya uniéndonos en santo lazo.

—Toda esa tierna historia la sé de memoria, Amelia mía—repuso Salvadora sonriendo.

—Tienes razón, te la he contado mil veces. Pero tengo especial placer en repetirla por recordar que nos amamos casi desde que nacimos y que ni el tiempo ni la ausencia han podido entibiar nuestro amor.

—Otra cosa era imposible. Habiéndote conocido, ¿quién puede dejar de amarte?

—¡Aduladora! Después te toca á ti, mi Salvita querida. (Así la llamaban familiarmente.) Verificado nuestro matrimonio, hemos de pensar en tu dicha. Elegirás entre los varios jóvenes que te adoran el que sea más de tu gusto y más digno de ti, os llevaremos á la iglesia, y siempre junta la doble pareja, haremos de esta casa un paraíso.

Un fuerte campanillazo impidió continuar á la bella joven; su corazón latió con violencia, su rostro enrojeció por la emoción y se lanzó á la puerta como el rayo, gritando:

—¡Julio, Julio mío!

Pronto se oyeron entrecortadas frases de alegría, vivas exclamaciones de ternura.

—¡Por fin te veo aquí—decía Amelia,—por fin estamos juntos!

—Sí, y para siempre, Amelia mía—respondía él con vehemente acento.

Acto seguido aparecieron en la sala el arrogante militar, de simpática fisonomía y elegante figura, y la enternecida Amelia.

—Aquí tienes á mi hermana—dijo la última—no

hago vuestra mutua presentación porque os conocéis ambos aunque nunca os habéis visto.

Salvadora se puso en pie y el capitán avanzó un paso, que pronto retrocedió, asombrado al ver aquella delicada y peregrina belleza.

La magnética mirada de ella chocó con la negra pupila de él, y... no sabemos lo que pasó por ambos; pero ella enrojeció al bajar los ojos y él los apartó palideciendo.

– Cierto – dijo por fin balbuceando, – conozco hace mucho tiempo á esta señorita por lo que de ella te ocupabas en tus cartas.

– Y yo – repuso Salvadora – le hubiera á usted reconocido entre mil por el retrato que tantas veces me ha hecho Amelia.

Siguieron las expansiones del afecto, los recuerdos del pasado, las descripciones de lo ocurrido durante la ausencia, y Amelia, loca de ventura, abría los ojos para convencerse de que no soñaba y repetía con íntimo gozo:

– No hay en el mundo felicidad como la mía. Es completa, segura, sin luchas ni temores. Nuestro mutuo amor ha pasado por todas las pruebas sin perder un átomo de su fuerza; nuestros padres lo bendicen desde el cielo como ya lo hicieron en tierra; mi hermana querida nos acompaña con su aprobación y su ternura. ¿Quién más feliz que yo? Nada amarga nuestra dicha, ni una nube empaña el radiante cielo de nuestro porvenir.

— Cierto, Amelia, cierto — afirmó Julio.

— ¡Oh! Si de pronto perdiera dicha tan completa, moriría — añadió entristecida.

— Por fortuna no será así. Todo lo traigo arreglado y muy pronto serás mi esposa.

III

Todo lo traía arreglado por su parte, en efecto; pero faltaba disponer los documentos pertenecientes á la novia, y en esta tarea transcurrió un mes, durante el cual Amelia fué despertando poco á poco de su hermoso sueño al ver que Julio estaba cada día más triste y abstraído, y Salvadora más pálida y preocupada.

Interrogaba á Julio y éste le respondía:

— No tengo nada. Las penalidades de la campaña han hecho mi humor concentrado y sombrío. Tu amor me curará.

— Nada tengo — contestaba Salvadora. — Siento una vaga tristeza que no me es posible definir por carecer de causa. Eso es todo.

Julio y Salvadora se demostraban un mutuo y visible despego que no pudo menos de chocar á Amelia. Procuraban siempre estar lo más lejos posible uno de otro y evitaban cruzar la palabra y aun la mirada. Una mujer vulgar hubiera tomado aquella indiferencia por repulsión; pero Amelia, reflexiva y analizadora, no podía engañarse.

— Ambos son jóvenes, simpáticos, de excelente corazón — se dijo; — ambos son igualmente incapaces de rencores injustificados y de sentimientos mezquinos, la repulsión que se manifiestan no tiene razón de ser... ¿Por qué, pues, ese despego? ¡Ah! No es porque se desagradan, no es... ¡Dios mío, Dios mío! ¡Apartad de mí tan amargo cáliz!

— Salvita querida — dijo al poco rato á su amiga, atrayéndola á sus brazos con ternura, — noto en ti un extraño retraimiento con Julio, cuya causa no comprendo. ¿Te es repulsivo?

— ¿Repulsivo? ¿Él? ¿Y has podido imaginar tal cosa?

Amelia se estremeció; pero continuó, al parecer impasible:

— ¿Te ha ofendido en algo?

— ¡Oh! No, no.

— ¿Acaso lo crees indigno de mí?

— ¿A Julio?.. ¿Qué te pasa hoy, mi pobre Amelia, que te ocurren tales despropósitos? Lo creo perfecto, intachable, digno del aprecio de todo el mundo, capaz, como ninguno, de hacer feliz á una mujer y de crearla un paraíso.

Esto fué dicho con tanto entusiasmo, que se tiñó el rostro de Amelia de mortal palidez, y cual si ésta reflejara en sentido inverso sobre Salvadora, subió á sus mejillas encendido rubor.

— Perdóname — dijo, — no sé cómo expresarme, ¡estoy tan impresionable, tan nerviosa!..

La presencia de Julio les impidió continuar.

Amelia dominó su emoción con un poderoso esfuerzo, y separándose de los brazos de su amiga, dijo sonriendo:

— Llegas con oportunidad; en este momento trabajaba en tu favor.

— ¿En mi favor?

— Sí, he notado vuestro mutuo retraimiento y suplicaba á Salva que te otorgara su afecto.

Miró á los dos jóvenes.

Julio volvió de pronto la cabeza, disimulando mal su turbación.

Salvadora bajó los ojos toda temblorosa.

Entonces los cogió á los dos de las manos y dijo aproximándolos uno á otro:

— Vamos, venid, daos las manos en señal de reconciliación. Alzad los ojos, que no estáis delante de un juez, y miraros como buenos amigos.

Hablando así, obligó á ambos á levantar la cabeza á la misma altura, y al encontrarse sus miradas, cruzó de una á otra pupila tal rayo de pasión, de viva ternura, que Amelia tuvo la buscada evidencia.

— ¡Se aman! — dijo para sí con profunda angustia.

Y en alta voz añadió, apartándose de los dos con forzada sonrisa:

— Basta de reconciliación.

Hallada, por su desgracia, la dolorosa certidumbre que perseguía, esperó la ocasión de sondear la herida para tomar su resolución.

IV

Al día siguiente volvía temprano de hacer algunas compras urgentes y quedó clavada al dintel de la puerta al oir la voz de Julio á una hora que no acostumbraba ir.

—¿Qué es esto?—exclamó con angustia.

Y su primer impulso fué de entrar; pero al oir la voz de Salvadora se detuvo, exclamando:

—No, aunque esté mal hecho, escucharé; debo, quiero conocer toda la verdad.

Observó tras el pesado *portier*.

Salvadora hacía ademán de alejarse y Julio la detenía con expresión suplicante; ella se sentó.

—Salvadora—dijo Julio con profundo dolor,—¡huía usted de mí!

—Sí, y hago mal en quedarme.

—Y sin embargo, yo no puedo creer que usted haya interpretado erróneamente mi desvío. Yo tenía la ilusión de que usted había leído en mis ojos lo que mis labios callaban.

—¡Oh, no siga usted! ¡Silencio, por Dios!—exclamó Salvadora toda estremecida.

Pero roto el dique, ¿quién detiene el torrente?

Julio prosiguió con mayor vehemencia:

—Su turbación me prueba que no me he engañado. Usted sabe que la adoro con una pasión nacida sin el apoyo de la voluntad, crecida sin el calor de la espe-

ranza, eterna, aunque el deber nos separa; usted lo sabe, como yo sé que su corazón es mío.

— No lo diga usted, ni lo piense. Usted y yo somos incapaces de hacer traición á esa perfecta criatura que cifra en usted las esperanzas de toda su vida y en mí su completa confianza.

— Es verdad, somos incapaces de engañarla; pero no de sentir una pasión por la fatalidad encendida en nuestros corazones, á nuestro pesar devoradora. Y ya que esto es así y no puede dejar de ser, ¿por qué no aprovechar estos momentos para hablar por primera y última vez de nuestro amor?

— Ese amor sólo debe pertenecer á Amelia, como se lo ha jurado usted mil veces.

— Y no mentía. La quise desde la infancia; de tal manera llenaba su ternura mi corazón, que jamás me fijé en mujer alguna; pero llegué aquí, la vi á usted y no sé qué pasó por mí; procuré tratar á usted lo menos posible, y sin embargo, aquel naciente sentimiento fué tomando cuerpo y mostrándome palpable el error en que estaba: había confundido la ternura de hermano con el amor de amante que por primera vez conocía. Esta ha sido mi única falta.

— Pero Amelia no es responsable de ella y no debe pagar culpas que no tiene — dijo la generosa joven.

— Es cierto, y la quiero demasiado para hacerla víctima de mi error. Pero usted, ángel de bondad que acepta sonriendo el sacrificio, usted tampoco es culpable, y sin embargo...

— No hablemos de mí. Si su amor es cierto, no me niegue usted el único favor que voy á pedirle.

— ¡Diga usted! — repuso anhelante.

— ¿Jura usted otorgármelo?

— ¿Qué puedo yo negar á quien tanto amo?

— Quiero que, apenas verificado su enlace, parta usted con Amelia bajo cualquier pretexto. Es imposible que vivamos juntos. ¡Seríamos los tres muy desgraciados!

— ¡Dejar á usted! ¡No verla más! Me pide usted demasiado, Salvadora.

— Ha jurado usted complacerme, amigo mío.

— Está bien..., lo haré. Debo sacrificarlo todo á la tranquilidad de usted.

— Y ahora exijo otra cosa.

— ¡Aún más!

— Que demos fin á esta peligrosa entrevista. Ahoguemos el fuego antes que nos abrase.

— No será sin decirle...

— Ni una palabra más. Se lo suplico... por el santo deber que nos da fuerzas. Adiós, Julio, hágala usted tan feliz como merece.

— Salvadora mía, mi corazón será siempre tuyo — exclamó él con un grito del alma, al par que llenaba de besos la mano que la joven le tendió.

Mortal palidez cubrió el rostro de la hermosa niña, é incapaz de hablar, le indicó con la mirada que se alejara.

Julio la contempló un instante con pasión; luego

salió grave y sombrío, pasó rozando con Amelia, sin verla, y se lanzó como un loco en la escalera.

En la sala se oyó un desgarrador sollozo, y después... nada, el silencio del dolor.

V

Amelia quedó algunos instantes inmóvil, petrificada, incapaz de pensar ni de sentir.

Destruídas, como hoja barrida por el huracán, las ilusiones de toda su vida, parecía que tras ellas se había ido su último aliento vital.

Veía derrumbarse el edificio de su felicidad sin darse cuenta de cómo podía desaparecer en un instante lo que ella creía tan sólido.

El grito de la pasión herida fué el primero que acudió á sus apretados labios, y un rayo de furiosa cólera subió de su corazón á sus ojos.

Luego quiso sujetar al rebelde pensamiento, razonar: ¡inútil empeño! Su pobre cabeza no regía, su herido corazón manaba sangre.

Llevó las manos á ambos sitios con la angustia del que se ahoga, y cayó casi desvanecida sobre una silla.

Al presentarse á Salvadora, la violenta pasión de la mujer había cedido el puesto á los generosos impulsos del corazón, á los puros sentimientos de aquella alma elevada, y nada notaron en ella.

Por la noche, al retirarse las dos amigas á sus respectivas habitaciones, Amelia se despidió de Salvado-

ra con las más apasionadas demostraciones de ternura y cariñosos extremos.

Luego se encerró en su cuarto; pero no fué para dormir. Sentada ante una mesa, con la cabeza caída sobre el pecho y agobiada por el dolor, murmuraba:

— Ellos no me engañan, son víctimas de la involuntaria pasión que ambos intentan ahogar. Los dos son tan nobles que se sacrifican por mí; yo no puedo aceptar tal sacrificio, yo que debo á ella más que la vida, que he compartido su hogar, y como hermana, las caricias de su padre. En su última hora le juré velar por ella y defenderla; la defenderé, sí, aun contra mí misma. ¡Vivir sin él! — exclamó de pronto con un grito del alma. — ¡Verle esposo de otra!.. ¡Oh, silencio, voz maldita de los celos que enciendes las malas pasiones! Esa otra es mi bienhechora y mi hermana. No más debilidad, indigna de mí. Debo vencer en este generoso pugilato, y venceré.

Tomó una pluma, y con la mirada brillante de febril resolución y el pulso trémulo, escribió una larga epístola que, terminada, leyó y rompió, diciendo:

— No, que el triste recuerdo de mi desdicha amargaría sus horas más felices. No quiero dejarles el deber de la gratitud. Haré la obra completa.

Y se puso á escribir otra carta que decía así:

«Julio, amigo mío: Te suplico me perdones por la inesperada revelación que vas á leer; la confío al papel porque no tengo valor para hacerla de palabra: ¡temo tus justos reproches!

»Sin darme cuenta de ello, te he engañado respecto á mis sentimientos, como yo misma me engañaba. El mucho cariño que siempre te he profesado ha sido causa de que trabucara afectos é impresiones, y al despertar del dulce sueño que nos ha mecido, veo que..., á pesar de tus excelentes cualidades, no puedes hacerme feliz. ¡Misterios del corazón, imposibles de explicar!

»En compensación te ruego que des tu mano á Salvadora; es un ángel que sabrá hacerte dichoso y á la que pronto amarás.

»Voy en busca de la felicidad, y con pesar me alejo sin veros; no me encuentro con fuerzas para despedirme de vosotros ni para responder á vuestras preguntas.

»Adiós, querido Julio; sea cual fuere tu juicio con respecto á mí, no me recrimines, que algún día te pesaría si llegaras á conocer toda la intensidad del fraternal cariño que te dedica — AMELIA.»

En seguida cogió otro papel y con nerviosa actividad siguió escribiendo:

«Salva querida: Mi corazón se parte al alejarme de esta casa hospitalaria sin estrecharte entre mis brazos, á ti, mi ángel protector; pero tú no me dejarías marchar y es preciso que parta. Mi unión con Julio nos haría á los dos desgraciados. Sólo tú puedes darle la dicha. Salvadora, accede á mi última súplica, sé su esposa.

»Por extraña que te parezca mi conducta, no dudes nunca del entrañable cariño ni de la eterna gratitud de tu hermana que te adora y te bendice, — AMELIA.»

Terminadas ambas cartas, faltaron las fuerzas á la

generosa joven, su ficticia energía desapareció, y apoyando la cabeza en las manos, pálida, abatida, dejó correr libremente el llanto que la ahogaba.

. . . .

Por la mañana Amelia había desaparecido.

Julio fué llamado con urgencia y recibió de manos de la angustiada Salvadora la carta á él dirigida. Los dos se miraron tan asombrados como enternecidos.

—¿Qué piensa usted, en fin?—exclamó Salvadora llorando.

—Pienso—repuso con voz trémula—que la pobre Amelia ó ha perdido el juicio... ó es una santa.

—Eso, Julio, eso; una santa. Creo que, lejos de acusarla..., deberíamos venerarla de rodillas.

VI

Después de un año de tan minuciosas como inútiles pesquisas para buscar á Amelia, la enamorada pareja se decidió á unirse para siempre con la conciencia tranquila por haber hecho cuanto el más exigente deber les ordenara.

En una capilla lateral de la iglesia de San Ildefonso tenía lugar, bien de mañana, la solemne ceremonia.

Julio y Salvadora se hallaban rodeados de numerosos amigos. Cuando todos estuvieron colocados y el comienzo de la ceremonia atrajo la general atención, una mujer, pálida como un espectro y arrastrándose con vacilante paso, penetró por la ancha verja de la ca-

pilla, se deslizó con cautela hacia el interior y colocóse tras un confesonario fijando ansiosa la febril mirada en el altar, al par que procuraba ocultar el rostro.

¡Trabajo inútil! Nadie hubiera descubierto en aquel rostro demacrado, donde sólo se veían las huellas de una enfermedad mortal, los hermosos rasgos de la pobre Amelia.

—¡Gracias, Dios mío, por haberme dejado vivir hasta hoy!—murmuró casi sin articular las palabras. —Los he vuelto á ver; mi sacrificio los hace felices; ya estoy satisfecha. ¡Ahora dadme, Señor, el reposo eterno!

Con la sonrisa del mártir en los labios y la mirada llena de ansiedad y de ternura, seguía todos los movimientos de los novios; luego los vió abrazar por parientes y amigos, bajar del altar é irse acercando hacia donde ella estaba medio oculta por el confesonario. La novia sonreía y lloraba al mismo tiempo.

Amelia oyó decir á Julio en el momento de pasar:

—No llores, Salvita, que las almas perfectas son siempre dichosas. Admiremos á Amelia, que está muy alta para ser compadecida.

Amelia elevó al cielo una mirada de inmensa gratitud al verse comprendida por los que tanto amaba. Cuando bajó los ojos, Julio y Salvadora se alejaban por la ancha nave seguidos de amigos y curiosos. Continuó mirándolos con la pupila dilatada por el afán de verles y empañada por las lágrimas de aquella muda y suprema despedida, hasta que desaparecieron; entonces sus trémulos labios pronunciaron una ar-

diente oración pidiendo al cielo larga vida de felicidades para aquellos dos seres.

Tras un instante de aterradora inmovilidad, miró á su alrededor, y al verse sola, corrió como una insensata al altar, se arrodilló en el sitio que *ellos* ocuparon, é inclinándose sobre el almohadón en que Julio había clavado sus rodillas, lo cubrió de besos y de lágrimas.

Apoderóse en seguida de la banda blanca que les había servido de *yugo* en la ceremonia, la besó con febril arrebato y se la colocó sobre los hombros con la sonrisa del ángel que hace su postrer atavío.

Aquella última emoción fué la gota que hace rebosar el vaso. Su enfermo corazón se rompió como la máquina ya gastada estalla si la lanzan á todo vapor.

Amelia exhaló de pronto un ahogado grito de dolor, llevó ambas manos al corazón, y como herida por un rayo, cayó muerta sobre el propio sitio en que se había consumado su sacrificio, envuelta en el blanco paño que á los novios abría las puertas de la dicha y á ella servía de sudario al cruzar las de la eternidad.





... á la orilla del río que mis pies humedecía había una pareja encantadora

RETROCEDER A TIEMPO

EPISODIO DE LA VIDA REAL

Yo tengo un amigo, cara lectora. Bien comprendo que esto nada te interesa; pero si has de leer la pequeña historia que contarte quiero, es menester que lo sepas. Excelente esposo de una simpática y encantadora joven, padre tierno de un pequeño ángel, es el tipo más acabado de la formalidad y la rectitud. Con su intachable conducta y severos principios se atrae

la general estimación, con su bondadoso carácter y fino trato el cariño de sus amigos; y sin embargo, este hombre ha sido un gran calavera, un loco tronera de esos que, sin más ley que sus desenfrenadas pasiones, corren ciegos á precipitarse en el abismo de todos los vicios.

Yo, como todo el mundo, admiraba al esposo de mi cariñosa amiga.

Un día llegó á mis oídos el vago rumor de faltas por mi amigo cometidas, de locas aventuras y un pasado borrascoso; rechacé tales rumores calificándolos de calumniosos; mas, á mi pesar, tuve al fin que comprender que eran ciertos.

Compadecí entonces á mi pobre amiga con toda mi alma. Cuando á mi casa venía acompañando á su mujer, no podía menos de mirarlo con curiosidad; me parecía imposible tan profundo fingimiento, y mis ojos investigaban su rostro buscando en él una señal de su vida aventurera.

Él lo comprendió, y una sonrisa bondadosa entreabrió un día sus labios, mientras me decía con cariño, llevándome al otro extremo de la estancia:

— Me mira usted con curiosidad, y he comprendido el motivo; usted, que anhela estudiar en el gran libro del corazón humano, ha visto en mí un extraño tipo de hipocresía digno de examen; y yo, que deseo modifique usted la mala opinión que de mí tiene y que conozco le ha de servir de algo mi historia para los estudios á que se dedica, me voy á apresurar á contár-

sela, advirtiéndola antes, mi buena amiga, que no finjo, puesto que, completamente convertido, cifro mi dicha en la de mi esposa.

Mi alegría fué grande al oir esto.

—¡Oh! —exclamé; —ya me figuraba que no sería cierto todo lo que decían. El que ha faltado y, arrepentido, lo deplora, merece nuestra consideración. Hable usted, amigo mío, que si su historia es tan interesante como pienso, ella me evitará el trabajo de escribir un cuento imaginario.

—Si cree usted que no la cansará la narración del extraño acontecimiento que mi conversación produjo, escúcheme usted.

Le indiqué mi complacencia, y después de tomar asiento, empezó así mi amigo su relato.

I

Hijo único de una opulenta casa, vine á Madrid con la mente llena de ilusiones y los bolsillos repletos del dorado metal que me inspiraba magníficos planes de placer para poner en ejecución en cuanto llegara á la fastuosa corte. Penetrar en la capital de España y arrojarme en brazos del desorden, á los mil extravíos de la juventud, todo fué uno. No relataré á usted mis hazañas de entonces, porque además de ser indiscreción, no me parecen dignas de la atención de usted por lo malvadas y repugnantes; bástele saber que al principio me divertí sencillamente, más tarde deseé

embriagarme, y luego..., ¡oh!, tanto quise apurar la copa del placer, que tras de nuevas emociones llegué al abismo del vicio.

Pasaré con rapidez por este período tan largo como borrascoso de mi vida, para llegar al suceso que quitó la venda de mis ojos y me hizo ver la luz radiante de la verdad. Como el pobre caminante que, cansado de recorrer un árido desierto, se encontrara de pronto trasladado á un país de inmensas delicias y profundos bosques, yo vi repentinamente trocada mi criminal existencia por la vida tranquila y apacible del hombre honrado, del esposo amante.

Mi familia, deseosa de crear un lazo que me sujetara, de buscarme una compañera que mis desórdenes corrigiera, concertó mi enlace con una rica heredera de mi país; yo me opuse abiertamente: no quería por nada del mundo perder mi amada libertad; mas el empeño de mis padres era formal; sus cartas, llenas de reconvenciones, de consejos, me conmovieron al fin, y el loco calavera inclinó su cabeza ante la majestad de la ancianidad. Acudí á mi país; fuí el esposo de la joven que me proponían: era bella; pero á los dos meses ya estaba cansado de una mujer que no había buscado ni deseado. El trato provinciano me aburría, aquel aire me ahogaba, el cielo me parecía de un azul triste y sombrío, y un día salí á dar un paseo, y subiendo en el tren huí de mi mujer, de mis padres, de aquella población que no me había proporcionado ni un momento de placer.

Regresé á Madrid, á mi delicia, y me entregué de nuevo con el afán de la privación á mi antigua vida. En mis *amables* amigas encontraba mil encantos que en mi buena esposa no hallaba. Pero cuando con más gusto medía las delicias de mi libre vida comparándola con la insulsa provinciana, llegó hasta mí una noticia terrible: mi mujer estaba aquí, y en mi misma fonda.

Lié mi maleta acto continuo, tomé un coche y me fuí á la estación. En el primer tren que salió partía yo de Madrid para Andalucía; tenía intención de dirigirme á Cádiz y embarcarme allí para el extranjero.

En el tránsito de Córdoba á Sevilla, un suceso inesperado vino á interrumpir mi viaje. El tren descarriló (cosa muy común ahora) cerca del pequeño pueblo de Lora del Río.

Todos los viajeros tuvimos que dirigirnos á pie á este pueblo, que dista nueve leguas de Sevilla; estaba bastante avanzada la tarde, y habíamos de esperar allí hasta el día siguiente que pasara otro tren.

Me resigné como los demás, y después de tomar alimento en la posada, vagué sin objeto fijo por aquel lindo pueblo, que ocupa un llano delicioso y posee un cielo tan radiante como el de todo ese país privilegiado, jardín hermoso de nuestra España, como toda Andalucía.

A pesar de las bellezas del pueblo me aburría en él, y me dirigí al campo; me fuí alejando insensiblemente, dominado por lo sublime de aquel paisaje encan-

tador siempre, pero más que nunca en la poética hora en que el sol se despide de nosotros y parece decirnos adiós con su pálida luz al traspasar el espacio que sirve de límite á nuestra vista.

Yo, que jamás me había fijado en los bellos espectáculos de la naturaleza, me detuve sorprendido, ansioso de contemplar tan magnífica vista, y abarqué con afán aquel hermoso cuadro.

El astro rey desaparecía por Occidente, bañando con su moribundo resplandor las limpias aguas del caudaloso Guadalquivir que á mis pies se agitaba; su movible superficie producía, herida por el sol, mil destellos diferentes, cual un mar de brillantes iluminado por vivísima luz; á mi frente se veían varios pueblos pequeños y blancos como mansiones de hadas, pueblos hermanos que parecían darse la mano con cariño; á lo lejos grandes montañas, y á mi alrededor los verdes cuadros de una tierra fértil y bien cultivada.

Tan encantadora perspectiva, vista á través de aquella luz amarillenta, tenía mucho de poético y algo de triste, de sombrío, que recuerda el ocaso de nuestra vida. El cielo tan limpio, empañado en aquel instante por las nubecillas que lo cubren siempre al desaparecer el astro del día, me recordó las manchas que empañaban mi conciencia; las nubes rojas que rodeaban al sol me parecieron terrible augurio de un sangriento fin, y yo, que nunca he sido poeta, me sentí subyugado, conmovido.

El silencio lúgubre, aterrador, que allí reinaba, tan propio para la meditación, agitó mi corazón con un inmenso latido, y al verme solo con la naturaleza, solo con Dios y mi conciencia, tuve miedo. Recordé mi vida borrascosa, mi criminal huída, y mis rodillas se doblaron; el orgullo no me detuvo, porque nadie me veía, y el pobre pigmeo, el impío calavera cayó prosternado ante la augusta majestad del Creador del mundo.

En aquella soledad en que palpitaba el espíritu de Dios, mi frente se humilló y mi alma se elevó hasta el cielo...

Mas noto que me he detenido demasiado en estos detalles; dispense usted, amiga mía; aquella tarde de meditación dejó tan profunda impresión en mi alma, tuvo tales consecuencias para mí, que me es imposible relatarlo á la ligera. En lo sucesivo procuraré ser breve.

II

Yo estaba vivamente interesada, le rogué que continuara, y prosiguió así:

Con la cabeza entre las manos medité largo rato; pensé, al sentir el torbellino de ideas que en mi mente germinaban, que Dios nos ha dado el beneficio de la inteligencia para que la empleemos en el bien, y al reparar el uso que de ella había hecho, me avergoncé.

El ruido de una piedra al caer al agua me sacó de mi abstracción. Me levanté con rapidez, temiendo, ¡mísero orgullo humano!, que alguien me hubiera observado en aquel instante de abatimiento. Paseé la vista en torno mío; á bastante distancia de donde yo estaba, y á la orilla del río que mis pies humedecía, del arrogante Guadalquivir, había una pareja encantadora, dos jóvenes bellos y elegantes. Ella era dulce como la sonrisa de un ángel, hermosa cual la dicha; su torneado brazo se enlazaba con el de su compañero, y sus ojos se fijaban en el rostro de él con amorosa ternura. El joven parecía distraído; con la cabeza caída sobre el pecho y la mirada fija en las ondas del río, se entretenía en arrojar piedrecitas y ver cómo se sepultaban en el agua después de levantar blanquecina espuma.

De aquella pareja se desprendía un dulcísimo perfume de plácida felicidad, y me fuí acercando insensiblemente.

Un poco más distante se veía una pequeña y encantadora casa de campo.

Indudablemente – pensé, – ese es el nido de estos dos tórtolos.

Olvidé al momento mis ideas de arrepentimiento, y miré con curiosidad al dichoso ídolo de aquella bella sirena.

Al fijar en él mis ojos, tuve que morder el pañuelo para ahogar un grito de sorpresa. Aquel hombre que con tan tranquilo aspecto contemplaba con pueril ale-

gría el movimiento del río, había sido durante mucho tiempo el alma de nuestras orgías, el primer tahur de nuestro círculo, el más terrible galán; desapareció de repente de nuestra sociedad, y nada volví á saber de él. Comprendí desde luego que aquella no era una mujer vulgar, que no era su amante, sino su feliz esposa, y sin saber lo que hacía me oculté detrás de ellos. ansioso de oir algo que me explicara el cambio de aquel hombre.

La joven se cansó, sin duda, de la inmovilidad de su amado, y murmuró, oprimiendo con sus delicadas manos el brazo de él y con un acento dulce y armonioso:

— «Carlos, mi amado Carlos, ¿qué tienes que tan pensativo estás? ¿Por qué no fijas en los míos tus ojos y bajas la cabeza? ¿Te cansa mi compañía?»

Él, que había levantado su expresivo rostro al oir las palabras de su esposa, exclamó con el mismo acento de cariño:

— «¡Mi dulce María! ¿Tu compañía cansarme? No, vida mía. Es que al fijar mi vista en esta mansa corriente, mi pensamiento corría al par que ella, y recordaba que cual estas tranquilas aguas levanta y agita el aire de la borrasca convirtiéndolas en devastador torrente que arrasa cuanto á su paso se opone hasta que la voluntad divina contiene la tormenta, así el ángel malo enciende nuestras pasiones, pasiones que, impulsadas por él, devastan cuanto ven y marchan sin cesar sembrando por doquier la muerte y la des-

honra, hasta que Dios las detiene por medio de un ángel que reviste casi siempre de las formas de la mujer. Ese ángel has sido tú, María.

»Pensaba, al ver la blanca espuma que mis piedras levantaban en el agua antes de sepultarse en ellas, que así las pasiones bastardas levantan en el corazón un sentimiento de placer que luego se sepulta para siempre en nuestra alma, convertido en roedor remordimiento. Meditaba, al notar la rapidez con que el río pasa por delante de nosotros, que tan breve es nuestro tránsito por la tierra, y que somos unos insensatos al comprometer, por los ligeros goces de esta efímera vida, nuestra dicha eterna en ese más allá cuyo dintel guarda el misterio augusto de la tumba.

»Estas reflexiones me las arrancaba, esposa mía, el recuerdo de mi vida pasada; he sido tan criminal, había tan por completo olvidado la existencia de un Dios de justicia, que ahora, al ver que me ha tendido su mano protectora para sacarme de entre el cieno en que me agitaba, no puedo menos de reconocerme con gusto vencido; y contemplando al ángel que ha colocado á mi lado para que conduzca mi alma á su salvación, le doy gracias con todas mis fuerzas y proclamo en alta voz su infinito poder.

—»¡Oh, Carlos mío! — exclamó con un grito de alegría, — ¡qué feliz soy al oirte expresar así! ¿Qué importan tus pasados errores si al fin has comprendido que hay un Dios que por nosotros vela, y desde tu arrepentimiento eres el más bueno de los hombres?

—»Sí, procuro ser tan bueno como criminal he sido, para que Dios perdone mis extravíos. Me he conducido como un miserable, María; para mí no había nada sagrado ni respetable. ¡Oh! Si yo pudiera inculcar en la mente de los que el camino que yo he abandonado siguen, las ideas que en la mía se agitan, pronto los convencería de que el que se obstina en correr ciego por la resbaladiza pendiente del mal se estrella más tarde ó más temprano en el fondo del abismo; es decir, ó caen en la repugnante abyección, teniendo por fin el grillete del presidio, ó el criminal suicidio les abre las puertas de la eternidad.»

III

Aquellas palabras fueron dichas con tan sombrío acento, con tal tono de profecía, que me estremecí profundamente.

La historia de aquel hombre era la mía; sus palabras se clavaban directamente en mi corazón. Mi estremecimiento agitó las hojas del árbol en que, sin fuerzas, hacía rato me apoyaba, y los jóvenes volvieron con viveza la cabeza, arrojando ella un pequeño grito de sorpresa.

Yo me acerqué confuso, haciendo un torpe saludo; él se levantó, cubriendo su frente la sombra del disgusto: me había reconocido.

—Amigo mío—dijo estrechando mi mano,—dispense usted si no le recibo como merece; usted me

recuerda el pasado, que con toda el alma quisiera olvidar; usted representa para mí el ayer. Pero á pesar de que su presencia empaña por un momento mi dicha, he tenido una satisfacción al ver á usted en nuestro pobre retiro.

Yo estaba agitado, pensativo; veía en aquel extraño encuentro la mano de Dios, y sólo pude murmurar, fijo en mi idea:

—Su variación me asombra, amigo mío. Lo vi á usted la última vez en los centros del vicio, haciendo alardes de escepticismo, y lo encuentro á usted hoy filosofando á la orilla del río, alabando á Dios y proclamando la virtud. Agradecería á usted me hiciera conocer el incidente que tan grande transformación ha producido; quizá me sirva de provecho.

—Con mucho gusto lo haré; yo quisiera que el mundo todo conociera mi pasada vida, mi felicidad presente, y mi ejemplo hiciera, á los que en mi caso se encuentran, amar el bien, aborrecer el mal.

A una indicación suya nos sentamos en la verde hierba, y después de dirigir yo un cumplido á la bella joven, dijo su esposo:

—«No necesito relatar punto por punto mi fatal carrera; usted la conoce bien, nos hemos encontrado muchas veces en el centro de la corrupción y los ficticios placeres. Para ser más breve, sólo describiré á grandes rasgos los sucesos más importantes de mi vida; de ellos podrá usted aprender algo.

»Dotado de un temperamento de fuego, de una

imaginación viva é irreflexiva y de un carácter vehemente hasta el delirio, creí encontrar en los placeres la felicidad eterna, y como tantos otros, me arrojé en los brazos del vicio; pero sus halagos llegaron á hastiarme, y yo, que había vivido veinte años en uno; yo, que había gastado en este tiempo las bellas ilusiones que quería guardar siempre como un tesoro sagrado, me encontré sin creencias, sin sentimientos, casi sin una idea, porque mi inteligencia estaba embotada; me hallé con el alma helada y el corazón vacío. Yo era creyente y me volví escéptico; me era imposible creer en la virtud con las pruebas de corrupción recibidas. Porque había sido rodeado de criaturas perdidas, creí, ¡pobre loco!, que la virtud sólo existía en la mente acalorada de unos cuantos visionarios.

»Quise buscar nuevas emociones que agitaran mi alma convertida en hielo, que animaran con la fuerza de la fiebre mis amortiguados placeres; me entregué al juego. Allí encontré las fuertes emociones que deseaba, y como el hombre que apura con delicia un veneno que ha de sostener sus fuerzas físicas, sin reparar que va abrasando lentamente sus entrañas y minando su existencia, así yo apuré á prisa la copa embriagadora que el juego me ofrecía; mas mis recursos se agotaron; había perdido mi fortuna. No me detuvo este nuevo obstáculo. ¿Es acaso posible detenerse después de poner el pie en una resbaladiza pendiente? Pues tan difícil es, usted bien lo sabe, volverse

atrás habiendo empezado á rodar hacia el abismo. Sólo la mano de Dios tiene fuerza para hacernos retroceder..Salté por todo; ya no podía vivir sin emociones fuertes, y no teniendo, pedí; cuando no encontré quien me prestara, vendí cuanto poseía. Me vi al fin despreciado por lo más despreciable de la sociedad, y ciego por el vértigo, dominado por la fiebre que se apodera del que en el fango se arrastra, me convertí en ladrón de los inocentes que á nuestro centro odioso eran conducidos, y más tarde... falsifiqué.

»¡Oh! No se asuste usted, caballero; esta es la invariable marcha del que se arroja en ese mundo de cieno que envenena el alma. Se descubrió mi crimen, y huyendo de la justicia humana me oculté, sin pensar que de la de Dios no podía nadie librarme. Me creí perdido, y recurrí á la suprema resolución del culpable: al suicidio. No os asombre; es la fatal lógica del que todo lo ha perdido; el último crimen para coronar los otros.»

Yo me estremecí de terror. Como él me encontraba dominado por el mal, y muy cerca de descender hasta donde mi amigo, porque estaba casi arruinado. Él continuó:

— «Al amanecer de una hermosa mañana de primavera me dirigí á lo más solitario del Retiro de Madrid; sentado en un banco rodeado de verdura, pasé un gran rato de muda meditación; pensé en mi tranquila adolescencia, llena de dulces creencias, y al examinar mi vida presente, no pude evitar que una

lágrima silenciosa corriera por mi rostro. Recordé adónde conducen los desórdenes de la juventud, desórdenes que al principio creemos no pueden traer consecuencias y tan fatales las tienen, y el arrepentimiento tocó mi corazón. Me ocurrió un momento lavar mis culpas con una vida entera de trabajo; pero me faltó el valor para tan heroica resolución; no tenía fuerzas para llevarla á cabo, y rechacé tan salvadora idea.

»Los minutos pasaban, se hacía tarde y me convenía acabar pronto; preparé el arma homicida, la apoyé en mi frente, y después de un segundo de oración mental, apreté el gatillo... Mas en aquel instante una mano suave oprimió la mía, y desviando el arma, hizo que la bala fuera á perderse á mucha distancia de mi frente. Una nube divina cegó mis ojos; vi delante de mí un ángel de blancas vestiduras y un latido de esperanza agitó mi corazón. Me sentí dominado por aquella aparición celeste, y cayendo de rodillas ante ella, exclamé besando el borde de su traje:

—»¡Perdón, perdón!

—»Dios, que vela siempre por el desgraciado, perdona al delincuente arrepentido—dijo con acento divino mi dulce aparición.

»Su voz llegó á mi corazón; el nombre de Dios, por sus labios pronunciado y por mí tan olvidado, llevó á mi alma un inmenso consuelo, una suprema esperanza, y asiéndome á él como á mi única salvación, murmuré: «Yo creo en Dios, yo le adoro; tráeme su per-

dón, ángel divino, y habrás salvado á un alma de la desesperación.»

»¡Oh! ¡Cuán cierto es que en los supremos momentos de la vida hasta el más escéptico acude á Dios! En esos instantes, todos reconocemos la necesidad de creer en un ser superior que nos consuele.

—»Yo no soy un ángel divino—repuso mi salvadora;—soy sólo una pobre mujer. Alce usted, Carlos.

»Me tendió su linda mano; me levanté sorprendido al oir pronunciar mi nombre, y me encontré frente á frente de una joven, blanca como su pureza. Aquella mujer era mi esposa, era María.»

Me incliné, sonrió con dulzura ella, y su esposo prosiguió:

—«Yo conocía á María, porque su familia estaba ligada á la mía por los lazos de la amistad; en ella había encontrado siempre el cariño de una hermana.

—»¡Oh, María!—murmuré,—usted ha salvado mi alma; Dios ha traído á usted á mi lado.

—»Paseábamos por aquí, por entre la espesura vi á un hombre sumido en sombría meditación, me acerqué, lo reconocí á usted y evité el horrible crimen. Carlos, ¿estaba usted loco al querer quitarse la vida que Dios le ha dado y de la que sólo Él puede disponer?

»No encontraba palabras con que disculparme, y la llegada de la madre de María, que hasta entonces había permanecido apartada respetando mi emoción, me sacó de situación tan embarazosa.

»Me reconvinieron dulcemente, yo les rogué pidie-

ran á Dios que me perdonara, y desde aquel día aquella familia fué la mía. La virtud de la purísima niña me hizo comprender que la virtud existía; su fe despertó mi fe, dormida desde la infancia; su dulzura agitó mi corazón, muerto por la mano de hierro del vicio. El arrepentimiento me llevó á la iglesia, lloré mis errores, y fuí perdonado, recibiendo con el perdón inefable consuelo y una vida nueva.

»La familia de mi esposa me proporcionó un destino, que desempeñé con esmero, y bien pronto amé con delirio al ángel de mi redención; ella me quería hacía tiempo, y cuando después de mi trabajo gozaba al lado de la mujer amada los inefables placeres de un amor purísimo, comparaba aquella tranquila existencia con mi pasado infierno, y no podía menos de bendecir á Dios. Todas las emociones que había buscado en el bullicio del mundo, en la embriaguez del vicio, las encontré allí, con la única diferencia de que éstas eran dulces, serenas, exentas de remordimientos y amarguras.

»Así que los padres de María se convencieron de que mi arrepentimiento era sincero y me había servido de provecho la severa lección recibida, me concedieron su mano. En cuanto fuí su esposo, deseé huir de Madrid, de su continuo bullicio, que mis crímenes recordaba; renuncié mi destino; nos vinimos á este poético retiro, y me dediqué por completo á aumentar el capital de mi esposa. Esa casita es mi paraíso, María mi ángel bueno, y recuerdo mi borrascoso pasado como un sueño horrible.»

IV

Calló fatigado; yo me sentía presa de extraña emoción: pensaba que mi porvenir era el suicidio también, si no ponía remedio; que estaba próximo á caer en el abismo de que él había sido sacado por la mano de un ángel, y me estremecí de terror.

Dominado por la idea de que, más feliz que mi amigo, había sido salvado antes de perderme del todo, pues Dios me había conducido allí para que de mi mente desaparecieran las sombras que la obscurecían y, al oir la historia de mi compañero de orgías, sintiera como él el arrepentimiento, sólo pude murmurar algunas frases estúpidas. Carlos clavaba en mí sus grandes ojos como queriendo introducir en mi inteligencia las ideas salvadoras que en la suya se agitaban.

Me rogaron que cenara con ellos y que pasara la noche en su quinta; acepté con gratitud tal proposición: quería estar todo el tiempo posible al lado de mi amigo y su angelical esposa.

Poco después entrábamos los tres en la posesión; allí se ofreció á mi vista una escena conmovedora.

Una joven salió al encuentro de mis amigos, llevando en sus brazos un niño de la tierna edad de un año; el niño se acercaba á ellos batiendo palmas y expresando su alegría con ese grito inarticulado que traduce el contento de los niños. Cuando estuvo junto

á sus padres, rodeó con sus bracitos el cuello de los dos, y uniendo sus cabezas con lazo tan encantador, repartía entre uno y otro rostro sus dulces besos, mezclaba sus cabellos en una misma caricia.

Yo me aparté de aquel bello grupo; contemplé con los brazos cruzados á aquel ángel purísimo que embellecía dos existencias, y al recordar que también tenía una esposa tierna, que quizá estaba próximo á ser padre, una lágrima rodó por mis mejillas.

Bien pronto dominé mi emoción. Los felices padres apartaron sonriendo la rubia cabeza del niño, y penetramos en las habitaciones.

Cené con ellos mudo y sombrío. María se esforzaba por distraerme; él comprendía mi meditación y la respetaba.

Me encontré al fin solo en la habitación destinada para mí, y me arrojé sin fuerzas en un sillón. Mi mente estallaba al impulso de encontrados pensamientos; mi pecho se levantaba agitado por mil distintas sensaciones.

Por un lado mis placeres, mi querida libertad; por otro la paz del hogar doméstico. Si me decidía á seguir mi vida de libertino, recordaba la historia de Carlos y veía al fin de ella la abyección más vergonzosa, el suicidio. Determinaba ser buen esposo, y me aterraba renunciar á mi vida de siempre.

Aquellas dudas eran las últimas convulsiones del calavera, los postreros esfuerzos del ángel malo que no quería abandonar su presa.

La luz de la razón iluminó al fin mi inteligencia; vi en todas las coincidencias que me habían llevado á aquel sitio, en el descarrilamiento del tren, en mi solitario paseo, en mi emoción ante el magnífico espectáculo de la naturaleza y mi extraño encuentro, la voluntad suprema de Dios que me llevaba derecho al camino del arrepentimiento para que hiciera la felicidad de mi buena esposa, y en un noble arranque exclamé, alzando al cielo mis ojos:

—¡Admiro tu poder, Dios mío! Sí, retroceder á tiempo es salvarse. Nunca es tarde para volver al camino del bien. Nada tan heroico como resistir á la fuerza magnética que á la perdición nos arrastra; yo sabré huir de los placeres que me embriagan. ¡Me siento orgulloso de mí mismo!

Me tendí tras esto en el lecho, y me dormí con una tranquilidad que hacía mucho tiempo no disfrutaba. Soñé con ángeles y delicias, vi la dulce sonrisa del hijo que el cielo me concedía, y desperté con el alma inundada de placer.

Mis amigos se habían levantado para despedirme; participé á Carlos mi resolución, la aplaudió con todas sus fuerzas, y me dijo al separarnos:

—Usted será más feliz que yo, porque ha retrocedido á tiempo. Hacer las cosas á tiempo es la gran ciencia de la vida. Aunque ha llegado usted al error, no ha caído en el crimen, y no sentirá usted un tormento que su felicidad turbe: el remordimiento. Sea usted dichoso.

Le dí las gracias, porque después de Dios á él debía mi conversión; me despedí de su bella esposa, y bajé al pueblo.

En vez de tomar el tren para Cádiz, lo tomé para Madrid.

Llegué por fin, muy tarde para lo que mi impaciencia deseaba; corrí á la fonda y me arrojé á los pies de mi esposa.

Ella se sorprendió; estaba muy lejos de esperar mi arrepentimiento.

— Dios ha tocado mi corazón – la dije – y me ha conducido á tus pies: perdóname.

Me amaba y me perdonó loca de ventura.

Como Carlos, encontré en el amor de mi esposa, en los puros goces de la familia, la verdadera felicidad, las más dulces emociones, y cuando recordaba mi borrascosa vida, decía repitiendo las frases de Carlos: «Hacer las cosas á tiempo es la gran ciencia de la vida.» Si yo hubiera seguido por aquella pendiente fatal, hubiera llegado á la ruina, al oprobio y la vergüenza.

V

– Aquí tiene usted mi historia, amiga mía. ¿Le parece á usted interesante?

– Y provechosa – repuse agitada por la conmoción que me había producido su largo relato.

– ¿Piensa usted publicarla?

— Por lo menos escribirla, sí.

— ¡Cuidado con los nombres!

— No tema usted. Le doy las gracias por su complacencia, y le reitero mi afecto; es muy noble conocer los propios errores y enmendarlos. ¡Ojalá haya muchos que, imitando su ejemplo, se retiren del borde del abismo antes de caer en él!





... se marchó, y el ruido de la máquina...

LOS CASAMIENTOS IMPROVISADOS

Entre la juventud del sexo que los hombres llaman galantemente bello existe una enfermedad que hace la desgracia de muchas infelices y que podremos llamar casa-manía.

Esta enfermedad, quitando la facultad de razonar y discurrir, hace aceptar á algunas jóvenes como excelente el primer partido que se les presenta, siquiera sea detestable; huyendo horrorizadas de llegar á ser *solteronas*, presentan su corazón á todo el que ante ellas pasa y les dirige unas cuantas frases corteses; lo entregan satisfechas al que más muestras da de ir de-

recho al altar, sin tomarse el trabajo de averiguar qué móviles impulsan al tal sujeto, ni pretender conocerlo á fondo antes de unir sus existencias.

De aquí resultan mil equivocaciones y viene la desventura de infinitos matrimonios que se han encontrado perfectamente extraños el uno al otro pasados los primeros días de entusiasmo, porque ambos eran otra cosa de lo que aparentaban.

Si la mujer se deja llevar muy á menudo de esa manía de casamiento por la sola razón de que se cree desairada si no tiene siempre al lado un rendido adorador y no se casa muy pronto, el hombre, de imaginación volcánica y vivas pasiones, cualidades tan generales en nuestro meridional temperamento, lo hace muchas veces impulsado por la primera impresión, cediendo al capricho de un instante; y ¡ay de él cuando de su falaz ilusión despierta y se ve sujeto por lazos que le pesan cual cadenas de hierro porque no los ha aceptado con la convicción de la razón serena, sino anudado en un momento de irreflexión! Desde tal momento el hogar es un infierno para él, su mujer una pesada carga, y los ángeles bellos que debía adorar, molestos apéndices que le irritan.

Supóngase la ventura, la paz, la mutua confianza que en semejante hogar se disfrutará careciendo de recíproca estimación. El evitar estos fatales resultados está en manos de la mujer. No dejándose llevar nunca del primer irreflexivo impulso; no entregando su mano más que después de conocer bien la exten-

sión del afecto que hacia ella siente el hombre que dice amarla, y aun más después de estar bien cierta de la rectitud de sus ideas, la nobleza de sus sentimientos, lo irreprochable de su proceder y lo sereno de su juicio, podrá impedir que con tanta frecuencia se asista al espectáculo de matrimonios desgraciados. Sin reunir las condiciones que dejamos expuestas, no hay hombre capaz de hacer feliz á una mujer por buena que ésta sea.

Creemos, pues, tener razones suficientes para combatir esos matrimonios del momento que se llevan á cabo sin pensar uno ni otro lo que hacen, como por vía de juego: abismo de desventuras hacia el que la mujer camina contenta y sonriente, impulsada por su vivo afán de cambiar de estado creyendo encontrar en el que desconoce todas las felicidades; abismo en que al despertar de su error se encuentra sepultada para siempre. Al hablar así, lo hacemos en general, consignando con el mayor gusto que en esto como en todo hay muchas y honrosas excepciones; suponer lo contrario sería desconocer una verdad palpable.

A propósito de la cuestión que nos ocupa traeremos á la memoria la sencilla relación de una verídica historia, ó más bien sucedido, que prueba la verdad de nuestro aserto.

Vivía en Madrid un joven hijo de distinguida familia, de buena figura, elegante y seductor, que se llamaba Fernando Pérez y ocupaba importante puesto en una dependencia del Estado.

Apreciado generalmente por su trato franco y ameno y por su cáracter expansivo y alegre, era sin embargo lo que solemos llamar un trueno; jugador, pendenciero, fiel adorador de los placeres de Baco y humilde esclavo de los femeniles encantos, cometía, sin mala intención, mil actos reprensibles, y hacía, dirigido por su cabeza ligera, la desgracia de muchas infelices que sus protestas creían.

Tal personaje frecuentaba con gran franqueza la casa de una buena familia á cuyo jefe estaba ligado por los lazos de la amistad y el afecto y consideración que le debía. A pesar de haber en esta familia una joven de recomendables cualidades, y quizá por esta misma circunstancia, el calavera había guardado en aquella casa la mayor circunspección, y trataba á la joven como á una buena amiga, haciéndola confidente de algunos de sus amores y de aquella parte de sus secretos que podía ser oída.

Mas he aquí que se le ocurre ir á visitar á sus amigos un día en que las libaciones habían sido más frecuentes y su cabeza estaba más exaltada por los vapores que de su estómago subían mareándolo, y el calor de los licores encendió en su mente viva llama á cuya luz vió en su joven amiga encantos que antes no había percibido y que su imaginación calenturienta aumentó hasta hacerlos irresistibles. De aquí nació una entusiasta admiración, y tras ella mil frases de amor brotaron de aquellos labios elocuentes por el *ardiente espíritu* que los animaba.

Ella le escuchó con una viva satisfacción, le dió inequívocas muestras de su complacencia y le dejó entrever lo fácil que le sería obtener su amor. El entusiasta joven hizo las protestas más expresivas de agradecimiento, habló de casamiento y juró amarla siempre.

Al siguiente día su entusiasmo se había evaporado con el espirituoso calor que lo produjo; despertó curado del amoroso transporte que tan lejos lo había hecho ir, y acusándose de torpe, renegando de sí mismo. Recordaba perfectamente cuanto había dicho y hecho la víspera, y se encontró apurado no sabiendo cómo salir del compromiso que se había buscado.

Un resto de delicadeza le hacía no querer quedar mal con aquellas personas que apreciaba y que tenían formado de él buen concepto, á pesar de conocer su ligereza. Meditó un rato, dió veinte vueltas al asunto y en un arranque generoso exclamó:

—Es una buena chica; quizá me haga feliz; quizá el matrimonio me aparte de esta vida de trueno que me va cansando. Me caso, y pronto, porque si lo pienso, me vuelvo atrás.

Una hora después se encontraba al lado de la que pensaba hacer su esposa.

—Luisa—le decía,—cuanto anoche expresé á usted lo repito hoy; amo á usted y deseo ser su esposo con una sola condición.

—¿Cuál?—preguntó ella, envolviéndolo en una mirada fascinadora.

— Que nos hemos de casar antes de quince días.

La infeliz tomó por la prisa de la pasión lo que sólo era poca confianza en sí mismo, y tras poner algunos débiles obstáculos y hacerse rogar un poco, aceptó la condición.

Si hubiera sometido la decisión de aquel hombre voluble y ligero á la prueba del tiempo, no se hubiera casado con él; pero con esto hubiese ganado mucho en tranquilidad y evitado caer en la mayor de las desgracias.

Al instante fué pedida su mano; sus padres la concedieron viendo el empeño y la resolución de la interesada, y al terminar la quincena eran esposos.

La luna de miel brilló con todos sus esplendores. Ella, que no había tenido lugar de amarle antes, lo quiso después como una buena esposa quiere á su marido. Él, seducido por los encantos de su joven compañera, que resplandecían más que nunca en aquellos días de expansión y mutuas atenciones, y atraído por su dulce ternura, fué un modelo de maridos amantes y cariñosos. La encantadora pareja era admirada en todas partes por el bello conjunto que ofrecía, y el convertido se sintió satisfecho de su cambio de vida y orgulloso de su elección.

Pero esa luna, tan feliz para los enamorados, fué declinando y desapareció al fin en Occidente. Cuando su poética luz dejó de alumbrarlos, empezaron las obscuridades para el nuevo matrimonio. Él quiso, como era natural, recobrar su libertad de acción depuesta

por su propia voluntad, y entraron en el orden regular de vida. Volvió al seno de sus amigos, que lo recibieron con hurras de placer, y durante una temporada, firme en su resolución de ser hombre de bien, se contentó con la inocente recreación de asistir al club y al café.

Mas vida tan metódica le cansó al fin: deseó tener alguna emoción y jugó un día; ganó, y al siguiente jugó más por aumentar la ganancia; le tocó entonces perder, y siguió buscando la revancha. Así, ganando un día y perdiendo veinte, llegó á jugar lo que no era suyo. Aquí su humor se hizo sombrío; la idea de que obraba mal lo tenía intranquilo, violento; los gastos de su casa le irritaban porque distraían lo que necesitaba para pagar deudas; la sombra de la preocupación se extendió sobre su frente, y huía de su mujer para que no le interrogara.

Ella empezó á comprender su desgracia; en el fondo de su alma se arrepintió de su ligereza; al verse siempre sola y reparar en el repentino cambio de su marido no pudo menos de adivinar el triste porvenir que la esperaba, y el llanto, ese desahogo del dolor, acudió á calmar su amargura.

Tras esto vinieron las naturales quejas y reconvenciones mezcladas con lágrimas y súplicas que empezaron por ser enojosas al marido y acabaron por desesperarle y hacerle renegar de las obligaciones que se había impuesto. Su mujer dejó de parecerle bella desde el momento que se opuso á sus locuras, y el

destello de amor que había sentido desapareció por completo.

Desde este punto es imposible seguir la desatinada marcha del calavera reincidente. Por no pensar y olvidar lo que él llamaba sus desgracias, se dejó conducir por sus antiguos amigos y se arrojó con alma y vida á todos los desórdenes, á los excesos que eran su centro.

En tal situación vino un ángel á aumentar las desventuras de Luisa y á hacer más criminal la conducta de Fernando. Este lo recibió como una carga más, como un nuevo remordimiento, pues que siendo padre, su proceder era doblemente reprensible; y la infeliz adquirió la desconsoladora evidencia de que su marido estaba perdido cuando ni el amor de su hijo lo atraía al buen camino.

La esposa hubiera perdonado de buen grado su infelicidad, pero la madre no podía perdonar el abandono en que á su hijo dejaba aquel que tenía la obligación sagrada de amarle y velar por él.

Mostró toda su indignación, todo su desprecio al que tanto la hacía sufrir; él se vengó huyendo aún más de su casa, en la que sólo se le veía al retirarse á altas horas de la noche y no todos los días, entregándose más que nunca á sus antiguas costumbres de libertino, á las que sólo la novedad de los primeros días de matrimonio le había hecho renunciar una temporada. Y entre ambos esposos se abrió el abismo de la mutua aversión.

De todo esto resultó lo que no podía menos de ocurrir á un hombre que teniendo obligaciones derrochaba sin ser rico. Las deudas crecieron; los acreedores, cansados de esperar, empezaron á exigir; el miserable quiso sitiar por hambre á su familia; la mujer se defendió; y cada vez que se veían estallaba un grave disgusto en el que los improperios se cruzaban, y él, para más desesperarla, la hacía la relación de lo que gastaba con las grisetas que lo distraían.

Para colmo de desdichas, la pobre joven se vió el blanco de los soeces insultos de los acreedores, que no encontrando á su marido, desahogaban en ella su cólera y pedían lo que la infeliz no había gastado.

Tan repetidos disgustos y constantes luchas altéraron al fin su salud; se encontró enferma y siempre sola por la ausencia de sus padres, y la tristeza aumentó el mal físico hasta ponerla á las puertas de la muerte.

Su fuerte naturaleza lo venció todo y recobró en parte la salud; pero su hijo absorbió un alimento dañado y cayó enfermo también. El libertino tuvo tanto cuidado del hijo como había tenido de su mujer, y el hermoso ángel murió en los brazos de su madre que lo velaba sola.

Cuando el padre entró en su casa á la media noche, encontró á su hijo de cuerpo presente; la desgraciada madre lloraba junto al cadáver. Tan lúgubre cuadro no pudo menos de conmoverle; la espina del remordimiento se clavó en su corazón, y al contemplar el

dulce rostro de aquel ángel dormido en el regazo de Dios, una lágrima de fuego brotó de sus ojos encendidos por los excesos.

— He ahí tu obra — exclamó Luisa fuera de sí, transfigurada, delirante, mostrándole el frío cuerpo de su hijo. — Tú le has muerto. ¡Parricida!, te gritará tu conciencia entre el ruido de la orgía. ¡Parricida!, te repetirá siempre mi voz. Que Dios te perdone, asesino del hijo de mis entrañas; yo no te perdonaré jamás.

Y cayó medio desvanecida sobre el cadáver de su hijo.

El insensato quiso pronunciar algunas frases de disculpa; mas la voz se ahogó en su garganta, su mente se negó á concebir una idea, y huyendo de aquel espectáculo que le anonadaba, fué á ocultar en el último rincón de su cuarto el rubor de la vergüenza y las lágrimas del arrepentimiento.

El estado de su ánimo era el más á propósito para una reacción favorable, y si en su corazón hubiera ardido alguna vez la llama del amor por la que era su esposa, de las cenizas de aquel amor hubiese brotado en tan tristes circúnstancias la brillante luz destinada á abrirle nuevos horizontes y conducirle á la regeneración de todo su ser. Pero nunca la había amado, y pasados aquellos momentos de emoción durante los cuales ni pensó en consolar á la desgraciada cuya infelicidad había hecho, volvió á sus desórdenes con el afán del borracho que se embriaga por no pensar que lo es.

La pobre mujer no tuvo fuerzas para sufrir más; aquel horrible golpe que destrozó su corazón le hizo sentir hacia su marido invencible repulsión, y viéndolo perdido por completo para el bien, resolvió buscar un poco de tranquilidad lejos de aquel miserable. Transcurridos los primeros días de dolor que siguieron á la muerte de su hijo, esperó una noche á su marido, y haciéndolo entrar en su habitación, le habló así:

– Fernando, después de la muerte de mi hijo, ocasionada por ti, pues que has destruído mi salud con los desórdenes de tu vida de libertino, con tu proceder incalificable y tu abandono; y visto que tu mal no tiene remedio porque vas en progresión ascendente, no podemos seguir viviendo bajo el mismo techo.

– ¿Me propones una separación?

– Sí. Seguir en la casa del asesino de mi hijo sería faltar á su memoria; continuar presenciando en silencio tus desórdenes sería arrastrar por el lodo mi dignidad de legítima esposa; sufriendo por más tiempo tu injusto abandono me igualaría á las viles mujeres que te han hecho olvidar tus deberes y la honra de tu nombre.

– Está bien. Pero conste que por tu voluntad abandonas mi casa, que yo no te echo.

– Si lo dices por no señalarme pensión – repuso con sonrisa despreciativa, – tranquilízate. En mi casa me esperan con los brazos abiertos y me darán cuanto tengan. No necesito, gracias á Dios, tus auxilios.

— Lo celebro infinito.

— ¡Oh!, eres... un desgraciado.

— Ahora has acertado. Bien desgraciado por haber echado sobre mis hombros cargas que no he podido soportar.

— ¿Por qué no mediste tus fuerzas antes de tomarlas?

— Por qué dí con una mujer... sin seso, que apenas manifesté deseos de adorar la cruz del matrimonio, se apresuró á echarla sobre mí sin pensar en más.

— Me insultas.

— No, hija mía, digo la verdad. Tú no puedes llamarte á engaño, puesto que sabías te casabas con un tronera.

— Hay troneras de buena índole que llegan á ser hombres intachables y honrados padres de familia; yo ignoraba que fueras un miserable.

— Gracias, esposa, por la última frase. Si te hubieras tomado tiempo para conocerme, pronto hubieses comprendido que yo no servía para casado. Quisiste casamiento á toda costa, y pusiste en mi cuello un dogal que para ti ha sido manantial de lágrimas y desdichas.

— Pero ¿quién propuso, de quién fué el empeño?

— Mía fué la proposición, hecha en un momento de locura; el empeño de nadie, porque tú aceptaste en seguida; la responsabilidad es toda tuya, que tan de ligero obraste.

— Sólo me faltaba que me acusaras tú, causante de

todos mis males y de la horrible desgracia que me ha herido, y para que nada me falte lo estoy oyendo. Basta, basta, por Dios. Cortemos de una vez tan desagradable escena y, en lo posible, el lazo que nos une.

– Como quieras. ¿Cuándo partirás?

– Mañana mismo.

– No te deseo ningún mal y celebraré encuentres la tranquilidad que anhelas.

– Gracias.

– Queda con Dios.

– Él te perdone.

El libertino salió con la mayor calma; había conseguido su deseo. La infeliz sepultó la cabeza entre sus manos cuando se vió sola, y un mar de lágrimas inundó su angustiado rostro.

Ella esperaba un impulso de arrepentimiento, una palabra de súplica; mas lejos de eso, sólo había escuchado frases de acusación y desprecio de labios de aquel hombre á quien todavía amaba.

Al día siguiente un coche los conducía á la estación. Luisa iba serena y digna; pero en el momento de separarse, su corazón de mujer amante habló y por un impulso irresistible se arrojó en los brazos de su esposo, exclamando al par que lo estrechaba contra su pecho:

– Fernando de mi alma, una palabra de cariño, una promesa de variar de conducta, y me quedo á tu lado y consagro mi vida á la santa obra de tu regeneración.

Él la apartó fríamente.

— Perdona — dijo, — no puedo prometer lo que me es imposible cumplir. El vicio atrae como el abismo y yo moriré en su fondo. Por un resto de generosa nobleza te aconsejo que te alejes... Al lado de tus padres encontrarás la paz que aquí te ha de faltar.

— Sea. De nuevo pido á Dios te perdone todo el daño que me has hecho.

— Pídele que corte pronto mi inútil existencia.

Aquella fué su despedida. Se marchó, y el ruido de la máquina al partir ahogó el de los sollozos de la pobre mujer.

. . . .

Hoy es él un perdido de la peor especie, de esos que componen la escoria de la sociedad y la parte dañada de las familias; y ella, metida en el rincón de su casa, llora su triste situación. Sin poderse contar como casada, pues que no tiene marido, ni como soltera, porque está casada, ni viuda, siendo así que su esposo vive; huye de la sociedad creyendo ver en todos los labios la sonrisa epigramática de insultante duda con que el mundo acoge á esas infelices que no pertenecen á ningún estado, y es imposible expresar las torturas que sufre.

Ahora bien, mis queridas lectoras, ¿creéis mejor esta vida de amarguras, desengaños y dolores, que la plácida y serena existencia de la mujer soltera?

La mujer que por circunstancias extraordinarias, por azares de la suerte, ó por haber roto la muerte lazos del corazón, media el camino de la vida sin un com-



... el ruido de la máquina ahogó el de los sollozos de la pobre mujer...

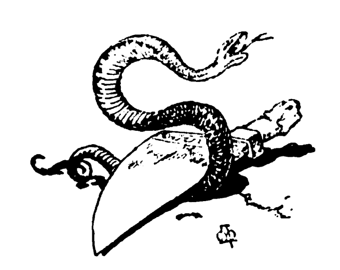
pañero, podrá excitar las burlas de los necios, y ¿quién de tales entes hace caso?; pero si su carácter es agradable y su proceder está libre de extravagancias y rarezas, obtiene la estimación general, disfruta del aprecio de las personas sensatas y goza de una paz inalterable y siempre respetada.

En cambio la mujer mal casada ve su vida convertida en un infierno, sufre amarguras sin cuento al comparar el ayer con el presente, y encuentra un desengaño continuo en el desvío de la parte honrada de la sociedad que su conducta pone en tela de juicio; pasa constantemente por la vergüenza de ser el blanco de las groseras indirectas que le dirigen aquellos que, teniendo más por qué callar, gozan sacando los colores del rubor á las mejillas del prójimo, y su existencia es un tejido de desventuras que sólo acaban al exhalar el postrer suspiro.

Que la felicidad del hombre y de la mujer está en la mutua identificación de sus almas, cosa es ya muy sabida. ¿Dónde hallar mayor ventura, más dulces encantos que en dos corazones que después de amarse largo tiempo se unen con el lazo sagrado de la religión para no separarse nunca, para latir siempre juntos, para fundirse en uno solo y hacer de sus almas gemelas una misma existencia llena de delicias, de pasión, de nobles impulsos y generosas acciones?

De aquí deducimos que en el matrimonio se pueden encontrar todos los grados de la felicidad cual todos los grados de la desventura.

Y como está probado que la mayor parte de los desavenidos lo son por no haberse conocido antes bien y por haberse dejado guiar unas veces por el ciego interés, otras por el deseo, en ellas de cambiar de estado y en ellos de satisfacer un capricho del momento, terminamos como hemos empezado, aconsejando con el antiguo refrán al sexo fuerte, que antes que se case mire lo que hace; el remedio es antes fácil, después imposible: y á mis lindas lectoras, que no den su mano más que al hombre que la merezca, después de estar bien seguras de sus buenas cualidades, de la realidad de su amor y de su constancia, probada tras la marcha del tiempo y los vaivenes de la suerte. Sólo así podrán encontrar la felicidad.





– María, amor mío: aquí en esta soledad que parece acercarnos á Dios...

LA PLAYA DEL JURAMENTO

I

El día estaba sereno y la atmósfera tan templada cuanto es posible en el mes que abre siempre la puerta á un nuevo año. El hermoso cielo de Madrid ostentaba su celeste manto, el sol brillaba radiante, y la linda María, aprovechando la bonanza del tiempo, jugaba y corría con bulliciosa algazara por las floridas calles de su jardín.

¿Quién era María?

Una encantadora niña de doce años, morenita, alegre y graciosa, con linda boca de grana, sonrisa divina y ojos fascinadores.

El hermoso jardín por donde paseaba circuía completamente un precioso hotel del mejor gusto arquitectónico, propiedad de D. Justo Gutiérrez, padre de la graciosa niña.

María corría, alegre y ligera, tan pronto á cortar una flor como á coger alguna pintada mariposa que de sus manos huía esquiva, arrancando con su ingratitud á la morenita vivos apóstrofes que al instante se convertían en francas carcajadas.

Cuando se hubo cansado de tan activo ejercicio, sentóse junto á la verja que el jardín circuía y se puso á formar un ramo, mientras cantaba con afinada entonación los aires de una popular zarzuela. De pronto cesaron los gorjeos de la alegre niña y se puso en pie de un salto toda asustada; había oído encima de su cabeza un ruido extraño, semejante á si un árbol se desgajara. Miró hacia arriba alarmada, y... ¡oh asombro!, en uno de los grandes árboles que próximos á la verja y por la parte exterior había, vió á un muchacho que se arrellanaba en lo alto del grueso tronco y en lo más espeso de la frondosa copa.

—¿Qué haces ahí?—gritó resueltamente la niña.

— Huir de mi verdugo — contestó no menos resueltamente el muchacho.

María vió, en efecto, dos hombres que doblaban en aquel instante el ángulo formado por el hotel y miraban por todos lados desorientados, siguiendo luego su marcha.

El muchacho respiró con fuerza.

— Pero ¿quién eres tú? — preguntó la niña.

—¿Yo? Ramón Castilla.

—¡Muy señor mío! — repuso riendo. —¿Es ése tu padre?

– No, es mi verdugo, ya lo he dicho. Yo no tengo padre ni madre, ni familia alguna.

– ¿Estás solo en el mundo?

– Solo, muy solo.

– ¡Eso debe ser muy triste!

– Tan triste es, que empiezo á vivir y ya quisiera haber muerto.

– ¡Pobrecito! – exclamó llena de compasión María. – ¿Y tienes dinero para sostenerte por ti mismo?

– No cuento con nada; pero antes que volver á casa de ese hombre, pediré limosna, y si no me la dan, me dejaré morir en el rincón de una calle.

Un desgarrador sollozo cortó la voz del pobre niño. Transparente velo de lágrimas cubrió también las brillantes pupilas de María, la cual se apresuró á decir con su natural viveza:

– Eso no sucederá. Enjuga tus lágrimas, y antes de que vuelvan tus perseguidores, baja por este lado de la verja.

El muchacho no se lo hizo repetir. Bajó con la agilidad de un consumado gimnasta, y los dos niños se contemplaron frente á frente.

Ramón era un robusto muchacho de trece años, desarrollado y esbelto, de varoniles y hermosas facciones cubiertas por interesante palidez, grandes ojos negros de brillantes pupilas, y cabellos del mismo color cayendo en rizos sobre la blanca y despejada frente.

María quedó satisfecha del examen, y el examinado aprobado sin reserva. En cuanto á Ramón, sus expre-

sivos ojos demostraron harto claro lo que admiraba á su salvadora y la inmensa satisfacción que sentía por verse bajo su protección.

—¡Gracias, gracias!—exclamó el pobre niño, trémulo de emoción.

—No nos detengamos aquí, que podrían verte—dijo ella.—Sígueme, voy á presentarte á mi papá para que te ampare y ponga al abrigo de tus perseguidores.

—¡Dios te bendiga, generosa niña! ¿Cómo podré pagar lo que hoy haces por mí?

—Siendo mi hermano, mi compañero.

Un estremecimiento nervioso recorrió el cuerpo de Ramón al oir aquellas palabras, y sonriendo tristemente, inclinó la cabeza sobre el pecho sin contestar. Sin duda su despierto pensamiento abarcaba todo el alcance de la frase tan sencillamente formulada por la inocente niña, y se decía con amargura que no la volvería á oir de aquellos labios cuando la crisálida, dejando su envoltura, llegara á ser mariposa.

María, saltando gozosa, y Ramón, callado y meditabundo, llegaron al elegante vestíbulo, penetrando luego en el despacho de Gutiérrez.

Este señor, de regular edad, de aspecto distinguido y noble rostro, se hallaba escribiendo con afán.

Al ver entrar á su hija con tan extraño acompañante, soltó en seguida la pluma, y su asombrada mirada interrogó.

La niña cogió á Ramón de la mano y dijo con juguetona gravedad:

—Te presento á mi amigo Ramón Castilla, que como fenomenal fruto de un extraño árbol, ha caído de él á nuestro jardín.

—Vamos, María—repuso su padre,—ten juicio una vez y dime lo que esto significa.

—Significa que las ramas de un árbol inmediato me han hecho este regalo, y te lo traigo para ponerlo bajo tu protección.

—Explícate de una vez, que no te entiendo.

—Pues oye lo que ha pasado.

María contó aquí la repentina aparición del muchacho y cómo lo había librado de sus perseguidores.

—¿Y dices que eres huérfano?—preguntó con interés el padre de María.

—Huérfano y solo en el mundo, señor.

—¿Por qué te perseguían esos hombres?

—Si tiene usted la bondad de escucharme un instante, lo sabrá todo.

—Habla; tu aspecto me interesa y tu despejo me agrada.

—Gracias, señor. Nacido en la montaña de Santander, fuí huérfano de madre en el día que vine al mundo y de padre á los cinco años. Sin más bienes que el pequeño sueldo que mi padre cobraba por su modesto empleo, hubiera muerto al faltarme éste á no recogerme una vecina que, tan pobre de recursos como de buenas cualidades, me crió con el negro pan de la crueldad amasado con mis lágrimas. El mismo día que cumplí los doce años, puso en mis manos un

lío con una muda de ropa y me anunció que por la noche partiría para Madrid con el objeto de que un hermano suyo, comerciante de ultramarinos, me recibiera como dependiente. ¡Vi el cielo abierto! Escapar á la tutela de aquella terrible mujer, venir á Madrid, ocuparme en algo que pudiera crearme un porvenir, era para mí la mayor de las felicidades. Llegué á Madrid lleno de ilusiones y esperanzas que se desvanecieron bien pronto. Si mi anterior explotadora había sido una harpía, su hermano era un tigre, y yo, el esclavo, sólo había cambiado de dueño; mi vida de tormentos se reanudó en escala ascendente. Metido en aquel tenducho de aire viciado y escasa luz, yo, acostumbrado á la pura atmósfera del campo, me ahogaba; pero mi amo me retenía siempre allí, haciéndome sufrir toda clase de humillaciones y tormentos. En tan triste cautividad he pasado un año. Hoy que la crueldad del miserable estaba excitada por la borrachera, desahogó en mí sus feroces instintos; pensé que si no apelaba á la ligereza de mis piernas me mataba, y saltando el mostrador eché á correr seguido de él y un digno amigo suyo. Al volver la esquina de esta casa los perdí de vista, y subiendo á un árbol me escondí entre sus espesas ramas; allí me vió esta señorita, y gracias á su bondad estoy libre de mis perseguidores. Ahora ruego á usted, señor, haga de mí lo que quiera; pero no me entregue á mi verdugo.

Hubo un instante de silencio. Gutiérrez meditaba y la niña contemplaba enternecida á su protegido.

— Ramón — dijo al fin el primero, — me has interesado vivamente, y pues á mí te acoges, yo te amparo, siempre que no hayas mentido.

María lanzó un grito de alegría. Ramón cayó de rodillas sin poder formular una palabra.

— Bien, bien, basta de extremos — dijo el generoso señor. — Lo primero es averiguar si has dicho la verdad, y voy á saberlo.

Y tomando el sombrero, se alejó.

Ramón quedó en la misma postura; arrastrándose hasta la niña se apoderó de sus manos y exclamó, besándolas con ternura:

— ¡Cuánto te debo! ¿Cómo podré pagarte?

— Ya lo he dicho; siendo mi hermano.

II

En la hermosa, fértil y pintoresca provincia de Asturias, la deliciosa Suiza española, según la denominan los extranjeros, y á dos leguas de Gijón, la segunda perla del Cantábrico, hay una linda y pequeña villa bañada por el arrogante Océano, alegre y hospitalaria, rodeada de campiña deliciosa y de paisajes encantadores: es Candás, pueblo pescador durante el invierno, y en el verano favorecido por numerosas familias del país, de diferentes provincias y de la corte, que van á buscar la salud en su segura playa, ó la placidez de su pura atmósfera.

Era domingo y una hermosa tarde de estío, de

fresca brisa y limpio cielo, tarde de diversión para los forasteros y de descanso para el marinero que toda la semana agita los remos y lucha con los elementos.

Los pescadores lucían en la taberna ó bailando la *giraldilla* sus trajes de fiesta, y la linda y á la sazón serena playa no se veía surcada por la velera barca: estaba casi desierta. Y decimos *casi*, porque en ella se veía una barquilla que impide nuestra rotunda afirmación.

Inmóvil en medio del mar, parecía abandonada porque nadie movía sus remos, y sin embargo en ella había dos personas, un hombre y una mujer. Eran Ramón y María: el muchacho convertido en un gallardo joven; la niña transformada en mujer de graciosa fisonomía y hermosísimos ojos; pero ¡ay! que en ella habían sustituído á las alegrías de la infancia las sombras del dolor.

Con las manos enlazadas, se contemplaban extasiados buscando cada uno en los ojos del otro el fluido que los electrizaba.

¿Cómo estaban allí los dos jóvenes que tan dichosos dejamos en el lindo hotel de la corte?

En dos palabras referiremos lo más esencial.

Adoptado Ramón por el generoso banquero, padre de María, recibió esmerada educación y la vasta instrucción que tanto ansiaba poseer. Siguió la carrera del comercio, terminada la cual fué el secretario particular de Gutiérrez. Todo marchó perfectamente, cre-

ciendo de día en día la confianza del protector hacia el protegido y la gratitud y el cariño de éste á aquél, al mismo tiempo que cambiaba lentamente de fase la entusiasta ternura de los dos muchachos, hasta que malos negocios é imprudentes jugadas de bolsa determinaron la ruina del banquero, á la cual siguió su muerte. Huérfana y pobre, María se retiró al referido pueblo de la costa, donde conservaba una pequeña posesión, con el producto de la cual esperaba cubrir sus exiguos gastos. Ramón la acompañó, y temeroso de dejarla sola tan pronto, siguió viviendo en el pueblo hasta verla más tranquila.

La gallarda pareja callaba y meditaba, blandamente mecida por el suave oleaje.

María rompió bruscamente el silencio, diciendo como quien responde á su propio pensamiento:

—¡Imposible, Ramón, imposible!

—¿El qué?—preguntó él, saliendo al mismo tiempo de su tenaz preocupación.

—¡Imposible que tú te vayas dejándome sola con mi dolor, imposible que yo viva sin ti! ¡Imposible, lo repito, me moriría! Tú sostienes mi vida; sin tu presencia moriría, como el pobre pez, que tan brillante sacan de este mar, muere al perder el agua, su elemento de vida.

—¡María mía!—exclamó Ramón, estrechando sus manos con pasión.—Será horrible, en efecto, separarnos, será espantoso destino; pero... ineludible.

—No, Ramón, tú no querrás que tu María muera:

me matarías. Te amo tanto, tanto..., que renuncio á expresártelo. Me siento incapaz de pintar cosa tan grande. Si mi corazón es pequeño para contener esta pasión, ¿cómo ha de ser mi lengua capaz de traducirla?

– Porque lo mismo te amo yo, porque te adoro como los ángeles adoran á Dios, quiero partir. Escucha, María, sin interrumpirme. Desde el momento en que tu mano caritativa me salvó del miserable que me perseguía y tu padre me recibió por hijo, nuestros corazones se unieron por un gran cariño que luego fué inmenso amor. Hace ocho años que nos amamos; ya ves si en este tiempo habrá crecido pasión que tan grande empezó. Ser tu esposo es mi mayor anhelo, mi sola esperanza; pero no lo seré hasta poderte ofrecer un porvenir tan brillante como el que has perdido.

– ¡Fatal ambición que causará nuestra desgracia!

– ¡Santa ambición que Dios protegerá por ser en beneficio de uno de sus ángeles!

– Yo no deseo la opulencia que tanto me ha hecho sufrir – dijo la joven con firme acento.

– Yo sí – repuso él. – La deseo por ti, y... ¿á qué negarlo?, por mí. Siento en mi ser algo que se agita pidiéndome más espacios, ancho campo en que extender el vuelo de mi incansable actividad, donde pueda alcanzar un puesto que me lleve á ser algo en la sociedad. En España vegetaríamos desempeñando yo la teneduría de algún comercio, arrastrando una vida mezquina para ti, acostumbrada á los esplendores del

lujo, y para mí monótona. Mientras que..., perdona, vida mía, sé que te voy á causar un dolor, pero es preciso; mientras que en Cuba puedo hallar el porvenir que anhelo. Allí cuento con amigos que me protejan, y ayudado por ellos lograré con mi trabajo una fortuna que podré venir á ofrecerte con mi mano, con mi amor, que será eterno como mi gratitud.

– Sí, pero antes una separación indefinida, quizá sin término, y tal vez la muerte, en lugar de esos dorados sueños que te ofuscan.

– No pienses en eso, que si tú ruegas por mí, ni enfermedades ni peligros me abatirán.

– ¡Quién sabe – repuso María sollozando, – quién sabe lo que puede suceder! ¡Países tan lejanos! ¡Un mundo nuevo, deslumbrador para ti que tienes la fiebre de lo desconocido! ¡Mujeres hermosas! ¡Quizá me olvides, Ramón, en cuanto las veas!

– ¿Olvidarte? – interrumpió él exaltado. – No blasfemes, no desatines. Pues además del amor que nos une, ¿no me liga á ti la gratitud con todos sus deberes? Si te olvidara, sería el más vil de los miserables, y no te he dado motivo para que sospeches en mí tal infamia.

– Perdona, Ramón; el dolor me trastorna.

– María, amor mío: aquí, en esta soledad que parece acercarnos á Dios; sobre este mar en que se ve palpitar su poder y brillar su gloria, abismo insondable que reciba mi cuerpo si falto á lo que hoy te ofrezco, juro no olvidarte nunca, juro hacerte mi esposa sean cuales fueren las circunstancias de mi vida.

Ramón se había levantado, y con la mano extendida hacía ante Dios con grave ademán su solemne juramento. María se arrojó en sus brazos llorando.

—¿Estás contenta, vida mía?

—Sí, te creo, te creo; tú no puedes mentir. Vé, cumple tu gusto, que yo sufriré en silencio. A mi vez te juro aguardarte siempre, y vivas ó mueras, no amar á otro hombre.

—Gracias, mi bien, así marcharé tranquilo. Mi fe en ti es tan grande, que ella bastará á sostenerme en las rudas pruebas de la separación. Ahora regresemos, que la tarde declina á prisa.

Una vez en tierra, los dos prometidos se dirigieron tristes y cabizbajos á la casa de María, en cuya puerta se separaron con un fuerte apretón de manos y una mirada de ternura.

A la mañana siguiente, apenas hubo María abierto su balcón saludando al astro-rey, recibió una carta que abrió con mano trémula: era la despedida de Ramón, que había querido evitarla el pesar del último adiós.

La pobre joven lanzó un grito de dolor y cayó de rodillas, exclamando:

—¡Dios mío, bendecidle, protegedle!

III

Seis años más tarde, los vecinos de Candás veían siempre en la terraza de la linda casita, situada en la carretera nueva y próxima á la playa, propiedad de

María, á ésta, pálida, inmóvil y muda, mirar ansiosa la carretera y el mar, esperando siempre ver aparecer por uno ú otro lado á su querido Ramón. Mas ¡ay! que los días pasaban y al terminar cada uno la pobre joven se retiraba de su observatorio, murmurando con dolor:

—¡Hoy tampoco! Quizá será mañana.

Repitiendo la misma frase llevaba la desgraciada muchos meses, y ya no tenía más lágrimas que verter. Su enfermo corazón se negaba á funcionar, su espíritu se debilitaba, su salud se resentía, y al eclipsarse ante sus ojos la hermosa luz de la esperanza, sólo quedó en su rededor la negra sombra del desaliento. ¿Quién hubiera reconocido en aquella estatua del dolor á la gentil niña que tan alegre vimos en Madrid?

Durante cuatro años había recibido María noticias de Ramón todos los correos. En sus cartas hablaba de la buena suerte con que realizaba sus negocios, de sus esperanzas y constante amor. Después fueron escaseando las cartas, y por último dejó de escribir.

La infeliz amante creyó entonces que este silencio sería motivado por su próximo regreso y lo esperaba siempre; mas los días pasaban y Ramón no volvía. Cada uno que transcurría, se llevaba parte de aquella delicada existencia y hería más aquel amante corazón que todo lo temía, todo, menos la traición del hombre que lo llenaba.

¡Pobre mujer! Había consagrado su vida á un ídolo de barro y medía el corazón de aquél por el suyo propio, ¡como si el del sexo que á sí mismo se da, con

sobrada soberbia, el dictado de rey de la creación, pudiera asemejarse al de la *débil mitad* del género humano!

Un día recibió la visita de un íntimo amigo de Ramón, que con él había marchado. Vió el cielo abierto. ¡Iba á saber de *él*, quizá le anunciara su próxima llegada! ¡Con cuánto placer estrechó la mano de aquel mensajero de su dicha! Pero el joven se mostraba cortado, lleno de emoción. Más bien parecía correo de infaustas nuevas, y María empezó á temblar y á interrogar con ansia:

—¿Ramón..?—dijo sin atreverse á seguir.

—Perfectamente de salud.

—¿Vendrá pronto?

—Muy pronto.

María respiró. Lo demás ya no le interesaba, ni en su alegría dió importancia al *pero* que añadió el joven á sus anteriores palabras. ¿Qué podía ser? ¿Que volvía pobre como fué? Nada le importaba; sólo su amor pedía á Dios. ¿Volvía, acaso, delicado por lo insaluble de aquel clima fatal á los españoles? Su ternura le devolvería las fuerzas y la salud. ¿Tal vez había cometido algún pecadillo cuyo perdón solicitaba? Ya estaba concedido. Todo se lo perdonaba.

Fuera de esto, no se le ocurría nada... Y sin embargo, el mensajero permanecía triste y cohibido como quien tiene obligación de hacer conocer algo terrible.

Dijo que había regresado hacía algunos meses de América, y que después de arreglar sus asuntos había

hecho el viaje á Candás con el solo objeto de cumplir la misión que Ramón le confiara.

María desfallecía por momentos, y con la vista fija en su interlocutor, queriendo leer en los ojos de éste lo que iba á decir, pudo sólo murmurar:

– Hable usted de una vez, que no acierto á comprenderle.

La cosa era difícil de decir, y el joven se intrincó en un laberinto de preámbulos y paliativos que sólo consiguieron asustar á María sin orientarla.

Cuando la creyó bien preparada, aunque en realidad la infeliz no había entendido una palabra de su filosófico discurso, dijo resueltamente:

– Ramón tuvo pérdidas que amenazaron sumirlo de nuevo en la miseria; se vió tan apurado, que hubo de pensar seriamente en salir de aquella desesperada situación; para lograrlo sólo halló un medio: su unión con la hija única de su principal, opulento banquero. Pero... había de elegir entre su salvación y su dicha, porque amaba á usted siempre, y no se resolvía á faltar á su amor, á sus juramentos. Luchó mucho tiempo... y al fin tuvo que casarse.

María dió un salto nervioso que la puso en pie como autómata movido por magnético impulso.

– Todo esto – continuó el narrador – era muy largo y harto penoso para expresarlo en una carta, y me suplicó viniera á enterarla con la necesaria preparación, á implorar su perdón y á decirle de su parte que siempre será para usted el hermano más cariñoso

y que, pasado algún tiempo, vendrá á poner de rodillas á sus pies cuanto tiene y cuanto vale.

¡Inútiles esfuerzos! De todo aquello, María no había comprendido más que una cosa: que Ramón se había casado con otra, olvidando su amor y sus juramentos. Lo demás, ni lo oyó. Pálida, petrificada, con los ojos desencajados y la inmóvil pupila fija en un punto, parecía escuchar y no oía, parecía ver y no miraba; toda su vida psicológica se había reconcentrado en su interior para explicarse aquel absurdo convertido en hecho. ¡Su Ramón, el ídolo de toda su vida, la olvidaba y se vendía por un puñado de oro! La idea era tan espantosa, que al entrar con gran trabajo en el cerebro lo descompuso, destrozando al mismo tiempo el corazón.

María pasó las manos por su frente con mortal angustia, dió un grito agudísimo de dolor, cual si hubieran clavado un puñal en su corazón, y girando sobre sí misma, cayó como una masa inerte, diciendo:

—¡Que Dios le perdone!

María había muerto al perder su amor, que era su savia.

IV

Como si la naturaleza quisiera expresar con la energía de sus sacudidas su dolor por la muerte de aquel ángel, en cuanto María expiró, el azul del cielo fué obscurecido por negros nubarrones, el remolino de la

borrasca agitó el mar, y la tempestad dejó oir su ronca voz. Por la noche la tormenta creció y varios buques zozobraron por aquellas inmediaciones. Entre ellos un vapor, rota la máquina, perdido el timón y destrozado el velamen, corría sin dirección, impulsado por el viento, juguete de las olas, que ora lo alzaban á vertiginosa altura, ora lo sepultaban en sus negras entrañas, donde al fin lo hundieron para no levantarse más.

Por doquier se oyeron gritos desgarradores, ayes, súplicas é imprecaciones, llantos y voces de mando. Pero los pasajeros se salvaron en barcas que los depositaron en el pequeño puerto de Candás.

Una vez en salvo, los más fuertes se dedicaron á socorrer á los que se encontraban en peor estado.

Pertenecía á los últimos una joven de agraciado rostro y elegantemente vestida, que se hallaba sin conocimiento. Un caballero joven y gallardo la sostenía con solicitud, esforzándose por hacerla recobrar el sentido.

—¡Carmen, Carmen! — decía, — ya estamos en salvo, tranquilízate.

Aquel elegante caballero era Ramón, el infiel prometido de María, su verdugo.

Al fin los esfuerzos del joven lograron que la desmayada volviera en sí y se repusiera.

—¿Dónde estamos? — preguntó examinando cuanto les rodeaba.

Entonces Ramón quiso orientarse, y dirigiendo la

vista al pueblo, lanzó un grito de asombro, retrocedió aterrado. Había reconocido aquellos lugares de tantos recuerdos.

—¡Pero si no puede ser—exclamó como rechazando una fascinación,—no puede ser, no, haber venido á naufragar tan lejos! ¡Siempre esos dichosos sitios presentes en mi memoria y vivos ante mis ojos! ¿Dónde estamos?—preguntó con afán á un marinero, no queriendo dar crédito á sus sentidos.

—En el muelle de Candás.

—¿Es posible?

—Sí, señor, el huracán nos ha traído hasta aquí.

—¡Fatal casualidad! Vámonos, Carmen, vámonos pronto á cualquier parte que no sea este pueblo.

Y al hablar así, pálido, estremecido, pugnaba por arrastrar á su compañera. Esta se levantó para complacerle; pero estaba tan débil que sus piernas se negaron á sostenerla y por segunda vez perdió el sentido en brazos de su esposo.

Ramón tuvo que dominar sus impresiones y que llevarla, ayudado por los caritativos hijos del pueblo, á la casa de uno de éstos, donde le prodigaron los auxilios que su estado exigía.

Merced al cuidado de unos y otros y al calor del lecho, pronto recobró el conocimiento, y repuesta y tranquila, logró un dulce sueño reparador.

Libre ya de todo temor al verla dormir serena, Ramón volvió su pensamiento al pasado; de tal modo fué resucitando recuerdos ya transpuestos en la

sombra del olvido, que una violenta agitación que le impedía estarse quieto en parte algu.ıa se apoderó de él y angustias mortales oprimieron su pecho. Se sintió abrasado por el fuego de la fiebre, y cuantas más vueltas daba, más difícil era su respiración, más ardía su abrasadora sangre. Sintió, en fin, que se ahogaba en aquel reducido espacio, y se lanzó á la calle en busca de aire que ensanchara sus pulmones.

Pero en cuanto hubo andado al azar algunos minutos, se encontró frente á frente de la casa de María, aquella casa donde tan agradables horas había pasado.

Ramón se sorprendió primero, luego la contempló con triste interés, y por último una lágrima humedeció sus ojos, mientras decía:

—¡Pobre María!

Satisfecha su ambición, el corazón de nuestro héroe recordaba aquel amor tan pronto olvidado que renacía en él con doble fuerza.

¡Tal es el hombre! ¡Pasa su vida lamentando los pasados errores y disponiéndose á cometer otros tantos para de nuevo volver á lamentarlos!

¡Siempre la ciega pasión árbitra suprema de su suerte! ¡Siempre corriendo tras lo más difícil!

Contemplando aquella fachada tan conocida, Ramón luchó algunos instantes entre el deseo de volver á ver á la mujer que tanto había amado y que había sido su ángel protector, y el temor de hallarse ante la irritada amante que tenía el derecho de odiarle...; pero una vez más se sobrepuso el deseo al te-

mor, y penetró en la casa esforzándose por dominar su emoción.

La gran sala baja estaba abierta y en ella entró sin pedir permiso.

Las sombras de la noche luchaban aún en la habitación con los pálidos rayos del alba que penetraban á través de las cortinas dibujando mil figuras fantásticas, tan pronto formadas como desvanecidas, y bañando sus blancas paredes de misteriosa vaga claridad, cortada en el fondo por el siniestro resplandor de cuatro grandes hachones.

El ánimo conturbado de Ramón se impresionó ante tan extraño cuadro, y avanzó dominado por vago presentimiento. Entre los cuatro hachones vió, sobre humilde catafalco, un cadáver; atraído por extraño poder magnético del que no se daba cuenta, se acercó aún más, fijó sus ojos con febril ansiedad en el cadáver, y al punto retrocedió más pálido que la difunta, con los ojos saliendo de las órbitas, los cabellos erizados, y gritando con inmenso dolor:

—¡María, María! ¡Muerta, muerta!

—María, sí—dijo una voz cerca de la pobre víctima,—María que murió al saber tu traición, á quien has matado y que expiró perdonándote.

—¡Imposible, imposible!—exclamó con el extravío de un loco y sin dejar de retroceder.—Maldiciéndome, sería. ¡Miserable de mí! Vil asesino de tu salvadora, ¿qué has hecho de tus juramentos, por qué has causado la muerte á quien debías la vida?

Al imprecarse así, golpeaba su pecho y mesaba sus cabellos en el último grado de la desesperación.

– Estaba loco – prosiguió con débil voz. – ¡Piedad, Dios mío! ¡Perdón, María, perdón!

Cayó de rodillas sobre las heladas losas, sepultó la cabeza entre sus manos y los sollozos le ahogaron la voz.

Entonces su espíritu, debilitado por las emociones de aquella noche terrible, creó mil absurdos fantasmas á los que daba cuerpo y vida su imaginación sobrexcitada por el dolor y el remordimiento.

Le pareció que la estancia quedaba sumida en profunda obscuridad, que todos los mortales huían de aquella pavorosa noche creada por él, y solo en tan terrible caos, le rodeaban los secuaces de la muerte que venían á anunciarle su próximo fin.

En el fondo de la sala veía radiante resplandor, que sin embargo no desvanecía las sombras que lo rodeaban, pero que iluminaba de manera deslumbrante el féretro, del que María descendía con su blanco sudario y su corona blanca, pálida y vengadora, á castigar su falsía. Aquellos ojos sin luz buscaban los suyos con extraña insistencia, la visión avanzaba hacia él y la fascinación fué completa.

Ramón se puso en pie de un salto, convulso de terror. Conforme avanzaba la imagen forjada por su delirio, él retrocedía con los brazos extendidos y el cabello erizado, murmurando:

– ¡Perdón, perdón! ¡Piedad!

En su retroceso tropezó con la puerta, que empujó con violencia, y huyó como un loco, creyendo así librarse de la amenazadora visión. ¡Vano empeño! Corría, corría sin tino, y siempre veía á María á la misma distancia, con su blanco sudario y su corona blanca.

Desembocó en la playa y siguió corriendo. El agua mojó su cuerpo sin que en su trastorno lo notara, y continuó avanzando. Las olas pasaron por encima de su cabeza, arrollándolo por completo. Le parecía que una fuerza irresistible le empujaba hasta las profundidades de aquel mar en cuyo fondo había pedido sepultarse si faltaba á su juramento, y que de él salía una voz de trueno que le gritaba:

— Me perteneces, vén.

El salado elemento jugó un instante con aquel cuerpo ya inerte, y luego lo sepultó en sus entrañas, bajo la tersa superficie en que, mecido por las suaves ondas, había jurado eterna fidelidad á su bienhechora y su víctima, la infeliz María.





— ¿Se puede? — Entra, Paco

EL NEGOCIO DE UN FATUO

I

En un helado día de invierno, en que el agudo cierzo soplaba con extraordinaria fuerza en la coronada villa, se preservaba de sus rigores Paco Montes, guarecido en confortable y elegante habitación, cómodamente reclinado en un diván y al amor de acariciadora chimenea: en tan cómoda y descansada posición, meditaba seriamente, ya siguiendo con distraída mirada

las espirales de humo que de su aromático cigarro enviaba al techo, ya contemplando el alegre chisporroteo de la chimenea.

Paco era joven, simpático, distinguido, seductor; había sido rico, pero á la sazón sólo contaba con una pequeña renta. El brillante hombre de sociedad conocía sus notables cualidades... físicas; sabía cuánto gustaba al bello sexo, lo admirado que era en los salones, así por su arrogante figura como por su agradable conversación, y pensaba en la manera de sacar partido de tan bellas prendas.

Tras largo rato de completa abstracción, nuestro héroe rompió al fin su silencio con este monólogo:

«La modesta renta que reuno es insuficiente para cubrir mis muchos gastos. Un matrimonio de conveniencia puede sacarme de apuros. Teresa es muy rica, huérfana, bonita, y me amará cuando yo quiera...

»Sí; pero ¿cómo dejar á Adriana, á quien tanto amo y que me adora? Siete años de cariño y de constancia... por su parte, no merecen tan mal pago. ¡Soy su ídolo, ella es mi ilusión! ¡Cuánto sufriríamos rompiendo el lazo que nos une!

»Sin embargo... tengamos juicio, razonemos.

»Con Adriana me vería obligado á ejercer mi profesión de ingeniero, á trabajar para vivir.

»Con Teresa me esperan los goces de la opulencia, la ociosidad de la fortuna. La una me ofrece la dicha del hogar; la otra los placeres de la sociedad brillante. Hay que elegir entre el oro y el amor.»

Pequeña pausa.

«¡Bah! — exclamó en seguida resuelto. — ¡Qué tonto soy! No hay que elegir; no hay tal separación. Con el oro se tienen amores; la riqueza es la dicha, la posesión absoluta de cuanto se desea. Adriana sufrirá algún tiempo: yo también; mas al fin ella olvidará y yo gozaré del mundo y sus encantos.

»Teresa, tuyo soy. Pero... ¿me querrá?»

Aquí la frente del *razonador* se obscureció. Con un rápido movimiento se lanzó ante el espejo. Examinóse de frente, de costado, atusó su negra barba, sonrió de la manera más seductora, y dijo satisfecho:

«Venceré, sí, venceré. Todas me quieren, ella me adorará. No puedo dudarlo, siendo así que siempre me ha distinguido con sus expresivos favores. Estoy resuelto; seré rico y feliz. Negocio hecho, y buen negocio, por mi vida: ¡la opulencia, la ociosidad, los placeres!»

Acto seguido se sentó ante una mesa escritorio, añadiendo mientras preparaba papel y pluma:

«No viéndola evitaré vacilaciones y escenas tristes. ¡Adiós, hermosas ilusiones! ¡Adiós, Adriana querida! Mucho siento perderos, mas es preciso.»

Y con la mayor tranquilidad escribió una carta de despedida que terminaba así: «Ya lo ves, Adriana, la necesidad se impone á mis deseos. Una cosa es la ilusión y otra la realidad. A pesar de adorarte, me veré obligado á renunciar á ti. Amor sin dinero es flor sin riego, que pronto muere. Hemos soñado y nos des-

pierta la fría mano del dios oro. Sírvate de consuelo la seguridad de que sufro tanto como tú y que siempre será tuyo el corazón de — PACO.»

Mandó la carta á su destino y se acicaló para comenzar la amorosa campaña.

Y aquel hombre que tan ligeramente rompía sus relaciones de siete años con una joven intachable, no se detuvo un instante á examinar las condiciones morales de la mujer que iba á pretender. ¿Para qué? Sabiendo que era rica, lo demás no le interesaba.

II

No lejos de donde Paco Montes se entregaba á sus ambiciosos proyectos, y en una casa en que todo respiraba bienestar, orden y tranquilidad, dos jóvenes trabajaban en el modesto, pero risueño gabinete, charlando al mismo tiempo con animación: tenemos el gusto de presentarlas á nuestros lectores como la ex amada de Paco y su hermana.

Las dos eran encantadoras, con esa belleza que, sin ser provocativa, seduce, y sin ser perfecta, agrada. Poseían el atractivo de la simpatía con su exterior modesto, sus expresivos ojos y afable trato.

— Por más que asegures, tu Paco no viene hoy — decía la más joven.

— ¡Pues no ha de venir! No pasa él un día sin verme. Estará ocupado y vendrá más tarde.

— Siempre encuentras disculpa. ¡Cuánto le amas!

—¡Con todo mi corazón, con toda mi alma! En siete años de mutua ternura ha echado tan profundas raíces esta pasión en mi pecho, que es ya parte de mi ser, la savia de mi existencia. Pero él lo merece todo. ¿Verdad, Rosalina, que es digno de mi amor?

Esta sencilla pregunta encerraba alguna duda. No se pregunta lo que se sabe.

—Sí—repuso su hermana con algún embarazo,—así lo creo; pero...

—Vas á decir lo de siempre: que es ligero, poco reflexivo, y aún menos aficionado al honroso trabajo.

—Eso es.

—¡Bah, hermana mía, defectos de la poca edad, enfermedad endémica en nuestra época! Está en el modo de ser de la sociedad, en la educación actual, creo que hasta en la atmósfera que respiramos. Su cabeza es ligera, mas su corazón excelente. En siete años no me ha causado un disgusto, y el porvenir nos ofrece la dicha más completa. ¿Callas, hermana mía? ¿Dudas de su amor?

—Creo que debe quererte mucho.

—¡Que debe!.. Explícate, Rosalina. Ve que le ofendes.

—Perdona, Adriana. Son temores hijos de mi cariño. Creo que no hay hombre que merezca el tesoro de tu ternura. Creo que vales tanto que no existe ninguno digno de ti.

Celestial sonrisa entreabrió los labios de la dulce niña. Su preocupación se disipó como por encanto, y

se arrojó en los brazos de su hermana, imprimiendo apasionados besos de gratitud en su frente.

Una criada, entrando sin ceremonia, cortó tan interesante escena.

—Esta carta para la señorita Adriana—dijo presentándola.

—Será de Paco—murmuró la joven, despidiendo con un ademán á la doméstica.

Mas apenas la hubo leído, su rostro se demudó, cubriólo intensa palidez, se puso en pie de un salto y con vibrante entonación gritó:

—¡Él!, ¡él! ¿Paco me olvida y se vende? ¡Miserable!

Su fisonomía expresó tan profundo trastorno, que Rosalina se apresuró á sostenerla, diciendo:

—Adriana mía, vuelve en ti, odia á ese hombre tanto como le has amado.

—¡Odiarle... yo! Sería honrarle mucho. Lo desprecio, y arranco de mi corazón su imagen como destrozo este papel.

Lo hizo, en efecto, arrojando por el suelo sus pedazos. Pero aquella ficticia energía dió pronto lugar al sentimiento, y refugiándose en los brazos de su hermana, exclamó con voz ahogada por los sollozos:

—¡Le amaba tanto!

. . . .

Un mes después decían todos los periódicos de la corte:

«Anoche se verificó ante numerosa y distinguida concurrencia el enlace de nuestro amigo D. Francis-

co Montes con la bella y opulenta señorita doña Teresa Barrios. Al desposorio siguió el baile, y á la una fueron obsequiados los convidados con un espléndido *lunch*. Los novios salen hoy con dirección á Italia. Les deseamos toda clase de felicidades.»

III

Paco y Teresa viajaron durante la luna de miel por Italia, Bélgica y Suiza.

Los dos primeros meses se adoraron; al tercero, el apasionado fuego que los animaba empezó á enfriarse; al sexto, uno á otro se daban tedio y determinaron volver á Madrid, donde aumentaron el número de los matrimonios á la moda.

Montes, que como sabemos se casó por interés, sufrió la decepción de ver que su esposa conservaba la absoluta dirección de sus negocios, sin permitirle intervenir en nada, ni dejarle otras atribuciones que las de gastar cuanto quisiera, y por vengarse de este fracaso, gastaba sin tino y corría de placer en placer, buscando, por distracción, el fruto prohibido. Mas pronto el hastío se apoderó de él, y á menudo volvía los ojos á su desierto hogar, pensaba con dolor en Adriana y envidiaba la dicha de la familia.

Teresa, joven frívola y coqueta, de cabeza ligera y ningún corazón, se había casado por vanidad, encantada de la hermosura de Paco y orgullosa de haber conquistado al niño mimado de la alta sociedad, al

predilecto de las damas: como no le amaba, aceptó gozosa la libertad que le otorgaba, quedando reducido su mutuo trato á una afable y común cortesía.

En el primer aniversario de tan *venturosa* unión y al comenzar la noche, Teresa se entretenía en su lujosa estancia en preparar flores y plumas.

—¿Se puede? — dijo desde la puerta una voz varonil.

— Entra, Paco — respondió Teresa.

Entró, en efecto, y preguntó con indiferencia, tendiéndose en una butaca:

—¿Cómo te va?

— No tan bien como á ti. ¡Oh, dichosos los ojos que te ven, calavera!

—¡No estás nunca en casa! Estos días me ha sido imposible comer contigo, y cuando he venido á verte siempre estabas fuera.

— Sí. ¡Amigas, tiendas, qué sé yo! Madrid es un torbellino, y se pasa la vida sin sentir.

—¿Te divertiste en el baile del embajador?

— Mucho.

— Me han dicho que estabas encantadora y muy animada.

Ligero estremecimiento agitó á Teresa.

— ¡Animada! — murmuró. — ¡Como siempre!

— Que te dedicaba toda su atención tu antiguo adorador el vizconde de C...

— Galanterías naturales, nada más.

—¡Pero qué malévolo es el mundo! Ya han venido

á decirme que si el vizconde se mostró expresivo y tú afectuosa, que si empiezo á ser marido... cándido, que si es peligrosa la libertad en que te dejo...

—¿Y nada has contestado?

—Sí, por cierto. He dicho que tengo en ti absoluta confianza, y además que tú no arrojarás una mancha en mi honor, sabiendo como sabes que si tal hicieras... la lavaría con sangre. Te mataría.

Teresa se incorporó vivamente como si hubiese sentido la picadura de una víbora, y clavando en su marido una mirada terrible:

—¿Es una advertencia?—preguntó.

—No, hija mía, es lo que respondí.

—Está bien. Pero te aconsejo que dejes esos aires de Otelo que te sientan muy mal. Nuestra situación no se presta al drama; falta la pasión.

—Es verdad, por eso tolero tu indiferencia. Mas debo velar por mi honor y evitar el ridículo papel que hacen algunos maridos.

—¿Y las mujeres abandonadas y despreciadas no lo hacen ridículo?

—Dejemos esta conversación, Teresa, te lo ruego. Entraríamos en el camino de las recriminaciones, y detesto las escenas violentas.

—Como quieras.

—¿Vas esta noche al baile de la condesa?

—Sí.

—Yo también he prometido asistir. Si quieres, iremos juntos.

— Me es igual. Iremos.

Hubo un momento de pausa. Teresa jugaba con los botones de su bata. Paco se paseaba. De pronto se detuvo, y apoyándose en el respaldo de la butaca que ocupaba su mujer, dijo con un si es no es de emoción:

— ¡Teresa!

— ¿Qué?—repuso, alzando los ojos.

— Hoy hace un año que nos casamos.

— Es verdad.

— En este día debemos meditar.

— Medita.

— ¿No crees, como yo, que siendo jóvenes y teniendo ante nosotros un brillante porvenir, aún podemos ser dichosos?

— ¿Y no lo eres? Tienes una fortuna, gozas cuanto quieres, tiras el dinero sin que nadie te pida cuenta; ¿qué más puedes desear?

— ¿Tú crees que eso llena todas las aspiraciones, que basta para ser feliz?

— Sí, por cierto.

— He ahí el error de muchos. Yo también creía antes que la riqueza era la dicha.

— Y seguir creyéndolo es lo mejor que puedes hacer.

Paco la contempló un instante fijamente, y después expresó con desaliento:

— Tienes razón. He sido un tonto en pedir peras al olmo.

— Son las nueve, Paco, y tengo que vestirme para el baile. Perdona si te dejo.

— Yo voy á hacer lo mismo.

Desapareció Teresa tras la puerta, y Paco la siguió con insistente mirada.

— ¡Nada en la cabeza, nada en el corazón! — exclamó al perderla de vista. — ¡Qué larga va á ser la cruz! ¡Qué caro voy á pagar mi ciego error!.. En fin, ya no hay remedio. Vamos al baile.

IV

Espléndidos estaban los salones de la condesa de T... Luces y perfumes, flores y bellas, encajes y brillantes, ofrecían un conjunto delicioso. Los rayos deslumbradores que el gas arrancaba de las piedras preciosas, unido al resplandor de las lunas venecianas y al brillo fascinador de hermosas pupilas, ofuscaban la vista. Aquel soberbio cuadro, lleno de bellezas, de animación, de vida, de alegría, electrizaba el ánimo.

En tan solemne fiesta y ante tan brillante concurrencia se encontraron frente á frente, por primera vez desde su rompimiento, Adriana y Paco.

Conocido el estado moral de éste, se comprenderá la impresión que le haría tal encuentro.

La única pasión de su vida, adormecida por la ambición, despertó potente á la vista de su antiguo ídolo.

Adriana se mostró impasible. Su amor había muerto con la traición de su prometido.

— ¡Mira, mira cómo te devora con los ojos! — le decía su hermana.

— Aún va á tener la audacia de insultarme con su amor. La que por pobre no quiso para esposa, será de su gusto para amante.

— ¡Por Dios, Adriana!

— Es capaz de todo. Sólo eso le faltaba para llegar al nivel del último miserable. Pero le aseguro que llevará su merecido. Deseo vivamente que se atreva á hablarme.

— ¿Qué piensas hacer?

— Algo que no olvide nunca. Calla, que se acerca.

— ¡Adriana! — dijo Paco con voz trémula, sentándose tímidamente á su lado.

— ¿Deseaba usted algo? — preguntó ella con la mayor tranquilidad.

— Sólo que me otorgue usted un instante de atención.

— Puede usted hablar.

— Adriana..., está usted vengada.

— ¡Bah! ¿Y eso es todo? — repuso sonriendo. — Nunca he deseado vengarme de usted.

— ¿De veras? — exclamó él con alegría.

— Muy de veras. El proceder de usted fué de aquellos que no merecen los honores de la venganza, sino... el castigo del desprecio más profundo.

— ¡Adriana!

— Lo digo sin rencor ni cólera. ¿Por qué abrigarla? Usted es más feliz así, y yo lo seré también.

—¡Feliz! Se engaña usted, Adriana, lo juro. La fiebre de la ambición me cegó. Creí poder olvidar á usted; creí que la riqueza era la felicidad; creí poder suplir el amor del alma con el amor comprado, y hoy que el hastío se apodera de mí, conozco mi error y renace en mí la pasión con doble fuerza. La dicha del hogar no muere nunca ni amarga el alma, como los placeres que el mundo ofrece. Tal me digo á todas horas; pero... ya es tarde.

—Yo lamento tan amargas decepciones; mas sólo veo para ellas un remedio.

—¿Cuál?—preguntó ansioso.

—El amor de su esposa.

Estas palabras cayeron sobre Paco como agua sobre fuego.

—¡Mi esposa!—exclamó.—¡Carne con ojos, cabeza sin seso, corazón insensible! Se casó por vanidad; satisfecha ésta, se acabó todo. Nunca me ha amado.

—Usted no miró á la mujer, sino al oro que tenía. Ella no es responsable de que usted la tomara tal cual era.

—¡Terrible verdad! Pero en medio de todo, yo me aturdía y gozaba á mi manera, y hoy... ¡Adriana, Adriana!, ¿por qué la ha puesto á usted Dios ante mi paso?

—Él sabe siempre lo que hace.

—Dígame usted al menos que me perdona, déme usted su consuelo.

—Está usted perdonado ha mucho tiempo.

—¡Es usted un ángel! Su afecto sería para mí el colmo de la dicha.

Un joven se acercó en aquel instante á Adriana, solicitando el vals que empezaba.

Ella se levantó en seguida, y haciendo á Paco un ceremonioso saludo, se alejó del brazo de su pareja.

Montes quedó fascinado, loco. Tomó aquella desdesdeñosa indiferencia por la debilidad del amor, y pensó radiante de alegría:

—¡Me ama! Aún puedo ser feliz.

En el salón inmediato, Teresa conversaba amistosamente con el vizconde.

—Desengáñese—decía éste,—ese hombre la ofende á usted con su abandono, con su desprecio. Yo me resignaría á todo si usted fuera feliz; pero...

—Lo soy, amigo mío, lo soy. Como nunca le he amado, no echo de menos su cariño. Él se casó por mi capital y disfruta de todos los beneficios de la riqueza; nada más debe desear. Yo me casé... por una extraña fascinación; disfruto de la completa libertad que deseaba y me encuentro bien así.

—Pero eso no puede satisfacerle. Es usted joven, bella, adorada; un hombre apasionado la ofrece su amor. ¿Es justo que por ese imbécil que la desprecia haga usted desgraciado á quien la idolatra?

—¡Vizconde!—murmuró con meloso acento.

—Teresa mía—añadió, estrechando sus manos con transporte,—la pasión nos ofrece .todos sus encantos, el mundo todos sus goces. Nuestro mutuo amor

puede crearnos un paraíso. No cerremos las puertas á la dicha, que si huye de nosotros no volverá.

¿Qué iba á contestar la *fiel* esposa?

No lo sabemos, porque Paco, que se presentó bruscamente, cortó el diálogo diciendo:

– Permítanme mi querida esposa y mi buen amigo que interrumpa su sabrosa conversación. Tendría mucho gusto, Teresa, en que bailásemos este rigodón, si me lo concedes.

– ¿Por qué no? Concedido.

– Perdone usted, amigo mío, que le robe tan grata compañía. Soy entusiasta por el baile.

Y sin darle tiempo para contestar, la sacó de allí del brazo.

– Teresa – dijo con firme acento cuando estuvieron lejos, – no vuelvas á hablar esta noche con el vizconde, y evita en lo sucesivo sus encuentros. Estamos dando pasto á todas las conversaciones, y no quiero escándalo.

Ella respondió con un gesto desdeñoso, y sin añadir una palabra ocuparon juntos su sitio en uno de los cuadros del rigodón.

V

Desde la noche del famoso baile de la condesa de T..., Paco fué la constante sombra de Adriana. En todas partes lo encontraba, cada vez más expresivo, cada vez más insinuante. Ella seguía encerrada en el

reservado mutismo que él tomaba por la emoción del amor.

Enteramente entregado á su ilusión, creía posible lograr por medios ilícitos la dicha que había despreciado, y á conseguir este fin dedicaba su existencia tan por completo, que pasaba semanas enteras sin ver á su esposa. La esperanza que lo sostenía y animaba se vió al fin satisfecha.

Una noche que había empleado todos sus recursos en conmover el corazón de Adriana, estuvo ésta más expresiva, y al retirarse le dijo con bondad:

—Ya es hora de que esto termine, amable Montes; mañana á las ocho espero á usted en mi casa.

Paco quedó extático de alegría. ¡Le daba una cita! ¡La iba á ver, quizá á solas, entre las misteriosas sombras de la noche!

Esto era más de lo que podía esperar. ¡Qué de castillos en el aire, qué de planes, cuántas dulces ilusiones forjó en su embriaguez!

Al fin llegó la anhelada hora, y trémulo de placer se dirigió á la casa de su antigua prometida.

Una vez allí, lo introdujeron en el pequeño gabinete que le era tan conocido, y aguardó ansioso la aparición de su adorada; pero llamó su atención el ruido que se percibía tras la cerrada puerta de la sala. Su extrañeza subió de punto al oir una voz que decía:

—¡Qué grata sorpresa! ¡Qué callado lo ha tenido esta chica!

Paco se preguntaba en vano qué significaba aquello; mas pronto lo sacaron de dudas.

La misteriosa puerta se abrió de repente, y un espectáculo inesperado se ofreció á sus atónitos ojos.

La sala estaba llena de gente; en el fondo se veía un altar portátil, y ante él un sacerdote daba su bendición á dos jóvenes arrodillados: la mujer era Adriana.

El pobre joven se creía víctima de horrible pesadilla. Con los ojos extremadamente abiertos miraba á la feliz pareja, y de su corazón sentía subir á su cabeza oleadas de sangre, y bajar de la cabeza al corazón oleadas de fuego. Anonadado bajo el peso de sus rotas ilusiones, é inmóvil, petrificado, vió acercarse hasta él á Adriana dando la mano á su esposo.

Cuando estuvo cerca, le dijo:

—Tengo el gusto de presentar á usted á mi esposo y primo D. Carlos Molina. Hoy ha venido de Barcelona y mañana partimos.

—¡Adriana, Adriana!—pudo sólo articular.

—Sr. de Montes, una cosa es la ilusión y otra la realidad. Ha soñado usted y le despierta la fría mano... de la justicia de Dios.

Varios amigos de Paco que presenciaban la escena lanzaron burlonas carcajadas.

Éste las sintió en su cerebro, hiriéndole cual terrible martillazo. Retrocedió pálido, convulso, hasta tropezar con la puerta, por donde huyó como un loco, sin detenerse á coger el sombrero y gritando:

—¡No lo compra todo el oro!

Llegó á su casa jadeante, y al entrar en sus habitaciones, un criado puso en sus manos una carta, diciéndole:

— La señora la ha dejado para usted.

Paco volvió bruscamente á la realidad.

— ¿Ha salido? — preguntó.

— Sí, señor. Esta mañana con su doncella.

Cuando estuvo solo, Paco rompió el sobre y leyó:

«Me ausento, Paco. Voy en busca de la dicha que tú no puedes darme y que otro hombre me ofrece. Huyo por evitar que cumplas tu amenaza de cierto día. Ambos nos hemos equivocado, á nadie podemos quejarnos. No creo que necesites consuelo; pero sí te recomiendo la calma para hacer menos... desagradable tu situación.»

Aquel fué el golpe de gracia.

Paco llevó las manos á su frente, como si en ella sintiera agudo dolor.

— ¡Ella! ¡La otra! — exclamó luego. — ¡La deshonra! ¡La pobreza! ¡El ridículo! ¡Ahora sí que se reirán de mí!

Como si ya oyera las carcajadas del mundo, hizo un violento ademán: un relámpago iluminó su mirada, su frente se contrajo cual si por ella se cruzasen siniestros pensamientos, y tras un instante de aterradora inmovilidad en que parecía medir todo lo desagradable de su situación, se lanzó frenético á uno de los cajones de la mesa, sacó una pistola y la disparó sin vacilar sobre su frente.

VI

Seis años después de los sucesos anteriores, se veía todas las tardes por el paseo de Atocha á un infeliz demente que paseaba del brazo de un criado: llegaban hasta la puerta de la iglesia, descansaban un rato y se volvían.

El demente era Paco Montes, que en vez de perder la vida en su arrebato suicida, perdió la razón. Su locura era completamente tranquila, á pesar de lo cual, su demacrado rostro revelaba el mayor sufrimiento.

Un pariente se había hecho cargo de él.

En uno de los referidos paseos, el pobre monomaniaco tuvo un singular encuentro.

Al llegar él cerca de la iglesia, una mujer que del templo salía, llorosa, mal vestida y con todas las señales de una gran miseria, dió un agudo grito al verle y se arrojó á sus pies, exclamando:

—¡Paco, Paco! ¡Perdón!

Era Teresa, arruinada primero y luego abandonada por el vizconde.

El desgraciado fijó en ella sus extraviados ojos, sus dientes chocaron en convulsivo temblor, un grito inarticulado, gutural, salió como un mugido de su seca garganta, y saltando al cuello de la mujer arrepentida, lo oprimió brutalmente entre sus manos de hierro, convertidas en dogal.

Cuando el criado quiso quitársela, la arrojó lejos de sí, diciendo:

—¡Maldita seas!

Estaba muerta.

Desde aquel momento fué agresiva y furiosa la antes tranquila locura del infeliz, por lo que tuvo que ser encerrado en un manicomio.





... fijando la inquieta mirada en un punto, como si de allí viera surgir la fantástica sombra de odiado enemigo

QUIEN Á HIERRO MATA...

I

Paco y Lola venían conjugando el verbo *amar* desde mucho antes de saber para qué sirven en nuestra rica lengua los demás verbos que son nervio y vida en la enunciación del pensamiento.

«¿Me *teres?* — Te *tero,*» se decían en el encantador idioma que usan esas criaturitas mitad querubines, mitad diablillos, delicioso bullebulle de las casas, que todo lo animan y lo alegran.

«¿Me amas? – Te amo,» repetían á cada instante cuando la infancia pasó con sus rosadas alegrías y vino la adolescencia con la intuición de nuevos afectos, de sentimientos nuevos.

—¿Me adoras, di, como yo te adoro?

– Te adoro, sí, te idolatro.

Así seguía subiendo aquella escala cromática de tonos amorosos, llegando á los más altos en el momento en que el ardiente despertar de las pasiones les dió el conocimiento exacto y la justa clasificación de su amor.

Detallaremos para mayor claridad.

Paco, niño sin madre, había encontrado la ternura y los cuidados de tal en la de Lola, que vivía en otro piso de la misma casa y le evitaba la soledad durante las forzadas ausencias de su padre, haciéndolo compañero constante de sus hijos.

Paco y Lola se criaron, pues, juntos, juntos crecieron mezclando lágrimas y risas, juegos y golpes, besos y caricias, que por tanto quererse siempre les dieron en la vecindad desde chiquitos el nombre de novios, y novios se decían ellos sin comprender en mucho tiempo lo que la palabra significaba, adivinándolo más tarde y comprendiéndolo al fin.

Lola, linda, débil y enfermiza, parecía mucho más débil cuando no tenía al lado á Paco, como si la robusta naturaleza de éste, su viril resolución, su sangre rica en glóbulos rojos, prestara vida á su ánimo apocado y fuerzas á su cuerpo anémico.

Paco, exuberante de vida y de salud, se sentía triste y desanimado cuando las exigencias de su educación lo separaban de Lola, como si aquella niña angelical fuera el alma de su alma, la única luz de su existencia.

Sin darse cuenta de ello, ni Paco podía vivir sin Lola, ni Lola sin Paco.

La crisálida se convirtió en mariposa al mismo tiempo que el gentil retoño se hacía lozano arbusto, y un día los dos se miraron como no se habían mirado nunca, de sus pupilas brotó la chispa del amor, ella bajó los ojos ruborosa y él exclamó, estrechando sus manos emocionado:

—Serás mi mujercita, Lola, serás la compañera de mi vida.

—Es mi única ambición, mi sola esperanza—repuso no menos emocionada ella.

No había más que hablar.

Desde aquel día desaparecieron las inocentes expansiones de la infancia, entrando ella en la vida circunspecta y reservada de la mujer y él en la existencia apasionada y anhelante del hombre.

Trabajar incansable para conseguir una modesta posición que le permitiera hacer á Lola su esposa y atender á la subsistencia de los dos, fué desde entonces su solo afán.

Colocado de meritorio en la casa de banca donde su padre estaba empleado, demostró su inteligencia y actividad, y así logró ir subiendo lentamente y es-

calón por escalón la difícil escala de los empleados que no tienen más padrinos que su laboriosidad y su honradez.

Soñando y amando esperaban los dos pacientemente que llegara la fortuna, representada para ellos en el mezquino sueldo que para otros es la miseria.

Y como la vida tiene tan extrañas anomalías y el destino tan raros caprichos, la muerte se encargó de realizar los sueños y los deseos de los dos tiernos enamorados.

Murió el padre de Paco, y éste fué colocado en su puesto con el haber á la vez pequeño y anhelado de seis mil reales.

El pobre joven aprendió prácticamente que con la alegría viene siempre un dolor, que la dicha se compra á costa de amargas lágrimas.

Lola fué al fin su esposa.

II

La felicidad no se describe, han dicho varios autores, y es cierto.

Baste, pues, decir que los nuevos esposos alcanzaron la mayor cantidad de dicha que es posible lograr en este mundo. Uno y otro creían estar soñando y pedían á Dios que no los despertara de tan hermoso sueño.

—¡Y dicen algunos insensatos que en el mundo no hay paraíso! Yo aseguro que lo hay, y sin serpiente,

puesto que un ángel lo guarda—exclamaba Paco en su embriaguez.

—¡No existe ni puede existir dicha mayor que la nuestra!—decía Lola.—Pidámosle á Dios que dure mucho.

Y al decir esto, su voz se velaba y sus ojos se humedecían.

Paco se reía de sus temores y borraba con un beso las nubes de su frente.

Pero en realidad Lola tenía funestos presentimientos, no hijos del capricho ó del humor, sino motivados por el estado de su salud. Se sentía realmente enferma y cada día peor.

Su débil complexión daba lo que prometía: en el presente la anemia, para el porvenir la tisis.

La pobre niña, ocultando á los que amaba sus temores y sus angustias, á todos sonreía, mientras la enfermedad avanzaba implacable.

Sin embargo, la ternura de Paco adivinó lo que le ocultaban, y acudió presuroso á la ciencia en busca de esperanza y de remedio.

De la conferencia resultó que había uno solamente para su adorada Lola: buscar en las aguas de Panticosa los gérmenes que habían de vivificar sus débiles pulmones, destruir allí el incipiente virus tuberculoso.

Los dos esposos se retiraron de la conferencia tristes y abatidos.

Por un instante se miraron en silencio.

Aquella mirada quería decir:

— El remedio es excelente; pero... ¿dónde está el dinero?

Paco bajó la cabeza y un sollozo subió á su garganta.

— Es imposible, Paco — se apresuró á decir ella, — no pienses en eso.

— ¿No he de pensar? Tú eres antes que todo. Ya encontraré un medio.

Un instante después sus ojos brillaban y sus labios sonreían.

— ¡Hallé la salvación! — exclamaba. — Irás á Panticosa y te curarás, y me darás un ángel que será tu retrato, y moriremos de viejos, rodeados de nuestros biznietos.

En realidad, la idea de Paco era buena y éste la creía de infalibles resultados.

Seguro de la estimación de su jefe, que lo conocía desde pequeño y de adolescente lo tenía ya á sus órdenes, pensó que no podía rehusarle algún adelanto que le permitiera atender á los gastos del imprescindible viaje de Lola, y que teniendo en sus manos el seguro cobro, no había de negarle la salvación de su esposa.

Cierto que el banquero tenía fama de avaro y duro de corazón, que era obscuro y excéntrico; pero tratándose de cosa tan grave como la vida de una persona y una vida tan preciosa, no podía mostrarse insensible.

Paco *quería* estar seguro de ello, y para convencerse se decía:

—No hay, no puede haber ser tan implacable que por el adelanto de unos cuantos duros se niegue á salvar á ese ángel de una muerte cierta; no dudo, tengo la seguridad de que accederá á mi petición, y mi Lola encontrará la salud en esas benditas aguas.

Pero, á pesar de esta seguridad, sus piernas temblaban al dirigirse al despacho de su jefe, y cuando en él penetró estaba pálido como un muerto.

Sabía que aquella entrevista era una jugada de vida ó muerte, que de ella dependía su destino.

El banquero, sentado ante lujosa mesa ministro, contaba billetes de banco.

El momento pareció á Paco propicio, y con voz trémula hizo el relato de su desventura y formuló su petición.

El banquero le escuchó en silencio; luego le dijo con pausado tono:

—Siento mucho la enfermedad de tu mujer; ya sabes que desde muchacho te he estimado y distinguido; pero... lo que me pides es imposible.

Paco sintió la sensación de un golpe de maza que aplastara su cráneo.

—¡Imposible!—balbuceó.

—Sí, y tú lo sabes mejor que nadie. Es ley invariable en mi casa no adelantar ninguna cantidad á mis empleados. Pago exactamente, no pueden exigir más.

— Pero, señor, en un caso extraordinario como éste no puede haber más ley que la piedad. La ciencia me lo ha dicho terminantemente: mi mujer se muere si no se acude, y pronto, al único remedio. Desarrollada la enfermedad, ya no hay salvación posible.

— Repito que lo siento; mas no he de pagar yo el que tú te casaras siendo pobre.

— Me casé cuando tuve con que atender á nuestras humildes necesidades. Pero yo no le pido á usted que pague nada; lo que le suplico en nombre de Dios y de lo que más ame es que me adelante la cantidad precisa para que mi mujer busque la salud donde únicamente puede encontrarla. Señor, de usted depende la vida de mi Lola; por piedad, no me sentencie usted á la desesperación.

¡Inútil suplicar!

— Ya te he dicho — repuso aún más secamente el insensible banquero — que es imposible. No te he de conceder lo que á otros he negado, y es inútil que insistas.

Al decir esto, guardaba apresurado los billetes cual si temiera que por magnética atracción fueran á Paco, y cerraba con violencia los cajones.

El seco ris, ris, ris, de las cerraduras sonó en el corazón de Paco como el eco metálico que anunciaba la muerte de su ídolo.

— ¡Señor, señor! — suplicó sollozando.

El jefe por toda contestación señaló á Paco la puerta.

Entonces una completa transformación se verificó en aquel hombre. Roja oleada de sangre subió á su rostro; se apoderó de él tan violento acceso de ira, que el modesto empleado desapareció, dando paso al león herido en su fibra más sensible. Olvidándolo todo en aquel vértigo insensato, se lanzó con un salto de tigre sobre la mesa apretando los puños y dispuesto no sabemos si á destrozar al miserable que sentenciaba á muerte á la vida de su vida, ó á tomar lo que le negaban.

El banquero tuvo miedo. Con no menos rapidez se lanzó al cordón de la campanilla.

—Pronto—dijo á un empleado que se presentó en el acto,—llévese usted á ese insensato y que no vuelva á mi casa.

Al oir la orden, el desdichado recobró la razón tan bruscamente como si hubiera recibido una ducha en el cerebro.

¡No volver á aquella casa era llevar la miseria á la suya!

No ensayó, sin embargo, la súplica ni la protesta; sabía que era inútil.

Salió de allí tambaleándose, recorrió á la ventura varias calles y al fin penetró en su casa.

Lola, que lo esperaba con mortal ansiedad, recibió terrible golpe al verle tan trastornado.

Se lanzó á su cuello y perdió el conocimiento en sus brazos.

¡Lo había comprendido todo!

III

Aquella nueva y horrible situación á que el destino los condenaba precipitó la implacable enfermedad de Lola.

La pobre niña carecía de todo y sonreía siempre como el ángel que entrevé el paraíso.

Paco recurría á todos los medios, llamaba á todas las puertas. Los amigos no querían, los parientes no podían por contar con pequeños haberes.

Tuvo que renunciar á la única salvación de Lola y dedicarse á ganar con su trabajo el pan de cada día.

Como el héroe manchego, pasó las noches de claro en claro, sin lograr apenas el descanso del sueño, y los días de turbio en turbio copiando á destajo manuscritos para un teatro.

Absorto al parecer en su trabajo, Paco observaba en realidad á su adorada Lola y seguía con desesperación los progresos que el mal hacía en aquella débil naturaleza.

¡Veía morir á aquel pedazo de su alma, por quien hubiera dado cien vidas á disponer de tantas, sin que le fuera posible hacer nada, obligado á presenciarlo inactivo! ¡Jamás hombre alguno sufrió tormento más espantoso!

Ideas terribles cruzaban á veces por su calenturiento cerebro; pensamientos que su conciencia rechazaba lo impulsaban á la protesta violenta, á la furiosa re-

belión de todo su ser por tan inmerecida desgracia. Pero el acceso pasaba y venía el abatimiento. Entonces se decía, mirando á Lola:

—¡Cuán cierta es la máxima de Séneca: «Llamas á la desdicha cuando dichoso te haces!» ¡Qué razón tenía mi ángel queridísimo al asegurar que nuestra felicidad era un sueño! ¡Ay, qué pronto ha venido el despertar!

En aquel suplicio de Tántalo transcurrieron dos meses, al terminar los cuales Paco, que estaba aún en plena juventud, tenía la cabeza blanca como un anciano.

Lola ya no sufría; acariciada siempre por ensueños lisonjeros, entregada á rosadas fantasías, á medida que su cuerpo se inmaterializaba, se engrandecía y alegraba su alma inundándola de esperanzas, como si al desprenderse de la mísera materia quisiera hacerla gozar todos los encantos de la ilusión.

Un día que Paco lloraba y Lola sonreía, ésta lo atrajo hacia sí dulcemente, diciéndole:

—Ven, mi adorado loco, pesimista tenaz, y no sufras sin motivo. Tengo el presentimiento de que nuestra suerte ha de cambiar bien pronto de la manera más favorable. Restablecida yo por completo, haremos un viaje de recreo que me acabará de restablecer. ¿Y adónde iremos, Paco mío?

Él no pudo contestar, harto hacía con dominar su violenta emoción.

—A Italia—continuó la pobre niña,—el país del

arte y la poesía. ¡Siempre ha sido ese mi sueño dorado! Tú no lo crees; piensas que son ilusiones mías; pues te equivocas como se equivocó el doctor respecto á mi enfermedad: dijo que sólo me curaría yendo á Panticosa, y ya lo ves, no he ido y estoy tan bien; sólo un poco débil, pero mejor que nunca.

Paco la estrechó entre sus brazos loco de dolor. ¡Aquel bienestar le asustaba! Tocó sus manos: abrasaban más que nunca.

—Tienes fiebre—murmuró,—voy corriendo por el médico.

—¡Tonto! ¿Para qué? ¿No te digo que jamás me he sentido tan bien? Como duermo poco por las noches, se va apoderando de mí un sueño tan dulce... Dame tu mano. ¡Paco, Paco mío! ¡Qué feliz me hace tu amor!

Y Lola se durmió, en efecto, pero para no despertar jamás.

Sin sacudidas, sin agonía, voló el alma de aquel ángel á su patria, el cielo.

IV

¡Pobre Paco! Al perder el ídolo de toda su vida, á aquella mujer tan adorada, que lo era todo para él, dejó de ser un hombre para convertirse en la estatua muda del dolor.

Cual si con Lola hubiera muerto su ser moral, alentando sólo el físico por un cruel ensañamiento de la

materia, Paco no lloró ni hizo desesperadas demostraciones.

Helado, impasible, mudo, cumplió sus últimos deberes con movimientos de autómata, y como un cadáver galvanizado siguió hasta el cementerio al cuerpo que se llevaba su alma.

Aquella era la última morada de la compañera de su vida, y allí se instaló como el perro fiel que guarda la sepultura de su amo.

Nadie logró sacarle de su mutismo, nadie le oyó una queja ni vió en sus labios una sonrisa. Sombrío, taciturno y siempre mudo, recorría á grandes pasos las anchas calles del cementerio ó reposaba en un banco, fijos los ojos en la tumba que guardaba los queridos restos.

A veces su mirada adquiría extraordinaria fijeza, parecía seguir con delicia los movimientos de un ser visible sólo para él, extendía los brazos que luego oprimía dulcemente contra su pecho como estrechando en ellos la soñada visión, y en aquellos instantes, por desgracia cortos, su rostro perdía su marmórea inmovilidad, sus ojos expresaban inmensa ternura, todo su ser se transfiguraba.

Otras veces se erguía fiero y terrible, fijando la inquieta mirada en un punto, como si de allí viera surgir la fantástica sombra de odiado enemigo, y con el rostro contraído, apretados los dientes y los puños crispados, se lanzaba hacia la aparición gritando: «¡Miserable, miserable!»

El guardián de aquel fúnebre recinto contempló á Paco con curiosidad los primeros días, luego le inspiró compasión, más tarde lo asoció á sus lúgubres tareas, y acabó por tener en él tal confianza que fué el verdadero jefe de aquella ciudad de los muertos, lo que le permitía cumplir su único deseo: no separarse nunca de la tumba de su Lola.

Una tarde llegaron al cementerio, conducidos en lujoso coche fúnebre y seguidos de numeroso acompañamiento, los restos mortales del banquero que con su bárbaro proceder causó la muerte material de Lola y la moral de Paco. Por un extraño sarcasmo de la suerte, aquel hombre que en vida había sido tan cruel con Paco, iba muerto á pedirle el último lecho.

Como el rico banquero había sucumbido á causa de un repentino accidente, su cuerpo quedó en depósito. El duelo se retiró murmurando bajito de las costumbres y rarezas del difunto.

Cuando la noche hubo cerrado, penetró Paco, con las facciones descompuestas, los labios temblorosos y las pupilas dilatadas, en el fúnebre aposento.

El muerto estaba solo; que los que *son* suelen ocuparse poco de los que *han sido*.

Sañudo y torvo lo contempló un instante, oyéndosele murmurar con reconcentrado odio:

—¡Asesino de aquel ángel que era mi vida, ladrón de mi dicha, origen de todos mis males, implacable verdugo de mi amor! ¡Quién pudiera volverte á la vida para con mis manos arrancártela otra vez!

Cual si aquel terrible deseo tan ardientemente expresado hubiera sido atendido, el cadáver movió ligeramente un brazo.

Paco retrocedió con el cabello erizado; mas pasado el primer instante de sorpresa, creyóse víctima de una alucinación; avanzó de nuevo, y examinando el cuerpo de cerca, vió que la piel perdía poco á poco la densa palidez de la muerte, que los labios se coloreaban y los músculos se contraían.

La duda no era ya posible. Aquel cuerpo no estaba muerto.

En los ojos de Paco brilló un rayo de frenética alegría.

– Los romanos decían que la venganza es el placer de los dioses – exclamó. – ¡Mi rencor me dice que es el placer de los placeres! Tú, que tanto me has hecho sufrir, me vas á proporcionar el único placer que me es dado ya disfrutar. En mi dolorosa existencia sólo esa alegría puedo ya sentir, y ¡por mi nombre, que no la desperdiciaré!

Sin vacilar un instante, con espantable calma dejó caer sobre el cuerpo la pesada tapa de ébano, la encajó con un martillo y cerró con doble llave la lujosa caja, recreándose en el ronco ras, ras, ras, de las cerraduras, que le parecía el eco de aquel metálico ris, ris, ris, con que el avaro cerró el dinero que representaba la vida de dos seres.

Terminada su siniestra tarea, Paco huyó precipitadamente, corrió sin tino hasta dar con la sepultura de

Lola, ante la cual cayó de rodillas, ocultando la cabeza entre sus manos.

¿Encontró el desgraciado en la venganza el placer que buscaba? ¡Ay, no!

El día lo sorprendió en la misma postura.

Cuando lo levantaron de allí, estaba loco.





Entablóse la conversación, fría al principio...

EL VIOLÍN MÁGICO

I

Entraba en la estación de San Sebastián el tren expreso procedente de Irún.

Rechinaba sobre los rieles la locomotora y parecían aquellos rechinamientos quejidos de la poderosa máquina, que se dolía como fiera aherrojada por la hábil mano de inteligente domador.

Dió el maquinista contravapor, obedeció el monstruo mal de su agrado, paró su marcha dando espantosos rugidos, y quedó silencioso y anhelante, como gladiador que descansara después de encarnizada lucha.

Una bulliciosa multitud aguardaba en los andenes de la estación. Los gritos de los mozos ofreciendo sus servicios, los saludos, el rodar de los carretones conduciendo los equipajes, los sonoros besos cambiados entre las que llegaban y las que aguardaban, y todos esos ruidos que se oyen en una estación á la llegada de los trenes, eran aquella tarde ensordecedores.

Del tren que llegaba saltó con ligereza un joven de veintidós á veintitrés años, de elevada estatura y hermosa presencia, moreno, y de ojos negros de mirada de fuego, viva y expresiva, mirada de vehemencia tal que revelaba al hombre apasionado y soñador.

En cuanto hubo saltado al suelo, se encontró en los brazos de otro joven que lo estrechó contra su pecho afectuosamente.

– ¡Por fin estás aquí! – decía entre apretón y apretón. – ¡Por fin cumples tu palabra!

– Sí, amigo mío, aunque no por mucho tiempo: alargo mi viaje ocho días sólo por el placer de pasarlos contigo.

Hablando así los dos amigos se habían dirigido hacia la puerta de salida; pero era tal la confusión, que el recién llegado exclamó:

– Por favor, Ernesto, no nos metamos en esa baraúnda; esperemos charlando á que se despeje esto un poco.

– Como quieras. Ninguna prisa tenemos.

— Las apreturas me crispan los nervios.

— Y tú eres un manojo de ellos que se mueven y agitan continuamente, impulsados por la doble fuerza de un corazón vehementísimo y de una cabeza volcánica.

El joven sonrió.

— Cuéntame entretanto, mi querido artista, lo que has hecho por esos mundos.

— En dos palabras te lo diré: estudiar tres años en Italia las bellas artes, muy especialmente la música y la pintura; pasear por toda Europa buscando los grandes modelos, los primeros maestros, las curiosidades y bellezas de cada pueblo; recorrer después casi toda España, que no había de ignorar nuestros tesoros artísticos conociendo los extraños, y acudir por último al cariñoso llamamiento de un amigo antes de volver á mi casa y á los brazos de mi padre, que me espera impaciente.

— ¿No has visto á tu padre en los años que has estado viajando, querido Cristino?

— Sí, por cierto; mi padre ha ido á verme varias veces.

— Entonces que espere.

— No, tengo prisa de regresar á la corte, á ese Madrid de hermoso cielo y de alegre vida, animado y risueño, de que todos los madrileños sentimos la nostalgia aun entre el bullicio de las más grandes capitales.

Ambos jóvenes atravesaron la estación, ya más

desahogada. Al llegar á la puerta se apartaron cortésmente, dejando paso franco á dos señoras que entraban.

El artista ahogó al verlas un grito de sorpresa, palideció intensamente y exclamó, apretando con fuerza el brazo de su amigo:

—¡Mírala, mírala! ¡Es ella!

—Una rubia deliciosa: talle de ninfa, rostro de serafín y ojos celestiales. Ya la veo.

—¡Es ella, es ella!—repetía Cristino cada vez con más ardor.

—Ella..., bueno. Pero ¿quién es ella?

—No lo sé. Mira.

El artista sacó con precipitación de su bolsillo carteras y papeles que enseñó á su amigo.

En todos se veía varias veces reproducida al lápiz la bella imagen de la rubia que acababa de pasar ante los dos amigos, muy ajena de haber causado en ellos tanta emoción.

—¡Magníficos, soberbios—exclamó el joven,—retratos perfectos y admirable dibujo! Eres un gran artista.

El elogiado hizo un movimiento de impaciencia, y arrancando los dibujos á su amigo:

—No se trata ahora de eso—dijo.

—¿Pues de qué se trata?

—De ella, de ver adónde va.

—Pues ya lo estás viendo. Sube al tren.

—Entonces va á Madrid.

—O á otra parte. De aquí á Madrid hay muchas estaciones.

—El tren parte á las tres y minutos... Me voy, chico.

—¿Adónde?

—A Madrid, si allí va ella; si se queda en otra parte, adonde se quede.

—Pero ¿estás loco?

—Loco, sí, loco de amor. La vi, ó mejor dicho, se me apareció cual divina y rápida visión en uno de mis viajes por Asturias, dejándome tan absorto que cuando volví en mí ya había desaparecido, y en vano la busqué por todas partes. Hoy, que por dicha la encuentro, no la perderé de nuevo. ¡Bendigo tu insistencia en hacerme venir! ¡Bendigo tu amistad y tu cariño!

—Sí, pero me dejas.

—Este encuentro varía todos mis planes. Por nada del mundo renunciaría á la dicha de viajar con ella, de contemplarla durante tantas horas, de velar su sueño. Compraría tan gran felicidad con los mayores sacrificios, y ya ves que ofreciéndomela gratis la casualidad, no he de renunciar á ella.

—Tienes razón y no insisto, querido Cristino.

—Te prometo volver y pronto.

—¿Con ella?..

—¡Ojalá!

—De todos modos te cojo la palabra.

—Te la doy formalmente.

II

Cinco minutos después el expreso partía llevando á nuestras dos desconocidas y á Cristino, que acababa de subir y, trémulo de alegría, ocupaba un asiento frente á la joven.

La rubia de quien tan completo elogio acababan de hacer, era casi una niña; representaba diez y seis años, y la acompañaba su tía, señora de regular edad, de distinguido porte y aún hermosas facciones.

El enamorado joven clavó sus negros ojos con ardiente insistencia en los azules de la bella niña, y de ambas pupilas brotó esa chispa magnética que es casi siempre precursora del fuego del amor.

Ella bajó la vista, enrojeciendo ruborosa, y él palideció de emoción.

El idilio había empezado.

Bien pronto encontró Cristino ocasión oportuna de romper el hielo de los primeros momentos, y aprovechándola con gran discreción y tacto, entablóse la conversación, fría al principio, y luego franca y alegre merced á la expansión natural en compañeros de viaje y al distinguido trato de unas y otro.

El notable artista, que poseía un elevado talento cultivado por vastísima instrucción, encantó de tal modo á las dos señoras y tanto se atrajo sus simpatías, que á las pocas horas lo trataban como á un amigo.

Cristino estaba loco de placer. Durante las horas que pasaron juntos, las prodigó toda clase de delicadas atenciones, las sirvió afectuoso en esos mil pequeños detalles que se ofrecen en un viaje. ¡Qué corto le pareció el tiempo y qué rápida la marcha del tren!

Al llegar á Madrid, los dos jóvenes sufrieron una sacudida dolorosa, como el que despierta de un sueño delicioso á la triste realidad.

Una mirada, no ya ligera y tímida, sino larga, intensa, embriagadora, se cruzó entre ellos.

Los vulgares accidentes de la vida sacaron á ambos de tan delicioso éxtasis. Habían entrado en el andén. Era preciso separarse.

La rubia niña hubiera premiado las atenciones del galante artista ofreciéndole su casa; pero no era á ella á quien tocaba hacerlo, y su tía se limitó á darle las gracias de la manera más afectuosa por sus bondades.

Los jóvenes cambiaron un apretón de manos y una última mirada.

Después la niña siguió á su tía y Cristino las siguió á las dos.

En la puerta de la estación las esperaba una lujosa berlina á la cual subieron, y se alejaron al trote de dos magníficos tordos.

—¿Qué le ha parecido á usted nuestro compañero de viaje, querida tía? —preguntó la joven al partir el coche.

– Incomparable para pasar agradablemente las fastidiosas horas de un largo viaje.

La encantadora joven abrió con asombro sus grandes ojos.

– ¿Y... nada más? – dijo tímidamente.

– ¿Qué más quieres que me parezca, mi pobre Sofía? – repuso riendo. – Que habla bien, que tiene talento é instrucción: esto es lo único que se puede deducir del trato de unas horas.

Sofía sintió algo así como un vago desencanto. ¡Lo había juzgado ella de tan distinta manera! Para ella el talento era lo de menos. ¡Había visto el corazón á través de aquellos hermosos ojos!

La buena señora pareció adivinar lo que pasaba por el alma de su sobrina, y estrechando sus manos, le dijo con cariño:

– En el mundo, niña mía, estos encuentros son como el cruce de dos trenes: un saludo, una mirada, y cada locomotora sigue su rumbo arrastrando á los viajeros en opuestas direcciones. Unas horas de expansiva conversación, la amistad de un día, y el destino, que es la locomotora que nos impulsa, se encarga de llevar á cada uno por sendero diferente, sin que se vuelvan á encontrar ni á recordar quizá.

– Pero eso es muy triste, querida tía – exclamó la niña.

– Por el contrario, es muy lógico, hija mía. Si fuéramos á dar nuestra amistad y á conceder nuestro afecto á todo el que la casualidad nos depara por

compañero durante algunas horas, siempre que tenga un exterior simpático, ¡cuántos chascos nos llevaríamos!

Sofía suspiró. Sin querer pensaba en el simpático desconocido.

Su tía sonreía.

¡Contraste natural entre los dos polos de la existencia! La inocencia se punzaba en las primeras espinas de la vida. La experiencia se reía de aquel imaginario dolor, pensando en los infinitos reales y positivos que el mundo ofrece.

III

Sofía no vió á Cristino al entrar en el soberbio hotel que habitaba; y sin embargo, tenía la seguridad de que la había seguido y conocía su morada.

Durante dos días esperó á cada momento verlo aparecer por la verja, y cuantos instantes tenía libres iba del balcón al jardín y del jardín al balcón. ¡Inútil diligencia!

¡Él que se había apoderado de su corazón, él que con el último apretón de manos la prometió verla pronto, no parecía!

– Mi tía tenía razón – se dijo por fin la pobre niña; – unas horas de agradable charla, y luego nada..., la separación y el olvido. ¡Todo ha sido un sueño!

En aquella situación de ánimo, una conversación y una promesa cambiaron el destino de Sofía.

—Ven, hija mía, y hablemos un instante de cosas graves como dos buenas amigas—le dijo un día doña Carmen, atrayéndola junto á sí.

La joven se sentó á su lado y repuso, enlazándola con sus brazos:

—Me asusta usted, querida tía.

—Pues que te pase el susto; que el asunto, aunque grave, no tiene nada de terrible, por el contrario es muy alegre.

—Venga entonces, que ya deseo saber de qué se trata.

—Antes dime una cosa con toda franqueza, con la mano puesta sobre el corazón, advirtiéndote que si me engañas, tú serás la engañada.

—Juro decir la verdad—contestó Sofía con juguetona solemnidad.

—Entre los muchos jóvenes que has tratado y te han pretendido desde que saliste del colegio, ¿ha conseguido tu cariño alguno, has dado ya tu corazón? Piénsalo bien antes de responderme, niña mía.

Encendido color subió al rostro de la bella rubia; pero repuesta al punto, contestó:

—No he dado mi corazón á nadie.

—¿Ninguno te ha impresionado?

Sofía suspiró.

—Eso sí—repuso con ingenua franqueza,—alguno ha conmovido mi corazón, pero ha sido un sueño, una ilusión, nada de real y positivo.

—¡Vamos, la novela del amor!—dijo doña Carmen

sonriendo. – No hay muchacha que no tenga su novela, cuyas páginas cierra al casarse para comenzar su historia.

– ¡Qué dichosas serán, querida tía, las que lleven á feliz término esa primera novela!

– Son tan pocas las que lo consiguen, mi pobre Sofía, que pensar en ello es una quimera. Soñar es muy hermoso; pero ¡ay!, que es preciso despertar. Pasemos, pues, á lo real, que es lo verdadero. ¿Te has divertido durante el año que llevas fuera del colegio?

– ¡Oh, mucho!

– ¿He satisfecho todos tus caprichos, he realizado todos tus deseos?

– Aun antes de formularlos.

– ¿Estás satisfecha de mí?

– ¡Oh, tía, qué pregunta! Si usted ha sido mi única madre desde que en la infancia la perdí; si á usted debo mi educación, mi fortuna y hasta la vida, que sus cuidados me han conservado, y además me colma de cariño y de bondades, ¿no he de estar satisfecha? Mi gratitud es tan grande como mi cariño hacia usted, y sólo anhelo ocasión en que demostrarle cuánto es mi agradecimiento.

Todo esto fué dicho con tanto ardor, que doña Carmen, conmovida, estrechó á su sobrina contra su corazón y besó apasionadamente su frente y sus ojos, añadiendo:

– Pues bien, Sofía querida, esa ocasión ha llegado.

La joven se separó de sus brazos con un movimiento de sorpresa.

—¿Qué puedo yo hacer por usted?—preguntó.

— Darme gusto á tu vez.

— Dígame usted en qué puedo complacerla, que sus deseos son órdenes para mí.

— Puesto que no has dado tu corazón ni empeñado tu palabra todavía, deseo que aceptes el marido que he elegido para ti, de cuyo amor ya tienes conocimiento.

Sofía sintió que el mundo se desplomaba sobre ella. Hubo un instante de silencio, que la pobre niña necesitó para reponerse de la violenta impresión recibida.

— Y... ¿quién es?—pudo al fin preguntar con insegura voz.

—¿No te lo figuras? El señor de Romero, viudo hace algunos años de mi mejor amiga.

Lo mismo le daba á Sofía este nombre que otro cualquiera. Todo le era indiferente. Sin embargo, dijo:

—¡Hay tanta diferencia en las edades!

— El hombre debe tener más edad que la mujer, querida Sofía. Un hombre de cuarenta y tantos años es aún joven. Él señor de Romero es rico, simpático, distinguido y antiguo amigo nuestro.

— Reconozco que es una excelente persona, un hombre intachable, distinguido, á quien estimo; pero...

—¿Pero qué?

—¡Me encuentro tan bien así, tía mía! ¿Por qué casarme con tanta prisa?

—Por varias y muy buenas razones. Dos mujeres solas, como nosotras estamos, luchan en el mundo con mil dificultades, necesitan la protección de un hombre. Nuestros intereses se resienten de la falta de dirección. Romero, rico, inteligente y activo, los aumentará; él nos dará el apoyo necesario á una niña que empieza á ser mujer y á una mujer que pronto será anciana.

Sofía bajó la cabeza. Las razones de su tía eran convincentes, y sin embargo su corazón rechazaba aquel enlace tan contrario á sus sentimientos. Pero ¿acaso tenía algo real en que fundarse para no aceptarlo? ¿Podía seguir abrigando la ilusión de un amor imaginario y sacrificar á un sueño el único deseo de aquella á quien tanto debía?

—Di, en fin, qué piensas—exclamó su tía, alarmada por tan largo silencio.

—¿Usted cree que Romero puede hacerme feliz?

—Lo creo firmemente y me fundo en sus cualidades y en lo mucho que te ama. Siendo su esposa, me darás la mayor satisfacción.

—Pues lo seré—exclamó resuelta.—Me casaré cuando usted quiera, se lo prometo.

—Gracias, hija mía. El tranquilo afecto que le profesas se convertirá por la atracción del amor en verdadera pasión. ¡Qué felices vamos á ser!

Un abrazo selló el solemne compromiso.

IV

¿Cómo Cristino, tan locamente enamorado, tan vehemente y tan resuelto á lograr el amor de Sofía, no la había vuelto á ver?

¿Era acaso uno de esos hombres ligeros que ni saben lo que quieren ni lo que sienten?

No, por cierto; pero la fatalidad había levantado entre ellos una barrera que los separaba para siempre. ¿Cuál era ésta?

Lo sabremos leyendo parte de una carta que Cristino escribía á su amigo Ernesto, á San Sebastián.

«Soy el más desgraciado de los hombres – decía. – He caído desde el cielo de todas las esperanzas al fondo de la desesperación. Ahora que no me comprendes creerás que me he vuelto loco; pero muy pronto me compadecerás.

»Al abrazar á mi padre á mi llegada, la felicidad más grande me inundaba: sabía que *ella* pertenecía á una familia unida á la mía por antigua amistad y ansiaba contárselo todo á mi padre, que, joven aún, expansivo y cariñoso, como sabes, ha sido siempre mi mejor amigo. Contaba con su apoyo y me creía seguro del porvenir. Pero él, loco de placer por la sorpresa de verme más pronto de lo que esperaba, se anticipó á mis confidencias con las suyas.

–»No sabes, querido Cristino – me dijo después de haber hablado de mis viajes y mis estudios, – no sabes

la gran noticia que te voy á dar. ¡Imposible que la adivines!

—»Pues dímela pronto, para que no divague—contesté riendo.

—»Si tú fueras otro, no te lo diría tan de repente por si te hacía mal efecto; pero como tu cariño hacia mí es tan grande, no vacilo, seguro de que sólo deseas mi felicidad.

—»Pero ¿qué es ello?—exclamé asombrado.—De tu preámbulo sólo he comprendido que me haces justicia. Tu felicidad es lo primero para mí, en efecto.

—»Entonces aplaudirás mi determinación. ¡Me caso, Cristino, me caso! ¿Qué te parece?

—»Perfectamente. Aún no eres viejo y perteneces á esa raza de hombres que son eternamente jóvenes. Seguro de que habrás hecho una buena elección, lo aplaudo.

—»Es un ángel. Sólo una circunstancia me ha detenido y me disgusta.

—»¿Cuál?

—»La diferencia de edad. Es demasiado joven. Pero la amo tanto, que la pasión me ha arrastrado al fin y espero lograr muy pronto la dicha.

—»¿Quién es ella?

—»Sofía, la sobrina de mi antigua y buena amiga Carmen Aguilar.

»Estas palabras me hicieron un efecto que me sería imposible explicarte; el por qué ya lo habrás adivinado.

»Sentí en el corazón una violenta sacudida que estremeció todo mi ser, y en la cabeza como un golpe de maza que me obligó á cerrar los ojos.

»Mi trastorno debió ser tan visible, que mi padre se asustó.

—»Cristino, hijo mío—exclamó alarmado,—¿qué tienes, qué te ha dado?

»Con gran trabajo logré reponerme y contestar, sereno en apariencia:

—»Nada, padre, es que busco en mi memoria y no recuerdo...

—»¡Si me las has oído nombrar mil veces!

—»Pero no las conozco.

—»A mi futura, no, ó por lo menos no la habrás visto en muchos años, por su estancia en un colegio y tus viajes.

—»Y... ¿ella te corresponde?—le pregunté, asiéndome á la última esperanza.

—»Me concede toda su estimación, todo su afecto, y su tía está segura de lograr que me ame.

—»¡Quién sabe!

»Mi padre palideció horriblemente.

—»¡No me hagas dudar, Cristino, por Dios te lo pido!—articuló, trémulo de emoción.—La duda me desgarra el alma. En esta partida se juega mi vida, porque sin ella moriría.

»¿Comprendes mi horrible situación? El rival que me va á arrebatar la dicha, que yo ahogaría entre mis manos, es mi padre, y no un padre déspota ó indife-

rente, sino el mejor, el más amante de los padres, el ídolo de mi vida.

»Yo no puedo entablar con él una lucha repugnante. Lo quiero demasiado para condenarlo á los tormentos que estoy sufriendo. Tampoco tengo el valor de huir de ella para siempre, y á la sola idea de verla esposa de otro, mi sangre arde cual si se convirtiera en fuego y mi razón se extravía.

»Mi única esperanza, Ernesto, es que la desesperación acabe con mi vida, y pido á Dios que sea de una vez y pronto, antes que la locura me arroje en el suicidio.»

V

En la noche del día que siguió á la conversación de la bella rubia con su tía, se encontraba la primera en su habitación, sola y meditabunda, pensando en el compromiso que había contraído y entregada á esa profunda abstracción que nos traslada á veces á mundos desconocidos creados por la fantasía.

En el punto donde sus hermosas pupilas se fijaban sin ver, con los ojos del alma veía á su gallardo compañero de viaje. En su delirio lo contemplaba á sus pies ebrio de amor, oía sus apasionados juramentos y cambiaba con él suspiros y sonrisas, miradas y frases de amor.

Aquella seductora imagen se desvaneció al oir la niña el dulcísimo preludio de un violín que, arrancán-

dola á la fascinación que la dominaba, la hizo volver á la vida real.

Al preludio siguieron melodías ternísimas con tal arte y destreza ejecutadas, que jamás oídos humanos las escucharon iguales.

No era la música escogida de los grandes maestros del arte; era algo aún más sublime, era la misma divina inspiración bajando á mover el arco de aquel violín; era el alma del artista animando á su instrumento, produciendo, iluminada por la luz del genio, cuanto el arte puede expresar de apasionado y conmovedor; eran armonías nuevas, de nadie tomadas ni aprendidas, hijas de la repentina inspiración del músico que iba traduciendo sus sentimientos conforme movían su corazón, de tan perfecta manera que del violín brotaban con las notas palabras llenas de pasión que, como los trinos y sostenidos de aquel mágico instrumento, llegaban al fondo del alma. El violín hablaba.

Sofía lo escuchaba muda, absorta, electrizada. Su ilusión cambió de forma, pero no de objeto.

Ya no veía al hombre amado á sus pies, sino en la calle, manejando aquel admirable instrumento, y mil veces más simpático adornado con la aureola del genio.

Seguía ansiosa, palpitante, los movimientos del arco prodigioso que arrancaba á las cuerdas confesiones de amor, gritos de una pasión mal contenida, un poema, en fin, conmovedor.

Sofía se lanzó de un salto al balcón en busca del artista que tanto la hacía sentir. Mas apenas lo hubo abierto, enmudeció el violín y todo volvió á quedar en silencio.

Palideció la contrariada niña; inmóvil, sin aliento, esperó un instante registrando con los ojos el jardín y la calle. No había nadie.

Tuvo que retirarse, murmurando entre un suspiro y una lágrima:

—¡Dios mío, si habrá sido ilusión!

A la noche siguiente, se convenció de que no había sido sueño ni ilusión.

El mágico violín producía tan deliciosas melodías como la víspera, sin repetirlas. Las palabras de amor, los ayes de ardiente pasión vibraban de nuevo en sus cuerdas.

Sofía corrió al piano y con inspiradas notas contestó á las armonías del violín, estableciéndose entre aquellas dos almas corrientes de pasión transmitidas por el sublime lenguaje del divino arte.

Este delicioso dúo se repitió varias noches; pero de repente el artista enmudeció, aumentando las angustias y temores de la pobre niña.

Transcurrió un mes sin que volviera el que ésta calificaba de ingrato y olvidadizo, y entretanto acercábase el día de su boda con rapidez aterradora para ella, que había dado su palabra y no podía volverse atrás por una ilusión que representaba un hombre tratado un día y el lenguaje de un violín.

VI

Llegó el día de la boda, que todo llega en el mundo. Doña Carmen estaba radiante de satisfacción; Sofía pálida, triste y resignada como una víctima que va al sacrificio; el novio alegre, pero con una alegría amargada, según dijo, por el pesar de que su hijo no asistiera al solemne acto por encontrarse enfermo.

Llegado el sacerdote, pasaron á la capilla.

Los novios se aproximaron... Al ir á arrodillarse, Sofía se incorporó bruscamente y palideció aún más. Había oído el roce del arco sobre las cuerdas del mágico violín.

Poco á poco los sonidos fueron acentuándose, y todos escucharon asombrados los ayes de dolor, los agudos quejidos, el tierno adiós de aquel encantado instrumento que transmitía una á una las palpitaciones del corazón que le daba vida al corazón de los oyentes.

Sofía dió un grito, y fascinada, loca, se lanzó á la puerta y al jardín.

Siguiendo la dirección del sonido, dió con el músico sentado en un banco. Era *él*, el que ella creía, el que ella esperaba; pero ¡en qué estado!..

Con el traje en desorden y cubierto de sangre, los ojos hundidos y brillantes como ascuas, los secos labios contraídos en desgarradora mueca, la palidez de

la muerte alternando en su rostro con las rojas chapas de la fiebre, á su lado un revólver y en sus manos el arco y el violín.

Cristino lanzó un grito de alegría al verla, la estrechó frenético entre sus brazos y cayó exánime oprimiendo su violín.

Sofía pidió socorro á grandes voces.

Todos acudieron presurosos, el novio el primero.

Al ver á Cristino sin sentido, corrió hacia él gritando:

—¡Cristino, hijo mío!

—¡Su hijo!—exclamó Sofía estupefacta.

—¡Su hijo!—repitió doña Carmen como un eco.

Romero se arrodilló al lado del herido, palpó su frente, besó su rostro, escuchó anhelante las palpitaciones de su corazón, y luego dijo con inmensa alegría:

—¡Vive, vive!

La bala, que había sido disparada contra el corazón, resbaló sobre una costilla causando sólo una herida de poca gravedad. El plomo respetó el noble corazón del artista.

Después de reconocer la herida, murmuró Romero, alzando al cielo sus ojos llenos de lágrimas:

—¡Dios mío, la vida de mi hijo á cambio de toda mi dicha! ¡Que viva mi hijo y juro renunciar á la felicidad, á cuanto yo soñaba! ¡Salvadle, Señor, salvadle!

El padre había vencido al amante.

. . . .

Creemos inútil añadir una línea más.

Que se casaron los dos enamorados, no hay para qué decirlo, y mucho menos que en su mutuo amor encontraron todas las felicidades.

En el sitio preferente del nido de aquellos tórtolos se veía siempre, encerrado en elegante caja de ébano y oro, el violín origen de la dicha que disfrutaban.





– Sé que eres muy amable; pero acércate más, ven á mi lado, así.

ESPERANZA

I

En las primeras horas de una calurosa noche del mes de julio transitaba por una de las calles de la villa y corte una dama, que por su aire distinguido y elegante porte parecía de elevada alcurnia. Su traje era lujoso, su talle esbelto, su rostro hermoso, aunque empezaba á ser surcado por las arrugas de la ancianidad, y su frente á verse coronada por la nieve de los años; en su fisonomía se reflejaban los más nobles sentimientos. Andaba con ligero paso y su mirada vagaba distraída; mas de pronto la sacó de sus meditaciones una voz dolorosa que decía:

– Señora, ¿me da usted una limosna?

Volvió la cabeza vivamente y vió á su lado á un hombre que ha rato la seguía.

Aquel hombre era joven, de bella figura y aspecto de buena educación. La dama iba sin duda de prisa, y

contestó con un «Dios le ampare.» Entonces por la fisonomía del joven pasó una nube de inmenso dolor; su rostro se contrajo, un largo sollozo que quiso contener y no pudo levantó su pecho, y murmuró con acento lleno de amargura:

— Mi familia tiene hambre y me he visto obligado á pedir como un mendigo; perdone usted si la he molestado.

La noble señora se detuvo, como si aquellas palabras hubieran herido directamente su corazón; su rostro expresó profunda emoción, sus lágrimas respondieron al sollozo del mendigo, y siguió con una mirada llena de interés á aquel hombre que había logrado agitar todas las fibras de su corazón, y que se alejaba con vacilante paso.

— ¡Dios mío! — murmuró la dama. — Ese hombre me ha hecho sentir con una palabra la emoción más grande que he conocido en mi vida; es que Dios concede al desvalido acentos poderosos que conmueven nuestra alma.

Y la elegante dama, impulsada por una irresistible atracción, echó á andar tras el mendigo.

Una en pos de otro, atravesaron medio Madrid, llegaron á los barrios bajos, y á lo último de la calle de Lavapiés el joven se detuvo ante una casa de pobre apariencia; un gesto de dolor contrajo entonces su rostro, se pasó la mano por la abrasada frente, y haciendo un esfuerzo supremo penetró en la casa.

La dama entró detrás, subieron la empinada esca-

lera, y el joven empujó la puerta de una de las buhardillas y desapareció tras ella. Se oyó una exclamación de placer lanzada por una garganta juvenil, y la elegante señora sintió un irresistible impulso de curiosidad é interés. Se aproximó á la puerta, que había quedado entornada, miró por la cerradura, y vió á una joven hechicera, hermosa á pesar de su palidez, simpática y distinguida á pesar de su miseria; tenía en los brazos un niño de pocos meses, y una niña como de cuatro años, blanca y rubia, bella como un ángel, descansaba en un pobre jergón con la tranquilidad propia de la infancia.

—¿Y bien, Luis—oyó decir con una voz pura y argentina,—has encontrado recursos?

—¡Oh!—repuso él con desesperado acento,—nada, siempre nada. No encontrando trabajo en ninguna parte, mi mano se ha extendido pidiendo una limosna, pero la caridad no existe ya; nadie se ha compadecido de mi acento de dolor, y he tenido que venirme sin un pedazo de pan para ti, mi ángel querido, y para este pobre ser que tan pronto ha sabido lo que es tener hambre. ¡Esto es horrible, Esperanza! ¡Esperanza! Tu nombre me la ha infundido siempre; mas ya es imposible tenerla. La desesperación llena mi alma, y al verte sufrir me siento capaz del crimen, y dudo... y maldigo...

—¡Calla, calla, por Dios!—se oyó murmurar á ella con dulcísimo acento,—no delires. Hoy, como siempre, te repito: confía y espera. Tú mismo conoces

que te ha evitado terribles sufrimientos la esperanza que he sabido introducir en tu alma. Pues bien, Luis, esposo mío, ten esperanza hoy también, que quien ha encontrado, como nosotros, el más santo placer en ejercer la caridad, no puede ser abandonado por ella. ¿Crees, acaso, que Dios nos ha olvidado? No tal: Dios no olvida nunca á sus criaturas. Si hoy sufrimos, es porque Él lo ha dispuesto así, para que más admiremos su poder cuando sintamos el benéfico influjo de su munificencia. Si en los supremos instantes desfallecemos, ¿para cuándo ha creado Dios la virtud sublime de la esperanza? Confía, esposo mío, en que compadecido de nuestro sufrimiento, el que todo lo puede nos tenderá muy pronto su mano generosa.

—¡Oh!, el cielo te bendiga, ángel querido. Tú conoces y practicas la misión sublime de la mujer, y con tu santa resignación me haces admirar á Dios. A ti debo los buenos sentimientos que adornan mi alma.

El joven calló, y la dama, que desde fuera escuchaba aquel interesante diálogo, sintió su rostro humedecido; era que sus lágrimas corrían al oir el acento desesperado de él, la voz dulcísima y llena de unción evangélica de ella.

—¡Ah!—murmuró con acento conmovido.—Aquí hay una gran desgracia que remediar, una virtud sublime que premiar, una santa esperanza que fortalecer. Entremos á socorrer á ese ángel desconocido.

Empujó la puerta, y se encontró en la estancia don-

de los dos esposos, sentados y con las manos enlazadas, se contemplaban con dolor.

Ambos se levantaron vivamente sorprendidos. Entonces tuvo ocasión de ver la hermosura de ella, sus maneras distinguidas, la altiva esbeltez de su talle, la tenue palidez de su hechicero rostro, la dulcísima mirada de sus ojos. Era un tipo completo de dulzura y arrogancia, de gracia y sencillez.

— Señora — murmuró Esperanza, dominando su extrañeza y adelantándose con cortés expresión, — ¿tendrá usted la bondad de decirnos qué se le ofrece? Nos creeremos muy honrados si podemos servirla en algo.

Aquella joven hablaba con la natural soltura de la que está acostumbrada á recibir en su casa á personas distinguidas y á las formas que en sociedad se usan. La dama se fué aproximando á la joven con los ojos fijos en su hechicero rostro; cogió una de sus manos, y dijo, mientras la estrechaba con verdadera efusión:

— Quiero..., primero ver á usted, admirar sus sublimes sentimientos, darla una prueba de que la opulencia rinde también su tributo á la virtud, aunque la encuentre entre los harapos de la miseria; quiero convencer á su esposo de que Dios no abandona nunca á los que sufren, y que la caridad existe, puesto que vengo á ofrecer á ustedes cuanto valgo. Desde fuera he oído lo que ustedes han hablado; he adivinado en usted un ángel tan sublime como la virtud de su nombre, y he entrado á decirles: Dios premia siempre á

los que en Él confían. Soy rica, y ni ustedes ni sus hijos volverán á sentir el hambre; yo se lo juro.

Esperanza, que la escuchaba embelesada, cayó á sus pies, quiso besar sus manos.

— Gracias, gracias, señora — exclamó, ebria de placer; — el cielo la colme de felicidades.

La noble señora la levantó conmovida, y al hacerlo, cogió entre sus manos aquella cabeza artística é imprimió un beso en su despejada frente.

El joven, que presenció admirado aquel exceso de ternura, murmuró:

— Señora, yo agradezco á usted con toda mi alma sus nobles ofrecimientos, los cuales acepto, porque la miseria nos ahoga ya bajo su mano de hierro; pero quisiera saber qué hemos hecho para merecer sus bondades. Hoy por primera vez la he visto á usted, y fué en una ocasión que jamás se borrará de mi memoria.

— Cierto: era el instante en que por vez primera imploraba usted con triste acento la caridad de los transeuntes; el egoísta *Dios le ampare* salió entonces de mis labios y fué á herir su alma delicada; perdóneme usted. Arrepentida al momento de mi respuesta y vivamente impresionada por su voz desgarradora, seguí tras usted, oí el acento purísimo del ángel que el cielo le ha concedido por esposa, y me presenté á ustedes resuelta á que no vuelva la miseria á turbar el sueño de Esperanza.

— ¡Oh! Dios bendiga á usted como lo hace en nombre de sus hijos una madre infortunada.

Entonces se vió el extraño cuadro de una joven que extendía sus manos bendiciendo á una anciana que inclinaba conmovida su venerable cabeza.

Pasada la impresión del primer momento, la anciana señora enjugó una lágrima que por su rostro corría, y dijo:

– Ante todo, ocupémonos de lo más urgente; atenderemos á reanimar sus fuerzas por medio del alimento, y luego hablaremos. Aquí veo palpitar una historia interesante y quizá dolorosa que deseo oir con todos sus detalles; pero exigirles que me la dieran á conocer ahora, sería una imprudencia; más tarde les agradeceré en el alma que lo hagan.

– No se engaña usted: triste como el dolor es nuestra historia; pero mi madre me puso al nacer bajo la protección de Nuestra Señora de la Esperanza, y esta consoladora virtud, que nunca me ha abandonado, ha hecho mi suerte menos amarga. Todo lo sabrá usted, puesto que lo desea.

– Gracias; pero ahora lo que deseo es que hablen menos y obren más; la cadavérica palidez de ese pobre ángel que reposa me indica que la extremada debilidad la tiene en ese estado de sopor; es menester alimentarla al momento.

. . . .

Una hora después estaba satisfecha la necesidad de aquella infeliz familia; los ojos brillaban y los labios sonreían con expresión de gratitud.

– Ahora, mis nuevos amigos – dijo entonces la da-

ma, — reclamo el cumplimiento de la promesa; deseo conocer todo el pasado de ustedes.

Luis se aproximó á ella.

— Esta tarea — dijo — me pertenece; todos los buenos sentimientos que en mi alma alientan los debo á Esperanza, á esta santa, que ha tenido también algo de mártir, y que con su cristiana resignación ha variado mil veces el rumbo de mi vida. Ella callaría todos sus nobles triunfos: escuche usted, señora.

La dama tomó la posición del que se prepara á escuchar un largo relato.

Luis echó hacia atrás sus negros cabellos, pasó la mano por su pálida frente, como si quisiera evocar sus recuerdos, y empezó así:

II

«En la perla del Océano, en la más linda de las ciudades de la poética Andalucía, en el bello Cádiz, conocí á Esperanza. Esta, huérfana y rica, estaba en poder de un tutor, hombre que con su hipocresía había conquistado la confianza de su difunto padre, y era un miserable, que avaro del dinero de su pupila y enamorado de sus prendas físicas y morales, tan sólo se ocupaba en guardar con cuidado su querida joya para que no se la robaran, seguro de que más tarde ó más temprano había de ser para él.

»Yo vivía solo, me sostenía con mi modesto patrimonio, si no con lujo, con desahogo. En cuanto la vi

la amé, ella me correspondió, y con su autorización pedí bien pronto su mano; pero defraudando el avaro nuestras esperanzas, me dió una rotunda negativa.

»No nos desanimamos, sin embargo; nos amábamos con el alma, y confiábamos en el porvenir. ¿Qué no consigue un amor constante? ¿Qué no vence la pasión? Tranquilos con la idea de que el amor todo lo puede, nos comunicábamos nuestros sentimientos por medio de cartas cambiadas con las mil ingeniosas tramas de que se valen los enamorados. Se descubrió al fin lo que constituía nuestra delicia, y Esperanza fué bruscamente sacada de Cádiz; pero yo los seguí por todas partes. Recorrimos varias provincias de España, y cuando el viejo más lejos me creía, me veía á su lado en el fondo de una diligencia ó en un departamento del tren. Desesperado al ver que no conseguía alejarme de su pupila, y abrigando un odio mortal hacia mí, porque le quería quitar el objeto de su constante ambición, volvió á Cádiz.

»Impotente para alejarme de su lado, la cólera del tutor se volvió contra Esperanza, que tuvo que sufrir su brutal trato, sus groseros insultos. Mil veces la ira me cegó y quise matar al miserable que se atrevía á ofender al ángel de mi amor; pero ella, aceptando desde aquel instante la misión sublime que á mi lado había de desempeñar: «Espera – me decía, – nada hay en la vida eterno; tras estas circunstancias vendrán otras mejores. La marcha invariable del tiempo trae nuevos acontecimientos y hace que todo llegue en el

mundo, lo que se ansía como lo que se teme. Ya sonará la hora de nuestra ventura; aguarda.»

»Este razonamiento tan juicioso lograba tranquilizarme, y esperaba confiado; mas pronto volvía mi impaciente afán y la proponía huir del miserable que la martirizaba. Su respuesta era siempre la misma:

—»La mujer no debe jamás abandonar su casa como una prófuga. Cuando sea mayor de edad, me sacará de aquí la ley para entregarme á mi esposo.

»Le faltaba un año para cumplir la edad, y tuve que resignarme á esperar.

»Terminaron nuestras relaciones, al parecer, para evitarle nuevos disgustos, y transcurrido el año, la justicia la sacó del poder de su tutor para depositarla en el seno de una familia amiga, de cuya casa salió cuando fué mi esposa.

»El furor del viejo fué terrible al verse arrebatar su presa, y juró que mientras viviera sentiríamos todo el peso de su odio.

»Huyendo del miserable verdugo de Esperanza, vinimos á establecernos en Madrid; pero el tutor vino también.

»Durante un año nuestra felicidad no tuvo límites; cumplido este tiempo, el cielo nos concedió una hermosa niña que acabó de colmar nuestra ventura. Como no habíamos vuelto á saber de nuestro enemigo, concluímos por olvidarlo, entregándonos por completo al gozo supremo de nuestro mutuo afecto.

»Por entonces entabló relaciones conmigo un joven

á quien conocí en el casino. Era distinguido, de buena familia, y me mostraba tan extraordinario afecto, que me subyugaba; me complacía siempre, me halagaba, me acompañaba á todas partes, y bien pronto nos unió una estrecha amistad. ¡Ah, le creía amigo leal, y después supe que quería perderme, porque estaba vendido á mi enemigo!

»Con un talento infernal, con habilidad satánica, me hizo conocer los goces que proporciona la fortuna, los cuales había siempre despreciado; y sin advertirlo yo, me fué alejando lentamente de mi casa y de mi esposa. Cada día me proporcionaba un placer nuevo, y como el mal halaga nuestras pasiones, como nos seduce y nos embriaga, yo me dejaba llevar con alegría por aquella pendiente funesta, y á los pocos meses de mi amistad con aquel demonio, era un huésped en mi casa; ya no me encantaba la sonrisa de mi hija, ni reparaba en la tristeza de mi buena esposa.

»Si las recriminaciones y los reproches hubieran brotado entonces de los labios de Esperanza, mi ceguedad hubiera llegado hasta el punto de olvidar su amor y mis deberes; pero lejos de eso, sólo una sombra de dolor se notaba en su semblante, y sus labios me sonreían como en los mejores tiempos de nuestra unión. Me mostraba á la niña con las más tiernas frases, y al ver tanta bondad, tan dulce cariño, me avergonzaba de mi conducta y besaba á mi hija con pasión, despertándose mi amor hacia la madre. Ella sonreía dichosa al ver mi reacción, y lo olvidaba todo.

»Pero, por nuestra desdicha, el ángel malo no me abandonaba; el fatal amigo en quien yo confiaba ciegamente, me apartó de nuevo con su malvada astucia, y no contento con esto, clavó en mi pecho el terrible aguijón de los celos.

»Visitaba nuestra casa un joven pariente de Esperanza; mi amigo me hizo sospechar que mi esposa quería vengarse de mi desvío, y mi pobre ángel recibió el nuevo ultraje de mis infundados celos.

»Al comprender mis infames sospechas, la vi perder por vez primera su proverbial dulzura y cubrirse su rostro de la enérgica expresión de la dignidad ofendida. Brilló en sus ojos la chispa ardiente de la indignación y exclamó con la altivez de la virtud, clavando en la mía su mirada de fuego:

—»El día en que tengas la seguridad de que te falto, te concedo el derecho de matarme: esto será menos terrible que las crueles frases de tus dudas; pero mientras tal seguridad no tengas, respeta mi dignidad. Por si lo has olvidado, te recordaré que con mis ideas y convicciones jamás puede faltar una mujer á lo que debe á su esposo, á Dios, al mundo, y más que á nadie, á sí misma.

»Su dignidad me impuso, y sólo pude murmurar una palabra de disculpa. No volvió á oir ni un reproche de mis labios; pero desde aquel día la vigilé en silencio y me convencí de su inocencia. Su joven pariente dejó de visitarla, encerrándose ella en un absoluto retiro.

»Volvió con esto á reinar la paz en nuestra casa, y aun pudiera decir el amor; pues mi amor hacia Esperanza se había acrecentado, si cabe, con sus virtudes; mas esto no obstante, seguía recorriendo la senda fatal conducido por una mano enemiga, é iba gastando bastante á prisa nuestro capital. Ella parecía no advertir mi extravío, que amenazaba llevarnos á la ruina; pero con su exquisito tacto, con su adorable dulzura, procuraba arrancar suavemente la venda que cubría mis ojos y despertar mis buenos sentimientos. Una noche que me retiraba tarde, como siempre, entré á saludarla, según tenía por costumbre, y la encontré levantada y bordando.

—»Luis—me dijo con su dulce acento, con su sonrisa encantadora,—vén, siéntate á mi lado; tengo que pedirte un favor.

—»Habla—repuse, obedeciendo su indicación;—sabes que siempre he deseado complacerte.

—»Sé que eres muy amable; pero acércate más, vén á mi lado, así. Ahora, Luis mío, te indicaré mi deseo. Mañana á primera hora he de salir precisamente, y tendría especial gusto en que tú me acompañaras; quiero hacerte conocer el goce supremo de la vida; quiero que experimentes el placer más dulce, más inefable que puede embargar nuestra alma. ¿Estás dispuesto á acompañarme?

—»Sí, pero no puedo menos de confesarte que no te entiendo; estás misteriosa, Esperanza.

—»No tal; he notado que hace algún tiempo corres

frenético en busca de emociones nuevas, y yo quiero que experimentes una no menos intensa que las que tú buscas, para que con las otras compares. ¡Bah!—añadió, viendo que me quedaba perplejo,—no creas que te reconvengo; ¿quién no se ha equivocado alguna vez en la vida? Tranquilízate, mi Luis amado; yo no veo... más que tu cariño.

»Me levanté conmovido por tanta bondad, é imprimí un beso en su nacarada frente.

—»Pero ¿en qué quedamos?—añadió con acento jovial.—¿Vienes ó no?

—»Sí, hija mía, iré donde quieras, seguro de que los ángeles no pueden llevar más que á la gloria.

—»Estás galante en verdad.

—»Es que eres una santa. Adiós, Esperanza, hasta mañana.

—»A las ocho saldremos de aquí; no lo olvides.

»Me dirigí á la puerta para que ella no viera mis ojos húmedos; pero me detuvo su voz argentina, que decía:

—»Vuelve tu vista hacia la izquierda, ingrato.

»La volví en efecto, y vi al tierno ángel, fruto primero de nuestro amor, que, colocado en su cuna, me sonreía en medio de su sueño; besé con pasión su hechicero rostro, y al retirarme para ocultar mi emoción profunda, dirigí una mirada á Esperanza, y en sus ojos vi la chispa de una alegría sin límites, en sus labios la radiante sonrisa de la más inefable ventura. Me preocupó aquel enigma y no dormí en toda la

noche pensando en las misteriosas palabras de Esperanza y recordando con terror mi conducta, que sólo merecía el desprecio del ángel que pagaba mi abandono con tan acendrada ternura.

»A la mañana siguiente salimos juntos y atravesamos en silencio varias calles; yo esperaba con curiosidad el resultado de aquel misterioso paseo, y ella meditaba. Penetramos al fin en una casa de pobre apariencia, y subimos una empinada escalera; se paró entonces Esperanza, y dijo con acento conmovido:

—»Luis, tu corazón es noble y generoso, tus buenos sentimientos duermen, pero no han muerto, y yo deseo despertarlos haciéndote ver de cerca el triste espectáculo del infortunio, haciéndote comprender las consecuencias que traen los desórdenes de un padre de familia. El alma se eleva al descender al abismo de la miseria, porque desde allí admiramos más al Dios que la subsistencia nos proporciona; el corazón se fortifica para las pruebas de la vida al ver el rudo infortunio que una criatura soporta con santa resignación, y he querido mostrarte estos ejemplos para que tu alma adquiera su... casi perdida grandeza. Te traigo, en fin, á que conozcas el placer de los placeres, el goce supremo de la caridad. Si te molesto, perdóname, Luis; mi intención es buena.

»Sin dejarme tiempo para contestar, penetró en la habitación que teníamos delante, y me arrastró tras sí.

»En un pobre cuartucho, tan mísero como este, había una infeliz mujer de regular edad, en un estado

espantoso de demacración. Saludó á mi esposa como á un ángel de consuelo, y sus lágrimas corrieron arrancadas por la gratitud. Yo me ahogaba en aquella atmósfera cargada; la impresión había sido fatal, y mi corazón se oprimía de un modo horrible al ver aquel rostro amarillento, al oir aquel acento de dolor que sonaba en la inmunda covacha como un eco funerario. Esperanza, que no apartaba de mi rostro su mirada, dirigía á aquel ser infortunado mil preguntas que ella satisfacía al instante. Supimos toda su historia, la que no repetiré por no hacer el relato interminable.

»Sólo os diré que su narración era horrible. Aquella mujer había pertenecido á la clase más elevada, había gozado de la opulencia, y arruinada por los desórdenes de un marido vicioso, había llegado á aquel estado, mientras él iba á tomar posesión del grillete del presidiario.

»Salí de allí agobiado por mil ideas contradictorias que en mi mente germinaban. Esperanza respetó mi meditación, y sólo me dijo, entregándome su bolsillo:

—»Toma la modesta cantidad que para los pobres dedico, Luis; repártela por ti mismo. ¡Es tan grato hacer el bien!

»Yo socorrí en efecto á la familia que después visitamos, les dirigí palabras de consuelo, y entonces comprendí la razón que tenía mi esposa al decir que la caridad proporcionaba mil placeres. Jamás había sentido mi alma la suprema dulzura que la inundó al recibir las bendiciones de aquellos infelices; jamás

había conocido emoción tan grata, tan tranquila y duradera.

»Tenían niños, y al darme todos las gracias con sus voces infantiles, con su gracia angelical, olvidé mis preocupaciones y los senté sobre mis rodillas, gozando con las caricias de aquellos ángeles como no había gozado en mi vida. Al abandonar aquella casa, el rostro de Esperanza irradiaba de alegría; el mío había perdido su sombría preocupación, y estimulado por el placer que había sentido, corría presuroso á buscar otro igual, socorriendo á nuevos hijos del infortunio. ¡Qué cierto es que el ejercicio de la caridad, cuanto más se practica, más seduce!

»A la primera casa fuí llevado; en la segunda penetré con gusto; corrí ansioso á la tercer visita, y al concluir la mañana, una completa revolución se había operado en mí. Estos son los verdaderos goces—exclamaba, —estos no pasan nunca porque se conserva siempre en el alma su benéfico recuerdo; inundan el corazón de paz y ventura; dejan la conciencia limpia como el alma de un niño.

»Comprendí perfectamente la gran lección que en aquel paseo matinal me había dado mi buena esposa, y pensé aprovecharla.

»Al llegar á casa, mi mujer parecía completamente feliz; adivinaba lo que por mí pasaba. Yo no podía olvidar el triste aspecto de las desdichadas que habíamos visto, y al pensar que Esperanza podría encontrarse por mí en tal situación, me estremecía de horror.

»Me senté á sus pies cuando en su habitación penetramos, y «¿Me perdonas?» la pregunté, latiéndome el corazón con la misma fuerza que cuando solicitaba su amor y pedía el anhelado sí.

»Ella lanzó un grito de alegría.

—»Con toda mi alma—exclamó.—Tienes perdonados tus pequeños pecadillos. ¡Oh!, no me equivocaba al creer que tu alma era siempre noble. Tus sentimientos bellísimos han respondido á mi cariñoso llamamiento, y has comprendido tus errores. Doy gracias á Dios con todo el fervor de mi alma porque ha tocado tu corazón, y al inundar tu alma del santo placer que he querido que conozcas, ha arrancado la venda de tus ojos.

—»Sí, Esperanza, la ha arrancado completamente. Al conocer todo lo indigno de mi conducta, he visto que el móvil de ella ha sido un amigo miserable, que, no sé por qué motivo, me conducía con rapidez á la desgracia.

—»Ahora—exclamó con alegría,—ahora ves claro, Luis mío. Ese fatal amigo que tanto me ha hecho sufrir, quería perderte; ha tiempo que lo he comprendido, mas he callado al ver tu confianza, esperando que tú mismo lo conocieras; lo que no puedo adivinar es por qué quería hacer nuestra desdicha. Espía sus pasos, fíjate en sus acciones todas, y lo sabremos al fin.

—»Yo descubriré el hilo de su trama, y mi desprecio arrojará al rostro del miserable su vil acción. Pero dejemos á ese malévolo personaje que ha logrado

trastornar mi cabeza y adormecer mis buenos instintos, para ocuparnos de nosotros. Esperanza, tú decías bien, el ejercicio de la caridad proporciona los goces más inefables. Con gusto te confieso que hoy he experimentado el placer más grato é intenso que he conocido en mi vida.

—»¡Oh!, mi corazón no me engañó, mi plan ha salido bien. ¡Gracias, Dios mío!

—»Desde este instante estar á tu lado será mi mayor ventura; no me separaré de nuestro nido de amor, y te ruego que demos todos los días este matinal paseo, que hagamos diariamente tan santa excursión.

»Esperanza estaba loca de contento; hizo traer á nuestra pequeña hija, y los tres formamos un grupo encantador.

»Como había dicho á mi esposa, me dediqué á buscar el móvil que había impulsado á mi perverso amigo; pronto lo encontré. Supe la estrecha amistad que le unía á mi implacable enemigo y lo comprendí todo: estaba vendido á él, y su plan era desunirnos y arruinarnos.

»Lo insulté, le hice conocer que había descubierto su infame intención y lo arrojé de mi casa á puntapiés. Quedamos en calma y nuestra dicha no se vió en nada turbada; pero no fué duradera.

»La justicia se presentó un día en mi morada acusándome de conspirador; yo no me había metido nunca en política, y quedé tranquilo creyendo aquella visita una equivocación lamentable; mas registraron mi casa

y entre mis papeles encontraron documentos que me comprometían y que probaban claramente mi complicidad en una conspiración secreta y bien dirigida. Entonces mi terror no tuvo límites, porque comprendí que la oculta mano que ha tiempo nos perseguía había colocado aquellos papeles entre los míos, y conocí lo difícil que me sería justificarme. A pesar de las lágrimas y el dolor inmenso de Esperanza, me llevaron preso como á un criminal.

»Fuí conducido á un calabozo tan inmundo como el del último asesino, y durante quince días devoré la inmensa amargura de encontrarme alejado de mi familia y sumariado. Al fin pudo conseguir mi esposa autorización para visitarme, y al verla, al oir su acento purísimo, mi dolor se calmó.

»Esperanza estaba triste, pero en su rostro resplandecía la plácida calma de siempre; en sus ojos bebí á raudales la dulcísima esperanza que su alma infundía á la mía. La hablé de los desesperados días que había pasado.

—»Luis—murmuró con su cariñoso acento,—¿será posible que por un contratiempo como éste te desesperes? No imaginaba que fuese tu alma tan pequeña. ¿Crees, acaso, que vas á ser condenado? No, Luis mío; si la humana justicia se equivoca, la divina no yerra jamás; ella que ve las conciencias hará que te justifiques y saldrás de aquí más honrado que nunca, cubierto con el manto augusto del sufrimiento. Tú confiesas que he logrado encender en tu alma la llama

purísima de la fe; pues bien, acógete á ella como á una égida salvadora, y no sentirás la desesperación. Confía en Dios, que Él no permitirá que seas condenado como culpable, siendo inocente. Si tienes además un ángel que por ti ruega, nuestra hija, ¿qué temes? Espera y confía.

»Su voz resonaba en mi alma como una melodía divina, llenándome de consuelo, y sólo pude murmurar las frases de siempre:

—»¡Eres una santa, Dios te bendiga!

»El eco de sus inspiradas palabras quedaba encerrado en el alma del pobre preso como un depósito sagrado y derramaba en mi ser cristiana resignación.

»No relataré á usted la marcha del proceso; baste saber que al fin conseguí justificarme; pero en este país, que todo cuesta tan caro, se necesita gastar un capital para rechazar de sí una acusación tan complicada como la que sobre mí pesaba, y yo gasté casi todo el mío, quedando poco menos que arruinado; mas lo importante es que salí de la prisión más honrado que nunca, como había dicho mi buena esposa; y á su lado, en su invariable cariño, encontré de nuevo la paz y la ventura.

—»¿Ves—me dijo al estrecharme libre contra su pecho,—ves cómo Dios no abandona nunca á los que en Él confían? Ya eres libre, y el placer que sientes en este instante te remunera con creces del pasado sufrimiento. Dios, siempre grande, prueba palpablemente la inocencia del que realmente lo es.

—»¡Oh!, sí, tú tienes razon; sin la ayuda de Dios me hubiera sido imposible probar mi inocencia. Él me ha salvado, porque tengo un ángel que por mí intercede, mi santa, mi noble Esperanza.

»Mucho habíamos sufrido, mucho pasamos durante los meses de prisión; pero aún no era bastante para aplacar la cólera del que había jurado hacer nuestra desgracia; su odio implacable nos perseguía hasta sumirnos en la miseria; y viendo que sus planes no dieron el resultado que esperaba, fraguó otro que había de ser el complemento.

»Volvíamos una noche del teatro contentos y satisfechos; llamamos como siempre á nuestra casa y nadie nos abrió; volví á repetir, y obtuve la misma respuesta; sobresaltado ya, llamé con más viveza tres ó cuatro veces; en fin, para abreviar, se abrió con ganzúa la puerta y recibimos una sorpresa terrible: los cajones abiertos, las cómodas rotas, los baúles descerrajados, todo me indicó que habíamos sido robados. En efecto, se habían llevado cuanto poseíamos, pues á la sazón tenía en mi casa el pequeño capital que me quedaba.

»Los criados habían huído, y sólo encontramos á la niñera maniatada y con una mordaza. Declaró que unos hombres enmascarados se habían llevado cuanto valía algo, dejándola á ella en aquel estado. Fué imposible averiguar más, y quedamos completamente arruinados. Esperanza sufrió mucho, porque veía el triste porvenir de nuestra hija; pero al fin venció su

firme voluntad, y como siempre, se sobrepuso, presentando al destino su erguida frente y á mí su sonrisa de inagotable esperanza.

»Yo caí en un profundo abatimiento, del que no podían sacarme los esfuerzos que mi esposa hacía por distraerme. Un día abordó resuelta la cuestión que temía tocar.

—»Luis mío—dijo, estrechando entre las suyas mis manos,—estás triste y abatido como si todo hubiera concluído para ti, como si Dios hubiera eclipsado á nuestros ojos la luz radiante de la esperanza, y nada de esto ha sucedido. Un escollo de los muchos que se encuentran en la vida se ha colocado á nuestro paso; pero Dios nos dará fuerzas para salvarlo. Un contratiempo ha venido á turbar nuestra ventura; mas pasada la primera dolorosa impresión, tenemos la fuerza de voluntad para olvidar la desgracia, y la obligación sagrada de dedicarnos á remediar el mal. Tú sufres porque crees imposible salir de esta apurada situación, y te equivocas, Luis; nada hay imposible en el mundo, teniendo la ayuda de Aquel que todo lo puede.

»Al oir esto, lancé una exclamación de sorpresa.

—»Sí, Luis—afirmó.—¿Qué duda hay de que nuestra situación pueda tener remedio? A nuestra vista se presenta un camino que tú no has reparado y el cual nos conducirá de nuevo á la felicidad. Tenemos un medio de reconquistar honrosa y dignamente lo perdido.

—»¿Cuál, cuál?

—»El trabajo. Tú que no has trabajado nunca, no has pensado que el trabajo honra, regenera, eleva el alma, y es el antídoto más poderoso contra los vicios; él, al distraer la imaginación, aparta de ella malos pensamientos y llena el corazón de plácida calma. Trabajemos, Luis mío, trabajemos para nuestra hija, y el cielo colmará nuestros afanes.

»Yo bajé la cabeza avergonzado; como ella había dicho muy bien, acostumbrado á ser rico, no me había ocurrido que era joven y podía trabajar. Agradecí con el alma aquella indicación que abría nuevos horizontes á mi vista, y exclamé con entusiasmo:

—»Sí, mi querida Esperanza, tienes razón, como siempre: el trabajo regenera; trabajaré, pero yo solo, que mía es la obligación de hacerlo; y si con mi trabajo puedo proporcionarte alguna comodidad, me creeré feliz.

—»¡Oh!, gracias, Luis mío; aún podemos encontrar la dicha, porque eres el mejor, el más noble de los hombres.

—»Sólo un miserable podía ser malo á tu lado.

»Desde aquel día puse en juego todas mis relaciones para encontrar un destino por modesto que fuera; y á la idea de poder trabajar para ellas, para mi esposa y mi hija; á la idea de serles útil proporcionándoles el sustento con el sudor de mi frente, mi pecho se ensanchaba; había perdido mi sombrío abatimiento, sonreía tranquilo al modesto, pero honrado porvenir que á mis

ojos se presentaba, y bendecía como siempre á la mujer que me había hecho amar lo que más lejos estaba de mi pensamiento: el trabajo.

»Todos mis esfuerzos se estrellaban, sin embargo, contra una barrera insuperable; el influjo de mi encarnizado enemigo que detenía cuantas propuestas hacían para colocarme. Por nuestra suerte, y es la primera vez que del mal de otro me he alegrado, el anciano implacable fué por Dios llamado á su justo tribunal, y murió dejándonos libres de su odio feroz. En seguida logré el anhelado destino, que aunque modesto, nos permitía vivir con desahogo.

»Seis meses lo desempeñé con placer, porque el trabajo tenía un encanto completamente nuevo para mí y me proporcionaba una existencia llena de tranquilidad; mas cumplido este tiempo, y merced á uno de esos bruscos cambios de la política tan comunes en nuestra patria, me dejaron cesante cuando mi esposa acababa de dar á luz nuestro segundo hijo. Quedamos en situación más apurada que nunca; no me abatí sin embargo; mi esposa me había probado que Dios nunca nos abandona, y esperaba, seguro de que al fin nos tendería su mano protectora.

»Subsistimos algunos meses vendiendo cuanto poseíamos. Bien pronto no tuvimos qué vender y esta buhardilla fué nuestro refugio. Busqué hasta el trabajo corporal; en los talleres no me admitían porque no sabía ningún oficio; en las obras me rechazaban, no querían á un señorito delicado para llevar espuertas

de tierra. ¡Oh, sin la resignación que esa santa ha sabido introducir en mi alma, el crimen me hubiera abierto sus brazos!

»Ella, Esperanza, tuvo hambre, mi hija pidió pan y salí como un loco á pedir una limosna, cuando para nuestro consuelo la puso á usted Dios ante mi paso.»

III

Luis se detuvo fatigado. La noble señora fijó su mirada llena de admiración en Esperanza, que bajaba la suya ruborosa.

—¡Oh!, tiene usted razón—exclamó;—su esposa es un ejemplo sublime de todas las virtudes cristianas: ella debe ser muy feliz con esos bellos sentimientos, con tan santas ideas. Reciba usted, Esperanza, con la expresión de mi entusiasta admiración, mi sincero afecto. Su relato, amigo mío, me ha hecho llorar, pues comprendo lo que habrá sufrido; pero al mismo tiempo ha llenado mi alma de ventura al darme la consoladora convicción de que aún hay ángeles sobre la tierra.

—Por Dios, señora—murmuró Esperanza,—no haga usted caso de las exageraciones de Luis: su cariño le disculpa; toda esa conversión es tan sólo debida á su noble índole.

—Su modestia, Esperanza—repuso sonriendo,—sólo sirve para realzar más sus virtudes y demostrarme que las tiene todas.

— Cese, por Dios, este himno interminable de alabanzas que me confunden.

— Cesan por hoy, porque la noche avanza y tiene usted necesidad de descanso. Doy á usted las gracias por el trabajo que se ha tomado y por el buen rato que me ha hecho pasar oyendo la historia de la noble Esperanza, y me despido hasta mañana. Vendré temprano á decirles cuándo podrán trasladarse á la morada que desde hoy les pertenece como empleado de mi casa.

Luis lanzó una exclamación de sorpresa.

— ¡Oh! — exclamó, — eso sería la suprema felicidad; deje usted que de rodillas le dé gracias, que con toda el alma la bendiga.

— Nada de gracias — repuso la dama, evitando que hiciera lo primero; — al proteger á ustedes cumplo un deber y satisfago un vehementísimo deseo. Dígame usted su nombre, porque antes de venir tendré el gusto de mandarles algunas ropas como un recuerdo.

Los ojos de Esperanza y de Luis se humedecieron al oir aquel delicado modo de remediar su miseria.

— Mi nombre es Luis Vázquez de Cossío, señora — dijo él.

La anciana se estremeció al oir este nombre; en su expresivo rostro se reflejó una suprema alegría; se puso en pie con viveza, y pasando su mirada llena de interés de Luis á Esperanza y de ésta á aquél, exclamó con inmensa ansiedad:

— ¿Y el de usted, cuál es su apellido?

— Esperanza Aguilar.

— ¡Ah! — murmuró, entreabriendo sus labios una sonrisa de íntima satisfacción y brillando en sus ojos un rayo de ventura. — ¡Dios sea loado! Él me ha traído aquí. ¿Has oído hablar de una hermana de tu padre establecida en Cuba desde su juventud y casada luego con el marqués de Mayarí, opulento cubano?

— Sí, sí.

— Pues bien. Soy la marquesa de Mayarí, soy tu tía, hija mía.

Y al decir esto, abrió sus brazos con amante afán. Esperanza se precipitó en ellos loca de alegría, y los besos se duplicaron, las lágrimas se confundieron, los brazos se estrecharon con intenso cariño.

— ¿Veis — exclamaba la noble señora, besando cada vez con más ternura la despejada frente de Esperanza, — veis cómo el corazón de este ángel no se engañaba al decir que Dios premia siempre al que en Él ciegamente confía? Su poder omnipotente me ha traido á vuestra puerta y ha puesto en tus labios las inspiradas palabras que han herido mi corazón. Sin tus sublimes ideas, tan bellamente expresadas, yo hubiera pasado indiferente por vuestro lado, echando en vuestra mano una moneda; tus frases de resignación despertaron mi entusiasmo, proporcionándome después el placer de saber que la mujer que las pronunciaba era mi propia sangre, la hija de mi hermano. Dios ha premiado tus virtudes, Esperanza, porque desde hoy serás mi hija.

Y contemplaba su hechicero rostro con admiración, murmurando después de estrecharla de nuevo:

—¡Cuánto te he buscado, Esperanza! Desde que de España marché, dejándote de un año de edad, siempre te he querido mucho, porque eres la hija de mi único hermano; murió tu padre y dejé de tener noticias directas tuyas; tu tutor no se tomaba el trabajo de dármelas; pero las amigas antiguas que tenía en Cádiz me hablaban de ti, enterándome por ellas de tu casamiento con un joven llamado Luis Vázquez de Cossío. Fué la última vez que supe de ti, pues que abandonaste á Cádiz.

Muerto mi noble esposo, quedé completamente sola, y sintiendo la necesidad de tener una hija adoptiva, ya que no la tenía propia, mis ojos se volvieron á ti, y en tu busca regresé á mi querida España. Ya había perdido la esperanza de encontrarte, cuando Dios me ha puesto á vuestro paso para libraros de la miseria y ser la mensajera del premio que Él os concede. No ya una casa que os destine, mi palacio será vuestra morada; ocuparéis el sitio que hubieran llenado mis hijos, y estos ángeles serán mis nietos.

—Madre mía—exclamó Esperanza con un grito del alma, apoyando su cabeza en aquel amante seno, —Dios premie tan noble proceder.

—Así, así quiero que me llames. ¿Se convence usted ahora, Luis, de que estos males tienen remedio y que nunca el sufrimiento es eterno? Tras las lágrimas del desengaño viene siempre la hermosa sonrisa

de la esperanza. Puesto que el mundo es así y nuestro tránsito por él es tan breve, procuremos ser buenos y esperemos resignados lo que Dios nos mande, en la inteligencia de que sólo somos instrumentos de su voluntad suprema. ¿No opina usted así, Luis?

– Señora, desde que la fe entró en mi alma conducida por un ángel, así opino; y más que nunca, hoy he visto el poder de su voluntad al traer de tan extraña manera á la puerta de mi casa á nuestra noble protectora, desde ahora nuestra querida madre.

A partir de aquel instante todo fueron preguntas, respuestas, frases de ternura, cariños cambiados, la expansión, en fin, de la familia. Los niños fueron despertados, y todos, formando un grupo encantador, bendijeron á su noble y cariñosa tía.

Al día siguiente nuestros amigos ocupaban el palacio de la marquesa de Mayarí y eran presentados á la elegante sociedad como sus hijos adoptivos, haciendo al mismo tiempo testamento en el que dejaba por heredera de todos sus bienes á Esperanza: merecido premio á sus relevantes virtudes, á su cristiana fe.





... lo más importante es la explicación del *por qué* de cuanto en su cása ocurra

EL DOCTOR «POR QUÉ»

I

Cuando yo la conocí, era Clara de Montalvo uno de esos seres privilegiados que nacen para desesperación de los hombres y envidia de las mujeres. Apenas contaba entonces cuatro lustros. La naturaleza la había hecho hermosa, y el amor de su esposo la había hecho rica.

Dos angelitos de cabellos rubios y ojos azules la llamaban madre.

Tenía criados á sus órdenes y coches á su disposición, y podía realizar en el acto y sin esfuerzo alguno

todos los caprichos de la moda, todos los ensueños del lujo.

Y á pesar de todo esto, Clara no era feliz.

¿Por qué?

Según ella, porque su salud estaba muy quebrantada; según su marido...; pero no adelantemos nuestra narración.

II

La verdad es que Clara estaba más enferma de lo que ella misma creía, si bien su dolencia no era de las que se manifiestan por señales exteriores y síntomas determinados. Nada de dolor físico, ni siquiera ataques nerviosos, lo cual es raro en una mujer mimada. Y sin embargo, la hermosa joven sentía debilitarse sus fuerzas por momentos y caer su natural energía en una especie de marasmo algo parecido á la atonía de los imbéciles.

Amortiguábanse poco á poco en ella deseos y aspiraciones, y se pasaba las horas muertas tendida en un sofá ó recostada en una mecedora, ya contando y recontando con la tenacidad y precisión de un maniático los rosetones del artesonado techo, ya fijando la medio cristalizada pupila en un ángulo del salón, como si esperase ver aparecer allí algún objeto deseado largo tiempo.

Clara parecía entonces un ángel moribundo, víctima de la nostalgia del cielo.

III

Nuestra heroína tenía conciencia de la misteriosa enfermedad que la aquejaba, porque experimentaba sus efectos; pero ignoraba la causa.

La pobre sentía que la vida se escapaba de su aniquilado cuerpo, y una desesperación profunda se iba apoderando lentamente de su alma. Clara llegó á tener miedo.

Entonces fueron llamados los mejores médicos de la corte, alópatas y homeópatas.

El llamamiento sólo produjo un verdadero chubasco de recetas y una lluvia de glóbulos que marearon á la enferma sin aliviarla.

Ya sólo quedaba una prueba por intentar.

Clara había leído en los periódicos que acababa de llegar á la corte un médico extranjero precedido de una reputación europea, y decidió consultarle sobre su enfermedad.

Gracias á las prerrogativas de que gozamos los novelistas, vamos á asistir á la primera visita del sabio Galeno á la desahuciada enferma.

IV

Hallábase Clara envuelta en la penumbra de su gabinete, cuyo entornado balcón daba paso á un pálido reflejo del sol del mediodía.

Tendida indolentemente en una butaca, con la hermosa y débil cabeza apoyada en el respaldo, y la mirada fija que revela, no la ausencia del pensamiento, sino su inacción, esperaba al famoso doctor entre temerosa y confiada.

Llegó éste al fin, como llega todo en el mundo, y después de saludar á la enferma, que se había incorporado haciendo un esfuerzo, abrió el balcón de par en par con brusca *sans façón*.

Sin embargo de esto, inclinóse con un ademán lleno de irreprochable distinción, diciendo:

– Dispense usted, señora; la luz del día y la luz de la ciencia son dos fuerzas que se compenetran y se ayudan.

La enferma le examinó con ese parpadeo de la pupila que pasa rápidamente de la obscuridad á la luz, y sintió confiada atracción hacia aquel doctor eminente, de elevada estatura y sereno rostro, en el que la nieve de la barba contrastaba con el fuego de los ojos inteligentes y escrutadores.

Al examen de la doliente siguió el del médico, examen mudo, pero tan completo, que abarcó no sólo el estado del cuerpo, sino también el del alma, reflejada en el opaco cristal de los ojos.

Siguieron las naturales preguntas.

– ¿Qué siente usted?

– Difícil me será explicarlo, doctor. No siento nada y me siento morir. Una debilidad del cuerpo y un abatimiento moral que me producen continuo males-

tar. La gente me aburre y la soledad me desespera. Si me buscan, me molestan; si me dejan sola, sufro las angustias del vacío. No pienso en nada y estoy siempre preocupada. Parece que se me escapa la vida, y recelo que me voy muriendo sin saber de qué.

—Ya procuraremos impedirlo—dijo el doctor con impasibilidad germánica.

—Sólo en usted confío.

—¡Gracias, señora! Prosigamos. ¿No encuentra usted placer, ó cuando menos distracción, en la lectura?

—Nunca me ha gustado, y aún menos escribir. Jamás he podido trazar doce líneas sin sentir tensiones nerviosas.

—¿Indudablemente será usted aficionada á la música?

—Me agrada; pero siempre me ha sido imposible la práctica asidua del divino arte. Como la lectura, me cansa.

—¿Cuál es, pues, la afición de usted?

—Ninguna, doctor. A mi pobre juicio, afición significa estímulo, y mi predisposición á no hacer nada es un estímulo contraproducente.

—¡Lindo estímulo! -exclamó el doctor con sonrisa irónica.

—De soltera—prosiguió Clara—no podía eludir algunos estudios y quehaceres, por lo cual anhelaba casarme cuanto antes. La suerte me favoreció en esto; el que hoy es mi marido, joven, guapo y rico, pidió mi mano y se la dí en el altar lo antes posible.

En mi nuevo estado realicé mi aspiración suprema: no hacer nada. Y si bien me encantaron los placeres del mundo elegante, tan nuevos para mí, pronto me hastié de ellos. Sin embargo, como los creía mi único recurso para no caer en la atonía en que ahora me encuentro, traté de prolongarlos con esfuerzos ficticios, é insensiblemente me vi complicada en aventuras que estuvieron á punto de comprometer mi reputación y hacer perder la vida á mi marido en un lance de honor del cual salió bien milagrosamente. Estas contrariedades me hicieron comprender que era demasiado *expansiva;* y huyendo de tales disgustos, caí en el inexplicable marasmo en que me veo sumida. Temo que estoy destinada á morir de consunción moral.

Nueva mirada investigadora del doctor, débilmente sostenida por la enferma.

– ¿Tiene usted hijos, señora? – siguió preguntando.

– Dos, una niña de cuatro años y un niño de tres.

– ¿Los cuidados que exige su edad agravarán tal vez la extraña enfermedad de usted?

– No necesitan de mis cuidados, doctor. Están atendidos por las amas que los criaron y por una inteligente institutriz. Ya ve usted que no me necesitan.

– Ya veo, señora, ya veo.

– A propósito, mírelos usted, ahí vienen – dijo Clara, levantando la cortinilla del balcón.

– El día no está muy bueno para paseo: sopla un Nordeste de pulmonías.

—¡Qué quiere usted! Esas mujeres tienen el don de hacerlo todo al revés.

—¿Y su padre?

—Mi marido está poco en casa. Se fué esta mañana y no volverá hasta la hora de comer, si come conmigo.

—¿Le ama usted?

—Con toda el alma.

—Entonces...

—Tengo en él completa confianza.

El doctor hizo un gesto imperceptible y tomó el pulso á la enferma, enterándose con minuciosidad de mil pequeños detalles.

Luego quedó pensativo.

V

Clara interrumpió la meditación del doctor exclamando:

—¡Por Dios, doctor, vea usted mi ansiedad! Hable usted.

—No se inquiete usted, señora; su estado ofrece aún esperanza. Busco el medio mejor para llegar al fin que deseamos.

—Espero su dictamen.

—El plan que voy á trazar le parecerá á usted extraño y difícil de cumplir, pero...

—Estoy dispuesta á todo.

—Empezará usted por tirar todas esas medicinas

que, lejos de curarla, alteran su salud Después mi prescripción es esta: movimiento, animación, ejercicio, que es la vida del cuerpo; constante ocupación, que es el alimento del alma. Largos paseos, música ó cualquier otro arte, lectura, labores; quiero para usted todo lo que active la en usted lenta circulación de la sangre, todo lo que distrae la imaginación y ensancha el pensamiento.

–¡Pero, doctor!

– Dispense usted, señora, que no he terminado. Falta lo más esencial. Deseo que durante una semana pase usted diaria y minuciosa inspección á toda su casa, empezando por los departamentos de su esposo y de sus hijos, procurando averiguar si realmente están atendidos como por usted misma, y que escriba usted en una á manera de hoja consultiva el *por qué* de cuanto ocurra en su morada, de todos esos pequeños sucesos que tienen lugar diariamente en el hogar doméstico.

Clara le escuchaba asombrada y con la mirada atónita é inquieta, preguntándose si aquel sabio doctor estaría loco.

–¿Usted sabe lo que me propone? – pudo decir al fin. – Me está usted ordenando todo lo que detesto, cosas que, á la verdad, me parecen extrañas á la medicina.

– Cada uno tiene su sistema, señora. Si durante una semana sigue usted fielmente mis indicaciones, al terminar este plazo estará usted curada ó desahucia-

da. Para ello necesita usted gran acopio de voluntad. ¿Está usted dispuesta á hacerlo? Si su respuesta es afirmativa, procuraré curarla; si no, ofreciéndome como su servidor, me retiro.

– ¿Luego la enfermedad existe?

– Existe.

– ¿Y cuál es?

– Lo sabrá usted más tarde.

– ¿Puede tener remedio?

– Sí.

– ¿Cuál?

– El plan que le he indicado.

– Es usted tan extraño como sus prescripciones.

– ¿Acepta usted ó me despide? – preguntó el doctor, poniéndose en pie.

Clara vaciló un instante y al fin dijo:

– Acepto. Intentaré la última prueba. Haré cuanto usted desea.

– No olvide usted que lo más importante es la explicación del *por qué* de cuanto en su casa ocurra.

– Bien, doctor; pero si no pudiera...

– Demostraría usted que carece de voluntad y la curación sería imposible. Yo no lucho con la inercia.

Dicho esto, inclinóse y se alejó, añadiendo:

– Hasta dentro de ocho días.

– A la verdad – murmuró para sí Clara – que no entiendo la eficacia de sus *por qués;* mas puesto que de la firmeza de mi voluntad depende mi curación, la tendré.

VI

El primer día de la prueba, la indolente, la débil, la casi moribunda Clara tuvo el heroico valor de dejar el lecho relativamente temprano, y cumpliendo el mandato del médico, comenzó la interesante inspección por las habitaciones de su esposo.

En la puerta se detuvo al oir el timbre de una voz femenina y luego un ligero cuchicheo del que se percibían palabras aisladas.

Abrió el pesado *portier* y vió...

Vió á su marido sentado en una butaca y junto á él de pie á Julia, su doncella, joven rubia y pizpireta, que no era fea ni bonita, pero que sabía *vivir*. Su amo la estrechaba amorosamente por la cintura, mientras ella le arreglaba jugueteando el lazo de la corbata.

De pronto se oyó un ligero chasquido que hizo palidecer á Clara. Entonces Julia se enderezó y dijo con acento de mimosa coquetería:

– Basta, basta. Ahora á la obligación.

Y su complaciente amo se sentó á la mesa de despacho á tomar la cuenta del gasto diario, porque Julia unía á las funciones de camarera las de ama de llaves.

Una llamarada de fuego subió al rostro de Clara; pero siguió escuchando á su marido, que entre risueño y admirado decía:

– ¡Si es imposible, hija mía, si hace tres días te dí un billete de veinte duros y en casa hay de todo!

— Pues se ha concluído.

—¿Es decir que necesitas dinero?

— Naturalmente.

Él la miró en silencio con aire perplejo. Ella le contestó con una mirada larga, intensa, embriagadora, que le abrasó.

Púsose en pie, ciñó de nuevo con su brazo el esbelto talle de la joven, y estrechándola contra su pecho:

— Te daré cuanto quieras — dijo. — Todo es tuyo.

Clara dejó caer el *portier*.

Había estado á punto de penetrar en la habitación y arrojar de allí á la indigna mujer que así la ultrajaba en su propia casa; pero su orgullo la impidió mostrarse celosa de su propia criada.

— ¡Esto es infame! — exclamó, convulsa de cólera. — Me ofende y nos arruina.

Involuntariamente surgió en su pensamiento la fórmula del doctor.

— ¿Por qué — gritó en su fuero interno, — por qué se porta así mi marido?

Y esa voz tan misteriosa como implacable, que hace el oficio de consultor y de juez y que llamamos conciencia, le contestó en seguida:

— Porque busca en otra los cuidados que tú le niegas y la ternura que no encuentra en ti.

Clara hizo un gesto de furiosa protesta y corrió azorada al cuarto de su hijo, como buscando en él amparo contra aquella acusadora idea.

VII

El niño estaba solo. Tendido sobre la rica y elegante cuna adornada de encajes y colgada de raso azul, lloraba desesperadamente agitando al aire los sonrosados bracitos y las redondas piernas. Desnudo y solo, lloraba de miedo y de frío; pero nadie oía su llanto ni acudía á sus gritos.

La joven madre se acercó presurosa á la cuna, abrigó á su hijo con solícito esmero y quiso prodigarle tiernas caricias. Mas ¡ay!, como era la primera vez que penetraba allí, el niño la desconoció, y agitado, convulso, la rechazaba gritando:

–¡Ama, ama!

–¡Dios mío! – exclamó Clara estremecida, aterrada. –¿Por qué no me quiere mi hijo? ¿Por qué se asusta de mí?

– Porque apenas te conoce – le contestó la acusadora voz.

La atribulada madre quedó un instante inmóvil; por primera vez en su vida trabajaba su pensamiento, trayendo á su memoria todo el pasado.

Cayó de rodillas junto al lecho de su hijo, lo estrechó contra su corazón, y confundiendo con las inocentes lágrimas del niño las suyas llenas de amargura, murmuró asintiendo al reproche de su conciencia:

–¡Es verdad, es verdad!

Cuando por fin acudió el ama, el niño no lloraba ya;

atraído por la naciente ternura de su madre, jugaba con los sueltos cabellos de ésta, que le besaba con pasión, diciendo como si le viera por primera vez:

— ¡Qué hermoso es!

VIII

En la habitación de su hija la esperaba otra sorpresa.

La flemática institutriz inglesa leía muellemente reclinada en una mecedora que se balanceaba suavemente al impulso de la pulcra hija de Albión.

— ¿Y mi hija? — preguntó Clara, registrando el cuarto con la mirada.

La sabia institutriz dió un salto, sorprendida de ver allí á la señora de la casa, á quien suponía en la cama.

— Está estudiando — contestó con voz no muy segura, — voy á buscarla.

— No, iré yo misma — dijo Clara deteniéndola.

La niña no estudiaba. La encontró en el comedor, en pie sobre la mesa, bailando picarescamente y rodeada de criados que celebraban con carcajadas y dicharachos las *habilidades* de la niña, interrumpidas á menudo por apretones y besos.

Clara cayó como una exhalación sobre la alegre turba, repartiendo miradas fulminantes, y muda de indignación, soberbia de arrogancia, se llevó á su hija sin formular una palabra.

Arrebatada, colérica, febril, volvió al lado de la institutriz llevando á la niña de la mano y diciendo:

—Aquí la tiene usted. Estudiaba, en efecto..., el modo de pervertirse precozmente para solaz de mis criados. ¿Es así como cumple usted su misión?

—Aseguro á usted, señora—repuso la institutriz con un ligero tinte de ironía,—que es la primera vez que esto sucede. Su hija de usted no se separa de mí. Por lo mismo que soy *sola* á velar por ella, quiero á esta *pobre niña* con toda el alma.

Clara enrojeció al velado reproche de aquellas palabras.

—¡Pobre!—exclamó con altivez.—¿Qué motiva esa humillante compasión? ¿Quiere usted explicarla?

—Es pobre—replicó la inglesa con intención—porque carece de los cuidados de su madre.

Clara vaciló al recibir aquel rudo golpe asestado al corazón, más doloroso tras los ya sufridos, y sólo tuvo fuerzas para decir:

—Basta, hemos terminado.

—Tanto, señora, que tengo el honor de advertirla que desde hoy ceso en el cargo que desempeñaba en esta casa.

IX

—¿Qué queda ya que ver ó saber?—se dijo Clara, siguiendo su doméstica inspección...

Pero en aquella vía dolorosa aún tenía que descu-

brir nuevos horizontes, si no tan desconsoladores, en cambio más obscuros.

En el departamento de la servidumbre...

Mas aquí nos detenemos. Sería inútil entrar en detalles de *escalera abajo*, por los lectores ya adivinados. Los criados aprovechaban en beneficio propio el desorden que en la casa imperaba, y robaban cuanto podían.

Clara no pensaba ya en sus males; angustiada, abrumada por el dolor moral, olvidaba la dolencia física y regresó á su gabinete preguntándose, quizá para eludir su responsabilidad:

—¿Por qué sucede esto en mi casa? ¿Por qué todos se portan mal?

Y su propia razón, ya aleccionada, le decía:

— Porque tú no te portas bien. Porque donde no hay cabeza, no busques orden, ni paz, ni nada.

Durante una hora permaneció sumida en triste meditación. Su cuerpo estaba casi aniquilado por el inusitado trabajo moral y material; pero su pensamiento, en ebullición permanente, se agitaba como en las visiones de una pesadilla. Abarcaba el pasado y el porvenir, y cerrados los ojos para mejor recoger las ideas, veía en su imaginación extraños espejismos en los que contemplaba á su marido, primero elegante, seductor, dando el brazo á una mujer que no era ella, luego transformado en sucio mendigo que entre dos niños haraposos imploraba la caridad tiritando de frío. Otras veces veía á sus hijos ya crecidos, que huían de ella con muestras de aversión.

De pronto Clara se incorporó con ademán enérgico. Sus bellas facciones desecharon la amarga contracción que las desfiguraba.

Parecióle que sus ojos veían con más claridad, vislumbrando nuevos prismas de que no tenía idea, en los cuales el amor de la familia y el cuidado de los hijos descollaban con atractivo encanto, y uniendo las manos con la beatitud del santo que aspira á la redención, exclamó firme y resuelta:

—¡Desde hoy seré esposa y madre!

X

Tomada su resolución, la calma volvió por completo al agitado espíritu de Clara, y confiada, serena, sin vacilaciones ni desfallecimientos, siguió exactamente el plan impuesto por el doctor.

Con un poderoso esfuerzo de voluntad dominó su innata negligencia y demostró incansable actividad. Trabajó, leyó, hizo música; pero no consignó por escrito los consabidos *por qués*, porque eran harto vidriosos para hacerlo.

Sus amigos se sorprendieron al verla en paseo entre sus dos hijos, andando con el paso firme y resuelto de quien se halla en la plenitud de su fuerza física.

El cadáver había sido galvanizado y después animado por el fuego de la vida.

El milagro estaba hecho.

El día pasó rápidamente para Clara. La noche la

encontró rendida físicamente por tan desusada actividad, y moralmente por las emociones sufridas; el cuerpo gozó la caricia del descanso, y el espíritu de ese sueño tranquilo y reparador que sigue al deber cumplido.

XI

Al día siguiente, el marido de nuestra heroína se quedó asombrado al verla entrar en su cuarto acariciándole afectuosa, é inspeccionar después la habitación con la escrutadora mirada de una ama de casa cuidadosa é inteligente.

– ¡Clara, hija mía! – exclamó asustado. – ¿Qué pasa? ¿Te encuentras peor?

– Al contrario, querido Juan: antes estaba no sé si enferma ó imbécil; hoy me encuentro perfectamente y he resuelto que varie nuestro modo de ser.

– Habla, te escucho admirado.

– Desde hoy haré lo que nunca he hecho...: gobernar nuestra casa. Te relevo de ese cargo, penoso para un hombre. Yo sola cuidaré de ti y de mis hijos.

– ¿Será verdad? – exclamó Juan, estupefacto y gozoso.

– Y como en tan nueva vida todo debe ser nuevo, la inauguro despidiendo á toda la servidumbre, incluso mi doncella Julia.

Al hablar así, clavó una investigadora mirada en su marido.

Éste soltó la carcajada, y tomando una mano de su mujer, la besó con galantería, diciendo:

– Haz cuanto quieras, vida mía. Si recobro á mi adorada Clara, ¿qué menos puedo hacer que obedecerla? Pero en esto hay algo extraordinario. ¿A qué se debe este milagro? ¿Quién te ha transformado en tan poco tiempo?

– El doctor *Por qué*, sabio médico de espíritus enfermos, gran despertador de las conciencias dormidas.

– ¡Dios le bendiga! ¡A ti te ha curado y á mí me ha hecho feliz! Ven, Clara, sellemos con la ternura de nuestros hijos la nueva era de felicidad que hoy se abre para nosotros.

Cogidos del brazo, corrieron ligeros y alegres al cuarto de los niños.

Allí estrechamente enlazados por los brazos de los dos hermosos serafines, que los acariciaban con sus infantiles besos, se juraron de nuevo con los ojos un amor eterno, cual si por segunda vez se unieran ante Dios.

XII

Cuando, transcurrido el plazo fijado, presentóse el doctor en casa de Clara, encontró á ésta vistiendo á su hijo auxiliada por la niña, que con encantadora gracia le iba llevando las ropitas de aquél.

El feliz esposo contemplaba con ojos enternecidos tan interesante escena, muellemente reclinado en una

butaca y despidiendo bocanadas de aromático humo.

El doctor se detuvo más satisfecho que sorprendido. Contempló un instante aquel cuadro de felicidad, se fijó en el rostro sonrosado, expresivo y alegre de la ex enferma, é hizo ademán de retirarse.

—¡Doctor! —exclamaron los dos esposos corriendo hacia él.

—Me retiraba, señora, porque aquí ya no hago falta.

—Sí, hace usted falta para demostrarle nuestra gratitud. Con maravillosa penetración ha salvado usted á mi esposa de una enfermedad desconocida ..

—Permítame usted, no lo era para mí. Padecía una enfermedad endémica hoy en las altas clases sociales, el tedio, esa enfermedad de los ricos que no saben serlo.



INDICE




3 2044 055 339 337
This book should be returned to the Library on or before the last date stamped below.
A fine of five cents a day is incurred by retaining it beyond the specified time.
Please return promptly.
WIDENER
NOV 0 2 2000
CANCELLED
WIDENER
OCT 0 6 2000
BOOK DUE


ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO EDITORIAL
BARCELONA